

R. Cherry

Mi

eterna

locura

Bilogía
Mi locura
2

de

Lectulandia

Y se dejó llevar... Natalia cayó rendida a los pies de J.D Collins, al igual que lo hizo él a los de ella. Olvidó aquello que le había ocurrido, lo que tantas noches la había dejado en vela. Permitted que su hombre de ojos verdes curara las heridas de su pequeño y delicado corazón. Pero... ¿La historia volvería a repetirse? Un fatídico incidente; la vida o la muerte. Todo parecía perdido, hasta que sus ojos volvieron a brillar. El amor ganó la batalla, pero no todo iba a quedar así; celos, sorpresas y problemas aparecerán en sus vidas.

¿Serán capaces de superar todas las barreras que les ponga la vida?

¿Será su amor tan fuerte para que luchen por lo que tanto quieren?

Un viaje, un restaurante, y nervios, muchos nervios... ¿Será su Eterna Locura, lo que les salve?

Lectulandia

R. Cherry

Mi eterna locura

Mi locura - 2

ePub r1.0

Titivillus 11.05.2018

Título original: *Mi eterna locura*
R. Cherry, 2016
Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi héroe sin capa.

Agradecimientos

Por segunda vez, me toca escribir unos agradecimientos, y aquí están... Este libro se lo sigo dedicando a mi héroe sin capa, a mi padre, al hombre más importante del mundo mundial, el mejor. Ese que ha estado ahí siempre, y no ha dejado que, a pesar de todo, me rinda. Gracias, calvi. Quiero también agradecersele a la familia de sangre y a la que no es de sangre, a mis *cousins*, y a mi pequeña versión de Natalia. Os quiero. Ah, y a mi Toby, que con esa sonrisilla que tiene me alegra los días.

Pero no solo a ellos quiero darles importancia, también a todos mis amigos, a aquellos que han estado ahí, los que ya estaban y los que han llegado nuevos, a mi amol, a mi MJ, ¡eres una bola maravillosa! Y como no, a mi hermana, mi preciosa *nonne*, mi Lucia. Gracias, nena, GRACIAS, eres lo mejor del mundo.

En penúltimo lugar quiero dar las gracias a todas aquellas dulzuras que sin conocerme eligieron leer MI DULCE LOCURA, haciendo que mi sueño se hiciera más real, pero en concreto quiero dar las gracias a mi Alicia, la niña de mis ojos, ¡eres un amor! Quiero agradecerlo también a Irene, a Marina, a Mar, a Ana y a Andrea, y todas aquellas que siempre están ahí para sacarme una sonrisaza. Chicas, con lectoras como vosotras, todo esto vale la pena. También a mis locas, Carol, Rut, Eli... Gracias, amores.

Y por último pero no por ello menos importante, ya que sin ellas todo esto no habría llegado a ser como es... ¡MIL MILLONES DE GRACIAS LxL Editorial! Gracias a mi jefi Merche, a mi editora brujilla Meme, ¡te quiero, petunia! A mis compis de editorial, sois inspiración, a mi Belén por esa fuerza y esa energía contagiosa, ¡ah, y por esa sonrisa que tanto me gusta! Pero a la que más, más, más, más le debo es a mi Churry, a mi Angy Skay, la persona más insufrible pero a la vez a la que más quiero en todo en este mundillo. Eres la mejor y lo sabes, algún día espero poder seguir tu estela, eres una magnífica escritora y una persona aún mejor. Te quiero, churrina.

Espero no olvidarme de nadie, y si lo hago... *Sorry!*

Pd: Meh.

Prólogo

Escucho muchas cosas a mi alrededor, demasiado ruido, gritos, el sonido del fuego ardiendo, como chisporrotea y quema todo lo que hay a su alrededor. Abro los ojos confusa, parpadeo lentamente un par de veces, apenas siento mi cuerpo, ¿qué ha ocurrido? Mi vista no logra enfocar nada de lo que ve. La gente se acerca a ver qué pasa, intentando ayudar, pero ya de nada sirve, ¿para qué seguir adelante? Si no está él ya nada importa...

Intento ladear la cabeza, pero no soy capaz de hacerlo, me duele demasiado, ¿por qué? Cojo aire, y un horrible pinchazo atraviesa mi pecho, haciendo que mi corazón se encoja. Algo recorre mi sien, empapándola y no puedo hacer nada por evitarlo o saber qué es. Trago saliva, el dolor vuelve a tomar mi cuerpo, haciendo que se quede paralizado. Alguien llora, profunda y desoladamente, es una mujer, se le escapan algunos quejidos que acaban siendo gritos desgarradores. El sonido de las sirenas de las ambulancias me alerta, llama mi atención, entonces me acuerdo de él, de nuevo, ¿dónde está Collins? Un enorme vacío se crea en mi interior, mi respiración se vuelve agitada, nerviosa, estoy aterrada, ¿dónde está? ¿Por qué no lo tengo conmigo?

—¡Collins! —Grito con todas mis fuerzas, pero mi voz se ve eclipsada por las sirenas.

Intento gritar de nuevo, pero ni la voz me sale. Cierro los ojos con fuerza, entonces unas débiles y desoladas lágrimas se escapan de ellos, empapando mi rostro. Veo como la luz de los automóviles se quedan unos pasos más allá de donde me encuentro, algo alejados de donde están los coches destrozados. Dos enfermeros se arrodillan a mi lado, me observan durante unos minutos, se miran entre ellos, le hacen un gesto a otro más, y sacan una linterna.

—¿Está usted bien? —Me pregunta uno de ellos.

—Collins —susurro—. ¿Dónde está Collins? —Lloro desconsolada.

—Señorita, ¿cómo se encuentra? —pregunta el otro.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —Vuelvo a preguntar confusa.

—¿Quién?

—¡Collins! —Grito.

El esfuerzo hace que el dolor vuelva, que cruce todo mi pecho y contenga la respiración.

—¿Cómo se llama?

—Natalia... —susurro.

—Muy bien, Natalia, ¿cómo te encuentras?

¿De verdad está preguntándome que cómo me encuentro? ¿Acaso es ciego? ¡Vaya inepto! Ya podrían haberme enviado alguno que supiera atenderme bien. Otro chico se acerca rápidamente con algo en la mano, y tras él dos más con una camilla

plegable. ¡No me voy a ir de aquí! ¡No sin Collins! El primero de estos dos, me pone un collarín para que no pueda mover el cuello. Antes de que pueda decir nada más, con un solo movimiento me colocan encima de la camilla.

—¡No! —chillo—, Collins —lloriqueo sin fuerza.

—Tranquila, todo irá bien —me promete uno de ellos.

—Tráelo —le ruego—. Tráelo con vida.

Capítulo 1

Dos meses después

Por primera vez en mucho tiempo, creo que vuelvo a ser consciente de lo que ocurre a mí alrededor. ¿Dónde estoy? Me siento perdido, confuso, estoy completamente aterrado, ¿qué pasó aquella noche? El último recuerdo que tengo es cuando besé a Natalia, y luego... Nada, un golpe, mucho ruido, ¿dónde está ella? ¿Dónde está Natalia? Mi corazón empieza a latir más y más rápido, tanto siento que al final acabaré por salir corriendo. Oigo un extraño pitido que inunda la habitación con su sonido, entonces, un grito ahogado rebota contra todas las paredes que nos rodean.

—¿Qué venga un médico! —Oigo como grita mi hermana.

¿Laura? ¿Qué hace ella aquí? Debería de haber vuelto a Cardiff con nuestros padres, tiene allí su seguimiento, esta muchacha ha perdido la cabeza. Intento abrir los ojos, pero no puedo, alguien me coge de la mano y la aprieta levemente. Puedo oler su dulce perfume, ese que lleva la mujer a la que más amo en todo el mundo, el de mi dulce locura. Quiero que sepa que la siento, que sé que está aquí, necesito verla, encontrarme con esa sonrisa que calienta mi interior y hace que el frío de la soledad se desvanezca como si jamás hubiera estado ahí. Intento apretar un poco su mano, pero ni eso soy capaz de hacer. De repente y sin poder evitarlo me suelta, desapareciendo en la oscuridad.

—Apártese, señorita —le dice, o mejor dicho, le ordena, una mujer.

—Pero... Collins... —murmura Natalia, afligida.

Sus dedos rozan mi brazo derecho, pero escucho como alguien se acerca a ella, le da un leve empujón y la saca de la habitación. Mi corazón late de una manera extraña, arrítmicamente.

—Tranquila —mi hermana intenta calmarla, pero un pequeño sollozo se escapa de su interior.

—Salgan de aquí —dice un hombre.

—Doctor, el señor Collins está teniendo una taquicardia, su corazón está sufriendo una arritmia nerviosa, algo lo ha desestabilizado.

¿Una taquicardia? Mi corazón se está volviendo loco, quiero despertar, poder ver a los míos, no puedo estar aquí, necesito abrazarla. Apenas puedo respirar, mi cuerpo se tensa, el dolor vuelve, algo no va bien, nada bien.

—Doctor —exclama la chica que le ha pedido a Natalia que se apartara.

—Ponle la mascarilla de oxígeno, rápido —le ordena.

Noto como la mujer levanta con cuidado mi cabeza, pasa una goma por encima de mis orejas y coloca la mascarilla sobre mi boca y nariz. Siento como mis pulmones se empiezan a llenar, ayudándome a respirar con algo más de normalidad.

—Poco a poco volverá a estabilizarse.

—Voy a hablar con las chicas que estaban aquí.

—Sí, mejor.

El hombre deja algo a los pies de la cama, coge un bolígrafo, y escucho el “clic” que saca la punta del bolígrafo. Toma lo que había dejado sobre las sábanas, y que supongo que es una carpeta, escribe algo en ella, y la coloca encima de algo más duro.

—Son ustedes las familiares de John, ¿no? —pregunta el doctor.

—Sí... Yo soy su pareja —dice Natalia con la voz entrecortada—, y ella su hermana.

—Ajá... Muy bien —dice en voz baja—. A usted la tuvimos ingresada hace un tiempo, ¿verdad?

—Sí, señor, soy Natalia Reyes.

—Lo sé, accidente de coche con traumatismo craneoencefálico leve, el mismo en el que el señor Collins, cayó en coma.

—Sí... —Su voz se vuelve débil, y acaba esfumándose, dando paso a un pequeño quejido lleno de dolor.

Oh, mi niña... No sé cuánto tiempo llevo así, puede que hayan pasado días, meses o incluso años. ¿Años? ¿Cómo puede haberlo soportado? ¿Ha aguantado todo este tiempo a mi lado? Claro que lo ha hecho, sino no estaría aquí tan angustiada. Si hubiera estado en su lugar lo más seguro es que el dolor me hubiera corroído, no sé cómo lo habría podido soportar.

—Ya está, Natalia —le dice Laura.

—No, no está —espeta entre lágrimas—, ¿cómo va a estar? —Solloza—. No... No puedo verle así —llora—. Hace tanto que no puedo ver la luz de su mirada, tanto que no puedo besarle... Laura... Todo esto es mi culpa, todo... Ya ocurrió una vez con Óscar, y ahora vuelve a pasar... Si le pierdo después de todo lo que hemos luchado... Yo... —su voz se quiebra y llora desconsoladamente. Cae de rodillas a mi lado, siento como me agarra de la mano—. *Mi dulce locura*, no... No me dejes, por lo que más quieras... —Me ruega—. Vuelve conmigo, sigue luchando mi amor... No te rindas, sé que estás ahí, que me escuchas... Collins... —Parece desesperada.

¡Por Dios! No puedo dejarla así, pensando que puedo morir, tal vez llegue a hacerlo, pero no voy a dejar que eso sea tan fácil. Intento apretarle la mano que me tiene cogida con fuerza, pero no consigo nada o por lo menos eso creo. Vuelvo a intentarlo necesito que se dé cuenta. Entonces, lo hace.

—Doctor... —murmura, siento como su vista se clava en mí, fijamente—, doctor —repite—. Se ha movido, ¡se ha movido! —exclama ilusionada.

—¿Qué? —pregunta escuetamente.

—¡Me ha apretado la mano! —dice en voz alta.

El doctor se acerca dando pasos largos y rápidos. Hace que Natalia se aparte de mí de nuevo, y ocupa su lugar. Rebusca algo en su bolsillo, vuelvo a escuchar un

click y acto seguido un rayo de luz atraviesa la fina piel que cubre mis ojos. Suelto un leve quejido que no pasa desapercibido para el doctor.

—Nos lo llevamos, tenemos que hacerle pruebas... —Murmura. Alguien entra en la habitación— Anna —llama a la enfermera—. Hay que hacerle un electroencefalograma ahora mismo.

—Sí, señor.

—Pero... —dice Natalia en voz baja.

Escucho como tras la enfermera entra una persona más, algo deja de sonar y la cama empieza a moverse. ¿A dónde me llevan? Yo lo que necesito es verla a ella, no que me hagan pruebas.

No sé cuánto rato ha pasado desde que me llevaron, creo que me he quedado dormido, aún no la he visto y eso hace que pierda la cabeza. Vuelvo a escuchar el pitido de antes, eso es que me han traído a la habitación de nuevo, seguro. Abro los ojos, poco a poco, hace tanto que no podía hacerlo que hasta la débil luz de la lámpara me daña. Los cierro rápidamente, no puedo aguantar la claridad.

—Natalia —susurro.

Por primera vez desde aquella noche puedo hablar, mi voz suena extraña, ronca, profunda, más de lo normal. Carraspeo un par de veces y la vuelvo a llamar. Abro lentamente los ojos, intentando acostumbrarme a la luz.

—*Mi dulce locura* —murmura con mimo.

Se acerca a mí, coge una silla y cuando va a sentarse, se queda pasmada, quieta. Sus ojos empiezan a inundarse de lágrimas, las cuales empapan sus mejillas. Estiro el brazo, poco a poco, hasta que consigo tomar una de sus manos y acariciarla lentamente.

—No, no llores, gatita —le pido.

—Estás... —dice conmovida—. Estás... —Pone sus delicadas manos a ambos lados de mi rostro, y me besa las mejillas, la nariz, la barbilla y por último en los labios—. Estás bien... Estás bien —murmura sollozando como una niña.

Me besa repetidas veces, me acaricia las mejillas y sonrío contra mi boca, contenta.

—No sabes cuánto te he echado de menos.

—Cielo, ¿no deberíamos llamar al médico?

—¡Es verdad! —exclama nerviosa.

Se aparta un poco, pero no mucho, lo suficiente como para llegar a un pequeño mando que cuelga de una fina estantería, lo aprieta un poco y suena un leve pitido. Alzo la vista y me encuentro con esa hermosa sonrisa que logra enamorarme día a día.

—Te he echado tanto de menos... Tanto... —Asegura abrazándome.

—Y yo a ti, Natalia.

Sonríe de nuevo, y se echa encima de mí con cuidado, me besa con dulzura, haciendo que todo mi vello se erice, aun habiendo estado inconsciente he anhelado

cada una de sus miradas, caricias, sonrisas o por lo menos desde que me di cuenta de lo que ocurría.

—¿Qué pasa? —pregunta una enfermera asomando la cabeza por la puerta.

—Se ha despertado —le contesta ella con una amplia sonrisa.

Es Anna, estoy seguro de ello, recuerdo a la perfección su voz. La gatita se sienta en una de las butacas que hay junto a la cama, y deja que la enfermera haga su trabajo.

—Ahora mismo llamo al doctor.

Natalia asiente enérgicamente, suspira y cuando se da la vuelta me dedica una risilla tonta que hace que sonría como un bobo enamorado. Saca su móvil del bolsillo, escribe algo en él, o más bien marca un número, y se lo lleva a la oreja.

—Ven aquí —dice seriamente.

Cinco minutos más tarde, escuchamos unos tacones resonar. Alguien se acerca a paso ligero, llenando el silencioso pasillo con el repiqueo de los zapatos. Una cabecilla dorada aparece tras el marco de la puerta. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, se queda paralizada frente a la entrada. Parece un dibujo animado, tiene la boca abierta y da la sensación que en cualquier momento su mandíbula vaya a descolgarse. Parpadea un par de veces, sin creerse lo que está viendo. Le saco la lengua y es entonces cuando reacciona.

—¡Hermanito! —vocifera.

Sin poder evitarlo, corre hacia la cama y se tira encima de mí, sin importarle nada. Me abraza con fuerza, lo que hace que se me escape un quejido.

—*Oh my god...* —susurra entre lágrimas—. *Brother...*

Me mira directamente a los ojos y empieza a besuquearme las mejillas y la frente, desesperada. Escucho como un débil sollozo se escapa de lo más profundo de mi amada Natalia.

—¿Por qué lloras, cielo?

—Yo... —murmura.

Laura se pone en pie, y va a abrazarla. No puedo apartar la vista de esta maravillosa unión que solo ellas dos pueden formar. Las mujeres a las que más quiero en el mundo entero están aquí, abrazadas, unidas por mí.

—Hermanito —dice Laura en voz baja—. Tengo algo que decirte antes de nada...

Pero no da tiempo a que diga nada más, como dos auténticos terremotos atraviesan el pasillo e irrumpen en la habitación, sin esperar a que les hagamos pasar. Cierro los ojos, me paso las manos por la cara y suspiro.

—Papá, mamá —digo pausadamente—. ¿Qué hacéis aquí?

—John... ¡Hijo! —exclama mi madre alzando los brazos—. ¡Qué alegría!

Se acerca a la cama, me besa en la frente, coge una de mis manos y la acaricia con dulzura. Mientras yo no aparto los ojos de mi padre, quien nos observa. Hace una mueca algo extraña, intenta sonreír, pero no lo consigue del todo, no es de esos hombres que vayan siempre con una sonrisa en los labios, al contrario.

—Me alegra ver que estás mejor, hijo —me saluda con un apretón de manos y se fija en Natalia.

Trago saliva, cojo aire, mi corazón se dispara. Siento como mi cabeza da vueltas, a ver qué es lo que dice ahora, espero que no lo fastidie todo, como siempre.

—Natalia, me alegra verte —comenta con un tono más delicado que el que usa conmigo.

—Lo mismo digo, John —asegura con una radiante sonrisa—. Sobre todo por que J.D está despierto y bien.

—¡Natalia! ¡Preciosa mía! —Alza la voz mi madre, aunque mi padre le lanza una mirada para que baje el tono.

—Rosa —mi madre se acerca a ella y se abrazan con fuerza.

¿Desde cuándo se conocen? Frunzo el ceño algo molesto, se suponía que iba a ser yo quién les presentara, no Laura. Niego con la cabeza un par de veces, aunque rápidamente me doy cuenta que no tengo razón alguna por la que enfadarme. Papá se sienta en una de las butacas de la habitación, ya que hay una a cada lado de la cama.

—¿Cuándo ha despertado? —Le pregunta el doctor a Anna a medida que entran en la habitación. Al darse cuenta de todos los que somos, mira a la enfermera—. Cuánta gente, ¿esto es una fiesta? —Pregunta de mala manera—. ¿Ustedes quiénes son?

—John y Rosa Collins, sus padres.

—Ajá —murmura—. Bien, pues... Me da a mí que se van a ir. Señores Collins y compañía, háganme el favor de salir ahora mismo —dice con prepotencia.

Este hombre es un completo idiota, no debería hablarles así, es más, ninguno de ellos debería permitirselo, es una falta de respeto. Si no fuera porque estoy como estoy, me levantaría y haría que se arrepintiera. Suelto un soplido, cojo aire y le lanzo una mirada asesina, más le vale no pasarse conmigo.

—¿Cómo se encuentra, señor Collins? —Me pregunta a la vez que coge la carpetilla en la que están mis informes.

—Bien —murmuro escuetamente.

—¿Cómo se siente?

—Confuso y agotado.

—Eso es normal, señor Collins, en las próximas horas lo más seguro es que sufra jaquecas intensas e incluso algún bajón emocional. Debo decirle que es un proceso lento y complicado.

Trago saliva, hago una mueca y me pongo a pensar. Después de todo lo que he pasado aún me queda por sufrir. Suspiro, esto no puede ser.

—Debo ser franco con usted, señor Collins, normalmente los pacientes que entran en estado de coma no suelen despertarse con tanta facilidad como se ha despertado usted. Suelen estar en un estado extraño, durante los primeros días solo observan, no dicen ni hacen nada, solo inspeccionan lo que hay a su alrededor... Pero usted... Ha despertado hablando. —Hace una pausa, y ahora es él quien traga saliva—. Collins,

es usted un caso bastante único, no suelen pasar estas cosas... Ahora lo primero es hacerle unas pruebas, saber cómo responde a diferentes estímulos.

—Entiendo.

—La verdad es que ha tenido suerte.

—Doctor, ¿cuándo puedo irme a casa?

—Hasta dentro de un tiempo no podrá marcharse.

—¿Cuánto...? —susurro.

El doctor no dice nada, permanece callado mirando los informes, apuntando algo en ellos. Cuando termina, da media vuelta y clava sus ojos en mí.

—Señor Collins... —Se calla, hace una mueca y prosigue—. Ha estado usted dos meses en coma.

—¿Dos meses?

Por dios... ¿Dos meses ha tenido que esperar Natalia para volver a verme consciente? No puedo ni imaginar cómo puede haberlo pasado, ha aguantado tanto tiempo sin ni siquiera saber si iba a sobrevivir. La tristeza se hace conmigo, suspiro. El doctor asiente y escribe algo más en los informes.

—Señor Collins, el coma fue inducido a causa de un traumatismo craneoencefálico moderado, por suerte cuando tuvo el accidente no se produjo ningún hematoma, pero ahora que usted ha vuelto a responder, será mejor que le hagamos un TAC cerebral para saber cómo reacciona. —Carraspea—. Lo más seguro es que sufra síndrome de postconmoción cerebral, lo que puede hacer que tenga dolores físicos, dolores de cabeza, dificultad para concentrarse, problemas emocionales e incluso una irritabilidad severa.

—¿Y cómo puedo impedirlo?

—Rehabilitación, se pueden tratar con medicamentos, terapias...

—Pues quiero hacerlo. —Concluyo.

—Pero no solo sufrió eso... Se rompió varias costillas del lado derecho, se fracturó el hombro de manera leve, ya que solo fue por la parte del húmero, por lo que lleva el cabestrillo.

Bajo la mirada hasta mi mano, casi no me había dado ni cuenta, entre una cosa y otra se me había pasado. Madre mía... ¿Hay algo más? Seguro que sí.

—Perdió mucha sangre, gracias a que Natalia estuvo aquí, pudimos hacerle una transfusión con la suya. Todo lo que le he mencionado hizo que entrara en un estado de coma.

—Entiendo... —murmuro en voz baja—. ¿Qué le pasó a Natalia?

Suspira, frunce el ceño, parece aún más serio de lo que lo estaba. Carraspea, hace una mueca y deja la carpeta sobre la mesa.

—Ella también tuvo suerte, no fue más que un traumatismo leve, algunos rasguños y contusiones sin mucha importancia. —Hace una pausa, y su semblante cambia—. Tiene suerte de tener a una mujer como ella a su lado, señor Collins.

—Llámeme John, por favor —le pido—. ¿Por qué dice eso?

—Porque desde que se recuperó, incluso antes ha estado aquí, esperando a que despertara. No dejaba de preguntar sobre su estado, le hablaba, leía, le contaba lo que había hecho aquel día, incluso traía su colonia y lo cuidaba para que la sintiera... No se ha separado de usted en ningún momento.

Pobrecilla, no quiero ni imaginarlo, debe de haber sido muy duro para ella, demasiado. Por suerte, Laura debe haber estado a su lado o por lo menos la gran parte del tiempo, debería de estarle agradecido por lo que ha hecho por nosotros.

—¿Cómo ha sido para ella?

—Bueno... —dice en voz baja—. Duro, pero eso no me toca contárselo a mí —carraspea y frunce el ceño—. Además, no estoy para perder mi preciado tiempo con usted, tengo más pacientes a los que atender.

Entrecierro los ojos, este medicucho no es más que un insolente, porque no puedo, pero algún día le soltaré una buena.

—Espero que sea más agradable con el resto de sus pacientes, porque conmigo no ha sido más que un repelente.

Me mira de mala manera, hace una mueca de asco, coloca la carpetilla en su sitio, da media vuelta y se va, sin decir nada más. Vaya profesional, no sé cómo pueden tenerlo aquí trabajando. Más de uno debería haberse quejado por ese comportamiento arrogante, y si nadie lo ha hecho aún, seré yo el primero en hacerlo. Deja la puerta abierta, pero ninguno de mis familiares entra, escucho como alguien habla en el pasillo, es un hombre, entonces Natalia le contesta. ¿Quién es? Un chico bastante joven, vestido con un uniforme azul aparece, sin pedir permiso.

—Buenas tardes, señor Collins —me dice, es él quién estaba hablando con Natalia—. Mi nombre es Javier Benítez, Anna no va a volver a ser su enfermera, a partir de ahora lo seré yo.

—Ajá —digo en voz baja, mirándole.

—Debo decirle, que esto es un pequeño favor que me ha pedido Natalia —aclara.

—¿Y tú de que conoces a Natalia? —pregunto seriamente, en un tono algo agresivo.

¿Quién es este y por qué conoce a mí Natalia? Ahora soy yo quién no le mira de una buena manera. Nunca me había considerado una persona celosa, al contrario, soy bastante libre, no me gusta el control sobre la otra persona, ni nada por el estilo, pero ahora mismo no puedo evitarlo, y depende de lo que diga esto no acabará de una manera pacífica. No dice nada, permanece callado, creo que ha notado que algo no va del todo bien.

—¿Entonces? —espeto.

—Ehm... La conocí cuando atracaron a Joel, nos hicimos amigos, estuvimos conociéndonos, pero nada más.

¿El atraco de Joel? Aquel fue el día en el que me tiró el agua por encima, en el que yo mismo la llevé al hospital para que pudiera estar junto a su amigo. Gracias a lo ocurrido aquella tarde, pude conocerla más, pero por culpa de eso ahora estoy

completamente prendado de ella.

—Entiendo.

—Así que, ahora me ocuparé yo de usted.

No me hace ninguna gracia que sea él quien vaya a estar a mi cuidado. Natalia entra en la habitación tras escuchar un poco de jaleo, debe de haber oído como le he hablado al enfermero. Javier se da la vuelta, y la observa de arriba a abajo, lo que hace que mi corazón empiece a latir cada vez más rápido a causa de la rabia. ¿Cómo puede atreverse a hacer eso estando yo delante? Suelto un bufido y tras eso un gruñido en voz baja. Este hombre cada vez me cae peor, igual que todo el mundo de este maldito hospital.

—Collins, cielo... —susurra Natalia—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí —respondo sin ganas.

—El doctor me ha dicho que tengo que llevármelo para hacerle un TAC, para ver cómo avanza, además de una radiografía, así veremos cómo han ido soldándose sus huesos. Le haremos una analítica, y cuando tengamos todos los resultados veremos cuando podrá marcharse señor Collins.

—Muy bien.

—Eso es una gran noticia —exclama Natalia.

—Sí, claro.

Levanta una de sus oscuras cejas y su expresión cambia, se vuelve sería, está molesta, no le ha gustado lo que acaba de pasar. La tensión que hay entre los tres hace que se llene la habitación, podría cortarse a trocitos con un cuchillo.

—Señor Collins, nos vamos —me informa Javier.

Javier sale de la habitación, y poco después aparece con una silla de ruedas y un gancho donde irá cogido el gotero. Natalia no aparta la vista de él, hasta que llega a mí.

—Bien, Señor Collins.

—Llámame J.D. —Le pido.

—J.D, tendremos que moverle a la silla, ¿está preparado?

Asiento un par de veces, pone los frenos para que no se mueva. Aparto la sábana que cubría mis piernas, me siento extraño, no noto el frío del aire acondicionado... Alargo el brazo, me las toco pero ni eso siento. Abro los ojos como platos, mi corazón empieza a latir cada vez más deprisa y mi respiración se vuelve agitada. Mi rostro pasa de la tranquilidad al horror, igual que el de Natalia.

—Collins... Collins... —susurra ella.

—No puedo moverme... —Mi voz se quiebra y mis ojos se llenan de lágrimas, unas que no dejo escapar.

Parpadeo rápidamente, me paso las manos por la cara y miro a Javier, aterrado. ¿Cómo puede ser que me haya quedado inválido? ¿Ya no voy a poder andar nunca más? No puede pasarme esto... Por dios... ¡No! No puedo quedarme en silla de ruedas, ¿cómo voy a vivir?

—J.D, debería habérselo contado el médico, hay veces que a causa del coma, parte del cuerpo deja de responder a las órdenes que el cerebro envía.

—Pero...

—Tranquilo, todo puede mejorar.

Miro a Natalia, quien parece haberse quedado sin habla. Cojo aire e intento calmar este nerviosismo que me corroe por dentro, necesito ponerme bien, por mí y por ella. Javier me ayuda a ponerme en pie, es como si tuviera las piernas congeladas, no siento nada, no noto los pies en el suelo...

—Nos vemos en un rato. —Le digo.

—Sí... —Murmura.

Nos despide con una débil sonrisa. Al salir al pasillo, me doy cuenta que no hay nadie, no está mi padre, ni mamá, ni Laura, ¿dónde se han metido? Ya volverán, tal vez hayan ido a por algo para comer o beber. Javier no deja de moverme, de un lado a otro, pasa por un pasillo, luego por otro, gira a la derecha, al final de este a la izquierda. Al final acabaré mareándome.

—¿Podrías ir más despacio? —pregunto en voz baja.

—Sí, claro, disculpa.

Poco después llegamos frente a una puerta blanca, junto a ella hay una pequeña placa, pero desde la altura en la que estoy apenas puedo ver que es lo que pone, ya que la luz se refleja en ella. Javier me echa hacia atrás, solo un poco, se pone delante de mí, la abre y me mete dentro. Frente a nosotros hay una mesa con un ordenador algo extraño, unos archivadores y un telefonillo. Cierra la puerta tras su espalda, y abre la que hay junto a la mesa.

Cuando pasamos al interior de la sala, veo una enorme máquina circular con una camilla en el centro, la cual está prácticamente metida en el interior de esta. El enfermero me deja junto a la puerta mientras él se acerca a la máquina le da a un botón y la camilla empieza a salir. Me coloca encima, y me hace un gesto para que me quede completamente quieto. Le da a otro botón, lo que hace que una luz roja cruce mi rostro en forma de cruz.

—Muy bien, ahora te dejaré solo, no te muevas.

Asiento lentamente, intentando hacer caso a lo que me pide. Atraviesa la puerta por la que hemos entrado, hasta que le veo aparecer tras el cristal que separa una habitación de la otra. Con un pequeño mando, hace que la estructura gire levemente, hasta que el punto en el que se cruzan ambos rayos de luz llegan a mi sien, y de ese lado al otro. Cuando la máquina me saca de ese maldito túnel, o por lo menos a mí me lo parece, Javier viene a por mí.

—A ver, voy a volverte a poner en la silla.

—Vale.

Con mucho cuidado, pasa los brazos por debajo de mis rodillas y me coloca sobre la silla de ruedas.

Primera prueba acabada.

Capítulo 2

No puedo evitar que mis ojos vuelvan a llenarse de lágrimas, que acaban desbordando y empapando mis mejillas, descendiendo hasta mi barbilla. Aún no me lo puedo creer... Todo esto parece irreal, el accidente, que él entrara en coma, que haya perdido la movilidad en las piernas... Creo que eso es lo peor de todo, será muy duro para él no poder moverse como lo ha hecho siempre. El doctor ya nos lo había advertido, podría haber consecuencias, incluso nos explicó algunos casos en los que los pacientes que despertaban acababan perdiendo la movilidad y la sensibilidad de alguna parte de su cuerpo. Me paso las manos por la cara intentando secar las lágrimas que han ido cayendo.

Rosa, la madre de Collins, remueve el café con la cucharilla, insistentemente, no deja de hacerlo, está nerviosa. Normal... Yo también lo estoy, tanto que creo que me voy a volver a echar a llorar como una niña pequeña. Noto como Laura posa una de sus manos en mi hombro derecho, y aprovecha para abrazarme con fuerza. John no deja de mirarnos, o mejor dicho, analizarnos. Es inquietante, parece una estatua, no dice nada, por lo que me ha contado Laura, no es un hombre muy hablador.

—Señores Collins... —digo en voz baja y carraspeo—. ¿Está todo bien en casa de... J.D? ¿Hace falta algo?

—No, cielo —susurra Rosa, cariñosamente— todo está perfecto, esta tarde iremos a comprar algunas cosas.

—Si necesitan cualquier cosa, aquí me tienen.

—Natalia —dice cogiendo una de mis manos y cobijándola entre las suyas—, tú ya has hecho suficiente por nosotros, y sobre todo por mi pequeño John...

Su voz acaba deshaciéndose, esfumándose como si nunca hubiera estado. Hace una mueca de tristeza y clava la vista en la mesa.

—Bueno... Yo... No me cuesta nada, lo hago con mucho gusto, Rosa... Amo a su hijo como nunca he querido a nadie... No puedo dejarle. Además, sé que él haría lo mismo.

Los ojos de la mujer empiezan a tintinear, brillan emocionados tanto o más que su dueña. Un delicado sollozo se escapa de su interior y acaba rompiendo a llorar. Ahora soy yo quien la abraza, intentando calmarla entre mis brazos. Le beso una mejilla y acaricio su espalda.

—Todo irá bien —murmuro.

—Yo ya no puedo más —dice en un hilo de voz— no puedo...

—Ven, vamos a dar una vuelta —dice Laura, acongojada.

Su mirada también se ha entristecido, si fuera ella no podría ver a mi madre así, sufriendo de esta manera.

—Ya la acompaño yo —susurro con una leve sonrisa.

Laura asiente, y me devuelve la sonrisa. Lentamente nos ponemos en pie, me coge de la mano y la aprieta. Le miro de reojo y veo como sus labios se curvan hacia abajo, esta triste, y mucho. Nos encaminamos hacia la salida del hospital, por suerte, no muy lejos de aquí hay un parque con árboles frondosos y algunos bancos en los que podemos sentar. Cojo aire, esta mujer debe de estar pasándolo tan sumamente mal... Primero el cáncer de Laura, cuando parecía que todo iba mejor, Collins y yo tenemos un accidente, entra en coma y todo lo malo vuelve. Ya fuera, nos sentamos en uno de los bancos, y entonces el dolor se hace con ella.

—No tengo fuerza para seguir adelante —su voz acaba quebrándose y sus ojos se inundan de lágrimas.

—Rosa... Por favor... —susurro.

Se lleva las manos a la cara e intenta secar las pequeñas gotas que han empapado su rostro. Paso uno de mis brazos por encima de sus hombros y le acaricio con dulzura.

—Rosa, John va a ponerse bien —le aseguro. Entonces me doy cuenta de que por primera vez desde que le conozco le he llamado John en vez de Collins—, y ahí vamos a estar nosotros para ayudarle.

—No lo sé, Natalia...

—Claro que sí, John es un luchador, igual que Laura, igual que usted y que John padre.

Se echa a llorar desconsoladamente, no deja de gimotear como si no pudiera detenerse. Le pongo las manos a ambos lados de su rostro y hago que alce la vista.

—Te lo prometo —le abrazo con fuerza y le doy un beso en la mejilla, la cual está tapada por su rubio y lacio cabello—. Lo sacaremos de aquí, se pondrá bien.

—¿Tú crees?

—¡Claro! —exclamo—, John es más tozudo que una mula.

La mujer suelta una débil carcajada, se seca las lágrimas con un pañuelo, y una leve mueca, algo parecido a una sonrisa, se dibuja en sus labios.

—Ya está, ¿vale? Todo irá bien.

—Es que... Natalia... Todo me ha venido tan de golpe... —dice en voz baja— primero murió mi madre, hace diez años, a causa de un cáncer como el de Laura... —Me explica—. La dejó destrozada tanto por dentro como por fuera —su expresión se vuelve fría como los témpanos de hielo—. Mi padre no hizo nada por ayudarla, se consumió poco a poco, hasta que dejó ir su último aliento... La queríamos tanto... Era tan joven... Estuvo mucho tiempo viviendo con nosotros en Cardiff, yo sola no podía con los niños, y ella me ayudó hasta el final.

Me quedo callada, escuchando lo que me cuenta. Algo en mi interior me dice que Rosa necesita hablar sobre esto, desahogarse como es debido con alguien que no sea el señor Collins, o cualquiera de sus familiares. Voy a ayudarla como pueda, no debo dejar que esta mujer siga sufriendo así, y mucho menos sola.

—Eso me dolió tanto... —susurra— vi como la llama de la vida iba apagándose

en su interior... No voy a dejar que eso le ocurra a ninguno de mis hijos, si hace falta, yo lucharé por ellos, pero no dejaré que se den por vencidos —exclama con fuerza.

—Así se habla —la animo— estaremos ahí para ayudarles, para sacarlos adelante.

Asiente un par de veces, entonces me doy cuenta de algo, sus ojos ya no brillan a causa de las lágrimas que hasta hace nada los inundaban, sino que ahora veo esa fuerza que tiene Collins, esa mirada, la misma que hay en Laura. Me abrazo a ella y por primera vez me lleno de esperanza, sé que todo va a ir bien, no nos vamos a rendir por nada del mundo.

—Gracias, Natalia.

—¿Por qué? —pregunto confusa.

—Por hacer lo que estás haciendo, por no dejarle solo...

—Jamás lo haría, por nada del mundo le dejaría solo... Como ya le he dicho, quiero a su hijo, con su cabezonería, sus enfados, sus mimos y sus sonrisas, lo voy a querer vaya en silla de ruedas o no —trago saliva y le miro a los ojos— Rosa, amo a John como no he amado a nadie.

Sonríe como puede, coge una de mis manos y la aprieta entre las suyas.

—Natalia... —susurra— aún no te conozco del todo pero no estoy ciega... Entre mi hijo y tú hay algo especial, único. Cuando hablas de él tus ojos brillan, como si miraras las estrellas...

—John me ha ayudado, al principio fue difícil, lo pasamos mal... Pero, Collins me está ayudando a superar algo.

—Me ha contado un poco de lo que te ocurre.

¿Collins le ha contado lo que pasó con Oscar? ¿Qué es lo que le habrá explicado? Si lo ha hecho es porque lo que tenemos le parece importante, ¿no? ¡Natalia! ¡Para ya!, me grita una mini yo interior. Sí, será mejor que deje de pensar tanto o acabará estallándome la cabeza.

—No sabes cómo lo pasó cuando estuvo en Cardiff... Te echaba tanto de menos.

—Me lo puedo imaginar.

Mi móvil empieza a sonar, me están llamando. Rebusco en el bolso, pero no lo veo, después de lo que a mí me parecen cinco minutos, lo encuentro. Era Lucia quien llamaba, se ha tenido que quedar Joel y Nadia en el *Jubilee*, desde que tuvimos el accidente no he vuelto a pisar la cafetería, y aunque lo eche de menos, ahora Collins es quien me necesita, ellos pueden apañárselas solos, por suerte.

—Llama, tranquila —me anima.

Asiento, tecleo el número de Lucia y le doy al icono de la llamada.

—Hola —le saludo cuando oigo que lo coge.

—Hola, preciosa —dice alegremente—. ¿Cómo está el estiradillo?

—Bien, mejor, Javier se lo ha llevado para hacerle unas pruebas.

—Me alegro de que vaya mejorando, si puedo me pasaré esta tarde al salir del trabajo, le diré a Joel si se quiere venir.

—Perfecto —le contesto con una sonrisa—, aquí os espero.

—Nos vemos luego, nena.

—Sí, dale un beso a Joel de mi parte.

No dice nada más, simplemente cuelga. Guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros, y miro a Rosa, quién observa unos pajarillos que no dejan de saltar de un lado a otro. Suelta una risilla, hasta que se da cuenta de que la observo.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, todo perfecto.

A ella casi no se le nota el deje inglés, como a Laura, a John y a Collins, ella parece distinta, más cálida, agradable... No es que ellos no lo sean, pero Rosa es dulce, sencilla, no es tan estirada ni rígida como lo son ellos.

—Era Lucia, mi mejor amiga, es como mi hermana... Estaba preocupada por el estado de Collins... —Me quedo pensando durante unos segundos y rectifico—. Quiero decir... John.

—¿Por qué le llamas Collins?

—Pues... Por qué siempre insiste en que le llame J.D y con tal de llevarle la contraria...

Suelta una carcajada y sonrío ampliamente. Me gusta verla así, aunque sea solo por un momento.

—Sois unos cabezones... —dice en voz baja.

—No lo sabes tú bien.

—Puedo llegar a imaginármelo.

La miro sonriente, no la conozco mucho pero hay algo en mí que me dice que es una buena mujer, sé que lo es. Por lo que veo adora a sus hijos, los quiere con locura, intenta cuidarlos tanto como puede, y se desvive por ellos, eso me demuestra cómo es.

—Gracias, de verdad.

—No me las des, en serio, no tienes por qué hacerlo.

Rosa me abraza con fuerza, y siento cómo su dolor mengua, cómo se desvanece poco a poco.

Cuando volvemos al hospital, John y Laura ya no están donde los dejamos, probablemente se hayan cansado de estar aquí los dos solos, no sé por qué pero creo que mucho no habrán hablado. La madre de Collins me mira, alzo los hombros, no tengo ni idea de adonde pueden haber ido. Subimos a la planta en la que está la habitación de Collins, y nos los encontramos esperando junto a su puerta, sin decir nada. Laura teclea algo en el móvil e inmediatamente suena el mío, ¿será un mensaje suyo? Al levantar la vista de la pantalla, se da cuenta de que nos estamos acercando. Haber estado hablando con Rosa ha sido reconfortante, esta mujer es todo un ejemplo a seguir, espero que algún día todo lo malo que está pasando se vuelva bueno y pueda disfrutar de nuevo de la vida como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Dónde estabais? He ido a buscaros.

—Hemos ido al parque de ahí abajo.

—Está bien —murmura sin mucha gana.

John padre tiene el ceño fruncido, parece molesto, está muy serio, más de lo que suele estar. Puede que hayan discutido o cualquier otra cosa. Supongo que es normal, todos estamos tensos, y por una cosa u otra saltamos o nos derrumbamos.

—¿Todo bien?

—Sí, claro —dice Laura poniendo los ojos en blanco.

Es más que evidente que ha pasado algo y que no está nada bien. Cojo aire y suspiro, espero que todo esto pase pronto. Veo como al final del pasillo aparece Javier, con su uniforme azul y el pelo re peinado hacia atrás, hacía tanto tiempo que no le veía... Desde que empezó todo. Entonces me doy cuenta de que no hay ni rastro de Collins. Abro los ojos como platos, entre molesta y sorprendida, ¿dónde demonios está? ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si ha empeorado?

—¿Y Collins? —Espeto antes de que llegue a donde nos encontramos.

Empiezo a andar en dirección a él, hasta que nos encontramos. No dejo que pase, me pongo en medio, hasta que no me diga donde está no dejaré que pase. Si le pedí que fuera él su enfermero era por algo, para saberlo todo, sin que nadie nos esconda nada, o que no sean cien por cien sinceros.

—¿Dónde está? —siseo.

—El doctor me ha pedido que le hagan una radiografía, ya se le ha hecho el TAC y le han sacado sangre —me explica—, tranquila.

—No puedo estar tranquila, Javier —susurro completamente afectada.

No sé por qué lo hace, pero Javier baja una de sus manos a las mías, y tira de mí, para poder abrazarme bien. ¿Qué hace? Yo solo quería saber dónde está Collins, pero no puedo evitar abrazarle con fuerza. Intento contener las lagrimillas que luchan por salir. Escucho como tras varios minutos alguien carraspea tras nuestra espalda. Me separo de él rápidamente, cuando lo hago veo a Collins en la silla de ruedas acompañado por Anna.

—¿Qué es lo que está pasando? —Gruñe entre dientes.

—Mi amor —musito con una amplia sonrisa.

—Déjate de tonterías —dice de mala manera, lo que hace que se me caiga el alma a los pies.

—No le hables así —le riñe su madre.

—Le hablaré como quiera.

—Oh, no... Eso sí que no —cojo aire y suspiro— John vuelve a hablarle así y te arrepentirás.

No permitiré que trate así a su madre, y mucho menos a mí. No soy de esas que se callan, que agachan las orejas y dejan que les hablen mal, él lo sabe perfectamente.

—¿Ah, sí? —Me reta.

—Sí, y mucho —le amenazo.

Entrecierro los ojos cuando le miro, estoy enfadada, vale que acaba de despertar y que se ha quedado inválido, pero no tiene por qué faltarle el respeto a nadie sobre

todo a su madre.

—Será mejor que me vaya.

Me acerco a Rosa y Laura, le doy un beso en la mejilla a cada una. Necesito despejarme y eso no lo puedo hacer estando aquí con él de morros.

—Hablamos luego.

Las chicas y Javier asienten, Collins por su parte se limita a mirar hacia otro lado como si no le importara nada. Frunzo el ceño, le lanzo una última mirada antes de darme media vuelta y marcharme. Con el paso ligero y firme voy en dirección al ascensor, le doy al botón, espero a que venga, pero entonces escucho como alguien me llama.

—Natalia, espera, por favor —escucho como me pide Javier.

Suspiro, estoy agobiada, cansada de toda esta saturación que llevo encima y sobre todo ahora que Collins está como está. Me agota esta situación, como se ha comportado, la tensión entre John y Laura, todo.

—¿Qué ocurre Javier? ¿Ha salido algo mal?

—Yo... Quiero que sepas que voy a cuidar de él todo lo que pueda y más, no dejaré que le pase nada.

—Gracias, Javier —digo con una leve sonrisa— espero que no te de la noche...

—No te preocupes, cualquier cosa te llamo.

—Muy bien.

Me acerco a él, le doy un beso en la mejilla, me abraza y tras separarnos, me meto en el ascensor. Apoyo mi espalda en una de sus paredes, le doy al botón para bajar a la última planta. Cojo aire, suspiro de nuevo, esto va a hacer que acabe volviéndome loca de remate, estoy segura. No puede ser bueno para la cabeza estar viviendo todo lo que estoy pasando yo. Tal vez sería bueno que llamara a Beth, desde que salí del hospital solo la he visto en par un de ocasiones, ha estado de vacaciones y solo me ha atendido a mí esos dos días como un favor, espero que vuelva pronto, porque necesito un poco de terapia. Al salir del ascensor, rebusco en el bolso las llaves de la moto, pero no las encuentro por ningún lado. ¿Dónde demonios se han escondido? Ahora mismo no tengo la paciencia suficiente como para ponerme a buscarlas detenidamente. Un fuerte golpe hace que caiga al suelo, ¡me cago en todo! Estoy enfadada, demasiado como para callarme. Alzo la mirada y entonces me doy cuenta de quién es, esa maldita *pelandrusca* rubia ha vuelto a aparecer.

—¿Es que no tienes ojos en la cara o qué? —espeto furiosa.

—Tal vez eres tú quien no tienes ojos en la cara —dice desde las alturas, ya que ella no se ha caído.

¡Será asquerosa! La miro de arriba a abajo, hago una mueca y me pongo en pie rápidamente. Le lanzo una de mis miradas, de esas que matan, ojalá funcionaran de verdad. Supongo que debe estar aquí para ver a Collins, espero que la trate igual de mal que nos ha tratado al resto, a ver si así se le van las tonterías. Al darse la vuelta para subir a su planta, le hago una zancadilla apenas imperceptible, pero que con esos

zapatos de aguja lo más seguro es que acabe cayendo de bruces y se coma el suelo. Eso hace, sus pies acaban tropezando entre sí, cae y al levantarse me mira, colérica, sus ojos brillan de la rabia. No puedo reprimirlo y acabo soltando una carcajada que suena por toda la sala. Me tapo la boca, alzo las cejas, le guiño un ojo y entonces es cuando me doy cuenta de que con el impacto se le ha caído una de las paletas.

—Vaya, que mala suerte —digo señalándome los dientes.

Doy media vuelta, y me marchó. ¡Qué bien me siento ahora! Mira que le tenía ganas, Julia no es más que una víbora en busca de un hombre más joven que ella y tan hermoso como los dioses olímpicos, y todo eso lo ha encontrado con Collins, porque por lo menos ella debe ser diez o veinte años mayor. No sé cómo no le da vergüenza, se comporta como una niña, aunque yo debo admitir que no me he quedado atrás, no iba a permitir que se fuera de rositas.

Nada más llegar a casa, dejo el casco y el bolso en el recibidor, voy hacia el sofá, y me dejo caer sobre este. Cierro los ojos, me paso las manos por la cara y suspiro, esto es lo único que puedo hacer ahora, intentar calmar este nerviosismo que llevo encima. Estoy tan agobiada que hasta me ha salido un tic en el parpado inferior de uno de mis ojos, y esto solo me pasa cuando estoy al límite. Suelto un bufido, ahora me siento mal, estoy triste, me duele haber dejado así a Collins, que se haya enfadado y me haya hablado mal, no puedo con ello... Le adoro, y desde que entró en coma solo he deseado que despertara y que estuviera bien, que mejorara, pero parece que solo la mala leche ha salido a flote. Me apena que Rosa esté pasando por esto, que tenga que soportarlo todo, porque es ella la que más está sufriendo, pero también sé que es fuerte y que no va a dejar que ninguno de ellos se rinda así como así. Cierro los ojos con fuerza, apoyo mi cabeza en el reposabrazos, y noto como mi cuerpo va volviéndose cada vez más pesado, se relaja hasta tal punto que me quedo totalmente dormida.

Mi teléfono empieza a sonar, la primera vez no le hago caso, dejo que siga ahí, quien sea ya llamará de nuevo. Cierro los ojos con más fuerza, hasta que parpadeo un par de veces, me paso las manos por la cara y el pelo me lo recojo. Me siento, miro hacia todos lados, estiro el brazo y cojo el móvil. Es Lucia, ella ha llamado las dos veces. ¿Qué hora es? Miro en la parte superior de la pantalla, las ocho y media. Seguro que debe estar en el hospital, se me había olvidado... Marco su número, me llevo el móvil a la oreja y espero a que conteste.

—¿Lucy? —pregunto cuando escucho que lo cogen.

—Nena... —susurra Collins al otro lado.

Abro los ojos como platos, ¿qué hace él con su teléfono? ¿Ha sido él quien ha llamado? No entiendo nada...

—¿Qué pasa? —digo intentando parecer dura, aunque no sé si lo consigo.

—Lo siento, cielo —espeta sin más, sin enrollarse.

—¿El qué?

—Haberte hablado mal, estaba confuso, enfadado por todo y verte ahí abrazando

a ese *enfermerucho* ha hecho de detonante...

—Eso no es una excusa, John... Yo no te he hecho nada para que me trates así, y menos tu madre.

—John... —Repite su nombre— es la primera vez que me has llamado John.

—Ni siquiera sabía que te llamabas así...

—Ya lo sé, culpa mía.

Suelto un soplido, y tanto que es culpa suya, nunca me dijo su nombre aunque tampoco me importó, iba a llamarle Collins igualmente.

—Y no hables así de Javier, se está portando muy bien contigo, me está haciendo un favor y tú se lo pagas así.

—Ya... —dice en voz baja.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? Me da tanta pena... No quiero que se enfade, no puedo estar enfadada con él, ahora menos que se ha disculpado.

—Te echo de menos —susurra.

—Y yo a ti.

—Ven a verme —me pide.

Mis ojos se llenan de lágrimas, un enorme vacío se crea en mi interior, ¿cómo voy a decirle que no? Si es como un pequeño cachorro al que no se le puede negar nada, pobrecito.

—Ahora iré, ¿necesitas algo?

—Solo a ti.

—Voy a darme una ducha para despejarme y voy para allí.

—Vale, cielo —murmura—. Te quiero, Natalia.

—Y yo a ti, Collins.

Nada más colgar dejo el móvil en la mesilla que hay frente al sofá, me levanto y escucho como mis tripas empiezan a sonar, pidiéndome algo de alimento. Voy a la cocina, abro la nevera y la miro, no sé qué comer. Saco jamón dulce, lechuga, y mayonesa, lo dejo todo sobre la encimera, cojo pan de molde, saco dos rebanadas, las pongo en un plato, echo mayonesa en ambas, luego lechuga y varias lonchas de jamón. Guardo las cosas en la nevera, cojo una servilleta y me siento de nuevo en el sofá. Tampoco puedo relajarme y estar mucho rato aquí sentada sin hacer nada, salvo comer. Le doy un buen mordisco, y siento como poco a poco va llenando mi estómago. Lo necesitaba, igual que la siesta, no se desde cuando llevo sin descansar bien, sin llevarme una buena comida a la boca, aún no lo he hecho, me alimento a base de cafés, bocadillos, pastas y algún que otro zumo, solo porque Laura, Rosa y Lucia están encima de mí, sino lo más probable es que habría acabado desfalleciendo. Cuando termino de comérmelo, desabrocho el botón de los pantalones, me deshago de la camiseta y el sujetador, hago una bola con la ropa, lo guardo todo en el cesto que hay en el baño y me meto en la ducha. Por suerte no tengo que lavarme el pelo, así iré más rápida.

Al salir apenas me seco, voy directa a la habitación, me pongo la ropa interior,

una camiseta básica de manga corta y mi peto vaquero. Cojo una chaquetilla fina, guardo el móvil en el bolso, cojo el casco y cuando voy a salir de casa me doy cuenta de que aún llevo las zapatillas de ir por casa puestas, últimamente me pasa bastante, no sé ni donde tengo la cabeza. Cierro la puerta, dejo las cosas en el recibidor y voy a mi habitación, me calzo las bambas, y me voy, ahora sí.

¿Cuánto he tardado en llegar? Miro el reloj, son las nueve, ¡récord! Creo que nunca antes había sido tan rápida. Aparco en el *parking* descubierto, con paso ligero entro en el hospital una vez más, demasiadas veces he venido ya, y las que me quedan, aunque espero que no sean muchas más. Aún en el recibidor, mi teléfono emite un pequeño sonido, me ha llegado un mensaje. Lo saco del bolso, cuando lo encuentro, veo que es Lucia quien me ha escrito.

—Joel ha quedado con Nadia, ¿vienes ya? Nosotros salimos ahora.

—Estoy entrando en el hospital.

Al levantar la vista de la pantalla, las puertas del ascensor se abren y salen ellos dos. Sonríó al verles, hay veces que solo ellos son capaces de hacerme feliz.

—Hola, nena —me saluda mi hermanita con una gran sonrisa.

—Hola —le digo cuando me abrazo a ella.

Al hacerlo me siento como en casa, como si me completara al cien por cien, como si fuera mi mitad, mi hogar. Tras separarme de ella, le doy dos besos a Joel y le abrazo. No hay mejores amigos que ellos.

—¿Cómo está? —pregunto—. Mejor, preocupado por ti, quería verte —me explica— se le ve arrepentido.

Ahora me siento mal por él, pobrecito mío.

—La verdad es que le he echado un *rapapolvillo*.

—¿Un *rapapolvillo*? —dice Joel alzando una de sus cejas rubias—, ¿eso ha sido solo un *rapapolvillo*?

Ambas soltamos una sonora carcajada y nos miramos entre nosotras.

—Se lo tenía merecido.

—Un poco —digo abrazándola de nuevo— será mejor que suba —le beso la mejilla y le guiño un ojo a Joel—, ir con cuidado con el coche, y avisadme cuando lleguéis.

—Sí —alarga la vocal y sonrío.

Sin decir nada más me meto en el ascensor. Tengo ganas de verle, de que me abrace, de besarle y decirle cuanto le he echado de menos. Voy tan rápida como puedo, intentando no chocarme con los enfermeros que van por el mismo pasillo. Pero entonces, todo mi cuerpo se queda paralizado bajo el marco de la puerta de la habitación de Collins, a causa de lo que ven mis ojos. Una enorme furia empieza a nacer en mi interior, ruge como un feroz león hambriento y con ansia de venganza, arde como el fuego del mismísimo infierno. Aprieto la mandíbula, cierro las manos en puños y cojo aire.

—¡Pero será zorra! —Grito—. ¡Barbie de mierda! ¡Apártate de él! —Le ordeno a

medida que avanzo.

Collins intenta sacársela de encima, pero ella se sujeta como la garrapata que es, hasta que la cojo del pelo y tiro de ella hasta que cae de culo al suelo. Suelto una carcajada, pero antes de que pueda darme cuenta y desde donde se encuentra me coge de la pierna, estira para que me caiga yo también, suelta un gruñido, me cojo a la barandilla y le doy un golpe con la rodilla en la boca. Un profundo quejido se escapa de su interior, y acaba cayendo de espalda. Miro a Collins, está algo asustado y molesto, pero no tanto como yo. Se abalanza sobre mí, haciendo que mi cabeza choque contra el suelo, y me tira del pelo. Veo como él estira el brazo pero no logra alcanzar el botón para llamar al enfermero.

—¡Ayuda! —Grita.

—La ayuda la va a necesitar ella, porque ni en su casa la van a reconocer —digo entre dientes.

Capítulo 3

La miro, confuso, ¿qué se supone que debo decir ahora? ¿Seré capaz de explicárselo? Después de la riña de esta mañana cualquier cosa puede hacer que todo salte por los aires, sobre todo tratándose de Natalia. Trago saliva, siento como su grisácea mirada se clava en la mía, juzgándome sin saber, sin darme la oportunidad para contárselo. Por suerte a Julia se la ha llevado una enfermera a otra habitación para poder curarla y ponerle puntos en la herida que le ha hecho Nati cuando le ha propinado el golpe con la rodilla.

—Natalia... Yo... —Intento decir, pero la veo tan enfadada que las palabras acaban agolpándose en mi boca sin atreverse a salir.

Me mira furiosa, si yo hubiera presenciado la misma escena a la inversa habría acabado destrozándole la cara o algo peor, no habría tenido piedad. Estando como estoy apenas puedo controlar este temperamento.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer —murmuro, al mismo tiempo que se pone en pie y camina de un lado a otro de la habitación.

—Natalia...

—Es que la voy a matar, como la pille fuera, te juro que la mato —ruge como una auténtica fiera.

Se sienta en el sillón que hay junto a la cama, se pasa las manos por la cabeza y por el pelo y sopla.

—Cielo... Lo siento, no sé cómo se le ha podido...

Resopla, me mira y entonces su rostro pasa del enfado a la decepción. Sus ojos tintinean, brillan a causa de la frustración.

—Ven aquí, gatita —digo dando dos golpecitos en el colchón.

Por extraño que parezca, hace caso a lo que le pido y se sienta junto a mí. Cojo una de sus manos y la aprieto contra mi pierna, no soy capaz de sentirla, es como si no hubiera nada... Pero ahora no es el momento de venirse abajo, tengo que calmar ese fuego que arde en su interior.

—Lo siento —susurra.

—¿Por qué?

—Por haberle pegado, ella... Bueno, es tu jefa, ahora podrías perder el trabajo por mi culpa —permanece en silencio durante un par de minutos— en realidad no lo siento, la habría machacado, la dejaría calva, sin ni un solo pelo —dice alzando la mano y juntando el dedo índice y el pulgar— ni uno —sisea.

—Ya está, mi pequeña fiera.

Le paso la mano por el pelo, la acerco a mi pecho y la abrazo con delicadeza, no sé en qué momento se le habrá ido la cabeza a Julia como para tener agallas de hacer algo así. ¡Podría ser su hijo!

—Deberías haberlo hecho, cielo.

—Esa mujer está loca —dice molesta— ya nos hemos encontrado antes y ha habido un problemilla.

—No sabes cuánto lo lamento.

—No es culpa tuya, has intentado pararla —dice en voz baja— si no lo hubieras hecho ahora estarían llevándome a la cárcel.

Me da un beso en la barbilla, y acaba por estirarse a un lado. Desvío la vista hasta la ventana, el cielo se ha vuelto gris, oscuro, parece que vaya a desplomarse sobre nosotros sin que nadie pueda hacer nada por remediarlo. Un rayo lo cruza, y al cabo de pocos segundos un poderoso trueno suena. Noto como mi pequeña da un respingo, y se encoge, resguardándose entre mis brazos. La miro atontado, es tan bella, tan delicada, adoro su mirada, el color tan especial que tienen sus ojos, esos que acaban deslumbrándome, ese suave pelo que me encanta acariciar y su tersa piel ligeramente bronceada. Cuando alza la vista y esta se encuentra con la mía, no puedo evitar sonreír.

—No me gustan las tormentas —me explica.

—Tan guerrera para unas cosas y tan miedica para otras...

Me lanza una de esas miradas suyas que matan y hace una mueca. Le doy un beso en la coronilla, paso mis manos por sus brazos y siento como sonrío contra mi pecho.

—Te he echado tanto de menos —repite.

Antes de que siga hablando escucho el repiqueo de unos tacones contra el duro y frío suelo del pasillo. Es ella, seguro. Así es, no tarda en aparecer bajo el marco de la puerta, se apoya en él y nos observa. Alza una de sus manos, se la pasa por su lacio cabello, hace una mueca, entonces habla.

—Vaya, vaya, la parejita feliz —murmura sin desviar la vista de nosotros— venía a disculparme.

Natalia, quién se ha quedado medio adormilada alza una de sus oscuras cejas. Vuelvo a acariciarle el brazo, recordándole que no pasará nada, que Julia no tiene nada que hacer conmigo.

—De verdad —dice en voz baja— siento mucho lo que ha ocurrido, no sé por qué lo he hecho... Yo... ¡Qué vergüenza! —Se tapa la cara con las manos, parece arrepentida.

—Da igual... —Le contesto.

—Natalia.

La mira, hace una mueca de asco y espera a que siga hablando a ver qué es lo que quiere de ella.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

—¿Quién?

—Tú y yo. —Le dice, señalándole con el dedo.

—Bueno...

Se levanta de la cama a regañadientes, enfurruñada, me mira y sin que ninguna de

las dos diga nada, salen al pasillo, cerrando la puerta para que no las escuche. Suspiro, ahora todo puede salir mal y saldrá si Julia dice algo que no debería. Solo espero que no acaben matándose entre ellas. Conozco a Nati, y con la tirria que le tiene, lo más seguro es que, si pudiera, acabaría con su vida sin pensárselo. Nunca antes la había visto así. Un horrible pinchazo atraviesa mi cabeza, haciendo que empiece a dolerme inmediatamente. Pongo ambas manos sobre mi sien, la masajeo e intento calmar el dolor. Dejo ir un soplido, esto no funciona, es más, acaba pasándose a mi cuello, haciendo que se tense. Alargo el brazo todo lo que puedo, casi no llego al botón, deberían tener el mando algo más cerca de la cama, sino es prácticamente imposible que el enfermo llegue a no ser que sea *Mr. Fantástico* y su cuerpo elástico. Cuando consigo darle, escucho como un pitido llena la habitación, eso llamará la atención de los enfermeros. Dos segundos después, la puerta se abre, tras ella aparecen Javier y Natalia.

—¿Qué te pasa? —pregunta él.

—Me duele mucho la cabeza —le explico sin apenas fuerza.

—Ajá —coge los informes, o lo que sea que haya en la carpeta— ahora te traigo algo, es normal.

Ella parece asustada, aunque su expresión se vuelve algo relajada al escuchar lo que ha dicho el enfermero.

—Gracias —le digo antes de que se vaya.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, solo es un poco de dolor de cabeza, tranquila, no creo que sea nada malo.

—Eso espero —murmura— porque solo nos faltaba eso...

—Pues sí...

Acabo de estirarme en la cama, ya que estaba un poco recostado para poder estar con ella. Se sienta en la butaca que hay a mi lado, coge una de mis manos y la resguarda entre las suyas. La miro, sonrío atontado, no sé qué hace esta mujer en mí, pero acaba volviéndome loco. La miro de reojo, me observa con detenimiento, pone una de sus manos sobre mi mejilla, hace que nuestros ojos se alineen y me besa apasionadamente.

—*Mi dulce locura* —susurra contra mi boca.

Le muerdo el labio inferior haciendo que un pequeño gemido se escape de su interior, este hace que mi corazón se acelere y un potente fulgor empiece a nacer en mí.

—Joder, nena... —Gruño.

Me da un besito en la mejilla y se separa de mí con una enorme sonrisa de oreja a oreja, satisfecha, alegre y atontada.

—¿Así te pondrás bien?

—Podemos seguir probando.

Ahora soy yo quien toma la iniciativa y la beso, una y otra vez, grabando su dulce sabor en mi memoria. Hasta que nos interrumpen, alguien carraspea tras ella, al

separarnos veo como Javier nos mira desde la puerta, incómodo.

—Lo siento —dice serio.

—Da igual, no pasa nada —le contesta, intentando quitarle hierro al asunto.

Entra con cuidado, Natalia vuelve a sentarse en la butaca y deja que Javier pase junto al gotero con una aguja, saca el líquido de un vial y con cuidado lo pone en la parte superior de la bolsa de suero.

—Esto te calmará.

—Gracias.

—De nada, solo hago mi trabajo.

Javier mira detenidamente a mi pequeña gata, parece apenado, ¿por qué? Debería estar feliz porque el novio de su amiga acaba de despertarse del coma y nada ha cambiado entre ellos, es más todo va sobre ruedas a pesar de algunos pequeños problemillas que acaban esfumándose. No sé cómo puede poner esa cara, me molesta el modo que tiene de mirarla, de abrazarla, todo... Debería partirle la cara, hacer que se arrepienta. Siento como mi corazón empieza a latir con fuerza, cada vez más deprisa, tanto que me da la sensación de que se va a salir del pecho en cualquier momento. La máquina que monitoriza mis latidos empieza a pitar de manera incontrolada, cierro los ojos con fuerza, la misma rabia que había sentido esta tarde al verlos abrazados vuelve a mí.

—Collins, ¿estás bien? —pregunta Natalia asustada.

—Sal fuera —digo en voz baja.

—No, no voy a irme.

Me coge la mano, la aprieta. Ahora mismo lo último que quiero es tenerlos a los dos aquí al lado.

—Natalia, por favor —le pido justo cuando empieza a llover— solo un momento —realmente necesito estar solo, tranquilo— tú también, Javier.

—John, estás teniendo una taquicardia.

—Lo que estoy teniendo es un puto ataque de nervios —digo alzando la voz, molesto—. Dejarme solo ahora mismo. —Gruño.

Nati hace una mueca de tristeza, veo como sus ojos se llenan de lágrimas, pero antes de irse me da un beso en la mejilla, coge el casco de la moto y su bolso, y sale de la habitación detrás de Javier. Dejo ir un profundo suspiro e intento calmar este malestar que llevo dentro. No entiendo muy bien la causa de este enfado, todo eso no debería importarme, pero por alguna razón lo hace, me importa demasiado como para no alterarme.

Varios días después vuelve a aparecer, disgustada. No la he visto desde que se fue aquella noche, me comporté como un auténtico idiota, y eso hizo que ni viniera a verme. Se me ha hecho eterno, por muy cursi que parezca, no he dejado de pensar en ella. Javier ha estado haciendo su trabajo como enfermero, pero no hemos cruzado más que dos palabras. Por una parte me entristece, porque aún no sabe cómo soy, no me he comportado como J.D Collins, sino como Estúpido Collins.

—Buenas tardes —dice en voz baja.

—Buenas tardes...

Estoy arrepentido de lo que pasó, pero parte de mi orgullo no me deja reconocerlo. Quiero volver a ser yo mismo, no puedo vivir toda mi vida en una silla de ruedas, no puedo pasarme el día deseando tenerla entre mis brazos, anhelando sus piernas alrededor de mi cintura... Esto no es más que una maldita condena.

—Te he traído un libro de los que te gustan —me explica al mismo tiempo que se sienta en la butaca que hay a mi lado y lo saca de la bolsa— vi en tu estantería que te gusta John Verdon.

—Sí, me encanta. —Le respondo con una sonrisa, probando a deshacer este helado ambiente que se interpone entre los dos—. Gracias.

—No hay de que, pensé que te iría bien.

—Sí, es perfecto.

Ojeo la portada, es oscura con el título, *Se lo que estás pensando*, en letras blancas y azules desgastadas con manchadas de sangre. Paso los dedos por encima de estas, entonces me doy cuenta de que están en relieve. Bonito detalle.

—Oye... Yo... —digo bajando la voz.

—Ya lo sé J.D, es algo normal, acabas de despertar de un coma, el doctor ya nos había dicho que podrías tener repentinos cambios de humor.

—Collins, no J.D, por favor —le ruego.

Antes no me gustaba que me llamara Collins, ese no soy yo, es mi padre, pero ahora no soporto que me llame de otra manera, es como si no fuera ella quien me hablara.

—Collins —repite con una difuminada sonrisa.

—Así mejor —digo contento— lo siento, Natalia, de verdad, no quiero excusarme... Aquel día no supe comportarme, fui un estúpido.

Se pone en pie, y empieza a pasar sus dedos por mi pelo, el cual ha crecido mucho desde aquella noche. Ahora los caen hacia todos lados sin ningún orden, despeinados. Pero no me importa, adoro sentir sus dedos entrelazándose con ellos.

—Ya tienes el pelo largo, ¿eh? —dice con una sonrisa, como si me hubiera leído la mente.

—Sí, demasiado, pero da igual ya iré al peluquero cuando salga.

—¿Confías en mí? —pregunta mirándome pícaramente.

—Claro que sí.

—Perfecto.

Su expresión pasa de pícara a perversa en cuestión de segundos. Saca unas tijeras, y un peine negro del bolso, lo deja todo sobre la cama y sonrío.

—¿Qué vas a hacer?

—Si me dejas, cortarte el pelo.

—Está loca —murmuro.

—Lo sé, pero te encanta. —Me guiña un ojo, da media vuelta y sube una enorme

bolsa negra a la butaca—. Y sí, estoy loca por ti, mi amor.

Cuando se vuelve, atrapa mi rostro entre sus manos, y empieza a besuquearme por todos lados, la frente, las mejillas, la nariz, los labios... Sonrío contra su boca, esta es mi Natalia, la que me hace perder la cabeza.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Me dejas?

—Solo un poco, ¿eh? Cómo me hagas un estropicio, te enterarás de lo que vale un peine.

—¿Ah, sí? —pregunta seductoramente.

—Sí, nena —le guiño un ojo y ella deja ir una risueña carcajada.

—Tal vez lo haga mal a caso hecho.

—Ni se te ocurra.

—¿O qué? —Me reta.

—Te castigaré.

Pone los brazos en jarras, da un paso hacia atrás, y me mira alzando una de sus oscuras cejas.

—¿Y eso como lo harás?

—Ya lo veremos...

Sin pronunciar ni una palabra más, abre la puerta y acaba desapareciendo tras esta. Me quedo mirándola durante unos segundos, y no tarda en aparecer de nuevo y con ella Javier, otra vez. Este hombre está hasta en la sopa, siempre que estamos juntos acaba viniendo. Soplo con fuerza, no puedo evitar sentir este enfado que me reconcome por dentro cada vez que le veo acercarse a ella.

—Bien, John —dice acercándose a los pies de la cama—, Nati me ha contado lo que quiere hacer, normalmente no está permitido, pero haré una excepción porque ella me lo ha pedido.

Lo miro de arriba a abajo, ¿qué hará una excepción? Ni que fuera suyo el hospital, o fuera el jefe, vaya superioridad se cree que tiene, no me gustan nada las personas así, no hacen más que crear problemas. Asiento, sin ni siquiera mirarle a la cara.

—Te pasaré a la silla de ruedas, así será más sencillo.

—Perfecto —dice alegre.

Javier me coge en brazos, a la vez que Natalia acerca la silla a la cama. Me deja en ella y entonces veo que en la bolsa negra había más cosas de las que creía. El enfermero se va, cerrando la puerta y dejándonos solos. Mi dulce locura sonrío, todo lo que estaba sintiendo por dentro se esfuma, y es en este precioso instante en el que me doy cuenta de que no debería haber accedido a lo que me pide.

—¿Preparado?

—Bueno...

Me da dos palmadas en el hombro y empieza a sacar todo lo que había traído en

la bolsa, lo deja sobre la cama. La miro asombrado, no sé cómo ha cabido todo ahí dentro, Laura dice que las mujeres tienen un don para ello, tal vez esté en lo cierto. Coge una de las toallas que ha doblado, la estira y me la coloca sobre los hombros.

—Será mejor que vayamos al baño.

No digo nada, simplemente la dejo hacer, no hay vuelta atrás. Pone el resto de toallas sobre mis piernas, mete de nuevo algunas cosas en la bolsa y me empuja hasta que llegamos al lavabo, el cual está dentro de la habitación. Lo deja todo sobre el váter, el lavabo y empieza. Por dios, que no me haga un desastre.

—Pero, cielo —le digo cuando veo caer el primer pelo—, ¿tú sabes cortar el pelo?

—Claro, se lo he cortado a Lucia y Joel, además, he visto videos en internet.

Miedo me da, a saber cómo les dejó la cabeza aquel día. Suspiro, ahora sí que ya no puedo decirle nada. Deja las tijerillas, coge la máquina, la enciende y empieza a cortar todo lo que sobresale del peine que usa como guía para no pasarse. Cierro los ojos, esto no puedo verlo. Cuando acaba con ambos lados, que son algo más cortos, sigue con el resto, con mi adorado tupé.

—Ve con cuidado —le ruego.

—Sí, sí, tranquilo.

No sé si debería estar tranquilo o no, yo solo espero que no me dé un ataque al corazón al ver que es lo que ha hecho.

Media hora después ya está todo hecho, y la verdad es que ha ido mejor de lo que pensaba. Por lo menos no parece que me haya cortado el pelo un burro a mordiscos, que solo me faltaba eso... Me da la vuelta, enciende el grifo, moja una toalla, me lo pasa por el pelo, para quitar aquellos que ha ido cortando y no han caído al suelo, aunque en realidad lo que acaba haciendo es empapármelo por completo. Echa un poco de jabón en su mano derecha, la restriega con la otra y empieza a masajearme la cabeza delicadamente, con cuidado. La aclara con la ayuda de un vaso de cristal que había sobre el lavabo, lo seca con una toalla, aunque solo un poco, lo suficiente como para que no gotee y el suelo acabe empapándose, al igual que mi camiseta.

—Bueno, ¿qué?

—No está mal —digo pasándome la mano por el húmedo tupé.

De la bolsa saca un secador con un accesorio plano en la punta, como el que utilizo yo, o mejor dicho utilizaba, ya que ahora poco podré hacer, por suerte tengo a Natalia conmigo, y aunque tengamos nuestros mases y nuestros menos, seguimos unidos, espero que por mucho tiempo más. La observo a través del espejo, es tan bella, tan única y perfecta en su imperfección... Comienza a peinarme a la vez que lo seca, veo como saca la lengua, como si fuera una niña pequeña que se esfuerza por hacer bien la faena que le han mandado. No puedo evitar sonreír como un bobo, adoro a esta mujer.

—¿Cómo te ha ido el día? —Le pregunto.

—Bien, esta mañana he estado en el *Jubilee* con Joel, al tanto por si Javier me

llamaba, luego he ido a casa, he comido, he descansado un rato y nada, aquí estamos.

Ahora es ella quién esboza una de sus blancas y hermosas sonrisas. En el momento en el que se da cuenta de que ya está prácticamente seco, pone un poco de gomina en sus dedos, y la esparce, peinando el pelo, tras eso, lo seca otro poco para que los mechones queden cada uno en el sitio que les corresponde.

—Gracias.

—De nada, es divertido, además, no ha quedado nada mal —dice satisfecha de su trabajo.

—Sí, ha quedado bastante bien.

Para que no tenga que empujarme ella, y no estar en medio, me pongo a un lado, casi fuera del baño. Hará falta una escoba y un recogedor, esto no puede quedarse así, me gusta demasiado el orden como para que este todo el pelo esparcido por el suelo.

—Ahora vengo.

—Vale.

Salgo de allí, pero no llego muy lejos ya que Natalia reacciona ante lo que he dicho.

—¿A dónde vas a ir tú?

—A por algo con lo que recoger eso —señalo lo que ha caído. Veo como frunce el ceño, molesta.

—¡Sí hombre! Claro que sí, y si quieres también te traigo unas pelotas para que hagas malabares, solo te faltaba.

Lo que acaba de decir, me molesta, vale que no estoy como antes, ni puedo hacer las mismas cosas, pero no soy un pelele que no sirve para nada. No puedo contener la rabia y el enfado, por lo que le doy un buen golpe a la puerta del baño. Me acerco a la cama, apoyo las manos en ella e intento subirme. ¡Malditas piernas! No son más que un estorbo, si no me van a servir para nada no sé para qué las tengo.

—¡John! —grita Natalia asustada cuando me ve— ¡es que te has vuelto loco! ¿O qué?

Me coge por la cintura y acaba ayudándome a subir en la cama. Coloco bien las piernas, intento recostarme, estoy muy enfadado, no me puedo creer lo que ha dicho, debería darle vergüenza.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupada.

—Nada.

No quiero hablar, no quiero contestarle mal, aunque esté así por su culpa. Debería tener más tacto a la hora de decir las cosas, tendría que pensarlo mejor, no puede ser que diga eso y se quede tan tranquila.

—Collins, por el amor de dios —susurra.

—Natalia, por favor —le pido.

—Voy a recoger eso.

Sale de la habitación dando un portazo que hace que los cristales retumben. Inspiro y expiro varias veces intentando calmarme. El enfado que tengo ahora encima

es tan grande como una catedral. Cierro los ojos con fuerza y espero a que vuelva. Aunque tarda más de lo que pensaba. Entra con una escoba y un recogedor, sin decir nada se mete en el baño directamente.

—Natalia, joder... —murmuro.

Asoma la cabeza, pone los ojos en blanco, suelta un soplido y sigue a lo suyo. Me ha dolido lo que ha dicho, pero algo me dice que no lo ha hecho con mala intención, no es capaz de pensar antes de hablar. Cuando termina de recogerlo, sale, deja lo que ha utilizado junto a la puerta y se sienta en la butaca, a mi lado.

—¿Vas a decirme ya qué demonios te pasa?

—Sí...

—A ver, dime.

—Me jode lo que has dicho, me ha molestado y mucho.

—¿El qué?

—Lo de las bolas de malabares.

Durante unos segundos permanece callada, pensativa, su expresión pasa de neutra a cabizbaja, ahora ya sabe de qué estoy hablando. Suelta un bufido que parece deshincharla poco a poco.

—No quería hacerte daño, Collins —me explica— pero entiende que no puedes hacer lo mismo que antes, por lo menos aún —dice entristecida— pero estoy segura de que todo mejorará cuando empieces la rehabilitación.

—Eso espero —murmuro— el hecho de no poder hacer las cosas como antes hace que me frustre, me sienta impotente...

—Yo estaría tirándome de los pelos.

—Pues seguramente.

Suelta una carcajada, sonrío, pero poco después hace una mueca de tristeza.

—Lo siento, de verdad.

Cojo aire suspiro y la observo, aunque me haya hecho daño no puedo evitar que el enfado se desvanezca cuando mis ojos se cruzan con los suyos.

—Da igual —susurro— pero piensa un poco las cosas antes de decir algo así.

—Sí —dice alargando la vocal.

—Anda, ven.

Me muevo hacia un lado de la cama, para echar las piernas hacia ese lado las cojo y las coloco alineadas con el resto de mi cuerpo, así ella puede tumbarse aquí conmigo.

—He oído que esta tarde va a llover.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bueno... Estando aquí dentro poco importa si llueve o no.

—Eso sí...

Se echa en la cama, apoya su cabecita sobre mi pecho, le paso las manos por su suave pelo, estira el brazo y me abraza. Le doy un beso en la coronilla, vuelvo a

acariciarla, me encanta.

—Lo siento —repite, me da un beso en el pecho— te quiero, John.

—No me llames John —le pido.

—¿Por qué? —pregunta extrañada.

—John solo me llaman mis padres.

—Antes solo querías que te llamara J.D, no Collins.

—Ahora Collins, solo tú, nadie más.

Sonríe contenta. El hacha de guerra está más que enterrada, esto solo puede ir a mejor, porque a peor ya sería la gota que colmara el vaso. Después de todo lo que hemos pasado, si esta racha siguiera así lo más seguro es que esto acabaría destrozándonos por completo.

—Te quiero —alza la cabeza, me besa la barbilla y yo a ella en la frente.

—Y yo a ti, cielo.

—No sabes cuánto he anhelado esto —acaricia mi pecho a través de la camiseta.

Desabrocha los tres botones superiores con cuidado, cuela sus delgados y delicados dedos entre la tela y mi piel, la acaricia con mimo, haciendo que todo el vello de mí cuerpo se erice.

—Quédate conmigo —le pido.

Hay veces que por mucho que me enfade, que quiera echarlo todo por el suelo, no puedo hacerlo, porque la necesito conmigo, siempre a mi lado para calmar la rabia que arde con fuerza en mi interior. Acaricio su brazo desnudo, haciendo pequeños círculos.

—Me quedaré —promete.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte.

—Nunca más voy a dejarte, J.D Collins, por nada del mundo volveré a alejarme de ti... Nunca, ¿me oyes?

—Nunca —repito.

La abrazo con fuerza, cierro los ojos, cojo aire, al hacerlo me llevo conmigo su dulce aroma a coco, tan único como ella. Por fin estoy tranquilo, relajado, en un estado en el que solo puedo estar con ella. Pero entonces, siento como el dolor cruza mi pecho haciendo que contenga la respiración. Un leve quejido sale de mí, me falta el aire, apenas puedo respirar. Natalia se levanta de un salto y empieza a pulsar el botón repetitivamente. Desesperada, abre la puerta y sale corriendo. Con las manos me aprieto el pecho, intentando calmar el dolor, cojo aire por la nariz, pero a medida que mis pulmones se van llenando el dolor se vuelve más intenso y penetrante.

—¡Joder! ¡Qué alguien le ayude! —Grita.

Siento como mi cuerpo se vuelve pesado, la cabeza empieza a darme vueltas, alzo una de las manos pero no tengo fuerza ni para eso, haciendo que caiga y rebote contra la cama.

—Collins, Collins —repite una y otra vez, afligida.

Alzo la vista, no logro enfocar bien su rostro, pero veo como sus ojos brillan, llenos de lágrimas.

—Mi amor...

Capítulo 4

4 meses más tardes

Parpadeo varias veces, adormilada. ¿Qué hora es? Me paso las manos por la cara, abro los ojos y veo como la luz se cuelga por la persiana mal cerrada, no sé cómo lo hago pero siempre acaba quedándose entreabierta. Algo ilumina el techo de la habitación, entonces una musiquilla empieza a sonar, es mi teléfono, la alarma me avisa de que es hora de levantarse. Bostezo, me tapo la boca con la mano y me quedo con la mirada fija en el techo mientras el móvil sigue sonando. Me siento sobre la cama, con las piernas cruzadas entre ellas, y con la manta aun tapándome. Le echo tanto de menos... No tenerle aquí hace que me sienta vacía, como si parte de mí no estuviera conmigo, necesito volver a sentir su piel contra la mía, sus labios recorriendo mi piel como solían hacerlo... Le necesito a él.

Estiro el brazo hasta que mis dedos llegan a rozar el móvil, lo cojo, apago la alarma y miro la hora. ¿Por qué puñetas está sonando la alarma? ¡Hoy me toca descansar! Ayer se me olvidó apagarla, debería tenerla programada solo para los días de entre semana. Son las ocho de la mañana, aún puedo dormir un poquito más. Me vuelvo a estirar, tiro de la manta, y prácticamente me escondo bajo ella. Cierro los ojos, cojo aire e intento relajarme del todo, pero no puedo, mi cabeza no deja de pensar en cientos de cosas. Doy media vuelta hacia el otro lado, me pongo boca arriba, luego boca abajo y al otro lado, es imposible desconectar. Me siento de nuevo, enciendo la pantalla, conecto los datos, y empiezan a llegarme demasiados mensajes al *WhatsApp* como para que mi pequeño pueda resistirlo. Se queda bloqueado, no responde a ninguna orden que le doy. Me pone de los nervios, no sirve para nada, algún día acabaré tirándolo contra la pared. Inspiro, expiro, una y otra vez hasta que veo que la pantalla se enciende sola. Lo desbloqueo y en la parte superior hay un montón de iconos que si pudieran acabarían amontonándose uno encima de otro por falta de sitio. Abro la aplicación, el primer mensaje con el que me encuentro es suyo. Sonrío, como una tonta enamorada, este hombre me vuelve completamente loca, no puedo evitarlo.

—Sé que aún es de noche, pero necesitaba enviarte este mensaje.

—Tiene razón, cuando lo envié era las dos de la madrugada.

Esto de estar separados no nos hace bien, acabaremos sufriendo insomnio o perderemos la cabeza.

—Quiero que tu primera sonrisa de hoy sea conmigo, aunque no podamos estar juntos aún, sigue existiendo el WhatsApp, ¡vaya maravilla! Podemos hablar durante horas como si estuviéramos juntos, como si nada nos separara. Había pensado en que tal vez podíamos ir a dar un paseo, quiero llevarte a un sitio precioso. Pero el doctor no me deja, dice que tengo que estar en rehabilitación toda la mañana para acabar de andar.

Hago una mueca, pobrecito mi niño, echo de menos nuestra antigua vida, el poder estar juntos cuando queríamos, verle entrar en el Jubilee cada dos por tres... Maldita la hora en la que dije de ir a cenar a aquel restaurante.

—No pasa nada, cielo, ya iremos cuando estés bien del todo.

Está haciendo un gran trabajo, se está esforzando mucho para seguir adelante, los doctores del hospital están asombrados ante la mejora que está teniendo. Collins no puede estar para siempre en una silla de ruedas, sentado sin hacer nada, sin sentirse útil, entre eso y que es un cabezota es imposible que no acabe corriendo en menos de un mes. Sonríó al imaginarlo, tengo ganas de que llegue ese momento. Subo un poco, hasta los primeros mensajes que no había visto, y sigo leyendo lo que me ha escrito.

—Me gustaría que cenáramos esta noche en mi casa, ya que no puedo llevarte allí, aunque sea cenamos juntos, ¿qué te parece? Me ha dicho Laura que mañana se pasará a verte por la cafetería —pone una cara sonriente— espero que aunque sea te haya sacado una sonrisa, mi dulce y eterna locura, te quiero.

—Me parece perfecto, iré pronto, así te ayudo a lo que sea —ahora soy yo quien le pone un smile— cuando llegue al Jubilee, te digo algo. Te quiero, J.D Collins.

Cuando termino de leer lo que me ha escrito, salgo de la cama, coloco bien la sábana y las mantas para que quede todo un poco más ordenado y salgo al comedor. Estiro los brazos y las piernas, como si fuera un gato, eso de levantarse un poco más tarde de lo normal es una gozada, el rotar los turnos es lo mejor que hemos podido hacer. Siempre hay dos que descansan un poco más que el resto, aunque hoy me toque quedarme en casa por la mañana y trabajar por la tarde, me pasará a ver si necesitan ayuda, así repasaré el almacén y prepararé las pastas para esta tarde. Me recojo el pelo en un moño mal hecho, últimamente me está creciendo demasiado deprisa. Entro en el baño, dejo la toalla sobre el váter, me meto en la ducha y abro el grifo. Es lo mejor para despertarse. Cojo un poco de agua con las manos y me las llevo a la cara. Cuando noto que ya estoy completamente empapada, cierro el grifo, me echo un poco de gel en la esponja y empiezo a enjabonarme. Me encanta el olor a coco que llena el baño y que cubre mi piel cada vez que me doy una ducha. Tras

aclararme, me enrolló en mi toalla, cojo otra con la que me seco las piernas, me pongo las zapatillas y salgo. Voy directa a la cocina, enciendo la cafetera, saco el café y el azúcar mientras se acaba de calentar aprovecho para ir a la habitación. Me quito la toalla, la dejo sobre la cama, abro el primer cajón del *sinfonier*, rebusco un buen conjunto de ropa interior, encuentro uno de mis favoritos, es granate y lleva un poco de encaje blanco, ¡es completamente adorable! Adoro el armario, me pongo una camiseta enorme de *Nirvana*, saco un vestido abrigado de color negro con la parte inferior de un color muy parecido al de la ropa interior, lo estiro encima de la cama y voy a la cocina. Mis tripas empiezan a sonar, ¡qué hambre! Saco dos rebanadas de pan, las meto en la tostadora y mientras me pongo a hacer el café. Su peculiar aroma llena el salón, me encanta. El teléfono empieza a sonar, por lo que salgo corriendo hacia la habitación, es Lucia quién me llama. Me siento en la cama, junto al vestido, y lo cojo.

—No puedes vivir sin mí, ¿eh?

—¡Oh, me has pillado! —dice dramáticamente— es verdad, sin ti, mi vida estaría vacía, no valdría nada...

Dejo ir una sonora carcajada, esta mujer está como una cabra. Yo si qué no sé qué haría si no la tuviera a ella.

—¡Anda, anda! No seas exagerada —espeto.

—No lo soy, amor mío —dice seria—. Buenos días, pichoncito —su voz cambia y se vuelve melosa—, dime.

No puedo evitar echarme a reír como una boba, Lucía puede conmigo, ¿desde cuándo me llama pichoncito? Intento aguantarme la risa y carraspeo.

—Me has llamado tú, ¿qué querías?

—Mira que eres rancia por las mañanas, nena —gruñe— pero igualmente te quiero, que lo sepas, siempre.

—Dime, va.

—¿Qué haces?

—Voy a desayunar, que he acabado de ducharme ahora.

Escucho como ronronea al otro lado del teléfono, ríe y le dice algo a alguien que no soy yo, ¡ya podría hacerme un poco de caso!

—Lucia —le llamo.

No dice nada, creo que ni siquiera me ha escuchado. No sé para qué me llama, debería estar trabajando y no hablando por el móvil.

—¡Lucia! —Alzo la voz.

—Dime, dime.

—¿Para qué me llamas?

—Solo quería saber qué hacías —me explica, entonces baja la voz—. ¿A que no sabes quién está aquí?

—¿Quién?

—Robert, ha vuelto a venir y no deja de preguntar por ti.

¿Robert? ¿Otra vez? Escucho como la tostadora salta, ¡mierda! ¡El pan! Salgo corriendo hacia la cocina, aún con el móvil en la mano.

—Oye, luego nos vemos.

—Pero Robert dice...

No espero a que termine de hablar, y acabo colgando, lo dejo sobre la encimera, saco las rebanadas de pan calcinadas, las dejo en un plato y las observo, se han quedado completamente negras. Cojo dos trozos más, los meto en la tostadora y esta vez vigilo que no acaben convirtiéndose en carbón. Mientras, abro la nevera, saco la mantequilla, la mermelada, un cuchillo y una cuchara, lo dejo todo sobre la mesita que hay frente a la televisión, la enciendo y vuelvo a la cocina. Coloco bien la taza bajo el chorrito por donde cae el café, cuando deja de salir, echo unas cuantas cucharadas de azúcar. Necesito acabar de despertarme o seré un *zombie* durante todo el día. Me pongo un poco de leche en la misma taza y lo remuevo bien, me siento en el sofá y unto las tostadas. Le doy un largo sorbo, ¡qué calentito! Estos días está haciendo un poco más de frío que normalmente, pero con la calefacción apenas se nota.

Me pongo la bufanda, la chaqueta, los guantes, cojo el casco y el bolso, cierro la puerta con llave, es hora de ir al *Jubilee*. Por suerte, no son más de las diez por lo que llegaré en el momento en el que necesiten más ayuda, seguramente. Cuando salgo de la portería, me encuentro a Robert esperando en el banco de en frente, ¿qué hace aquí? Va vestido con unos pantalones tejanos oscuros, algo desgastados, no le quedan muy anchos ni muy ajustados, simplemente perfectos. Los lleva sujetos con un cinturón de cuero negro con una hebilla bastante brillante. En la parte superior se ha puesto una camiseta negra, con el cuello redondo y una sudadera de color granate oscura. Se ha recogido el pelo, el cual parece haberle crecido mucho, en un moño, me observa desde la distancia boquiabierto, le saludo con la mano. Ahora mismo no tengo ganas de hablar con él, solo quiero pensar en muchas cosas y no entretenerme, pero entonces veo como se acerca a mí a paso ligero a la vez que yo me encamino hacia el *parking*.

—Natalia, espera.

Cojo aire, suspiro, me paso las manos por el pelo, me detengo en seco y doy media vuelta. Acaba llegando a donde estoy, sonrío deleitándome con esos bellos y blancos dientes, coloca una mano sobre mi hombro derecho, tira un poco de mí, me abraza y sin decir nada simplemente lo hace.

—Natalia... —susurra.

—Robert.

—¿Cómo estás? —dice cuando se separa de mí.

—Bien, estoy bien.

—Dime que tomarás un café conmigo el jueves que viene.

Trago saliva, ¿qué se supone que debería decirle ahora? ¿Qué no? ¡Claro, qué no! No voy a ir a tomar nada con él, pero, ¿por qué no? No sé qué hacer, bajo la mirada,

me siento intimidada, algo en este hombre hace que sienta curiosidad por él, es cómo un extraño magnetismo que me pide que quede con él.

—Bueno yo... —susurro.

—Natalia, por favor, no he sabido nada de ti desde hace meses... —dice en voz baja— he estado preocupado por ti, no has dado señales de vida. —Admite— por favor. —Acaba rogándome.

—Vale... Acepto.

Vuelvo a suspirar, no entiendo por qué lo he hecho, pero ha acabado consiguiendo lo que quería. Cierro los ojos, cuando los abro, siento como su suave mano se coloca sobre mi mejilla y hace que alce la vista.

—¿De verdad que estás bien?

—Qué sí, estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí, Robert, tengo que irme —digo apresurada—. Lo siento.

Antes de que pueda escaparme, me coge por la muñeca, tira de mí y me da un largo beso en la mejilla. Todo el vello de mi cuerpo se eriza, y me recorre un escalofrío, siento como mis mejillas se enrojecen. Sin decir nada más, me doy la vuelta y me marcho, no puedo quedarme aquí pasmada todo el día y mucho menos con él.

Aparco la moto donde siempre, justo delante del *Jubilee*, le pongo el seguro para que nadie pueda hacer nada, me cuelgo el casco del brazo y entro en la cafetería. Adoro el olor que hay aquí dentro, cruasanes, chocolate, café... Veo como Lucia me mira tras la barra con una buena sonrisa mientras acaba de comerse un cruasán. Al final tendremos que ponerle un candado a la puerta del almacén y de la cocina o acabará por comérselo todo.

—Buenos días, preciosa —me dice sin apartar la mirada y aún con la boca llena.

—Ya podrías acabar de comerte eso antes de decirme nada —digo diciendo que no con la cabeza una y otra vez.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro con la atenta mirada de Joel, se ha quedado pasmado, hace unos días que no nos vemos, apenas hemos coincidido trabajando los últimos días, por no decir las últimas semanas. Sonrío, tenía ganas de verle, esto de pasar de estar siempre con él a apenas verle es duro.

—Joey —digo alegremente.

—Natalia... —susurra él.

Me acerco a donde se encuentra, y me abrazo a él. Se queda quieto, no dice ni hace nada, ¿qué demonios le ocurre? Desde el accidente todo ha sido diferente, se ha comportado como si no nos conociéramos, hola y adiós, y poco más. No lo entiendo, no entiendo nada... ¿Qué es lo que ha cambiado entre nosotros para que se comporte así? Le separo de mí, clavo mis ojos en los suyos pero no veo nada, no encuentro ese brillo que había antes, solo hay hielo.

—¿Estás bien? —Le pregunto preocupada.

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo? —murmura en un tono que me parece extraño.

—No lo sé, tú sabrás —espeto— algo te pasa, y no quieres contármelo, pero bueno... Cómo quieras.

Molesta, doy la vuelta, le lanzo una mirada a mi amiga y entro en la cocina. Voy al cuartillo, guardo el casco, me quito la chaqueta, el bolso, la bufanda y los guantes, ¡qué calor hace aquí dentro! Cojo mi delantal, me lo pongo, miro cómo van los cruasanes que hay en el horno y me doy cuenta de que no son cruasanes lo que huelo sino pequeñas tartas de manzana hechas con hojaldre. Tienen muy buena pinta, ¿habrá sido Lucia? Me asomo a la sala, la veo atendiendo a unos clientes mientras Joel le prepara lo que han pedido en otras, tras eso, sirve lo que ha preparado, lo que aprovecho para hacer que mi amiga entre conmigo.

—¿Esto lo has hecho tú? —Le pregunto seriamente.

—Yo...

—¿Lucia?

—No, no he sido yo, ha sido Joel, le apetecía hacer algo nuevo, practicó en casa y bueno, le he dejado que los haga hoy para probar.

—Está bien —murmuro mirando como los pequeños rectángulos de hojaldre van subiendo poco a poco.

Asiente, sin apartar la mirada de mí.

—Robert me ha dicho que iría a verte.

—¿A verme? ¡Se ha presentado frente a la portería! —digo alzando la voz—. ¡Ya podrías haberme avisado!

—¿De verdad?

—¡Sí! ¡Estaba ahí!

—No me lo puedo creer... —susurra— a ese hombre le gustas más de lo que creía.

—¿Qué has dicho?

¿Le gusto más de lo que ella creía? Madre mía... Esto se está yendo de madre. Robert no es más que mi entrenador personal, o por lo menos lo era antes del accidente, desde entonces no he vuelto a ir. Como ha dicho él, no nos hemos vuelto a ver.

—Le gustas, Nati, lo veo a leguas.

—Anda, cállate —digo alargando la tercera vocal y dándole un golpecito en el brazo a mi hermana.

—Pero...

—¡Shh! ¡Chitón!

Saco de la nevera unas cuantas láminas más de hojaldre, el chocolate, dos cazos de acero inoxidable, lleno el más bajo de estos y lo lleno de agua, para poder deshacer el chocolate en onzas. Lo pongo al fuego con el otro dentro hasta que no se caliente lo suficiente no se deshará, pero igualmente lo echo. Mientras, cojo una de

las bandejas más grandes que tenemos para meterlas en el horno, abro las masas, las estiro sobre la bandeja, marco la forma que van a tener los cruasanes, voy a buscar el almíbar que utilizamos para darle el dulzor a los que no van rellenos, con un pequeño pincel de silicona empiezo a pintar las piezas. Con mucho cuidado e intentando que queden prácticamente perfectas, voy enroscando los triángulos hasta que tengo la forma que quiero, los curvo por los lados, remuevo el chocolate que va volviéndose líquido, saco una cuchara y empiezo a rellenar los trozos que tenía marcados, termino el chocolate, los corto y hago lo mismo que antes. Coloco todos los cruasanes en fila, todavía queda un buen trozo de bandeja libre, por lo que haré unos cuantos más. Intento no pensar en ello pero Robert no deja de aparecer en mi mente, ¿por qué? Mire a donde mire recuerdo sus profundos y oscuros ojos que me desarman.

—Joder... —murmuro.

¿Por qué ese hombre tiene que ser tan... tan...? ¡Ni yo misma lo sé! Ni siquiera debería de haber hablado con él, ni quedar con él ni pensar en él... ¡No puede ser! Suelto un soplido. Voy al cuartillo, saco el móvil, desbloqueo la pantalla, y me pongo a buscar en la agenda, pero entonces me doy cuenta de que no tengo su número. No voy a tomar café con Robert, ¡no!

—¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Doy un golpe en la mesa de metal, enfadada. Será mejor que deje de pensar en ello o esto irá a peor.

—¿Nati? —pregunta Joel, quién parece haber escuchado el golpe—. ¿Estás bien?

—Sí... —murmuro— no...

Se acerca a donde me encuentro, y me abraza con dulzura, con mimo, cuidándose como el gran amigo que es. Suelto un suspiro, y me abrazo a él con fuerza, ahora no puedo venirme abajo, tengo que seguir, por mí, por Collins, por el *Jubilee*...

—Tranquila, pequeña —dice dándome beso en la coronilla—. Ya está, ¿vale?

Asiento contra su pecho, intento tranquilizarme y que este enfado que tengo dentro acabe desapareciendo.

—Gracias, Joel.

—De nada, cielo.

Da media vuelta y vuelve a la sala, para seguir atendiendo a los clientes que esperan. ¿Me acaba de llamar cielo? Madre mía... Todo esto se está volviendo cada vez más confuso, Collins bipolar, Robert y su profunda mirada, Joel y su dulzura... Al final voy a ser yo quién acabe volviéndose loca.

Cinco minutos después, miro el horno de nuevo, y veo que las pastas ya se han acabado de hacer, las tartitas de manzana se han dorado, tienen una pinta irresistible. Las saco del horno, dejo la bandeja encima de la mesa de metal, cojo una de las bandejas que usamos para poner los cruasanes, y empiezo a colocarlas en el plato. Pero, entonces me acuerdo de que tengo que meter el resto, así que, abro de nuevo la puerta, y coloco la nueva bandeja en su sitio. ¡Listo!

—¡Lucia! —Llamo a mi amiga a la vez que asomo la cabeza por el marco de la puerta.

—Dime, pequeña.

—¿Necesitáis más pastas?

—Más de todo, no damos abasto, acaba de colocar eso y ven a echarnos una mano, por favor...

—Ahora voy.

Han tenido suerte de que he venido antes de lo que debería, sino ahora estarían medio ahogados, sin nada que servir a los clientes para que comieran, y hasta arriba de trabajo. Pongo todas las tartitas en la bandeja, me coloco bien el delantal, guardo la libretilla y el bolígrafo en el bolsillo.

Nada más salir a la sala, cojo una bandeja y empiezo a recoger todas las tazas, platos y vasos que encuentro en las mesas vacías. Hay gente esperando para entrar en la sala normal, es lo que suele pasar un buen día a media mañana, esto acaba llenándose y eso que no es más que una cafetera, para ellos cafetería. Paso un trapo por encima de las mesas que acabo de limpiar, las seco, y les lanzo una mirada a una pareja que espera para desayunar.

—Buenos días —digo con una sonrisa—. Ya pueden pasar a aquella mesa de allí.

Dejo la bandeja en la barra, cojo otra y mientras Lucia va vaciándola y preparando lo que Joel le pide, yo voy a seguir limpiando mesas.

—Señores, ¿puedo retirarlo ya? —pregunto al ver unas tazas vacías.

—Sí, por favor —dice el hombre más mayor—. Muchas gracias.

Pongo las tazas y los platillos en la bandeja, una cucharilla cae al suelo, cuando me agacho a recogerla, me doy cuenta de que el mismo hombre que me ha dicho que recogiera lo que había en su mesa no deja de mirarme el culo. Aprieto la mandíbula, y cuando me acabo de erguir, me doy media vuelta para mirarle.

—¿Quién se cree usted para mirarme el culo? —digo de mala manera.

—¿Perdona?

—Le he visto, le he pillado mirándome el culo.

Joel me agarra del brazo, tira un poco de mí, cuando nuestros ojos se encuentran, noto algo distinto en ellos. Me pide que me calme. Lo que ha hecho este hombre es de ser un sinvergüenza, y si por mí fuera ahora mismo haría que se arrepintiera. Suelto un soplido, me voy a seguir con lo mío, mientras veo como él acaba de hablar con los hombres, quienes no tardan en irse, pagando, eso sí.

Unas horas después y antes de que empiece mi turno aparece Laura, con una de sus mejores sonrisas dibujada en los labios, y un par de bolsas en las manos. Se sienta en la barra, y espera a que termine de atender a unas chicas que han venido a tomar algo antes de ir a comer.

—Buenos días, cuñi —dice Laura.

—O tardes, ya... —digo algo disgustada— ya no sé ni qué hora es, tengo la cabeza como un bombo...

—¿Y eso?

—Esta mañana hemos tenido mucha, mucha, mucha faena.

—Pues yo os he traído la comida —alza las bolsas y añade una sonrisa.

—¿De verdad? —murmuro aliviada.

—Sí, claro, he pensado que os iría bien un descansillo.

Suspiro, ¡adoro a esta mujer! Entro en el cuartillo, me quito el delantal, y me paso las manos por la cara, la verdad es que sí que necesito un buen descanso o acabaré petando. No he podido hacer nada, ni ordenar el almacén, ni hacer inventario... ¡Buf! ¡Demasiada saturación por hoy!

—Lucy, Laura nos ha traído la comida, empezamos nosotras y, ¿luego venís Joel y tú?

—Vale, hermanita, pero dile que tú eres solo mía —dice con una pícaro sonrisa— bueno, y de Collins, con él sí que puedo compartirte, pero solo un poco.

—Sí, yo se lo digo —le doy un beso en la mejilla y salgo de nuevo a la sala.

Laura sigue sentada donde la he dejado, con su bonita sonrisa aún en los labios. Conversa con Joel sobre algo, pero no logro escuchar nada.

—¿Vamos? —pregunto.

—Sí, claro.

Pasamos a la sala biblioteca, por suerte no hay nadie, por lo que podremos hablar tranquilamente sin molestar. Además, estaremos lo suficientemente cerca como para volver al trabajo si Lucia necesita que le eche una mano. Nos sentamos en la segunda mesa nada más entrar, la que está junto a la gran librería repleta de libros. Me encanta. De reojo, veo como Laura se queda asombrada al observar esta pequeña sala, es tan acogedora, tan adorable y dulce que es imposible no maravillarse al verla.

—Vaya... —susurra.

—¿Te gusta? —Le pregunto aun sabiendo la respuesta.

—¡Claro! ¡Es preciosa!

Suelto una carcajada, no puedo evitar reírme cada vez que la escucho hablar, su deje galés me hace mucha gracia. Aunque lleva mucho tiempo viniendo a España, se le nota mucho que no es de aquí, parece la típica guiri que puedes encontrarte en el pleno centro de Barcelona intentando encontrar un buen sitio para comer.

—¿De qué te ríes? —pregunta extrañada.

—De ti, es que me haces gracia.

—¿Gracia por qué? —dice frunciendo el ceño—. ¿No será otra vez por cómo hablo?

Cruza los brazos sobre sus pechos, y sigue con el ceño fruncido, mirándome algo molesta. Asiento un par de veces, alzo los hombros, ella acaba sonriendo, sabe que no lo hago con mala intención, ni para que se sienta acomplejada, simplemente me hace mucha gracia.

—Ya te vale —dice dándome un golpe en el brazo.

Niega con la cabeza, se sienta en la silla que hay frente a dónde me voy a sentar

yo, y empieza a sacar cosas de la bolsa. ¡Madre del amor hermoso! ¡Será exagerada! ¡Si ha traído comida para un regimiento! Aquí podríamos comer todos los de la cafetería y estoy segura de que ninguno nos quedaríamos con hambre, podríamos hasta repetir.

—No sabía muy bien qué traer, así que, he optado por un poco de pasta. —Me explica, mientras sigue sacando más cosas—, esto son macarrones *funghi*, están muy buenos y llevan setas.

—Madre mía, Laura... Has traído mucha cosa...

—¿Sí? —pregunta extrañada—. Pues estaba pensando que tal vez sería poca.

Se pasa una de sus delicadas manos por la nuca y sonríe. Pobrecita, supongo que allí en Gales deben comer más, mucho más, sino no me lo explico.

—Esto son espaguetis a la carbonara, aquí tenemos cintas al *frutti di mare*, esto de aquí es pan de diferentes variedades, oliva, cebolla y queso, también hay pollo a la plancha con salsa de pimienta... —Lo va señalando todo, solo de verlo creo que ya me estoy hinchando.

—Aquí hay comida para un regimiento, cuñi —digo imitándola cuando me llama cuñada.

—¡Mira qué eres mala! ¡Eres más mala que la peste! —exclama.

—Anda, no será para tanto, voy a por unos platos.

Me pongo en pie, y salgo a la sala principal, entonces veo aparecer a mi dulce y amado John Daniel Collins. Está tan sumamente *sexy* e irresistible... Va vestido de traje, después de ir a la rehabilitación debe de haber ido a trabajar. Le queda como un guante. Me quedo pasmada, quieta delante de la puerta, observándole, solo falta que se me caiga la baba... Cuando se da cuenta, una hermosa sonrisa se dibuja en sus carnosos labios, deslumbrándome con su belleza.

—Cielo —susurra al verme.

Se acerca dando varias zancadas, debe de alegrarse mucho de verme, sino no vendría tan rápido. Me abrazo a él con fuerza, necesitaba sentirle. Pasa sus dedos por mi pelo, me da un beso en la coronilla y nos separa. La sonrisa permanece en su boca, haciendo que en la mía se dibuje otra.

—Hola —digo embobada.

—¿Qué estabas haciendo?

—¿Has comido?

No sé qué me pasa, últimamente tengo una obsesión bastante grande con que coma, solo me preocupo por él, o tal vez lo que quiera sea cebarle, inconscientemente, claro.

—No, iba ir a casa a picar algo.

—Entonces quédate.

Me pongo de puntillas, para poder llegar a sus labios, le doy un delicado beso, y tras este vienen dos más, arrolladizos, pasionales, únicos, como solo puedo darle a él. Sonrío contra su boca, y le muerdo el labio inferior. Me encanta hacerlo. Paso al otro

lado de la barra, cojo cinco platos, tres para ahora y dos más para Joel y Lucia. Tomo a Collins de la mano, tiro de él, para que venga detrás de mí a la sala.

—Mira quién tengo aquí —le digo a Laura.

—¡John! —exclama alegre.

De un salto se pone en pie, le abraza y le da un beso en la mejilla. Aún me acuerdo de cuando pensaba que eran pareja o que tenían algo, es absurdo, debería de haberme dado cuenta. Laura no le mira como a un novio, ni nada por el estilo, lo que ella siente es devoción por su hermano.

—¿Te quedas a comer? —pregunta contenta.

—Sí, claro.

Se queda mirando la comida, y luego la desvía hacia mí, alza las cejas y hace una mueca. No me extraña, debe de pensar lo mismo que yo, que hay mucha comida.

Después de comer, recogemos todo lo que hemos utilizado, Laura, Collins y Lucia se marchan, ella ya ha acabado su jornada de trabajo, por lo que se va a casa a descansar, Collins al banco y Laura no lo sé. Ahora nos toca a Joel y a mí estar aquí trabajando.

Capítulo 5

Tras haber estado comiendo con Natalia y mi hermana, es hora de que vuelva al banco, tengo demasiado trabajo acumulado. Esto de haber estado de baja durante tanto tiempo ha hecho que casi pierda el hilo de todo lo que iba tratando, y eso no puede ser. Aunque aún me queda algo de tiempo libre, iré a casa, recogeré lo que no me ha dado tiempo de recoger esta mañana antes de irme a rehabilitación y me daré una ducha, no soporto la textura de la crema que utilizan.

Aparco el coche en el *parking*, entro en casa, y dejo la cartera sobre la isleta de mármol de la cocina, también las llaves y el móvil. Me paso las manos por la cara y los ojos, ya empiezan a molestarme las lentillas, debe de haberme entrado algo al salir del coche. Voy poco a poco, aún cojeando cuando voy a subir las escaleras me apoyo en la pared para poder aguantar bien el equilibrio. A pesar de la gran mejora que he tenido, todavía hay mucho por hacer, pero no dejaré que las secuelas me ganen. Lucharé con uñas y dientes para seguir adelante, trabajando, siendo el J.D Collins que realmente soy, ese hombre que no se rinde así como así. Voy al baño, mientras me desabrocho la chaqueta del traje, la dejo sobre el váter, deshago el nudo de la corbata y la pongo en el mismo sitio. Abro el primer cajón del pequeño mueble que hay junto al lavabo, saco la cajita para las lentillas y su líquido. Me las saco con cuidado, para no sacarme un ojo por equivocación. Las limpio, y las guardo en la caja, luego en el cajón. Me lavo la cara, la seco con la toalla, me quito el resto de la ropa, la meto en el cesto para lavarla, cojo la toalla del cuerpo, la dejo cerca de la bañera y me meto en ella.

Al salir, la enrolló alrededor de mi cintura, me paso las manos por el pelo, y voy a la habitación a por algo que ponerme. Con los calzoncillos ya puestos y un pantalón corto de deporte, utilizo la misma toalla de antes para quitar las gotas que estaban a punto de caer al suelo. Voy al baño de nuevo, me quedo pasmado frente al espejo, como me gustaría tener aquí a Natalia, daría lo que fuera por volver a sentirla bajo mi cuerpo, ardiendo, jadeando excitada, y gimiendo de placer, como solo lo puede hacer conmigo. Esta noche la tendré para mí solo, para hacerla disfrutar como se merece, como deseo hacerlo. Suspiro y siento cómo solo de pensarlo me enciendo, esta mujer me vuelve completamente loco. Dejo la toalla en el colgador, para que se seque, cojo el secador del mueble, la gomina y un peine. Hago lo mismo que hizo Natalia aquel día en el hospital, lo seco, le echo gomina y lo peino para esparcirla, y vuelvo a secarlo, para que los mechones queden bien peinados. Aún tengo que controlar los cambios de humor, es complicado hacerlo, aunque últimamente no son tan repentinos, gracias a Beth, la psicóloga de Nat y el doctor, todo está yendo mucho mejor. Bajo a la planta baja solo con el pantalón, sin la camiseta, enciendo la cafetera, cojo una taza, el azúcar y una cápsula del café más intenso que tengo. Remuevo el

líquido, le doy un sorbo y escucho cómo mi teléfono empieza a sonar, es Julia, no deja de llamar, debería hacerlo. No puede ser que no pare, simplemente no es normal, es mi hora de descanso, puedo hacer lo que me plazca, así que, no se lo cogeré. Lo pongo en silencio, así no molestará. Me tomo el café tranquilamente, un escalofrío recorre todo mi cuerpo, tal vez debería ponerme algo más, hoy hace un poco más de frío que estos últimos días.

Cinco minutos después, me doy cuenta de que es más tarde de lo que creía, dejo la taza en el fregadero y voy de nuevo a la planta superior, entro en la habitación, miro en el interior del armario, saco un conjunto de traje negro, una camisa blanca y una corbata grisácea. Me peino bien el tupé tras haberme vestido, echo un poco más de gomina en las puntas de mis dedos, la esparzo y la peino con un pequeño cepillo, quitando el exceso. Me lavo los dientes y me marcho, es hora de trabajar.

Aparco el coche en el *parking* que hay junto al banco, cojo la cartera, me meto en el ascensor y le doy al primer botón. Salgo a la calle, no tengo que andar mucho, en realidad no hay más que un metro para llegar frente a la puerta de la sucursal. En la entrada del ayuntamiento, al lado de donde trabajo, me encuentro con Alex, un antiguo compañero.

—¡Hombre, John! —exclama al verme.

—Alex —le saludo.

Se acerca, le doy la mano y termina dándome un fuerte abrazo y dos palmadas en la espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

—Vengo a arreglar unos papeles —explica—. ¿Y tú qué? ¡Te veo muy bien! ¿Vives aquí ahora?

—Gracias. Sí, vivo aquí y trabajo ahí delante.

—Ahora me pillas un poco ocupado, pero me gustaría que pudiéramos tomarnos unas cañas.

—Claro —rebusco en uno de los bolsillos exteriores de la cartera— aquí tienes mi tarjeta, llámame cuando tengas un hueco.

Hacía muchísimo tiempo que no le veía, unos años después de llegar de Cardiff le conocí, fue una de las primeras personas que me dio una oportunidad. Fuimos compañeros de trabajo durante un par de años.

—Te llamaré —me asegura.

—Ya nos veremos.

Le doy un golpecito en el hombro y me voy.

—Buenas tardes, John —dice Eva, una de las chicas de caja.

—Buenas tardes.

Voy tan rápido como puedo, no tengo ganas de encontrarme con Julia, está insoportable, será aún peor después de no haberle cogido el teléfono.

—Tranquilo, John, no está —me dice Débora colocándose bien las gafas y poniéndose en pie, se estira la falda de tubo para que no le quede arrugada y me

sonríe.

—He tenido suerte, entonces —murmuro.

Da varios pasos hacia donde me encuentro, contoneando la cintura, esa falda le queda tremendamente bien. Se pasa la lengua por el labio inferior y se lo muerde. Algo en mí hace que me detenga, expectante por ver lo que ocurre. Cuando está frente a mí, me coloca bien el cuello de la camisa, que se había quedado doblado, me da un beso en la mejilla, y guiña un ojo.

—Así mejor.

Asiento sin apartar la mirada de la suya, da media vuelta, y se marcha de nuevo a su sitio. Será mejor que yo haga lo mismo. Entro en mi despacho, dejo la chaqueta en el ropero, me acerco a la mesa, desabrocho los botones de la americana, y me siento en la silla. Saco los papeles que necesito de la cartera y los dejo junto al ordenador, el cual enciendo para poder empezar a trabajar. La calma no tarda en desaparecer, acaba desvaneciéndose en el preciso instante en el que escucho como el repiqueo de los tacones de Julia se vuelven más fuerte. Antes de que abra la puerta, cojo el teléfono y marco el teléfono de Laura, espero que pueda atenderme.

—Sígueme la corriente —susurro cuando lo coge.

—¡Collins! —dice Julia alzando la voz.

—Lo sé, señor Santillana —asiento un par de veces, como si me estuviera diciendo algo.

—¿Es la loca de tu jefa? —pregunta Laura.

—Así es, señor Santillana.

—Madre mía... Pobre de ti.

—Sí, señor, entiendo lo que dice.

—A ver si se va pronto, porque si no... ¿Quieres que te cuente que hago de mientras?

—Claro, señor.

—Pues nada, he vuelto al apartamento, me han pedido que haga unos bocetos para el diseño interior de una tienda de cosméticos en el pleno centro de Barcelona.

—¿Sí? —pregunto asombrado.

Desvío la mirada a Julia, no parece nada contenta, tiene que tener un enfado que no se lo aguanta ni ella, conociéndola... Tal vez debería haberle cogido el teléfono para que no estuviera así.

—John, tenemos que hablar ahora mismo —dice Julia.

—Ajá... Señor Santillana, le arreglaré personalmente el problema.

Le hago un gesto para que se calle, se apoya en el marco de la puerta y cruza los brazos sobre sus pechos.

—Claro —murmuro— señor Santillana, puede pasarse cuando mejor le vaya, pregunte por mí, estaré encantado de atenderle y solucionar cualquier inconveniente que tenga.

Julia acaba dándose por vencida, suelta un soplo y se marcha. ¡Por fin!

—¿Ya se ha ido? —pregunta Laura cuando escucha como se cierra la puerta.

—Por suerte sí.

Suspiro, me paso una mano por la cara y bufo.

—Hermanito, como esa mujer siga así rodarán cabezas —me advierte— Natalia no se va a quedar mirando. Yo tampoco lo haría —admite.

—Lo sé, hermanita, pero no puedo hacer nada, por el momento no.

—Bueno, voy a seguir con lo mío, si necesitas alguna otra cosa, no dudes en llamar al señor Santillana —dice riendo.

—Muchas gracias, señor Santillana.

Suelta una última carcajada y ambos colgamos. Espero poder trabajar tranquilo lo que queda de tarde, o por lo menos una hora o dos, hasta que Julia se acuerde de que probablemente ya haya acabado de hablar con ese tal señor Santillana. Escucho como alguien da varios golpecitos en la puerta, veo una silueta a través del cristal templado, es Débora.

—Adelante.

—John, te traigo los informes que me pediste.

—Muchas gracias.

—No me las des.

Se acerca a la mesa, se inclina hacia adelante, deja los informes encima de esta y sonrío. Desvío la vista, esta mujer es una provocadora, con el escote que lleva debería darle vergüenza salir a la calle, lo va enseñando todo.

—¿Algo más? —digo mirándole directamente a los ojos.

—No, solo era esto.

Se yergue, sonrío, me guiña un ojo, da media vuelta y desaparece tras la puerta. Están todas fatal, entre la una y la otra acabaré perdido. Suspiro, miro lo que me ha traído y dentro me encuentro una nota.

—Espero que aceptes, ¿cenar esta noche conmigo? Me gustaría enseñarte algo que te gustará, y mucho ;)

¡Madre de dios! Lo que me faltaba, al final Natalia acabará entrando en la sucursal pistola en mano y las matará a todas, como si lo viera. Me paso una mano por la cara, cojo aire y lo suelto. Me pongo en pie, será mejor que vaya a arreglar esto. Abro la puerta del despacho, cuidadosamente intentando no hacer ruido, esto es peor que en las pelis de miedo cuando quieren que el malo no les pille. Salgo a la parte donde están las cajas y el resto de mesas, veo a Débora en la suya, atendiendo a un cliente. Últimamente tengo una suerte impresionante. Doy la vuelta, y entro rápidamente de nuevo en el despacho, espero que Julia no haya salido al pasillo, y no me haya visto. Me siento en la silla de nuevo. El teléfono de mi despacho empieza a sonar, miro la pequeña pantalla, es la extensión de Julia. Suspiro, ¡madre mía!

—John, ven ahora mismo a mi despacho.

—¿Es algo de trabajo?

¡La he pillado! Durante unos segundos permanece en silencio, no se le escucha ni respirar, carraspeo y entonces es cuando reacciona.

—Sí, claro que sí —se apresura a decir—. ¿Qué iba a ser sino?

Está alterada, se le nota en la voz. Sabe que sé que lo que realmente quiere es echarme la bronca por no haberle cogido el teléfono, pero creo que ya somos mayorcitos como para comportarnos como niños de cinco años.

—Julia, tengo cosas que hacer.

—Muy bien, pues iré yo. —Sentencia.

Acto seguido y dando un buen golpe, corta la llamada. Dejo el teléfono en su sitio, me paso las manos por la cara, suelto un soplido, lo que me faltaba... si no tenía suficiente ahora es todavía peor. Segundos después, la puerta se abre, entra con el ceño fruncido y como si fuera un huracán. La cierra tras su espalda, y cruza los brazos bajo sus pechos, realzándolos. Pongo los ojos en blanco, desvío la mirada hacia la pantalla del ordenador y me pongo a buscar unos archivos que necesito para seguir trabajando. Pero entonces, se acerca y da un fuerte golpe en la mesa de cristal, lo que me pilla por sorpresa y hace que me sobresalte.

—John —dice intentando controlar el enfado que lleva dentro—, ¿por qué demonios no me has cogido el teléfono este medio día? —espeta.

Alzo la vista, veo como sopla y me lanza una de sus miradas asesinas.

—Desde que salí del hospital que no has dejado de llamarme, a todas horas —puntualizo—, te agradezco que te hayas preocupado por mí, pero una cosa es preocuparse y otra obsesionarse —digo poniéndome en pie.

—Soy tu jefa —resopla.

—Ya lo sé.

Permanece callada, mirándome de arriba a abajo, mordiéndose el labio inferior. Carraspeo incómodo, esta mujer es intimidante hasta para mí.

—Como vuelva a llamarte, y no me lo cojas, verás —me advierte, o mejor dicho, me amenaza.

—Julia, esto no puede seguir así.

Doy la vuelta a la mesa, me apoyo en ella y cruzo yo también los brazos a la vez que la observo. La miro de los pies a la cabeza, la parte baja del vestido se le ha arrugado, e incluso la lleva algo más subida de lo normal, tal vez no haya reparado en ello, o sí, pero no haya querido remediarlo.

—John, cielo —murmura al mismo tiempo que se va acercando a mi dando pasos cortos.

Cuando está frente a mí, alza una de sus manos, y la pasea por encima de mi hombro, estira la camisa, colocándola bien, sigue por el cuello de esta, hasta que sus dedos rozan mi piel. Su dedo acaricia mi mejilla, siento como el vello se me eriza, se acerca un poco más, hasta que nuestros cuerpos están totalmente pegados. Toma una de mis manos, las coloca en su cintura, no dice nada, simplemente me mira. Le agarro

la mano, y hago que retroceda, esto no puede ir a más.

—Julia, no.

—¿Por qué no, John? —pregunta ronroneando como una felina.

—Por qué no —digo tajantemente.

—Vamos, John —susurra a la vez que pasea su dedo índice por mi pecho—. Nos conocemos desde hace años, ¿qué te puede dar esa niña que no pueda darte yo? —Me quedo callado, esperando a que siga hablando—. ¡Nada!

Le doy la vuelta a la mesa, de nuevo, me siento en mi silla y la miro. Niego con la cabeza, esto no puede ser. Nunca he querido nada con ella, y mucho menos ahora que estoy con Natalia, solo ella me ha entendido como nadie ha podido hacerlo, me ha ayudado y mimado aún sin saber si seguiría viviendo.

—Fuera.

—Pero, John... —murmura.

—No hagas que me levante —le aviso.

Sin decir ni una sola palabra más, da media vuelta, enfadada, y se marcha, como si aquí no hubiera pasado nada. Será mejor que finjamos que realmente no ha ocurrido nada, o si no esto no acabará bien, ni profesional ni personalmente. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Callarme y dejar que esto siguiera así? ¡De eso nada! Estaría traicionándome a mí mismo, por hacer algo que no quiero.

—Qué larga se me va a hacer la tarde —murmuro.

Es hora de salir, por fin. He podido acabar todo el trabajo, Julia me ha dejado tranquilo, y no ha habido ningún inconveniente, y eso que la tarde no pintaba demasiado bien. Ahora solo tengo ganas de salir de aquí, ir a por Natalia y llevarla a mi casa, pasar el resto de la noche con ella, que nadie nos moleste, solo los dos. Cierro con llave el primer cajón de mi mesilla, será mejor que nadie mire ahí. Al salir del despacho me encuentro con Débora, quién me mira radiante. Se me había olvidado, al final no le he dicho que no iba a quedar con ella, ni hoy ni nunca, y mucho menos para que me enseñe algo que puede gustarme mucho. Pongo los ojos en blanco, paso junto a su mesa, y por suerte, mi móvil empieza a sonar. Salvado por la campana.

—Cielo, buenas tardes —digo nada más cogerlo, es mi preciosa chica.

—Hola, pequeño —contesta alegremente.

—¿Pequeño?

—Sí, no se... —dice confusa— me ha salido así.

Sonrío, atontado, esta mujer puede conmigo, escucho como ella, al otro lado, se ríe a carcajadas. Cuando termina de hacerlo, carraspea.

—Cenamos esta noche, ¿no?

—Claro, nena.

Ronronea, contenta, en vez de una humana va a acabar pareciendo una gatita.

—¿Me pasas a buscar?

—Eso mismo había pensado yo.

—¡Tenemos telepatía! —exclama.

—Seguro que sí, pequeña —digo imitándola.

Escucho como de fondo le dice algo a Lucia, ¿qué hace ella ahí? ¿No se suponía que debía estar con Joel? Bueno, da igual, la cosa es que está en el *Jubilee*, y la tendré que ir a buscar allí en vez de a casa.

—Salgo ahora del banco —le informo— cojo el coche y voy a buscarte.

—Vale, cielo —dice contenta— te espero en la puerta, yo ya lo tengo todo recogido.

Hace como si me diera un beso, y cuelga. La adoro, no puedo evitarlo. Salgo de la sucursal, sin ni siquiera mirar a Débora, quién estaba pendiente de lo que decía. A ver si les queda claro a todas que estoy con Natalia y con ninguna más, no soy de ese tipo de hombres.

Cinco minutos más tarde, llego a la cafetería, esto de trabajar cerca es lo mejor del mundo, puedo venir a verla en un abrir y cerrar de ojos, tomarme un café o lo que sea. Aparco el coche delante del ventanal, está dentro, aun acabando de arreglar algunas cosas, Lucia ya no está ahí dentro, o por lo menos no la veo, es Joel quién aparece por detrás de la barra. Están hablando tranquilamente, ¿debería pitar para que se dieran cuenta de que estoy aquí? No creo que Natalia tarde en salir, así que, mejor espero, y no le meto prisa. Veo como se ríe con algo que ha dicho él, lo que hace que me sienta algo molesto, no puedo evitarlo, me gusta verla bien, pero me gustaría ser yo quién la hiciera reír a todas horas. Acaba de limpiar una mesa, y mientras la seca, Joel se acerca tras su espalda, demasiado, lo que hace que me tense. Posa sus manos en la cintura de Natalia, y la acerca más a él, parece confusa, no sabe que es lo que está ocurriendo. En un acto reflejo, salgo del coche, dando un portazo, me quedo en la entrada de la cafetería, desde un sitio donde no me pueden ver. Entonces, Natalia lo aparta, molesta. *Esta es mi chica*, pienso orgulloso. Doy varios golpes en la puerta, para que sepan que estoy aquí.

—¡Collins! —dice aliviada.

Da varios pasos hacia mí, apartando a Joel y sin hacerle ningún caso. Se pone de puntillas cuando está delante.

—Buenas noches, mi amor —susurro contra su boca después de besarla.

—¿Has tenido un buen día? —pregunta a la vez que va al final de la barra para coger sus cosas—. ¿Cierras tú? —Le dice a su compañero.

—Sí, tranquila, vete —murmura desganado.

—Bueno, ha sido un poco raro —espeto, mientras cojo la bolsa de tela que llevaba colgada del brazo.

—¿Podemos pasar por casa?

—Claro, ¿pasa algo?

—No, es que quiero dejar la bolsa y coger otra cosa.

Asiento, de reojo veo como sonrío, contenta, y solo eso me basta para llevarla al fin del mundo si lo desea. Me coge la bolsa, entramos en el coche y la deja a sus pies.

Posa una de sus manos sobre mi pierna, hace pequeños círculos con el dedo índice lo que provoca que un escalofrío recorra todo mi cuerpo.

—Dicen que cuando tienes un escalofrío es que un alma ha atravesado tu cuerpo —comenta tranquilamente.

—¿Ah, sí?

—Sí —murmura— me lo explicó mi madre cuando era pequeña.

Durante unos segundos me quedo callado, nunca me ha hablado de su madre, creo que es la primera vez que la menciona desde que la conozco.

—Nunca me habías dicho nada sobre ella.

—Bueno... No tiene mucho tiempo, se pasa el día trabajando, es adicta al trabajo, por lo que no nos vemos, apenas me llama, no tiene tiempo de nada... —Me explica — es más, mi hermana vive en la misma casa y ni así se ven.

—¿Y eso?

—Una trabajando todo el día y la otra estudiando, son adictas, no pueden dejar de hacerlo.

Digo que si con la cabeza, sin apartar la mirada de la carretera, será mejor ir con cuidado. Es una lástima que Natalia se sienta tan sola, por suerte nos tiene a nosotros, eso es bueno. Por mi parte nunca dejaré que esté triste por ello, ni se sienta así cuando esté yo.

—¿Qué vamos a cenar? —pregunta curiosa.

—Mmm... —Me quedo pensando, aunque realmente ya tengo preparada la cena — algo que te gustará.

—¿A ti? —dice pícaramente.

La miro con los ojos bien abiertos, pasea su mano por mi pierna, va deslizándola por la parte interior, lo que hace que todo mi cuerpo se ponga alerta.

—No si antes te cenó yo a ti, gatita —susurro, deseoso de tenerla en mi cama.

Dejamos el coche dos calles más allá de su apartamento, no había ningún sitio más cerca, podríamos haberlo dejado en casa, que habría sido más o menos lo mismo. Vuelvo a cogerle la bolsa, para que no tenga que cargar con ella, el bolso y el casco de la moto, la cual se ha llevado Lucía esta tarde, ¡qué peligro! Natalia toma una de mis manos, la acaricia con cuidado, haciendo pequeños círculos.

—¿Sabes?

—Mmm... —murmuro, dándole pie a que siga hablando.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, nena.

Giro la cabeza y la miro, una sonrisilla se dibuja en sus labios. Se pone frente a mí, interrumpiéndome el paso, posa sus manos en mi pecho, veo como se muerde el labio inferior, y acaba poniéndose de puntillas para poder besarme. Tras hacerlo sonrío contra mi boca, lo que hace que tenga ganas de más. Esto no puede quedarse así. Nos acercamos a la portería, saca las llaves, abre la puerta y la aguanto para que pueda pasar ella antes. Aprieta el botón del ascensor, dejo la bolsa en el suelo, y la

tomo por la cintura, lo que la pilla desprevenida. Hago que de varios pasos hacia atrás, hasta que pega su espalda contra la fría pared lo que hace que el vello se le erice. Deja caer el bolso y el casco al suelo, sube las manos, paseándolas por mis brazos, hasta que acaba colocándolas tras mi cuello. Se pone de puntillas de nuevo hasta que sus labios rozan los míos, no puedo evitar pegarme más a ella, necesito sentirla, tenerla solo para mí, demostrarle cuánto la anhelo. Aprieto mis manos contra su cadera por encima de la ropa, es una lástima que lleve vestido en vez de falda... La beso como si me fuera la vida en ello, en los labios, en el cuello... siento cómo poco a poco sus piernas flojean, cómo se deshace bajo mi cuerpo, pidiendo más y más. Le muerdo el labio inferior, haciendo que se le escape un débil y delicioso gemido. Escucho como las puertas del ascensor se abren, me agacho para coger la bolsa sin apartarme de Natalia. Alzo la mirada y veo como sus ojos brillan llenos de lujuria y perdición, se muerde el labio inferior... es tan adicta a mí como yo a ella.

—Será mejor que subamos, ¿no? —susurra.

—Sí, porque si no acabarás volviéndome loco. —Gruño contra su oreja.

La observo, sus mejillas se han tornado rojizas, y no deja de morderse el labio, lo que me hace saber que ahora mismo solo puede pensar en qué ocurrirá cuando lleguemos a casa. Cuando entramos en el ascensor, no es capaz de sostenerme la mirada, lo que me hace gracia. No sé por qué, antes no era así, habría sido capaz de hasta sacarme la lengua con tal de llevarme la contraria. No tenemos que subir más que dos pisos, así que, llegamos en nada a la planta donde tienen el piso. Abre la puerta, y nada más entrar nos encontramos a Lucia saliendo del baño sin toalla y sin nada, se queda paralizada al vernos.

—¡Lucía! —dice Natalia alzando la voz.

Desvío la mirada hacia otro lado, ¡madre mía! Esto solo les puede pasar a ellas, que peligro tienen... Cuando vuelvo a mirar, se ha tapado con una manta que había sobre el sofá.

—¿Pero es que estás loca? —espetea Natalia—. ¿Es que no escuchas las llaves?

—¡No me habías avisado de que ibais a subir! O por lo menos que iba a subir él —dice señalándome con el dedo.

—Ve a vestirte anda.

Cierro la puerta del piso, Lucia se mete en su habitación, y Natalia se dirige a la suya, me apresuro para entrar con ella, con el pie le doy un golpecito a la puerta para que se cierre también, me acerco por detrás suya pegándome a ella. Poso una de mis manos en la parte delantera de su cintura, con la otra le aparto el pelo que le cae sobre el hombro derecho y le cubre el cuello. Le doy un leve mordisquito que hace que se sobresalte, me mire de reojo y sonría. Voy besándole, con delicadeza y mimo, deleitándome con cada centímetro de su piel.

—Collins —susurra.

—¿Dime, preciosa?

—Está Lucía al otro lado —murmura avergonzada.

—¿Quieres que pare?

—¡No, no quiero que pares! ¡Yo no he dicho eso! —exclama a la vez que se da la vuelta— solo que esperes, por favor —acaba rogándome.

—¿Que espere a qué?

—A que lleguemos a tu casa.

Recoge rápidamente todo lo que quería, lo mete en una bolsa de tela, deja el casco en su sitio, sobre el sinfonier blanco, coge el bolso, las zapatillas de ir por casa y me mira.

—Eso no lo vas a necesitar —digo señalando las zapatillas.

—Vaya, ¿por qué?

—Ya lo verás.

Nada más entrar en casa, dejo las cosas de Natalia sobre la isleta de mármol de la cocina, y la cojo en volandas, va a ser mía. Le beso apasionadamente, mientras nos encaminamos hacia las escaleras, no sé si realmente voy a poder subir con ella auestas, tampoco es que pese mucho, pero bueno... Parece percatarse de ello, por lo que me pide que me detenga justo al inicio de estas.

—Iré andando, tranquilo —me besa la mejilla.

Pasa Natalia delante, me es imposible no quedarme mirándola desde abajo, es tan irresistible, deliciosa y delicada que solo puedo pensar en devorarla. Esbozo una sonrisa al mirarla, deleitándome, aunque más disfrutaré viéndola en mi cama. Hasta que no está arriba del todo no empiezo a subir yo mientras ella me observa. Hace una mueca al ver que tengo que apoyarme en la pared para poder subir con seguridad. Le sonrío, no quiero que se entristezca por ello, debemos de estar contentos de que ambos estemos vivos y sanos. Poder estar con ella es el mejor regalo que podría haber tenido. Entonces, se lleva una de sus delicadas manos a la espalda, me guiña un ojo pícaramente, y segundos después, el vestido cae arremolinándose a sus pies.

—No sabes lo hermosa que eres, Natalia —digo observándola de arriba a abajo, maravillado.

Sus mejillas vuelven a encenderse, tornándose rojizas, pero esta vez no me aparta la mirada como en el ascensor, al contrario, me incita a que vaya más deprisa. Cuando estoy a mitad de camino, da media vuelta y contoneando la cintura desaparece por el pasillo. No puedo verla, pero siento como ella sí que me mira desde la distancia, como si me acechara, como si fuera una pantera esperando a su presa. Al llegar arriba del todo, no la encuentro, ¿dónde se ha metido?

—¿Dónde estás, gatita? —digo en voz baja, sé que puede escucharme.

—Encuéntrame.

Me doy la vuelta, pero no está junto a la habitación de invitados, abro la puerta del baño, y tampoco la encuentro, así que, me dirijo hacia la mía. Nada más entrar en la mía, la veo tumbada sobre la cama, debería de haber mirado aquí antes. Ninguno decimos nada, solo nos miramos, levanta su dedo índice y empieza a pasearlo sobre sus labios hasta que acaba mordiéndose la punta.

—¿Vas a hacerme esperar? —murmura.

Gateo sobre el edredón, hasta que llego a donde se encuentra, hay veces que desearía que esta cama fuera más pequeña solo por tenerla más cerca. Me coloco entre sus piernas, pongo las manos a ambos lados de su cabeza y le beso apasionadamente, tenía ganas de poder sentirla así. Alza las manos, las pasea por mi torso, hasta que las coloca detrás de mí nuca, para poder acercarme más a ella. Nuestros besos se van volviendo cada vez más pasionales, llenos de lujuria y perdición, esa que acabará arrollándonos a los dos.

Capítulo 6

*Un año después, 9 de Enero.
Sábado, once y media de la mañana.*

—¿Aún estas así? —Me pregunta Lucia mirándome de arriba a abajo.

—¿Qué? —digo medio dormida.

—¿No has quedado con Collins?

—Sí, sí.

Le doy un largo trago al café, esta noche he dormido muy mal, apenas puedo aguantar con los ojos bien abiertos. Collins quiere llevarme a un sitio, bueno, realmente hemos quedado directamente allí. No tengo ni idea de qué haremos, solo me ha dicho que me lleve algo de abrigo. Hace un buen día, el sol brilla en lo alto del cielo y no hay ni una sola nube que eclipse su presencia. No creo que haga mucho frío, no corre ni aire. Me paso las manos por la cara, termino de tomarme el café, voy al baño y me quedo quieta delante del espejo mirándome. Vaya cara llevo... ¡Qué sueño! Si pudiera me pasaría el día durmiendo. Entre el trabajo que tuvimos ayer, y que después Joel, Lucia, Marc y yo nos fuimos a cenar y a tomar algo... Fue muy divertido, juntos nos lo pasamos genial, hacía tiempo que no salíamos así. Desde que Marc acabó conquistando a Lucia, no se separan, son como imanes, siempre van juntos a todas partes, pero bueno... Es gracioso verles, creo que hacía demasiado que no veía a Lucia tan a gusto con un chico, me gusta ver que con él es feliz, aunque aún tengo que decirle unas cuantas cosillas, más le vale andarse con ojo. Me lavo la cara con agua y jabón, me la seco y al salir me encuentro con la atenta mirada de Lucia.

—¿Qué te vas a poner?

—No tengo ni idea, la verdad... —Cruzo los brazos y alzo los hombros.

Voy a mi habitación y ella detrás de mí, abro el armario mientras ella observa como tengo todo.

—Madre mía, Nati —susurra— como tienes esto...

—No me ha dado tiempo a ordenar nada... —murmuro a la vez que coloco bien las mantas de encima de la cama—. Esto es para lavar, ¿tienes algo tú para la lavadora? —Hago una bola con la ropa que me puse anoche, la meto en el cesto y la miro, ahora está algo mejor.

—Algo sí.

Coge la cesta de mimbre y se la lleva para meterlo todo en la lavadora. Saco del armario unos tejanos oscuros, los dejo doblados sobre la almohada, también un jersey azul marino. Rápidamente voy al baño de nuevo, me doy una ducha, y me visto. No sé ni qué hora es, estoy perdida, es como si no supiera en qué mundo vivo. Mi móvil empieza a sonar, Lucia lo coge y aporrea la puerta de mi habitación. ¿Qué hace mi

teléfono fuera?

—Nena, te están llamando —dice al abrir la puerta.

—Pásamelo.

Me lo tira desde donde se encuentra, cae en la cama y rebota, por suerte la manta hace que no caiga al suelo y se desmonte. Deslizo el dedo sobre la pantalla, es Collins.

—Buenos días, cielo —susurra al otro lado.

—Hola —murmuro atontada.

—¿Estás preparada?

—Ajá.

—Te mandaré las coordenadas por *WhatsApp* para que puedas llegar bien.

Asiento, como si pudiera verme con la mano que tengo libre empiezo a toquetearme el pelo, ondulando algunos mechones, adoro esos pequeños rizos que bailan al son al que ando.

—Tengo ganas de verte.

—Y yo a ti.

—Tengo una sorpresa —me dice.

—¿Una sorpresa?

Desvío la mirada a Lucia, quién está atenta a todo lo que digo, no puede evitarlo, siempre quiere enterarse de todo.

—¡Yo quiero saberlo! —exclama.

Suelto una carcajada, no es más cotilla porque no puede, siempre lo ha sido, y siempre lo será. Escucho como Collins también se ríe al escucharla.

—Dile que ella no lo sabrá hasta dentro de unos días —me pide.

—Voy —le contesto— me ha pedido que te diga que tú no lo sabrás hasta dentro de unos días.

—¡Jo! —dice decepcionada.

—Es lo que hay...

—¡Te vas a enterar!

Le digo que no con la cabeza, mira que les gusta chincharse entre ellos, son como niños pequeños, jamás pensé que Collins acabaría comportándose como uno de ellos y mucho menos con Lucía, ella es la peor de todas, hay veces que puede ser letal, le encanta ganar todas las discusiones.

—Te espero allí preciosa.

—Te quiero John.

—Y yo a ti nena.

Cuando cuelgo suspiro, Lucia me sigue observando sin decir nada más pero una sonrisa se dibuja en sus labios, lo que me hace sospechar que algo sabe.

—¿Qué? —espeto.

—¿Qué de qué?

—Algo se te está pasando por la cabeza y no me lo estás contando, así que, ya

sabes.

—¿Qué ya sé el qué?

Intenta sacarme de quicio para que deje de hacer preguntas, pero no lo voy a hacer porque sé que hay algo que no me dice.

—Lucía Palacios, o me lo dices o verás.

—No sé a qué te refieres —mira hacia el techo, se da la vuelta y desaparece cerrando la puerta.

Salgo tras ella, no se va a salir con la suya. Mi teléfono suelta un pequeño sonido, es un mensaje, será la ubicación del sitio. Cuando abro la puerta, me la encuentro sentada en el sofá con una de sus libretas, la miro con los ojos entrecerrados, molesta, como no me lo cuente acabaré enfadándome con ella y bien.

—Lucía, de verdad te lo digo.

—¿Qué? —dice alargando la segunda vocal.

—¡Qué me lo digas!

—Collins me ha pedido que no te diga nada.

—¡Pues no haber puesto esa cara!

Suelto un soplido, acabará contándome lo que le ha dicho Collins antes de que salga por esa puerta para ir a verle, estoy segura, solo tengo que hacer que se sienta culpable.

—Muy bien, muchas gracias —digo intentando parecer enfadada.

Vuelvo a mi habitación, cierro la puerta dando un buen golpe, lo suficientemente fuerte como para que se sobresalte.

—Jo, Nati... —dice para que la escuche.

No le contesto, me dejo caer en la cama, cojo el teléfono y miro el mensaje que me ha enviado Collins: *Avenida Diagonal, 706, 08034 Barcelona*. ¿Qué se supone que hay allí? Me muero de ganas de saberlo, espero que Lucía me lo diga, porque sino acabaré volviéndome loca, el internet del teléfono no es suficientemente fuerte como para poder mirarlo. Miro la fotografía que tiene puesta Collins de perfil, es una en la que salimos los dos, es del pasado verano cuando estuvimos en el velero de su amigo. Se nos ve tan bien... Después de algo más de dos años juntos todo sigue igual que cuando nos conocimos, sigue esa intriga, esa pasión, ese desespero por estar juntos... Creo que nunca me había sentido así con nadie, y estoy segura de que no volveré a hacerlo. Cojo una chaqueta fina para poder ponérmela bajo el abrigo, nada es suficiente cuando tienes que ir en moto, siempre se te acaba colando algo de aire por cualquier lado. Vuelvo a sentarme en la cama cuando escucho cómo Lucía se acerca a la puerta de mi habitación, da dos golpecitos, la abre, y asoma la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué? ¿Para seguir escondiéndome las cosas? Si es para eso, no, no entres.

—Nati... —murmura entristecida.

Ahora me da pena, no debería de haberle hablado así.

—Lucía, lo siento... —digo en voz baja— me he pasado.

—Bueno...

—Es que quiero saber que está pasando —espeto— no me gustan las sorpresas ya lo sabes, me ponen de los nervios.

Hace una mueca, sabe que tengo razón, a mí nunca me han gustado las sorpresas, siempre acabo enfadándome por no saber qué es lo que ocurre, me da la sensación de que me tratan como si fuera tonta y eso es lo que más me molesta. Suspiro, me siento bien en la cama y doy dos golpecitos sobre las mantas para que venga conmigo. Cuando se sienta, me abrazo a ella, pobrecilla, no debería haberle hablado así.

—Lo siento.

—Da igual, no pasa nada —murmura— tienes razón, nunca te han gustado, pero te aseguro que esta vez sí que te gustará.

—Dime que es —le ruego.

—No te lo voy a decir, se lo prometí a ese persuasivo novio que tienes.

Le gruño como si fuera un perro enfadado, la miro entrecerrando los ojos y veo cómo se aguanta la risa. Le doy un golpecito en el costado, entonces ya no puede resistirse más y acaba soltando una sonora carcajada.

—Te quiero, hermanita —me dice.

—Y yo a ti, pequeña —la abrazo con fuerza— siempre.

—Siempre —repite.

Estamos así durante un rato. Cuando nos abrazamos es como si nos uniéramos, como si nuestras almas se fusionaran en una y al separarse se quedara una mezcla de las dos. Siempre ha sido así, desde que nos conocimos en el colegio, toda una vida juntas, miles de historias, tonterías que si no las hubiéramos pasado no seríamos como somos.

—Oye... —digo en voz baja.

—A ver qué sueltas. —Me advierte.

—Quería agradecerte todo lo que has hecho por mí hasta ahora... —Me pongo a pensar en todo lo pasado, y algo hace que me emocione—. Por haberme ayudado, por haber cuidado de mí como una hermana, por haber hecho que conociera al hombre de mi vida... Por haber estado conmigo a pesar de todo.

—No me des las gracias, tonta —dice dándome un golpecillo en el hombro.

Fijo mis ojos en los suyos, están llenos de lágrimas, como los míos, hasta que nos echamos a llorar las dos al mismo tiempo.

—Parecemos tontas.

—Sí, si nos viera alguien diría que estamos locas.

—Pues lo más seguro.

—Pero siempre juntas —promete.

Asiento aun mirándola, y acabamos abrazándonos de nuevo.

—Gracias, de verdad.

—Anda, anda, calla.

Suspiro, bajo la mirada al teléfono, es más tarde de lo que pensaba, se supone que

debería estar donde me ha dicho Collins a las doce y media, y van a tocar ahora las doce. Será mejor que me marche.

—Nena, voy a tener que abandonarte —anuncio.

—¡No, no me dejes! —exclama dramáticamente.

—Nos vemos luego, guapa.

Me agacho para darle un beso, cojo la chaqueta, el casco y voy hacia el recibidor. Me pongo la chaquetilla, el abrigo con el gorro de pelo, una bufanda y los guantes, será mejor abrigarse, en las distancias largas puedes acabar congelándote en invierno.

—¡Ve con cuidado! —Escucho como me pide Lucia a medida que cierro la puerta.

Cuarenta minutos después llego al sitio que me ha dicho. Pero no encuentro ningún restaurante, nada donde comer, no entiendo por qué me ha hecho venir aquí. Aparco la moto en la *calle Manuel Ballbè*, me quito el casco, le pongo todos los seguros y saco el teléfono. Pongo el *GPS*, a ver si es que me he equivocado, pero no, es aquí, según esto tengo que seguir andando un poco más. Me quito los guantes, los guardo en el bolso, igual que la bufanda, y el casco lo dejo bajo el sillín de la moto. Así no tendré que cargar con él. Me aseguro de que esté todo bien puesto, y tras eso me marcho en la dirección que me marca el teléfono. No veo a Collins por ninguna parte, hasta que me doy cuenta de que su coche está aparcado un poco más allá de donde me encuentro, voy hacia donde está, pero no hay nadie, entonces me doy cuenta de donde estoy. Es el *Parque Cervantes*... Nada más entrar, bajo unas escaleras grises, que me llevan hasta el inicio del parque donde hay unos porches de madera, hormigón y piedras cubierto de enredaderas que casi no me dejan ver la estructura. Las piedras del suelo apenas se ven, la hierba ha tomado su lugar. Junto a uno de las columnas de piedra me encuentro con un hombre de mediana edad, parece el guarda, tiene cara de buena persona. Al pasar por su lado, le sonrío, entonces alza una mano, llamando mi atención.

—Perdone, muchacha —me dice—. ¿Es usted Natalia?

—Sí —digo confusa— soy yo.

—Estoy seguro de que conoce a un tal John Collins.

—Así es.

—Acompañeme, por favor.

—¿Cómo? —Le pregunto.

—Sí, venga conmigo, Natalia.

—Pero...

No entiendo nada, ¿por qué este hombre me pide que le acompañe? ¿Y si me quiere hacer algo? Le digo que no con la cabeza, mi móvil emite un débil sonido que apenas se escucha, ya que está bajo la bufanda y los guantes. Rebusco en el bolso, aparto lo que llevo guardado, hasta que lo encuentro. Desbloqueo la pantalla, y veo que es un mensaje de él.

—*Sigue a Pedro, tranquila, no te hará nada, es de confianza.*

Hago una mueca, ¿cómo sabe que estoy con él? Esto se está volviendo cada vez más extraño, ¿y si es un psicópata? Tal vez solo me estaba utilizando para algo, y ahora me matará. ¿*Para qué te iba a usar a ti, tonta?* Me digo a mi misma. ¡Quién sabe! ¡Hay mucho loco suelto! Miro al hombre, no me fio, pero quiero llegar hasta donde esté él, sea un psicópata o no, le quiero.

—¿Pedro?

—¿Si, señorita? —dice.

—Llévame a dónde se encuentra.

Asiente un par de veces, me hace un gesto para que le siga. Sigue dándome mala espina, pero bueno, habrá que arriesgarse. Vamos por un camino asfaltado, pero veo cómo más allá los caminos pasan a ser de arena, suerte que me he puesto las zapatillas, sino... A ambos lados de este gran césped con diferentes tipos de flores de muchos colores. No puedo evitar quedarme mirando el paisaje, maravillada, esto es precioso. No había venido nunca.

—Llegaremos en cinco minutos, aunque antes de hacerlo deberé pedirle algo.

—¿Algo?

Cientos de alarmas se encienden y empiezan a sonar en mi cabeza, la Natalia paranoica vuelve a salir, ¿cómo que algo? ¿Qué es eso que quiere? Le miro con los ojos bien abiertos, no entiendo nada.

—Algo que me ha pedido Collins.

Trago saliva, cojo aire y suspiro. Aunque ahora soy yo quien asiente, siento curiosidad ante lo que vaya a pasar, pero por otra parte no acabo de ver la seguridad que tendría que tener para seguir adelante. Estoy nerviosa, quiero saberlo todo ya, ¿a qué demonios está jugando? ¿Por qué le ha dado ahora por ser tan misterioso? Un poco más allá veo como se alzan cuatro árboles, no muy altos, pero lo suficiente como para resaltar entre tanto rosal. ¿Estará allí? Seguimos caminando, Pedro no tarda en hacer que me detenga, parpadeo unas cuantas veces, miro a mi alrededor, al hombre, pero no le veo por ningún lado, ¿dónde puñetas se esconde?

—Natalia —dice Pedro.

Rápidamente me doy la vuelta para mirarle, ya que le había adelantado.

—¿Dónde está? —pregunto ansiosa.

—Espere aquí, ahora es el momento en que tengo que pedirle algo.

Veo como saca un pañuelo gris del bolsillo de su chaqueta y me lo tiende para que lo examine, es de seda, es suyo, lleva su aroma. Hace una mueca, algo parecido a una sonrisa.

—No se preocupe.

Suspiro, cierro los ojos, ¿cómo no me voy a preocupar? Estoy en un parque con un desconocido y no sé dónde está mi novio, ¿para qué preocuparse? Pongo los ojos en blanco, los vuelvo a cerrar, escucho como Pedro se acerca y noto como me pone el

pañuelo tapándome los ojos para que no pueda ver nada, lo que hace que me ponga cada vez más nerviosa, las manos me sudan e incluso mi cuerpo empieza a temblar. Coloca sus manos sobre mis brazos, agarrándome para poder llevarme hasta donde está Collins, pero algo me dice que está más cerca de lo que creo. Cierro los ojos con fuerza, estoy confusa e incluso algo asustada. No me gustan las sorpresas, y aquí está la demostración de ello, me pongo de los nervios, no debería de haberme dicho nada. Suelto un soplido, y entonces hace que me detenga. Subo las manos hasta el nudo del pañuelo, pero coloca una de las suyas sobre este para que no lo deshaga. Mi corazón late con tanta fuerza que parece que en cualquier momento vaya a huir asustado. No sé quién está peor, si yo o mi pobre corazón.

—¿John? —Mi voz tiembla, igual que lo hago yo.

Alguien, con un simple sonido me hace callar. Es él, estoy segura de que es Collins quién está danzando a mí alrededor, observándome. Posa sus manos sobre mis hombros, aprieta un poco y las baja hasta que tocan las mías. Coge una de ellas, la alza, se la lleva a la boca y la besa con dulzura, lo que hace que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Se aparta de mí, puedo escuchar cómo anda en dirección contraria a la que me encuentro.

—Quítatelo —me pide.

Suspiro, ahora estoy más nerviosa que nunca y no sé por qué, estoy con él, le siento aquí, no va a pasarme nada. Me llevo las manos al pañuelo, mis torpes dedos apenas pueden deshacer el nudo que ha hecho, pero cuando lo consigo me quedo maravillada con lo que tengo en frente. Hay una pérgola de madera, hecha a partir de árboles que han crecido a ambos lados de un camino que se ha ido esfumando a causa de la hierba. Junto a estos han plantado *hibiscus* rojos, margaritas blancas, otro tipo de flor también blanca, amarilla y rosada... Es precioso, pero entonces reparo en lo más bonito de todo, frente a mí está mi hermoso hombre, apoyado en uno de esos arcos llenos de flores, mis ojos se llenan de lágrimas por alguna razón que desconozco. Es todo tan perfecto que parece un sueño. Va vestido con una camisa blanca con rallas muy pequeñas, se ha subido las mangas y ha dejado dos botones sin abrochar de la parte de arriba. Lleva la camisa remetida por dentro de unos pantalones blancos que le quedan como un guante y unos náuticos marrones, con algunos detalles más oscuros y con los cordones en blanco.

—Si hubiera sabido que ibas a venir tan guapo me hubiera arreglado más —digo pasándome la mano por el pelo.

—Estás preciosa con lo que te pongas.

Se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y me hace una señal para que mire lo que ha preparado. Hay una mesa blanca, con un mantel a juego y sobre este hay varias copas y platos, además de una botella de vino blanco.

—Vaya...

—Había pensado que... Bueno... Estaría bien darte una sorpresa así.

De una de las sillas cuelga su chaqueta de siempre, y en la otra hay una pequeña

caja, diminuta.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando la cajita.

Posa una de sus manos en la parte baja de mi cintura para que avance, retira la silla, coge la cajita y la deja sobre la mesa, tras eso me hace un gesto para que me siente en ella.

—Es para ti.

Me la da a la vez que me observa atentamente, no aparta la mirada de mí. ¡Oh, madre de dios! Espero que no sea lo que estoy pensando... ¡Madre mía! Creo que me va a dar un ataque al corazón como no lo abra ya y vea que es lo que hay dentro, aunque por otra parte no quiero saberlo.

—Venga, ábrelo —dice impaciente.

—Voy, voy.

Deshago el lacito rosa que cerraba la caja blanca, quito la tapa, la dejo sobre la mesa y aparto una pequeña tela que hay sobre el regalo. Entonces lo veo, suelto un suspiro de alivio, es una pulsera con el símbolo del infinito con una cadenita muy delgada de plata. Paso mis dedos sobre ella, es preciosa, le doy la vuelta y me doy cuenta de que hay algo grabado en ella: *Mi eterna locura, J.D.* Le miro con los ojos abiertos como platos, está preocupado.

—Yo... Bf... —Resoplo— es muy bonita, Collins.

Alzo la mirada de la pulsera, es tan bonita, tan delicada, es preciosa, me encuentro con sus ojos, hace una mueca, hay algo que no va bien, lo sé.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada... —murmuro— simplemente esperaba otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Cómo qué?

—No es nada, una tontería, Lucia ha hecho que me monte mis historias.

—Entiendo... —dice mirando la pulsera—. ¿Te gusta?

—Me encanta, mi amor.

Me abrazo a él con fuerza, le beso el cuello, la mejilla y luego los labios. *Mi eterna locura*, pienso.

—¿De verdad? Si no te gusta o no te convence podemos mirar otra cosa.

—Collins, te lo estoy diciendo en serio, me encanta, es preciosa.

Suspira, sin apartar la mirada de la mía, parece que ha acabado convenciéndose de que sí que me gusta, cosa que es cierta. Se la doy, para que me ayude a ponérmela, ya que yo sola no puedo hacerlo.

—Hay algo más.

—¿Algo más?

—Levanta la almohadilla.

Hago lo que me pide, levanto la almohadilla sobre la que estaba colocada la pulsera dentro de la caja y me encuentro algo envuelto en la misma tela que había antes tapando el regalo. ¿Qué será? Parece pequeño. Le miro de nuevo, y ahí está, sus ojos brillan impacientes, como los de un niño en navidad cuando abre un regalo,

aunque esta vez soy yo quién lo está abriendo. Desenvuelvo el objeto, y entonces me encuentro con una llave.

—¿Y esto?

—Natalia... Quiero que te vengas a vivir conmigo.

Parpadeo varias veces, ¿ha dicho lo que creo que ha dicho? Estiro el brazo, buscando algo para beber, creo que me va a dar algo. Mi corazón empieza a latir con fuerza, cada vez más rápido.

—Espera, abriré la bebida.

Coge el sacacorchos, se deshace de lo que cubre la obertura, y quita el corcho. Nos sirve un poco a cada uno y deja la botella donde estaba, antes de que pueda darse cuenta me tomo de un solo trago lo que ha echado.

—¿Estás bien?

—Sí, solo que esto no me lo esperaba.

Clavo la vista en el suelo, dejo la cajita, con la llave sobre la mesa, me paso las manos por la cara y la levanto.

—Entonces, ¿vendrás a vivir conmigo?

—Sí, claro que sí —digo echándome en sus brazos.

Quiero irme con él, pasar todos los días de mi vida a su lado, pero... ¿Y Lucía? ¿Qué pasará con ella? No puedo dejarla sola, tengo que hablar con ella antes de decidir nada.

—Pero... John, no puedo dejar a Lucia sola en casa, ¿cómo va a pagarlo todo? No podrá hacerlo, tendrá que dejar el piso...

—Tranquila, eso está más que solucionado.

—¿Cómo? —pregunto confusa.

—Sí, Lucía estaba al corriente de todo, igual que Joel, quién se mudará allí, dejando su piso.

—Vaya...

Parpadeo rápidamente, pues sí que lo tenía decidido, y parece que tenía también bastante claro que iba a irme con él.

—Ya os vale... Sois mala gente.

—Lo sé, pero lo he hecho porque te adoro.

Este hombre me acabará volviendo loca, me encanta, pero me saca de quicio que sea tan listo y retorcido. Lo ha organizado todo sin que ni siquiera me diera cuenta, nadie ha dicho nada, supongo que ha utilizado el rato en que no estaban trabajando para hablar con ellos, o ha sido Lucia quien lo ha dirigido todo.

—No sabes como de feliz me acabas de hacer, Natalia.

—Te quiero, y me iré contigo J.D Collins.

Capítulo 7

Ahora mismo no me puedo sentir más feliz, creo que nunca he llegado a este estado de euforia, y solo podía ocurrirme estando con ella. Tomo la mano de Natalia, hago que se ponga en pie y la cojo en volandas.

—Te amo, Natalia —le digo al oído.

Estaba tan sumamente nervioso que casi me da algo, pero por suerte he podido mantener la compostura.

—¿Y me has traído aquí solo para esto? —pregunta curiosa.

—No, claro que no —digo riendo.

No solo he hecho que nos citemos aquí solo para pedirle que se venga a vivir conmigo, quería sorprenderla, ver esa hermosa sonrisa que se dibuja en sus labios cada vez que algo la emociona. Me inspecciona con la mirada, hasta que me agacho para coger la bolsa térmica en la que llevo la comida. Saco dos platos hondos, cojo el termo que había en la bolsa, lo abro y sirvo la sopa de pollo con fideos que me ha enseñado a preparar Laura. Por suerte aún está caliente, tanto que sale humo.

—¡Qué bien huele!

—Adelante.

La observo, coge la cuchara, la mete en el líquido, lo remueve y se lleva un poco de este a la boca cuando sus labios lo rozan suelta un leve quejido y la deja de nuevo en el plato.

—Quema —dice—. ¿La has hecho tú? —pregunta a la vez que coge otra cucharada y empieza a soplarle para que se enfríe un poco.

—Sí, Laura me ha enseñado...

—Vaya, ¡no dejas de sorprenderme!

—Me alegro, entonces.

Ahora sí que sí, se la lleva a la boca, la saborea y abre los ojos como platos. Parece que le gusta.

—Está deliciosa, de verdad.

Empiezo a comer yo, tiene razón, ha quedado muy bien. El sol y el calor de la sopa nos ayuda a que el frío no pueda calar en nosotros, he elegido un buen día.

—Oye...

—Dime, cielo —respondo.

—¿Cómo lo has conseguido?

No entiendo lo que está preguntando, ¿qué es lo que quiere saber? La miro con los ojos entrecerrados.

—¿El qué?

—Que estemos aquí sentados, comiendo.

—La verdad es que ha sido un poco complicado, en teoría no se puede montar

nada así, pero Pedro es un gran amigo de mi madre, sus padres eran como hermanos, y me ha hecho un favor.

Asiente sin apartar la mirada de mí.

—¿Cuándo quieres que me mude?

—Cuanto antes —espeto sin pensarlo un segundo.

—¿Cuándo es cuanto antes?

—¡Mañana mismo! —exclamo.

Sigue comiendo, sé que algo se le está pasando por la cabeza, tiene el ceño fruncido y la vista fija en la botella de vino.

—¿Y cómo vamos a llevarlo todo?

—Con el coche.

Asiente tranquilamente. Está todo controlado y organizado, si vamos al ritmo que tengo pensado antes de llegar al ecuador de la semana que viene ya estará instalada en casa.

—¿Cómo lo planeaste todo sin que me enterara?

—No fue muy difícil, solo tenía que hablar con Lucia, del resto se encargó ella.

—Lo sabía —murmura por lo bajini.

Después de todo el tiempo que llevan juntas era imposible que no pensara en ella. Tengo tantas ganas de hacer cosas con Natalia, tantos sitios a los que visitar... Cuando nos marchemos de aquí quiero que vayamos al museo de la ciencia, sé que le gustará.

—Esto está buenísimo —me dice acabándose lo que le queda en el plato.

Parpadeo rápidamente, ya se lo ha terminado todo, ¡madre mía! O realmente estaba muy bueno o estaba hambrienta.

—Vaya —digo perplejo—. ¿Quieres más?

—Bueno... —baja la vista hacia el plato y sonrío.

Le sirvo lo que quedaba, saco la fiambarrera metálica en la que he metido el segundo plato para que pueda conservarse caliente, la dejo sobre la mesa y termino de comerme la sopa que quedaba en mi plato.

—¿Qué hay ahí?

—Milhojas de solomillo con salsa de membrillo.

—Suenan muy bien.

Cuando termina, coloco los platos hondos uno encima del otro, observo cómo Natalia se lleva la copa a la boca y le da un pequeño sorbo al vino. Mira la pulsera que le he regalado, pasa los dedos por encima del símbolo y le da la vuelta, para volver a leer lo que pone.

—Mi eterna locura —repite.

Tomo una de sus manos, con el dedo índice hago círculos en la palma y veo cómo sonrío, tímidamente.

—Me vuelves loco, nena.

Me inclino un poco hacia delante y la beso en los labios. Desde el primer día que

la conocí me trastocó de arriba a abajo, hizo que perdiera la cabeza por completo. Destapo la fiambarrera metálica en la que va el segundo plato, corto dos rodajas del milhojas para cada uno y las coloco en dos platos llanos.

—Tiene una pinta... ¡Madre mía! —dice asombrada.

—Pruébalo —le incito.

Lo parte en varios trocitos, se mete uno en la boca y lo saborea. Observo cómo se deleita con la mezcla de sabores que hay en el plato.

—¿Qué te parece?

—Está delicioso, de verdad, eres todo un artista, ni yo sé cocinar tan bien —me alaba.

—Gracias.

—Voy a estar bien alimentada, sí...

Me guiña un ojo, sonrío y seguimos comiendo.

Recojo todos los bártulos, meto los platos sucios dentro de unas bolsas, cierro bien el termo, lo mismo hago con la fiambarrera y lo guardo todo en la bolsa más grande.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —pregunta ansiosa.

—Hoy estás que no paras quieta, ¿eh? —Asiente rápidamente, termina de tomarse el vino— había pensado que podríamos ir a por el postre.

Me mira pícaramente, se pone en pie, da dos pasos hacia mí, me echo hacia atrás, posa sus delicadas manos sobre mis hombros, se sienta encima de mí y me besa apasionadamente.

—¿Serás tú mi postre, J.D Collins? —Ronronea contra mi oído.

Todo mi vello se eriza, mi cuerpo se enciende, empieza a arder como si fuera una hoguera, como una caldera a punto de estallar. Pongo las manos a ambos lados de su cintura, la sujeto con fuerza, no quiero que se aleje de mí.

—O tal vez acabe tomándote yo con un poco de chocolate.

Ahora soy yo quien la besa, a la vez que acaricio su espalda, colándome bajo la fina chaquetilla que cubre su piel. Le muerdo el labio inferior, adoro hacerlo, aunque acaba volviéndome loco cuando un delicado gemido se escapa de su interior. Bajo las manos hasta sus muslos.

—Vamos, John —me ruega.

—¿A dónde, mi amor? —digo sin apartar la mirada de ella.

—A casa —susurra entre beso y beso.

—¿Quieres que volvamos a casa? —murmuro—. Yo había pensado en ir al museo de la ciencia.

—El museo puede esperar, de ahí no se va a mover, ¿no?

—No, no se moverá —gruño contra su boca.

—Nos vamos.

Acabo de meter las cosas en la bolsa, saco el teléfono, marco el número de Pedro y me lo llevo a la oreja. Espero a que lo coja y cuando lo hace, le explico que nos

marchamos ya.

—Yo iré en la moto y tú en el coche —me dice.

—De eso nada, monada, dejaremos aquí la moto, iremos en coche y ya volveremos a por ella.

—¡Sí, hombre! —exclama—, no voy a dejar aquí a mi pequeña.

—Natalia.

—Collins, no, haremos lo que ya he dicho.

Carraspeo, pongo los ojos en blanco, agarro bien la bolsa y le doy un beso en los labios. No hay vuelta atrás, esta mujer es una cabezota, seguro que si no se acaba saliendo la suya esto no acabará muy bien.

—A ver... Bueno, está bien, irás en la moto y yo detrás de ti en el coche, no quiero que te pase nada.

—No me va a pasar nada, pero si con ello te quedas más tranquilo... Te veo en casa, cielo —me da un beso, se pone la bufanda y la chaqueta, coge el casco y se marcha por donde ha venido.

Yo voy por el otro lado, dejo la mesa y las sillas bien puestas, para que Pedro se ocupe de ello. Cuando llego al coche, guardo todo en el maletero, dejo el abrigo en el asiento del copiloto. Miro hacia todos lados, buscando a Natalia, ¿dónde se habrá metido? Se supone que ya debería estar aquí, por algo ha salido antes que yo. Cierro los ojos, cojo aire y suspiro, no debería de haberle dejado que fuera en moto. Alzo la mirada, el cielo está lleno de nubes grises, una gran tormenta se prepara y no tardará en descargar. Escucho dos pitidos, agudos, lo que me llama la atención. Giro la cabeza y veo como mi chica me saluda, se echa hacia adelante y me espera un metro más allá para que pueda sacar el coche.

Dejamos la moto y el coche en el *parking* de mi casa. Nada más cerrar la puerta de casa, siento como Natalia me inspecciona como si fuera su presa. Dejo todo sobre el mármol de la cocina, salvo el abrigo, el cual cuelgo en el ropero de la entrada. Antes de que pueda darme cuenta pierdo de vista a mi fiera, no la veo por ninguna parte. Me paso la mano derecha por la barbilla, ¿dónde estará? Dos minutos después escucho como me llama.

—John —dice pícara, alargando la última consonante— ven aquí —me pide, ¿o tal vez me ordena?

No me importa como sea, pero no puedo resistirme, la tentación empieza a llenar el ambiente lo que hace que no me lo piense. Subo las escaleras dando unas cuantas zancadas, tan rápido como puedo. Saco la camisa del pantalón y empiezo a desabrocharla tranquilamente. Al entrar en la habitación vuelvo a perderla de vista, en realidad no la he visto en ningún momento, solo la he sentido, eso ha sido suficiente como para traerme hasta aquí, aunque tal vez esté en el baño. Me deshago de la prenda de arriba y de los zapatos.

—Quieto —dice con su sensual y delicada voz.

Doy media vuelta, en dirección hacia donde la he escuchado. Cierra la puerta tras

su espalda, no lleva nada que le cubra salvo la ropa interior y unos provocadores ligeros que sujetan unas medias de medio muslo del mismo color. Se acerca a mí, dando gráciles pasos, coloca los brazos bajo sus pechos, mientras me observa de arriba a abajo, aunque soy yo quién acabará babeando como siga así vestida. Reduce un poco el espacio que queda entre nosotros, coloca sus manos sobre el cinturón y lo desabrocha, al igual que hace con el pantalón. Pasea la lengua por encima de sus labios, humedeciéndolos, sus manos aún siguen sujetando la cinturilla de los vaqueros, hasta que hace que caigan y se arremolinen a mis pies.

—Gatito, quiero jugar contigo.

Esta simple frase hace que todo mi cuerpo arda aún con mayor intensidad de lo que ya lo hacía apenas hace unos segundos. Solo de verla así ya me entran ganas de echarla en la cama y hacerla mía, aunque algo me dice que esta vez no va a ser así. Posa una de sus manos en mi hombro derecho, hace un poco de fuerza, lo suficiente como para que caiga sobre el colchón. Me muevo un poco hacia atrás para que pueda colocarme bien.

—Te echaba de menos, nena —susurro.

Se muerde el labio inferior, excitada, sonrío de medio lado, posa una de sus piernas a cada lado de mi cintura y se sienta sobre mí. La cojo por los muslos, con fuerza, no puedo evitarlo, tengo tantas ganas de sentirla que no puedo pensar en otra cosa.

—Provócame —me pide pícaramente.

Veo como sus labios esbozan una seductora sonrisa que borra la anterior. La miro, deleitándome con su figura, con la ropa que adorna su delicado y sexy cuerpo. Esto es nuevo, estoy seguro. Paso los dedos por el tirante del sujetador, por la parte interior, hasta que rozan sus pechos. Lleva un conjunto de encaje negro que le sienta como un guante, la hace elegante e irresistible. Acerco mi boca a su cuello, sin dejar de reseguir los bordes del encaje, le beso delicadamente, con cuidado, con mimo, como a ella le gusta. Con la lengua voy haciendo pequeños círculos, lo que hace que todo el vello de su cuerpo se erice, igual que lo había hecho el mío. Una de mis manos se cuela entre la tira del ligero y su piel, voy acariciándole hasta que llego a la parte interior de su muslo.

—Tengo ganas de ti, nena, demasiadas.

Siento como el fulgor se vuelve más vivo, como mi miembro se endurece cuanto más pienso en todo lo que quiero hacerle. La aprieto contra mi cintura, y la beso apasionadamente, llevándome conmigo cada respiración alterada, cada gemido no emitido. No quiero esperar más. Necesito sentirla ya o acabaré volviéndome majareta, perderé la cabeza por completo. La agarro por la cintura, me pongo en pie, con ella cogida y rodeo la cama hasta llegar a la altura de las almohadas. La dejo sobre las mantas, con cuidado de que no se haga daño con el cabezal. Se coloca bien, aunque no tarda en volver a moverse, se pone de rodillas y me mira. Estira el brazo hasta que sus dedos rozan mi mano, la coge, se la lleva a la boca y la besa con

dulzura, como suelo hacerlo yo. Tira de esta hasta que acabo subiendo yo también a la cama.

—Quiero que seas mío —susurra contra mi boca.

—He sido tuyo desde el momento en el que me dijiste tu nombre.

Veo como sus mejillas se sonrojan, no he dicho nada que no sienta, esta mujer me trastoca siempre que quiere. Me tumbo donde estaba ella, la observo pacientemente. Con una enorme sonrisa se coloca sobre mi cintura, se recuesta contra mi pecho y me besa el cuello. Sube hasta las mejillas, y se acerca a mi oreja, me da un leve mordisco en el lóbulo de esta, lo que hace que mi corazón lata con aun más fuerza. Dejo ir un soplo sin apartar la vista de ella, parece una diosa olímpica o incluso nórdica. Subo las manos hasta su cabello, haciendo que los mechones se intercalen con mis dedos.

—Eres tan hermosa...

Acerca su rostro al mío y me da un dulce beso. Desciendo las manos por su espalda, hasta que llego a las caderas, la aprieto más contra la mía, para que me sienta y así lo hace, abre los ojos como platos, me besa apasionadamente y yo la correspondo, como si me fuera la vida en ello. Pasea sus largos dedos por mi pecho, dibujando pequeños círculos, llenándolos con besos, haciendo un reguero hasta llegar a mi ombligo. Alza la mirada y se encuentra con la mía, sonrío pícaro. Cuela un par de dedos entre la cinturilla de los calzoncillos y la piel, tira de ellos hasta que acaban desapareciendo y cayendo al suelo. Me observa desde los pies de la cama, pasa la lengua por sus labios y se muerde el inferior. Gatea sobre el colchón, como si fuera una pequeña gata, se relame de nuevo, hasta que llega a la altura de mi rostro. Pongo mis manos sobre sus costillas, con un solo movimiento la coloco encima de mí, acaricio su espalda, con la vista fija en la suya. Desabrocho el cierre del sujetador, hago que descienda por sus brazos, hasta que termina ayudándome a deshacerme de él. Pega su pecho al mío, noto como su corazón late frenético, parece que vaya a salirse.

—John —murmura.

—Dime, cielo.

—Hazme tuya —me pide.

¡Uf! Ahora ya sí que no puedo esperar, esto ya es la gota que colma el vaso, y hace que acabe perdiendo el poco autocontrol que me quedaba. Pongo una mano tras su nuca, para acercarla a mí, tanto que ni el aire podrá pasar entre nosotros. Su cuerpo arde tanto como el mío, incontroladamente, la beso devorando cada sonido que emite. Con la mano que tengo libre le acaricio los pechos, con delicadeza, pero algo me dice que debo cambiar, me siento demasiado limitado estando aquí debajo. Con un rápido movimiento, la tumbo a mi lado, la agarro por las muñecas y las sujeto a ambos lados de su cabeza.

—Eres mía —gruño.

—Siempre tuya —dice llena de lujuria y pasión.

Beso sus mejillas, los labios, el cuello, sobre la clavícula, y me detengo en sus

pechos, con la lengua empiezo a hacer círculos alrededor de uno de sus rosados pezones. Suelto sus muñecas, sé que no las moverá, un suspiro se escapa de su interior, cuando alzo la mirada, veo cómo sus mejillas se han tornado rojizas. Desabrocho el pequeño botón que unía las medias con los ligueros, con dos dedos aparto las deliciosas braguitas que cubren su monte de Venus. Las dejo a los pies de la cama y vuelvo a centrarme en sus pechos, los lamo, los besuqueo e incluso les doy algunos mordisquitos, hasta que se le escapa un pequeño gemido de placer, lo que hace que suelte una sonora carcajada, subo de nuevo hacia su boca, mientras la devoro siento cómo su cuerpo se une al mío, casi unidos en uno solo, atrapo su labio inferior que se queja, pero no me importa. Sus manos se colocan en mi nuca, una de estas enreda los dedos en mi pelo y me acerca aún más, si cabe, a ella, para que no me separe. Mis manos recorren sus muslos, los acaricio hasta llegar a su lugar sagrado. Está ardiendo, receptiva y me ruega que le haga sentir todo aquello que anhela. Juego con su clítoris, cientos de suspiros y gemidos se escapan de ella, diciendo lo que ella no es capaz de expresar con palabras. Tenerla aquí, así tan expuesta a mí, tan delicada e irresistible... Solo de ver cómo disfruta, cómo necesita más de mí hace que me vuelva loco.

—Tómame, John —me ruega.

Está tan excitada y receptiva que no hay nada más que esperar. Me coloco bien entre sus piernas, y de una sola estocada entro en ella, con cuidado pero rápidamente. Nuestros cuerpos se ven invadidos por un escalofrío que eriza nuestro vello, a la vez que no podemos reprimir un profundo gemido que sale de ambos.

—Joder... —susurro con la voz ronca.

Se agarra con fuerza a mí, sus manos están contra mi espalda, clava sus uñas en ella, no me hace daño, ahora mismo solo puedo centrarme en nosotros. Nos movemos a la vez, aunque no tardamos en descompasarnos, la beso apasionadamente en los labios, pero mi boca no tarda en descender por su cuello para poder lamerlo. Cuelo una de mis manos entre los dos, acariciándola, haciendo que el placer que hay en ella aumente considerablemente, tanto que abre los ojos como platos para mirarme.

—Collins —murmura, perdida en el deseo.

Se muerde el labio inferior, incitándome a que sea yo quién lo muerda, aparta mi mano de su pequeño botón, acerca mi rostro al suyo para besarme haciendo que estos cada vez se vuelvan más arrolladizos, apasionados, y alguno que otro fugaz. Nuestras lenguas juegan entre sí haciendo que todo se torne más excitante.

Minutos después ambos acabamos rendidos, entre jadeos, sollozos y gemidos duraderos que llenan toda la habitación. Me tumbo junto a Natalia, quién me abraza y descansa contra mi pecho. Como siempre suele hacer, me da un delicado beso en el pecho y empieza a acariciarlo, haciendo pequeños círculos sobre la piel. El vello se me eriza, solo de sentirla tan cerca, mi cuerpo se prende como una hoguera repleta de hierba seca. Le doy un beso en la coronilla, alza la vista y me dedica una de sus hermosas sonrisas.

—Podríamos echarnos una siesta —sugiere.

—Pues sí, la verdad es que sí.

La abrazo con fuerza, tiro del edredón para que cubra todo su pequeño cuerpo y le acaricio el brazo. Quiero que Natalia conozca mi tierra y toda la gente que tengo allí, necesito llevarla.

—Oye, cielo —digo en voz baja.

—¿Hmm? —murmura medio dormida.

Será mejor que deje el tema para dentro de un rato, porque si se lo digo ahora no creo que luego se acuerde.

—Dime —insiste.

—No pasa nada, mi amor —susurro acariciándole.

Con un solo movimiento se yergue, sentándose con las piernas cruzadas. La miro, pasmado, ¿qué ha sido eso? Hace apenas unos segundos estaba prácticamente dormida, y ahora parece estar despejada del todo.

—¿Qué querías decirme? —pregunta inquieta.

Me mira, curiosa, sus ojos brillan, esperando una respuesta, una que no sé si aceptará. Trago saliva sin apartar la mirada de ella, una sonrisa se dibuja en sus labios, lo que hace que tire adelante.

—Bueno... —espeto— me gustaría que nos fuéramos unos días a Cardiff.

Abre los ojos como platos, alza una de sus oscuras cejas, y me mira con cara de póker.

—¿Cómo?

—Natalia, desde que nos conocemos nunca hemos ido a mi casa, llevamos algo más de dos años juntos, me gustaría que conocieras mi tierra.

—Ni que fueras un marqués, tanta tierra, tanta tierra... —dice poniendo los ojos en blanco.

Frunzo el ceño, ¿de verdad ha dicho eso? Suspiro, alza una de sus delicadas manos y la coloca en mi mejilla.

—Es broma, cielo.

—¿Qué es lo que ocurre? Sé que hay algo que no te gusta.

—Bueno... —dice en voz baja— es solo que bueno...

Espero a que siga hablando pero algo me dice que sus palabras no van a salir así como así.

—¿Qué pasa, nena?

—Me da pánico volar —dice rápidamente— hala, ya lo he dicho.

Suelto una sonora carcajada ante su comentario, lo que parece no sentarle muy bien.

—No va a pasarte nada, cielo —digo intentando apaciguar la fiera que lleva dentro.

—Me da mucho miedo, John, no puedo con las alturas —dice poniéndose cada vez más nerviosa— solo de pensarlo...

Hago que vuelva a recostarse contra mi pecho, para que se tranquilice, siento como su corazón late frenético, como si fuera a salirse del pecho, está asustada.

—No pienses más en ello, cielo, no pasa nada, ya buscaremos una solución.

Asiente un par de veces, me besa de nuevo en el pecho y cierra los ojos. Hago yo lo mismo, sin dejar de abrazarla, para que se calme, hasta que ambos nos quedamos completamente dormidos.

Capítulo 8

Estiro las piernas tanto como puedo, hago lo mismo con los brazos, intentando desperezarme, hasta que me topo con el costado de Collins. Parpadeo unas cuantas veces, me paso las manos por los ojos y la cara. Me acerco con cuidado, intentando no despertarle, alzo uno de sus brazos, me coloco debajo abrazándole, y lo pongo sobre mi hombro. Adoro poder estar así con él, sentir el calor de nuestras pieles uniéndose en una sola. Bostezo, tiro del edredón para cubrirnos bien, ya que parte de su pecho estaba sin tapar. No sé qué hora debe ser, seguro que algo tarde, cuando nos acostamos eran alrededor de las cuatro de la tarde, no sé cuánto hemos dormido, pero la verdad es que me ha sentado genial.

Suspiro, nada más de pensar en lo que me ha propuesto Collins me aterro, odio las alturas, me da pánico ir en avión, solo de recordar la que lie en el vuelo a Londres cuando fui con Lucia, ya me avergüenzo y me pongo de los nervios. Solo espero no hacérselo pasar mal. Quiero ir, conocer a toda su gente, aunque él solo haya conocido a parte de la mía. Paseo mis dedos sobre su pecho, una media sonrisa se dibuja en sus labios, le doy un beso sobre uno de sus pequeños y rosados pezones. Poco a poco abre los ojos, fija su verdosa mirada en la mía y la sonrisa se vuelve aún mayor.

—Hola, nena.

Su voz suena ronca, después de haber estado durmiendo siempre le pasa, y hace que suene aún más *sexy* de lo que ya es.

—Hola, cielo.

Me siento sobre el colchón, pongo las manos al lado de cada uno de sus costados, y me siento sorbe su cintura, estiro de nuevo el edredón, me estiro sobre él y le beso en los labios. Ronronea contra mi oído, pone las manos en mi cadera, tira de mí hasta que quedamos completamente encajados. Apoyo los brazos a ambos lados de su cabeza, nuestros rostros están casi pegados, solo un centímetro los separa. Sus ojos se clavan en mi boca, le doy un casto beso, y le soplo, a lo que me responde sacándome la lengua. Le beso otra vez, atrapo su labio inferior, como hace él conmigo, y sonrío. Entonces escucho cómo su estómago empieza a rugir.

—Vaya... —murmura en voz baja.

Dejo ir una sonora carcajada, Collins hace una mueca con la boca y empieza a hacerme cosquillas, intento escaparme al mismo tiempo que no dejo de reír, tanto que de mis ojos acaban escapando algunas lágrimas.

—Por favor... —le ruego— Collins para.

No me hace ni caso, me atrapa bajo su cuerpo y sigue torturándome a la vez que una hermosa sonrisa se esboza en sus labios.

—¡Collins! —digo alzando la voz.

—Está bien —contesta intentando aguantarse la risa— vamos a comer algo.

Carraspea, sale de encima de mí, me besa fugazmente y se pone en pie. Le miro desde la cama, me tapo bien y le saco la lengua.

—No me provoques, nena —me advierte.

—¿O qué?

De un salto sube a la cama, y gatea sobre esta hasta que llega a donde me encuentro.

—Te devoraré como el lobo a Caperucita —dice haciendo que su voz sea más profunda.

Todo mi vello se eriza al instante, mi cuerpo empieza a arder y pide a gritos que me vuelva a pegar a él. Se da la vuelta, lo que aprovecho para acercarme por su espalda.

—Tal vez sea eso lo que quiero.

Le beso en el cuello y le doy un mordisquito haciendo que de un respingo.

—Natalia, Natalia —murmura.

Vuelvo a hacerlo, y acto seguido me pongo en pie, paso junto a él, voy hacia la cómoda, abro el cajón que me ha cedido y saco un jersey extra largo, más viejo que yo que sé, y unos calcetines de esquiar, perfectos para un día de invierno como el de hoy. Me lo pongo sin nada debajo, solo las braguitas negras de encaje que llevaba antes. Giro un poco la cabeza, lo suficiente como para verle de reojo, me observa como un peligroso depredador, lo que hace que la parte baja de mi vientre arda como el mismísimo infierno. Doy media vuelta para ver cómo se pone en pie, si por mí fuera no dejaría que se pusiera nada, con ese cuerpo de dios Olímpico todo sobra, ha sido creado para admirarlo. Se pone una camiseta de manga corta, y los pantalones del pijama a cuadros blancos y negros. Lo miro de arriba abajo, hago una mueca con la boca y niego con la cabeza.

—Te prefería sin ropa —le explico al ver cómo me mira sin entender nada.

Dando un par de zancadas se acerca a mí, me toma por la parte inferior de la cadera y me pega a él.

—Tranquila, ya me la quitarás luego —susurra contra mi oído sensualmente.

Bajamos al comedor, cojo el teléfono y me doy cuenta de que tengo un par de mensajes, uno de Lucia y otro de Joel.

—¿Te ha dicho algo ya? ¡Madre mía! ¡Qué nervios! —Escribe mi hermanita.

Sin contestarle, voy a ver qué es lo que me dice Joel, lleva un tiempo algo raro, distante.

—Tenemos que hablar, es urgente.

Aprieto los labios con la visa fija en la pantalla, ¿qué querrá decir?

—¿Ocurre algo? —Le pregunto preocupada.

Me dejo caer en el sofá a la vez que espero que me conteste. Hago una mueca al ver que ha leído mi mensaje y ha optado por no contestar. Cuando alzo la vista me encuentro con la de Collins, quién me observa.

—¿Pasa algo?

Le digo que no con la cabeza, pero no es tonto, sabe que hay algo que no me ha sentado bien. Alza una ceja, como suelo hacer yo, soplo, no puedo decirle que no otra vez.

—Está bien —bufo— es Joel...

Me pongo en pie y voy hacia donde está la isleta de mármol. Saca un par de tazas, la leche y el azúcar.

—Quieres, ¿no?

—Sí, por favor.

—Entonces —dice apretando el botón para que el café empiece a salir—. ¿Qué es lo que pasa?

—Joel me ha enviado un mensaje y me ha dejado un poco así...

—¿Y qué dice? —pregunta torciendo el gesto.

—Que tiene que hablar conmigo urgentemente.

Cierra los ojos, niega con la cabeza y al abrirlos los fija en los míos, está enfadado, o por lo menos molesto. Se da la vuelta nada más escuchar el pitido de la cafetera.

—Pues no entiendo por qué, a ver si voy a tener que ir yo a hablar con él.

—Yo tampoco lo entiendo, no sé qué mosca le ha picado.

¿Son celos eso que noto en él? Sonrío, aunque intento que no se percate de ello. Por una parte me parece adorable, pero por otra, me molesta por que ya debería saber que Joel es como mi hermano.

—No pasa nada.

—Algo pasará, sino no te habría enviado ese mensaje, digo yo.

—Da igual...

Cojo la taza que deja sobre el mármol, me siento en el sofá de nuevo, le doy un sorbo y le observo desde la distancia. Tiene el ceño fruncido, sigue molesto.

—Ven aquí —digo dando dos palmadas sobre el cojín.

Asiente, coge su taza y viene hasta a mí, se sienta donde le he dicho y acerca la mesilla que hay entre la televisión y el sofá. Deja su café sobre esta, le tiendo la mía después de darle un largo sorbo, y me estiro apoyándome en su pecho, adoro escuchar el latido de su corazón.

—Hay algo en ese tío que no me gusta.

—¿Por qué? —pregunto.

—No sé.

Me entristece saber que John no se fía de Joel, es un chico buenísimo, desde que le conocí que siempre ha estado ayudándonos, y apoyándonos como si le fuera la vida en ello, sobre todo cuando Collins sufrió el accidente.

—Pues lamento que sea así, la verdad —confieso.

Le da un trago al café, lo deja de nuevo en la mesilla y empieza a pasar sus dedos por mi pelo, peinándolo.

—No sabes cuánto te quiero —me susurra al oído.

—Creo que puedo hacerme a la idea.

—¿Tú crees?

Giro un poco la cabeza, le miro de reajo y le saco la lengua. Me da un beso en la coronilla, lo que me hace sonreír. Estiro el brazo, lo suficiente como para llegar al mando de la televisión.

—¡No! —dice Collins alzando la voz.

—¿Por qué? —pregunto confusa.

—Deja eso, anda —me pide.

Entrecierro los ojos, me pongo en pie, dejo el mando dónde estaba y me acerco al reproductor de música, lo enciendo y me guardo el mando, entonces empieza a sonar *Desde mi cielo*, canción de *Mägo de Oz* cantada por Leo Jiménez, tiene una voz preciosa, es hipnotizante. Me siento junto a Collins, no sé por qué pero aún me asombra que escuche esta música. Empieza a tararear la canción y no puedo evitar sonreír como una tonta, le observo, deleitándome con cada una de las notas que emite.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

—¿No puedo hacerlo?

—Sí, claro que sí —dice con una medio sonrisa, lo que le hace más irresistible y sensual.

Me muerdo el labio inferior, sin apartar la mirada de la suya, esos ojos verdes tan hermosos que tiene brillan centelleantes.

—Eres tan bella —dice a la vez que acaricia una de mis mejillas— tanto... —susurra.

Me siento a horcajadas sobre él, y le abrazo con fuerza, estos últimos dos años han sido los más felices de mi vida, jamás pensé que después de lo de Óscar pudiera llegar a ser feliz con alguien como Collins. Para entonces se me vino todo encima, pero gracias a él, ese mundo oscuro en el que estaba metida se desvaneció como por arte de magia.

—Te quiero, John.

—Y yo a ti, nena.

Le beso con dulzura, pero poco a poco voy llevándome conmigo su sabor mezclado con el del café. Pongo una de mis manos en su mejilla y noto como él coloca una de las suyas en mi nuca.

—No sabes cuánto te deseo —dice con la voz ronca.

—Dime cuánto.

Muevo mi cintura sobre la suya, acariciando levemente su erección, la cual empieza a crecer con tan solo este movimiento. Me agarra con fuerza, se pone en pie, cogiéndome a peso. Me besa con fiereza, tanta que siento cómo poco a poco me deja sin fuerza.

—Te amo tanto, Natalia...

Mis ojos se llenan de lágrimas, este hombre nunca dejará de sorprenderme, nunca habría imaginado que toparía con alguien que me hiciera sentir tan especial y por suerte, la vida ha cruzado nuestros caminos, o mejor dicho, los ha entrelazado.

—No, Natalia —dice en voz baja— no llores, por favor —me ruega.

—Tenía tanto miedo, John...

—Ya no tienes nada que temer, estamos juntos y eso es lo que importa.

Pone las manos a ambos lados de mi rostro, mientras yo me sujeto a él rodeando su cadera con mis piernas, acerca nuestras caras y me da un dulce y casto beso en los labios, aunque cada vez se vuelven más rudos. Suelto un quejido cuando noto como me agarra con fuerza de nuevo, clavando sus dedos en mi piel. Le da la vuelta al sofá y me apoya contra el acolchado espaldero, dejándome a la altura perfecta para hacer que me vuelva loca. Le beso con ansia, devorándole, al igual que hace él conmigo. Nuestras lenguas juegan, se enzarzan en una lucha infernal por demostrar el amor que hay entre ambos. Collins me muerde el labio inferior, por lo que un gemido se me escapa. Sonríe contra mi boca, aún con mi labio apresado entre sus dientes.

—Se va a enfriar el café —murmuro a la vez que lo libera.

—¿Quieres ir a terminártelo?

—No —admito.

Enredo mis dedos entre los mechones de su pelo, sin dejar de besarle. Cuando ve que no voy a caerme, baja las manos hasta mis muslos, los acaricia y los cuela bajo el jersey de lana, llevándose los consigo y subiéndolo hasta que llega a mi ombligo. Se aparta un poco de mí, da un paso hacia atrás para poder mirarme de arriba a abajo. Se relame como si fuera un gato y me dedica una media sonrisa de las suyas. Estiro el brazo hasta que mis dedos rozan el cuello de su camiseta. La cojo y tiro de él hasta que vuelve a encajarse entre mis piernas, coloca su mano sobre mi sexo, pasea un par de dedos por encima de las braguitas, lo que hace que todo mi cuerpo se tense.

—Tengo ganas de ti —le susurro.

Ronronea contra mi oído, con una mano me alza y con la otra se deshace de la poca ropa que me cubría en la parte inferior. Pone las manos en mi cintura, me besa las mejillas y el cuello, entonces con un rápido movimiento me quita el jersey. Le miro con una de las cejas alzadas.

—Esto no es justo.

—¿Qué no es justo? —murmura apartándose el pelo y lamiéndome el cuello.

—Esto —digo entrecortadamente, a la vez que cuelo mis dedos entre la cinturilla

de los pantalones y su piel.

Deshago el lazo que los sujeta, cojo el bajo de la camiseta y tiro de ella hasta que se la quito.

—Me habías dicho que luego podría quitártela —digo en voz baja— ya es luego.
—Le provoco.

Tiro de sus pantalones hasta que se arremolinan a sus pies. Me pone algo más al borde, lo suficiente como para que su erección quede a la altura de mi entrada. Le miro expectante, paseo las manos por su pecho desnudo y me muerdo el labio. Las bajo haciendo un pequeño camino, hasta que llego a su miembro. No se mueve ni un ápice, simplemente observa lo que hago. Siento como mis mejillas se enrojecen, aparto la mirada hacia un lado, pero no me deja que lo haga, pone un dedo en mi barbilla y hace que le mire directamente a los ojos. Da un paso hacia adelante, me besa a la vez que masajea el interior de mis muslos, se pone de rodillas y los mima. Uno de sus dedos entra en mi interior, haciendo que un grito ahogado se me escape. Juguetea conmigo, lame mi clítoris, provocando que mi cuerpo empiece a temblar, sabe que es lo que tiene que hacer. Cuando ve que mi respiración se vuelve agitada, se pone en pie y de una única estocada entra en mí. Gruñe contra mi oído como un lobo salvaje, lo que hace que todo mi vello se erice. Se mueve rápidamente, enreda sus manos en mi pelo juntándome más a él, si cabe. Le beso el cuello, y le doy un ligero mordisco. Una de sus manos baja a mi sexo, se cuela entre nosotros, empieza a hacer círculos en mi clítoris sin cesar sus embestidas, nos movemos a una misma vez. Minutos después siento como una gran oleada de placer se acerca, mis piernas tiemblan como no lo habían hecho antes, Collins no se detiene, sigue hasta que ambos explotamos en un profundo gemido desgarrador.

No tengo fuerzas en las piernas, estoy segura de que si me dejara en pie apenas podría sostenerme. Creo que se da cuenta, por lo que me coge en brazos, rodea el sofá, coge el jersey del suelo y me deja sobre este. Me ayuda a ponerme el jersey, para que no coja frío, saca una manta del arcón que hay tras este y la extiende por encima de mí. Después de eso, se viste él, se sienta como si no hubiera pasado nada, le da un trago al café y sonrío. Gateo sobre el acolchado sofá y me acurruco contra él, buscando su calor.

—Natalia... —dice en voz baja.

—Dime —susurro alzando la vista.

Carraspea y se mueve un poco bajo mi cuerpo. Le noto nervioso, algo me dice que alguna idea le ronda por la cabeza, esto me huele a chamusquina.

—A ver... —murmuro.

—Ya tengo los billetes a Cardiff.

—¿Cómo? —digo abriendo los ojos como platos.

—Nos vamos el jueves de la semana que viene.

—Pero, pero... ¡Pero! ¿Tú estás loco? ¿Cómo me voy a mudar, a organizar, dejar el *Jubilee* arreglado e irme?

—Claro que puedes, entre los dos lo haremos.

Me siento donde estaba, cruzo las piernas y me pongo seria. Sabe tan bien como yo que eso no vamos a poder conseguirlo. Resoplo, ya podría haberme avisado antes de comprarlos.

—Ya te vale —digo golpeándole el brazo no muy fuerte.

—Podremos con ello —me asegura.

Sentado en uno de los taburetes mientras lee el periódico y se toma su café matutino. Gira un poco la cabeza, lo suficiente como para mirarme. Me acerco a él, dando unas cuantas zancadas y le beso en la mejilla.

—Buenos días.

—Buenos días, pequeña.

Paso por detrás de él y entonces me da una palmada en el culo. Acto seguido le miro con los ojos entrecerrados y le saco la lengua. Me preparo un café, mientras la leche se calienta, me doy la vuelta y le observo. Lleva esas gafas que tan bien le quedan, se me hace raro verle con ellas, debería llevarlas más a menudo, le hacen parecer más interesante, aún.

—Natalia —me llama, pero no le escucho, estoy demasiado ocupada admirando ese rostro de dios griego que tiene— Natalia —repite.

—¿Hm?

—¿Qué te parece si vamos a tu casa, metemos todo en cajas y hacemos un primer viaje?

Asiento, sin decir nada más, vamos a tener que hacer unos cuantos, porque aunque su coche sea muy bonito, no es que sea precisamente muy espacioso.

—Sí, podría estar bien —contesto.

Rodeo la isleta cuando acabo de preparar el café, me siento a su lado y le observo. Se ha puesto unos vaqueros oscuros algo desgastados y una camiseta de manga corta de color negra que le queda como un guante.

—¿Estás preparada?

—Sí, aunque un poco nerviosa y triste.

—¿Triste?

Hago una mueca con la boca, claro que me entristece no poder estar con Lucía.

—Me da pena no volver a levantarme y tener a Lucía en mi cama, tirada encima de mí para que me despierte.

—Bueno, es normal.

Media hora después estamos en la portería de mi piso. La miro, voy a echar de menos todos los momentos que he vivido, la vuelta de Collins, las veces que me ha esperado aquí abajo...

—Oye... —murmuro.

—Dime, nena.

—Me gustaría pasar esta última semana en casa, ha sido mucho tiempo con Lucía como para irme así...

—Tranquila, cielo —dice cogiéndome por la cintura.

Me da un dulce y fugaz beso en los labios, pasa una de sus grandes manos por mi pelo y clava su mirada en la mía, esos hermosos ojos verdes que tiene me enamoran como ningún otro había hecho. Me pongo de puntillas para poder devolverle el beso.

—Te quiero —murmuro contra su boca.

Sonríe, se separa de mí y deja que pase delante, me da otra palmada en el culo, lo que hace que me vuelva rápidamente a la vez que abro los ojos como platos. Me saca la lengua, como he hecho yo antes, y me dice que pase. Abro la puerta y subimos a casa.

—Hola, pequeña —dice Lucia alegremente—, estiradillo —saluda a Collins con un ligero movimiento de cabeza.

—No le llames así —le riño a la vez que me quito la chaqueta.

—Estás más *sexy* con gafas, pareces bueno y todo.

—¡Lucia! —Grito.

Se tira encima de mí, haciendo que retroceda hasta que mi espalda se toca con el pecho de John, me agarra para que no me caiga y le mira.

—Estás loca...

—Loca por ti, nena.

Avanzo un poco, aún con Lucia enganchada como una lapa, la abrazo con fuerza y es entonces cuando siento como mi cuerpo se ve sacudido por un escalofrío que deja una extraña sensación en mi interior. Voy a echar de menos estas cosas. Miro por todos lados y veo cómo está lleno de cajas vacías, dobladas, a punto para guardar todas las cosas.

Después de pasarnos todo el día llenando las cajas de cartón, apenas queda nada, solo la cama y un poco de ropa para esta última semana. El timbre suena dos veces, voy corriendo hacia la entrada, espero que sea él, pero cuando abro la puerta me encuentro con un atractivo Marc aún vestido con la ropa del restaurante. Le miro de arriba a abajo, lleva un par de bolsas en las manos, debe ser la cena. Me hago a un lado para que pueda pasar. Cuando voy a cerrarla, y solo quedan unos segundos para que lo haga, alguien me lo impide. Miro por la rendija que queda, vuelvo a encontrarme con esas hermosas esmeraldas que me observan centelleantes. Le dejo entrar, y me abrazo a él con fuerza, huele a gel de ducha, a champú y a colonia, me muerdo el labio inferior, ¡me encanta!

—Qué bien hueles —susurro contra su oído.

Sin decir nada, me besa el cuello y hace que dé unos cuantos pasos hacia atrás. Le observo atentamente, se ha cambiado de ropa, normal, después de estar todo el día llevando cajas debía estar un poco asqueado. Se ha puesto una camisa blanca que se le ajusta perfectamente a su moldeado cuerpo, y unos vaqueros oscuros algo estrechos. Se ha dejado las gafas, me encanta como le sientan, aunque a John todo acaba quedándole bien. Lleva una botella de vino en la mano derecha, estiro el brazo, quiero saber cuál es. La sujeto con ambas manos y leo lo que pone, Beso.

—Es el mismo que tomamos la noche del accidente —digo en voz baja, algo afligida.

—Quería recordar que a pesar de todo aún seguimos aquí, juntos.

Aún seguimos aquí, sí, por suerte algo hizo que él volviera a la vida, y que no me dejara aquí sumida de nuevo en un infierno oscuro y sin luz. Me vuelvo a abrazar a él, afectada por lo que ha dicho.

—No me dejes nunca sola —le ruego.

—No lo haré, cielo.

Cuando me aparto de él, veo como Lucia y Marc nos observan con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Qué? —digo al girarme.

—Ah, no, nada, nada —contesta mi amiga.

La miro con los ojos entrecerrados, algo no cuadra, esta me está escondiendo algo. Cojo la botella de vino, y le quito las bolsas a Marc, tras eso, le lanzo una mirada a Lucia para que venga conmigo a la cocina.

—Pero...

—¡Ni peros, ni peras! ¡Tira!

Ambos nos miran sorprendidos, John se quita la chaqueta que llevaba, y va hacia el comedor junto a Marc.

—¿Por qué nos mirabais así? —pregunto algo molesta.

—No sé, es que sois tan monos...

—No somos monos.

—¡Claro que sí!

Abro el armario para poder sacar unos cuantos platos, ¿vendrá Joel?

—Oye, hermanita, ¿has hablado con Joel?

—No, ¿por qué? Llevo sin verle desde el viernes.

—Vaya...

—¿Ha pasado algo?

—Lleva unos días extraño, me ha enviado un mensaje diciéndome que tenemos que hablar y bueno...

—Da igual, ya se le pasará —dice intentando quitarle un poco de hierro al asunto.

Hago una mueca, y alzo los hombros, tal vez tenga razón, pero la verdad es que no entiendo lo que le pasa y eso me preocupa.

—La semana que viene me voy a Cardiff —le digo.

—Me lo contó Collins, ¿cómo crees que lo teníamos todo planeado sino?

—Ya os vale... —Gruño.

Hay dos cosas que odio, que se hagan cosas a mis espaldas y las sorpresas, no lo soporto, me pone de muy mala leche, y si son ellos, todavía más. Lucia lo sabe, pero aun así lo hace, puede que sea un bien para mí pero quiero poder decidir yo lo que hago o no. Escucho como alguien da dos golpecillos a la puerta, realmente no tendría que hacerlo, con que se asomara por la barra ya podría hablar con nosotras. Me giro y

veo que es John.

—¿Os ayudo?

—Si quieres llevarte los platos y las copas...

Asiente con una sonrisa, se acerca tras mi espalda y me da un beso en la mejilla, sabe que algo no va bien.

—Pues creo que esto no acaba aquí —dice Lucia.

Empieza a sonar el teléfono de Collins, pero está en el comedor hablando con Marc y con la televisión encendida, por lo que no lo escucha. Voy a por él, rebusco en el bolsillo de su chaqueta, hasta que lo encuentro. Un tal Kellin está llamándole, ¿quién será?

—John —le llamo a la vez que voy hacia donde se encuentra— te llama Kellin.

—Oh... —coge el móvil de entre mis manos, y se mete en la que aún es mi habitación.

—¿Quién es Kellin? —pregunta Lucia.

—Pues... No lo sé —admito.

Después de una noche llena de risas, anécdotas y cotilleos, es hora de descansar. John y Marc se han marchado a sus casas para que podamos acabar de recogerlo todo, me hubiera encantado poder pasar la noche con él, entre sus brazos, pero esta noche es de Lucia y mía, solo de las dos.

—He tenido una idea —espeto cuando acabo de meter los platos en el lavavajillas, la miro de reojo y cuando veo que está atenta, sigo— aparta la mesita, rápido.

Hace lo que le digo, coloca la mesa que hay entre el sofá y la televisión junto al ventanal de la terraza, mientras, corro hacia la habitación e intento de levantar el colchón de mi cama.

—Socorro —digo alzando la voz al ver que no puedo yo sola— Lucia —la llamo.

—¿Pero qué haces, loca? —Grita cuando me ve.

—No te quedes ahí, ¡ayúdame!

Entre las dos lo sacamos al comedor, preparamos unas palomitas, apagamos las luces y nos tiramos en la cama, tapadas con una manta. Se apoya en mi hombro, la miro y hago una mueca.

—Voy a echar mucho de menos esto... —murmuro.

—Y yo, hermanita, y yo.

La abrazo y escucho como un pequeño hipido se escapa de su delicado cuerpecillo. Se sienta bien y se echa a mis brazos, llorando como si fuera una niña que se acaba de caer.

—Prométeme que nada de esto cambiará —me ruega.

No puedo verla así, podía ver llorar a mucha gente, pero no a ella, nunca a mi pequeña, porque si ella se rompe, seré yo la que rompa alguna que otra cosa a quien cause su sufrimiento. Pero ahora no puedo evitar venirme abajo, ha sido mucho tiempo estando juntas.

—No va a pasar nada, pequeña —le contesto intentando calmarla— nunca te dejaré sola, nada ni nadie nos podrá separar —le prometo.

Capítulo 9

Tras salir de la ducha, escucho como mi teléfono empieza a sonar insistentemente. No hago caso, cesa la llamada, pero al cabo de unos segundos suena de nuevo. Me pongo las zapatillas de ir por casa, me enrolla una toalla a la cintura y bajo al salón. Miro la pantalla, es Julia quien llama.

—Dime.

—Buenos días, ¿no? —pregunta altivamente— ábreme.

—¿Perdona?

Cuelga, y no tardo en oír como alguien le da al timbre. Pongo los ojos en blanco, niego un poco con la cabeza, me pongo una sudadera granate que hay en el ropero de la entrada y abro la puerta.

—¿Qué quieres, Julia?

—¿Me dejas pasar? No es que haga muy buen tiempo —dice a la vez que mira hacia atrás.

Me doy la vuelta, para que entre, espero que no tarde mucho, no son más que las ocho de la mañana y no estoy para juegucitos. Pasa por delante de mí contoneando sus caderas, y haciendo sonar sus tacones de infarto. La miro de los pies a la cabeza, va vestida con una falda de tubo que se amolda a sus piernas como una segunda piel, unas medias oscuras y una camisa blanca remetida por dentro de la falda, y con eso un abrigo negro. Se lo quita y lo deja sobre el respaldo del sofá. No es la primera vez que viene, sabe a la perfección cómo es la casa.

—¿No vas a invitarme a un café?

—No, ¿a qué has venido, Julia?

—Quería hablar contigo —dice apoyándose contra el sofá.

Mira hacia todos lados, anda por el comedor, sin apartar la mirada de mí y se pasa la lengua por los labios.

—Nos vamos a ver en la oficina dentro de una hora.

—Quiero que hablemos... —dice acercándose peligrosamente a mí— de una forma más... íntima.

Pone uno de sus largos dedos en la cremallera de la sudadera y va bajándola poco a poco, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Sabes que estás muy sexy así? Con el pelo mojado y solo llevando esa toalla anudada a la cintura —murmura a la vez que termina de abrirla—. ¿No está Natalia?

—Julia, de verdad —vuelvo a abrocharla y la subo hasta arriba—. ¿Qué quieres?

—A ti, John.

Me aparto de ella, rodeo la isla de mármol para que algo se interponga entre nosotros. Clavo la vista en la fría piedra y al alzarla me vuelvo a encontrar con la suya, la cual brilla llena de lujuria y deseo.

—John —dice recostándose en la isleta—. ¿Es que no lo entiendes?

—Claro que sí, Julia, pero no puede ser. Se acabó.

Intento calmar el enfado que está creciendo en mí, ¿es que después de dos años aún no entiende que yo a quien quiero es a Natalia? ¿Es tan complicado de que le entre en la cabeza?

—Miguel me ha dicho que a partir del jueves vas a estar una semana fuera...

—Así es —espeto— ahora, márchate, por favor.

Voy a por su chaqueta, y se la doy para que se vaya, será lo mejor, porque esto ya no va a ninguna parte.

—¿A dónde vas?

—Eso a ti no te incumbe.

—Llévame contigo, John.

Se tira encima de mí, casi abrazándome. La cojo por la cintura, lo que hace que ella pase los brazos por detrás de mi cuello.

—John, por favor —me ruega.

—Julia, no hagas esto más difícil.

Hace una mueca, me besa en la mejilla y acaba dándose por vencida, por lo menos esta vez. Se pone el abrigo rápidamente, y sin decir nada más, se marcha.

Nada más llegar a la oficina, voy directo al despacho de Miguel, sin tan siquiera pasar por el mío. Doy varios golpes en la puerta hasta que me indica que pase, he esperado por respeto.

—Adelante —escucho que me dice.

—Gracias.

Me hace un gesto con la mano para que me siente, pero decido rechazar su oferta, no hay mucho de qué hablar. Miguel es un tipo prepotente, maleducado y altivo, siempre tiene que conseguir lo que quiere, le cueste lo que le cueste, y ya lleva años intentando hacer que se deshagan de mí.

—¿Qué quieres, Collins? —dice de mala manera.

—¿Quién te crees que eres para ir contándole por ahí a la gente que me voy?

—Collins, Julia debe saberlo todo. —Recalca la última palabra.

—Me juego lo que quieras a que media sucursal sabe que me marché a Cardiff.

Le miro con los ojos entrecerrados, me estiro el traje para colocarlo bien, doy media vuelta y me marché por donde he entrado. Cuando abro la puerta de mi despacho escucho como se acerca Julia, y cierro la puerta tras mi espalda, me quito la gabardina, la cuelgo en el ropero y me acerco a la mesa. Desabotono los dos botones de mi traje, enciendo el ordenador y me paso las manos por la cara, va a ser un día muy pesado.

Mi teléfono emite un leve sonido, lo que hace que lo mire de inmediato.

—*Buenos días, nene, he tenido una idea* —me escribe Nat en un mensaje de WhatsApp.

Levanto una de mis cejas como suele hacer ella, y me pongo a escribir, sigue en línea.

—*Buenos días, ¿una buena idea?*

—*Ya lo creo que sí* —contesta instantáneamente.

Durante unos minutos me quedo mirando la pantalla del móvil, parece que ha dejado el suyo, ya no está en línea. El teléfono del despacho empieza a sonar, cuando voy a atender la llamada, alguien da varios golpes en la puerta.

—Adelante —digo colocándome bien en la silla.

Cuando esta se abre, veo como aparece Natalia con una radiante sonrisa.

—Señor Collins —me saluda.

Rápidamente me pongo en pie, abotono el traje y me dirijo hacia ella. La devoro con la mirada, va vestida con un jersey negro que se amolda a la perfección a sus pechos y que hace que resalten, a parte lleva una falda roja, acompañada por unos altos botines del mismo color que el jersey que hacen que sus piernas parezcan más largas.

—Señorita Reyes —digo con una media sonrisa.

Cojo una de sus manos, me la llevo a la boca y le doy un delicado beso sin apartar la vista de la suya.

—¿En qué puedo ayudarle? —Pongo una mano baja de la espalda.

—Bueno... —murmura titubeante— quería pedir un préstamo.

Abro los ojos como platos, le indico que se siente y me apoyo en el borde de la mesa. Juguetea con sus manos, parece nerviosa, pero, ¿por qué? Me desabrocho la chaqueta, y me siento de nuevo.

—Veamos, ¿para qué quiere un préstamo, señorita Reyes?

Carraspea, baja la vista al suelo y sigue moviendo las manos, entrelazando los dedos entre sí.

—Pues quiero comprar algo.

—¿Algo? —pregunto.

¿Qué es lo que quiere comprar? La miro, esperando a que me cuente algo más, pero eso no llega, veo como se muerde el labio inferior, se pone en pie y acerca a mí, apoyándose en la silla. Me mira desde arriba, muevo la silla hacia atrás lo que aprovecha para sentarse a horcajadas. Pasea el dedo índice por mi pecho, deshace el nudo de la corbata y empieza a desabotonar la camisa.

—¿Sabes que estás muy *sexy* con traje? —susurra.

—¿Ah, sí?

—Aunque estás mucho mejor sin él —dice como si fuera una gata, ronroneando.

Poso mis manos sobre sus muslos, la cojo con fuerza y la pego más a mí, me encanta sentirla tan cerca.

—Sabes que esto no debería pasar aquí, ¿no?

—Sí, lo sé —contesto a la vez que aparto el cabello de su cuello, y empiezo a besarle—. Podrían echarme por culpa de tu atrevimiento.

—Lo sé.

Baja sus manos por mi pecho y sube, acariciándome.

—Tal vez debería irme —dice entre beso y beso.

—Tal vez.

La agarro por el pelo que le nace desde la nuca, lo aguanto ahí y la observo, una hermosa y sensual sonrisa se dibuja en sus labios provocativamente. Tengo ganas de hacerla mía, anhelo tener su cuerpo desnudo bajo el mío, enredado entre las sábanas de mi cama.

—Joder —susurro.

Con la mano que tengo libre, la acerco más a mí y acabo colándola bajo la falda, aprieto sus muslos, los acaricio de arriba a abajo hasta que llego a sus descubiertas nalgas. Abro los ojos desorbitadamente, no lleva bragas, sino un fino tanga con algo de encaje.

—Vaya...

Noto como el pantalón empieza a sobrarme, como las ganas de poseerla aumentan sin control. Quiero hacerla mía, escuchar mi nombre entre sus jadeos, adentrarme en su humedad y devorar su cuerpo sin dejar ni un solo rincón por besar. Se queda quieta a la espera de que haga algo. Bajo la mano que la sujetaba por el pelo, a lo largo de su espalda y la meto bajo la falda, con la otra. Aparto la tela que cubre su sexo, con dos dedos juego con su abultado clítoris, el cual no deja de clamar atención. Suelta un ahogado gemido y enreda sus dedos en mi pelo, intentando sostenerse y no caer de espaldas. Introduzco un dedo en ella, está tan húmeda y preparada que hace que pierda la cabeza. Le beso con fiereza, llevándome cada uno de sus suspiros y deliciosos gemidos.

Desabrocha el cinturón, baja la cremallera, coloca sus manos sobre mi abultado paquete y me besa. Me acaricia por encima de la tela, le muerdo el labio inferior, necesito entrar en ella y hacerla explotar de placer.

—John, John —gime contra mi oído.

Entonces, el teléfono de mi despacho empieza a sonar, insistentemente. Me detengo en seco, estiro el brazo y lo cojo, a la vez que le hago una mueca a Natalia para que permanezca en silencio.

—¿Si? —pregunto.

—Collins —dice Julia al otro lado del teléfono— reunión en cinco minutos en la sala tres.

Sin decir nada más, cuelgo, ¡mierda! ¡Nunca hay reuniones! ¿Y ahora sí?

—Lo siento, nena —digo en voz baja— vamos a tener que aplazar nuestra cita.

Hace una mueca con la boca, entristecida, pero es ahí cuando se me enciende la bombilla. La cojo en brazos, aparto el teclado y la subo sobre la mesa, acerco la silla, cojo sus delicados pies, los coloco sobre los reposabrazos, dejándola totalmente

expuesta. Alzo la mirada, me encuentro con la suya, está llena de deseo y lujuria. Sus mejillas se han enrojecido, lo que hace que no pueda evitar sonreír. Le quito el tanga que llevaba, y lo guardo en el bolsillo del traje. La miro desafiante, mientras ella no aparta los ojos de mí.

Beso el interior de sus muslos, a la vez que los acaricio con las manos, cuanto más adentro la beso, lamo y mordisqueo más siento como todo su vello se eriza. Poso una de mis manos sobre su ardiente sexo, adentro un dedo en su interior, a la vez que lamo y saboreo su dulce néctar. Siento como poco a poco sus músculos se tensan, por lo que acelero mis lametones. Me pone una mano en la coronilla, pidiéndome que no me detenga. Prueba a reprimirse, a no dejar escapar esos gemidos que me pertenecen. Pocos minutos después, sigo haciendo círculos en su abultado botón lo que aprovecho para ponerme en pie y besarla apasionadamente, llevándomelo todo conmigo en el momento en el que llega al clímax.

—Te quiero, Natalia —le ayudo a bajar y le beso.

El teléfono suena de nuevo.

—John, llegas tarde.

—Ahora mismo voy, estaba encargándome de un asunto.

—Rápido —me ordena.

Rebusco en el maletín, cojo un par de chicles de menta y me los meto en la boca, después de esto, me paso las manos por el pelo, le beso de nuevo y voy hacia la puerta.

—Nos vemos en un rato —digo abrochándome la chaqueta el traje— sal dentro de dos minutos.

—John —me llama antes de que cierre la puerta.

—Dime, nena.

—Te quiero.

Sonrío, le guiño un ojo y me marchó hacia la sala en la que se está haciendo la reunión.

Nada más salir de la reunión con Julia y unos importantes clientes, voy directo al *Jubilee*. No es muy tarde, tan solo roza la una y cuarto del medio día. Entro en el ascensor, para bajar al *parking*, rebusco las llaves del coche en los bolsillos del pantalón y los de la chaqueta, entonces me acuerdo de que no le he devuelto el tanga a Natalia y aún lo llevo guardado. Es la primera vez que ha hecho algo así, o mejor dicho, que hemos hecho, y la verdad es que ha sido muy excitante verla ahí, tan preparada, arriesgándose a que cualquiera pudiera entrar y vernos. Adoro estos puntos de locura que tiene, dos años después aún sigue sorprendiéndome como la primera vez. Tarde o temprano acabaré haciendo que pierda la cabeza por completo.

Aparco el coche un poco más allá del *Jubilee*, por lo que me toca andar un poco. No veo la moto de Natalia por ninguna parte, ¿seguirá en la cafetería o se habrá marchado? Espero que aún esté ahí, quiero darle una sorpresa.

Asomo la cabeza por la puerta, intentando que no me vea, pero en cuanto lo hago

me topo con su grisácea mirada.

—Collins, ¿qué haces? —pregunta aguantándose la risa.

—Ya he salido de la reunión.

—Vaya, ¿no me digas? —dice con ironía— yo pensaba que el tú de aquí no era más que un doble.

Pone los ojos en blanco a la vez que niega con la cabeza, lo que hace que suelte una sonora carcajada, esta Natalia no tiene remedio. Mi móvil suena, al sacarlo del bolsillo del pantalón, veo que es Laura quien me llama.

—¡Hermanito! —exclama.

—¿Qué hay, preciosa?

—Ya tengo lo que me pediste, el jueves iré a por ello, es cuando llegáis, ¿no?

—Así es, estaremos allí sobre las diez.

—Vaya, sí que sale pronto el avión.

—Sí, la verdad es que sí, queremos aprovechar al máximo nuestra estancia allí —le explico— algo me dice que el cincuenta por ciento del tiempo lo tendremos ocupado por reuniones familiares.

—Ya sabes que a mamá, a la abuela y a la tía, les encanta pasar revisión a todo aquel que vaya a formar parte de la familia.

—Por desgracia, tienes razón —digo desilusionado— bueno, hermanita, voy a ver si como algo con Nat y me vuelvo al trabajo.

—Muchos besos a Nati.

—De tu parte, pequeña.

Cuando cuelgo veo como mi chica no aparta la vista de mí, atenta a cada uno de los gestos que hago.

—Laura te envía besos.

—Ya tengo ganas de verla.

—Y yo...

—¿Quieres comer algo?

—Me encantaría, pero aún no termino mi turno, hasta las cuatro nada.

—Vaya... —murmuro—. ¿Y no puedo raptarte?

—No puedo dejar sola a Lucia...

Como si le hubiera escuchado, “mi cuñada” sale de la cocina con los brazos cruzados, esta mujer tiene un don. Me lanza una mirada fulminante y se acerca a Natalia para abrazarla.

—Es mía —gruñe.

—Eso ya lo veremos —digo desafiándole.

Nat nos mira a ambos y se ríe, le doy un casto beso en los labios, me acerco a Lucía y le doy uno en la mejilla a lo que me responde sacando la lengua. Cuando me doy la vuelta para marcharme me topo con ese tipo que no deja de revolotear alrededor de mi chica. Le doy un empujón al pasar por su lado, haciendo que retroceda y caiga al suelo fuera de la cafetería.

—Robert —exclaman las dos a la vez.

—Nos vemos luego, nena.

Paso junto a él, y le miro con rabia, este más vale que no se acerque mucho a Natalia o se arrepentirá. Me dirijo hacia el coche, hasta que oigo como Nat me llama desde la lejanía.

—John —vuelve a llamarme— John, espera.

Coge una de mis manos cuando ya está a mi lado, tira de mí, hasta que acabo dando media vuelta para mirarla.

—¿Qué puñetas has hecho? —exclama molesta.

—¿Yo? Nada, al pasar hemos chocado.

—Ya claro, si ha sido así, yo soy rubia pero en realidad llevo peluca, ¿no te jode?
—Bufa.

Niega con la cabeza unas cuantas veces, y sin decir nada más se gira y vuelve a la *Jubilee*.

La tarde pasa como un suspiro, tan rápido que apenas me ha dado tiempo de salir del despacho para ir a por un café, demasiado trabajo para terminarlo antes del jueves, me da miedo solo de pensar en ello. Son las ocho de la tarde, debería haber salido hace dos horas y media, por suerte Julia ha tenido que marcharse a causa de una importante reunión. Ojalá alguien se la llevara, así no tendría que volver a aguantar sus lloros e inservibles intentos de seducirme. Aparco el coche en el *parking* de casa, un escalofrío recorre todo mi cuerpo, se ha pasado la tarde lloviendo y el frío ha calado aún más en mis huesos de lo que esperaba. Cuelgo la chaqueta en el ropero de la entrada, dejo el maletín a los pies de este. Miro hacia todos lados, esperando ver a Natalia por algún sitio, pero eso no ocurre, me hubiera encantado encontrarla tumbada en el sofá, dormida y esperando a que llegara. Sonrío al imaginarla, me ha cambiado, ambos lo hemos hecho, pero nos va bien así.

Subo al dormitorio, me quito el traje y lo guardo. No me encuentro del todo bien, así que, me pongo el pijama que me regaló ella las pasadas navidades y me meto en la cama, a ver si puedo descansar un poco.

Algo después oigo como mi móvil suena sin parar, una y otra vez. Que llamen, que llamen, no pienso cogerlo, ya se cansarán. Entonces lo que oigo es el timbre de la puerta. Suelto un soplido, no puedo estar tranquilo y descansando ni un mísero momento. Me pongo la sudadera granate y bajo a ver quién es, ni siquiera miro por la mirilla, abro la puerta directamente y al hacerlo me encuentro de frente con Natalia, esta empapada de los pies a la cabeza.

—Por dios, pasa, rápido —digo preocupado.

—Llevo llamando a la puerta un buen rato —refunfuña.

Cojo la bolsa que lleva en la mano derecha y la dejo en el recibidor. Sin pensármelo dos veces, me deshago de su bolso y su empapada chaqueta y la cojo en brazos. No me importa mojarme, si no se quita la ropa húmeda pronto, acabará por enfermar.

—Estoy helada —dice en voz baja.

La llevo al baño, le ayudo a quitarse la ropa mientras abro el grifo para que la bañera se llene de agua caliente. La envuelvo con una toalla seca, para que entre en calor, parece una niña pequeña.

—¿Por qué no has usado tu llave? —Le pregunto.

—Me la he olvidado en casa... Cuando me he dado cuenta ya era tarde para volver.

—Vaya cabeza tienes...

Hago una mueca, últimamente está muy despistada. Paso las manos por encima de sus brazos cubiertos con la toalla, la abrazo con fuerza intentando que no tenga frío.

—John, báñate conmigo —me pide vergonzosa.

—Claro, pequeña.

Dejo dos toallas preparadas, me meto en el agua y le ayudo a que entre ella. Con cuidado se tumba encima de mí, lo que aprovecho para abrazarla. Ya no hay mal que me pese, solo la necesitaba a ella.

Le ayudo a mojarse el pelo, acaricio sus brazos y piernas, mimando su cuerpo, cuidando de la mujer que me ha trastocado.

Durante un rato permanecemos en la bañera, hasta que el agua se enfría. Después de secarnos y vestirnos, bajamos al salón, calentamos la sopa que ha traído Nat. Cenamos tranquilamente mientras vemos la televisión, no tengo ganas de limpiar los platos, por lo que los dejo en el fregadero y vuelvo al sofá con mi pequeña. Nos estiramos, apoya su cabecita en mi pecho y la tapo con una manta granate.

—Te echaba de menos, nena.

No dice nada, permanece callada, lo que me parece raro, hasta que la miro y me doy cuenta de que se ha quedado completamente dormida, aquí no hay nadie que la despierte. La observo anonadado, es tan bonita, tan dulce, parece un ángel, inocente, sin capacidad de hacer daño a nadie. Adoro a esta mujer, ahora mismo lo daría todo por ella, incluso la vida. Le doy un beso en la coronilla, con cuidado la cojo en brazos y me la llevo a la cama, mañana será otro día.

Cuatro días más tarde.

—Vamos, Natalia —grito corriendo por el largo pasillo, tirando de las maletas e intentando aguantarla— llegamos tarde, pequeña.

—Lo siento —dice posando una mano en su vientre.

—No pasa nada, cielo.

Le ayudo a que siga caminando, hace cinco minutos que han llamado a los pasajeros con destino a Cardiff y aún no hemos llegado. Al final del pasillo veo una azafata, nos observa sin decir ni hacer nada.

Miro de reojo a mi chica, la pobre se ha puesto fatal nada más levantarse, en realidad hemos pasado una noche terrible y acaba de vomitar en los baños del aeropuerto.

—Ya está, pequeña —le animo.

—Ya queda nada —murmura en voz baja, haciendo de tripas corazón.

—Un último esfuerzo, nena.

Cinco minutos después llegamos a la puerta de embarque, aguanto las dos maletas que no hemos tenido que facturar, a la vez que sujeto a Natalia, mientras ella saca los billetes que lleva guardados en el bolso.

—No sé cómo puedes hacerme esto, Collins —reniega.

—Te encantará Cardiff, lo sé —aseguro, pensando en lo que le tengo preparado.

Entramos en el avión, la mujer que había recibiendo los billetes nos ayuda y sube las maletas, las coloca sobre los asientos para que las tengamos localizadas.

—¿Estás mejor? —Le pregunto.

—Creo que sí... Necesito un poco de agua.

Asiento, me pongo en pie y voy a por una de las azafatas, a ver si pueden darme una botella.

—Disculpe —le digo a una de estas.

—¿Sí, señor? —contesta a la vez que se da la vuelta.

—Mire, mi mujer no se encuentra nada bien y necesita una botella de agua.

—Ajá...

Me mira de arriba abajo, embobada, creo que ni si quiera ha llegado a escuchar lo que le he dicho. Medio sonrío, esperando alguna reacción, aunque lo único que obtengo es una mirada seductora que me acaba divirtiendo.

—¿Ha escuchado lo que le he dicho?

—Eh... Sí, claro —balbucea una y otra vez.

—Carlota, te ha dicho que necesita agua —le dice un chico moreno.

—Ah... Agua... Si... —Baja la vista hasta sus manos y luego la levanta para seguir hablando conmigo— en cuanto podamos, se la llevaré a su asiento.

—Muchas gracias, Carlota.

Vuelvo a mi sitio, me siento y miro a Natalia, cojo una de sus manos y noto como tiembla, la aprieta, está asustada. Estoy seguro de que si pudiera saldría corriendo, pobrecita.

—Ya está —digo intentando calmarla, pero no parece servir de mucho.

Hace una mueca con la boca, está aterrada, no pensé que fuera a ser para tanto, la verdad, no es la primera vez que vuela.

—¿Puedes coger las gotas? —Me ruega.

Las saco del bolsillo exterior de una de las bolsas, y se las doy, se echa cuatro bajo la lengua y me las tiende para que vuelva a guardarlas, eso le calmará y por lo menos no lo pasará tan mal.

—Estaré bien —me promete.

—Tranquila, no te dejaré sola.

Capítulo 10

Noto como mi cuerpo se ve sacudido por un fuerte escalofrío que acaba por despertarme, ¿dónde estoy? Abro los ojos, entonces me encuentro con la atenta mirada de Collins. Mierda, estamos en el avión, seguimos aquí metidos. ¡Por qué no habremos llegado ya! Cojo aire por la nariz y lo suelto por la boca, intentando calmar mi desbocado corazón.

—¿Dónde estamos? ¿Hemos llegado?

—Sí, nena, acabamos de aterrizar.

Suspiro, ¡he tenido suerte! Tal vez por eso me haya despertado. Miro por la ventana, y veo la pista de aterrizaje, y muchos aviones. Me siento aliviada, por fin estamos en Cardiff y no por encima de las nubes, podríamos haber caído en picado...

—¿Cuándo bajamos? —pregunto confusa.

—Ahora, tranquila.

Desabrocho el cinturón y miro hacia todos lados, ¡qué alguien me saque de aquí! No soporto la idea de seguir en este ataúd metálico. Me pongo en pie, pero una de las azafatas se acerca y me pide que me siente.

—Señores pasajeros les informamos de que ya hemos aterrizado en el aeropuerto de Cardiff, toda la tripulación, incluido yo y el comandante Jones, les deseamos una maravillosa estancia en Gales.

Tras eso suena una musiquilla, las azafatas nos indican que ya podemos levantarnos y bajar del avión. ¿Para esto me ha hecho sentarme? ¿De verdad? Frunzo el ceño, y rápidamente me pongo en pie. Le doy un ligero golpe a Collins en el hombro, para que salga, me ayude a bajar las maletas de ahí arriba y salir de aquí dentro lo antes posible, o acabaré volviéndome loca.

—John, por favor —le ruego nerviosa.

—Tranquila.

¡De tranquila nada! O me sacan de aquí o empezaré a coger rehenes. No quiero estar ni un solo segundo más aquí mentida. Mi corazón vuelve a latir frenético, parece que se me vaya a salir del pecho. Ya está, Natalia, me digo a mi misma. Cojo aire y lo dejo ir poco a poco, lo que hace que vaya calmándome. Collins baja las maletas, me tiende el bolso y se pone en marcha, intentando pasar entre los huecos que quedan en el pasillo del avión.

—Vamos, vamos.

—No puedo ir más deprisa, nena —dice algo molesto.

—Vale —murmuro alargando la primera vocal.

Cinco minutos después ya estamos fuera, en un autobús que nos lleva hasta las instalaciones del aeropuerto. Abrazo a John, lo he pasado tan sumamente mal que aún no sé cómo no me ha dado un infarto. No me encuentro nada bien, me siento débil,

demasiado, pero por suerte mi cuerpo aún sigue en pie. El estómago me empieza a rugir con fuerza, furioso, pidiendo algo de comida que lo llene.

—¿Tienes hambre, pequeña?

—Mucho —admito.

—Vamos a comer algo, anda.

Antes de salir del aeropuerto para ir a casa de Rosa y John padre, paramos en una cafetería que hay dentro del mismo.

—Siéntate ahí con las maletas, voy a pedir.

En la mesa de al lado hay un periódico, estiro el brazo y lo cojo. Como no, está en inglés, pero por suerte mi padre siempre fue un cansino con eso de: *con el inglés vas a todas partes*. En realidad tenía razón, si no sabes idiomas acabas perdido por el mundo sin entenderte con nadie. De repente aparece Collins con una bandeja negra, la coloca en el centro de la mesa y se sienta.

—Mmmm... Tortitas —digo prácticamente babeando cuando veo el plato de tortitas bañadas en sirope y chocolate deshecho. Me encantan, sobre todo las que hace él los domingos—. ¿Tú no quieres nada? —pregunto al darme cuenta de que tan solo hay un plato de comida.

—No, cielo, no tengo hambre, con el café ya tengo.

—Vaya...

Es extraño que no coma nada de desayuno, siempre suele ser implacable, se come todo lo que haya en la nevera y que le apetezca.

—Bueno, ya tomarás algo en tu casa, ¿no?

Asiente, mira el teléfono una y otra vez, parece nervioso. Le miro alzando una ceja, hay algo que no me está contando y eso me mosquea, mucho.

—¿Qué te pasa?

—Nada —responde inmediatamente.

¡Está claro! Está preocupado, será que no le conozco... Hago una mueca con la boca, esto no me gusta nada de nada.

—Venga, dímelo.

—No es nada, desayuna —me ordena.

Suelto un gruñido, entrecierro los ojos y empiezo a comer lo que ha traído. Le tiendo el tenedor con un trozo de tortita, e insisto, ya que sino no comerá nada, estoy segura. La pantalla de su teléfono se ilumina y el nombre de *Kellin Lund* aparece escrito en esta. ¿Por qué John no me ha hablado aún de él?

—¿Quién es?

—Ya le conocerás.

Le da un sorbo la café, coge otro trozo de tortita y sonrío, ¡por fin una de esas hermosas sonrisas!

—Vaya, pensaba que ya te habrías olvidado de cómo hacerlo.

Deja ir una sonora carcajada que llena el ambiente. Adoro esa angelical mueca que se dibuja en sus labios cada vez que algo le agrada.

—Estaba preocupado por ti, nena.

Estira uno de los brazos hasta que con una mano toca la mía y empieza a hacer círculos en ella. La coge, se la lleva a la boca y me da un dulce beso, tras eso vuelve a sonreír.

—Estoy bien, un poco cansada y débil, pero sobreviviré —digo guiñándole un ojo.

Mi móvil empieza a sonar, es Laura, miro a Collins, es muy raro que me llame a mí antes que a él.

—¿Sí? —pregunto.

—Cuñi —grita al otro lado del teléfono alargando la última vocal.

Parpadeo varias veces, esto me parece de lo más extraño del mundo, pero bueno.

—He llamado a John pero no me lo coge.

—Vaya... Pues no le ha salido nada...

—Os estoy esperando en la salida principal con el coche.

—Muy bien, pues ahora mismo vamos para allí.

—Ahora nos vemos —dice con alegría.

J.D me mira, termina de tomarse el café de un solo trago, coge el mío, entra de nuevo en la cafetería, cuando me termino las tortitas él vuelve con un café para llevar.

—Nos vamos, ¿no?

—Ajá —murmuro moviendo la cabeza.

Me cuelgo el bolso, cojo la maleta grande y pongo la bolsa con la que antes cargaba Collins, sobre esta, para poder llevarla mejor.

—¿Puedes? —pregunta preocupado.

—Sí, tranquilo.

Hace un gesto para coger la bolsa, pero le doy un manotazo para que no lo haga. Suficiente tiene con tener que cargar con su maleta y la bolsa del portátil.

No tardamos en llegar a la salida donde está Laura. Está apoyada en un *Mini Countryman* de color rojo sangre. Una enorme sonrisa se dibuja en su rostro. Nada más vernos viene directa hacia mí y me da un fuerte abrazo, tras eso va a por Collins. Guardamos las cosas en el maletero, entramos en el coche y nada más arrancar empieza a sonar nuestra canción: *Crazy* de *Aerosmith*. John, que se ha sentado conmigo en la parte trasera, coge mi mano y la aprieta. Me deslizo por el frío cuero negro del asiento, me pongo el cinturón y apoyo mi cabeza en su pecho, mientras dejo que me abrace. Cierro los ojos durante un instante, siento el calor de su cuerpo, el olor de su varonil perfume mezclado en el suavizante de la ropa. Me siento tan cansada que no tardo en caer rendida.

—Nena, despierta —oigo como me dice Collins muy de fondo.

Noto como mi cuerpo se mueve, poco a poco abro los ojos, y me encuentro a mi chico observándome con esos ojos verdes como esmeraldas centrados en mí.

—Buenos días, bella durmiente —me saluda alegre.

—¿Dónde estamos?

—Ya hemos llegado a casa.

Sus ojos brillan, está emocionado. Me tiende la mano, pero entonces hace un gesto con el dedo índice para que me quede donde estoy. Rodea el coche, me abre la puerta y ahora sí que me ayuda a salir. Intenta que no me dé la vuelta, algo que no entiendo, ya que tarde o temprano acabaré haciéndolo.

—Sh...

Me abraza con fuerza, y me da un beso en la mejilla. Miro la casa que hay detrás de él. Es un sitio precioso, creo que nunca antes había visto algo así, en España todo es tan diferente, son mucho más sencillas que las de aquí.

—No te gires, ¿eh? —dice John.

Ladeo un poco la cabeza aún adormilada, me siento algo confusa, o más bien abrumada, todo es tan distinto... Me tapa los ojos con las manos, se coloca tras mi espalda, ayudándome a avanzar en mi oscuridad.

—No me gustan las sorpresas.

—Pues tengo una —susurra contra mi oreja, lo que hace que todo mi vello se erice.

—Me estás poniendo de los nervios.

—¿Solo de los nervios? —pregunta en voz baja para que solo yo pueda escucharle.

Me da un golpecito en la parte de atrás de la rodilla, para que la levante, entonces me doy cuenta de que hay un pequeño bordillo.

—¿Estás preparada?

—No —digo nerviosa.

Noto como mi cuerpo empieza a temblar a causa de los nervios. Dejo ir un profundo bufido, no me gustan nada de nada este tipo de cosas, me ponen de mala leche. Suspiro, las manos de Collins se alejan de mis ojos, los cierro con fuerza y al abrirlos me encuentro con Laura, quién sostiene un pequeño cachorro de no más de dos meses. Me acerco a ellos tan deprisa como puedo, es precioso.

—¡Oh, que bolita! ¡Por dios! —exclamo al cogerlo.

Es absolutamente adorable, no sé por qué, pero siento la necesidad de estrujarlo entre mis brazos. Lo cojo con cuidado para que no se caiga, apoya sus diminutas patas en mis hombros y acerca su nariz a la mía.

—Hola, pequeño —le saludo.

Me giro para mirar a Collins, quién me observa maravillado.

—Hacéis buena pareja —comenta con una tonta sonrisa dibujada en sus labios.

—Sí, ¿verdad? —Acerco el cachorro a mi cara.

Saca su pequeña lengua y me da un lametón en la mejilla, me hace cosquillas, por lo que no puedo evitar reír.

—Es tuyo.

—¿Cómo? —pregunto sorprendida tras escuchar lo que ha dicho Laura—. ¿Mío?

—Así es —responde Collins.

Les miro a ambos, ¿están hablando en serio? ¿Cómo voy a llevarme a este pequeño a Barcelona? No puede ir solito en el avión.

—¿Esta era la sorpresa?

—Sí, nena.

—Es precioso.

Le paso la mano por la cabecita, mientras mi chico se acerca a nosotros. Se me hace muy raro pensar en él como mi chico y no simplemente como Collins, mi Collins. Nos abraza, bajo la atenta mirada de su hermana. Me da un beso en la mejilla y toca al cachorro.

—¿Cómo se va a llamar?

—Pues... Aún no se —murmuro.

Le abrazo, le doy un besito en la cabeza y entonces me fijo en la maravillosa casa que hay frente a mí. Es enorme, con grandes ventanales hechos de piedra blanca, hay tanto en la parte baja como en la segunda planta. Todas las paredes han sido formadas con piedra rojiza, lo que hace que los ventanales contrasten.

—Vaya —digo asombrada, aún contemplándola.

En la parte más alta hay dos ventanas, algo más pequeñas, parece una buhardilla, seguro que por dentro debe ser más bonita que por fuera, si cabe, estoy segura, teniendo en cuenta el buen gusto de Rosa... En la parte de fuera hay un pequeño jardín con un caminito de piedra que lleva hasta la entrada, donde hay dos gnomos blancos. Sacamos las maletas de la parte trasera del coche, Laura coge una de las mías y mi bolso, así no tengo que soltar a mi pequeño cachorro.

—Eres tan bonito —le digo.

Me mira, como si entendiera lo que le estoy diciendo, lo que hace que sonría, entonces me da un lametón en la nariz. Suelto una carcajada, Collins me da un golpecillo en la cintura para que entre en la casa.

—Vamos, vamos.

Cuando voy a dejarle en el suelo Laura emite un débil chillido que hace que me dé la vuelta tan rápido como puedo.

—No, no, no lo dejes en el suelo, por dios.

Parpadeo varias veces sin entenderla muy bien, levanto una ceja esperando que me diga que es lo que ocurre.

—Aun no puede tocar el suelo, hay que llevarlo a vacunar mañana —me explica.

—Bien, os acompañaré —anuncio—. ¿Verdad pequeño?

—No, mañana ya tenemos planes.

—¿Planes? ¿No se suponía que veníamos de vacaciones? —pregunto dándome la vuelta.

Asiente sin decir nada más se acerca a la entrada de la casa y la abre. Voy hacia él, expectante, ¿cómo será el interior? Por alguna razón, estoy nerviosa, o mejor dicha ansiosa por ver lo que me espera.

—¿Mamá? —pregunta.

—John, hijo mío —escucho como le dice desde el interior.

Hace casi seis meses que no les vemos, alguna vez aprovechando que ha venido Laura con su portátil, hemos podido vernos a través de *Skype*. Hace un tiempo que John y Rosa no tienen ordenador, por lo que hemos pensado en regalarles uno como el nuestro, así será más sencillo vernos.

—Oh, mi niña —exclama al verme detrás de su hijo.

Dejo al cachorro sobre la alfombra que hay en el recibidor, y me abrazo a ella, adoro a esta mujer, siempre tan cariñosa y con una enorme sonrisa en sus labios. El señor Collins aparece por el largo pasillo que hay pasando el recibidor. Una sonrisa se esboza en sus labios nada más verme, y eso que no es un hombre de muchos gestos. Cuando Rosa me suelta, voy a abrazarle a él, quién me recibe gustoso, aun con la mueca en los labios.

—Me alegra mucho volver a verte —me dice en voz baja como si no quisiera que nadie se enterara.

—A mí también, John.

Nada más apartarse de mí, me guiña un ojo, como símbolo de complicidad, lo que me divierte. Le doy un beso en la mejilla y cojo de nuevo al cachorro.

—Vamos, pasar —nos anima Rosa.

Miro hacia todos lados, nada más entrar hay un recibidor enorme con una obertura a cada pared, y un largo pasillo que supongo que lleva al resto de estancias de la casa. Tras pasar el arco que divide el pasillo en dos, me encuentro con unas escaleras. Rosa coge mi bolso y el abrigo para colgarlo en el ropero que hay tras la puerta. Me quedo quieta, esperando que sean ellos los que me acompañen. Nunca antes había estado aquí, siempre habían sido ellos quienes habían venido.

—Subiremos a mi habitación —dice Collins tomando mi mano y tirando de ella.

Atravesamos el pasillo casi por completo, hasta que llegamos a los pies de las escaleras que había visto hace apenas unos segundos, las miro de arriba a abajo, ¿y por ahí tenemos que subir las maletas? Bufo, una mano se posa en mi hombro, al volverme veo a John.

—Yo te ayudo —dice mirando a su hijo.

—Gracias.

—Yo subiré esto —Laura coge con fuerza la bolsa que llevaba, y le da un empujoncito al cachorro para que siga caminando y deje de morderse la cola— vamos, vamos.

Las paredes de color crudo nos acompañan a lo largo del camino. A mano izquierda hay una puerta que da al baño, entonces me doy cuenta de que aquí solo hay tres puertas y si una es el lavabo... Damos la vuelta, junto al ventanal hay algo en el techo que me parece raro, ¿y la habitación de Collins? Estira el brazo, coge un cordel que cuelga del techo y una trampilla se abre, ¿pero esto que es? Parece la típica buhardilla de película americana.

—Vaya —murmuro pasmada.

Parpadeo varias veces, me aparto un poco, ya que la escalera es más larga de lo que parece, en realidad es prácticamente tan grande como por la que acabamos de venir. Collins empieza a subir, cojo con fuerza el asa de la maleta, John padre la aguenta por la parte inferior. Vamos poco a poco, con la suerte que tengo soy capaz de caerme de boca y arruinar todo el viaje.

—Ve con cuidado.

Laura y Rosa suben también con nosotros, parece que vayamos de excursión. Al llegar me encuentro de frente con una enorme librería de madera antigua repleta de novelas y alguna que otra fotografía. Es un lugar muy amplio, más de lo que imaginaba. En el lado derecho hay una enorme cama, acompañada por un ventanal por el que entran los rayos del sol. Es maravilloso. Delante de la cama hay un estudio a doble altura con una mesa muy grande, en la cual hay algunas fotos más y un *iMac*. ¡No veas! Ya me gustaría a mí tener uno de esos.

Dejamos las maletas a los pies de la cama, mientras, Rosa va directa al armario, empieza a abrir cajones y a sacar perchas y mantas. ¡Madre mía! Como siga sacando cosas va a cavar haciendo una montaña.

—Esto es por si tenéis frío luego por la noche.

—Mamá —dice Collins, intentando calmarla— ya está, si necesitamos algo ya lo sacaré yo, tranquila.

—No quiero que paséis frío, quiero que estéis bien.

—Vale —dice acercándose a ella y dándole un beso en la frente.

—Ayer por la noche puse la calefacción, así estaréis mejor, en esta habitación hace mucho frío.

Laura deja al pequeño sobre la cama, sale de la buhardilla, al igual que hace John. Rosa pasa las manos por el pelo de su hijo y no tarda en marcharse. Me dejo caer en la cama, estoy tan cansada y me encuentro tan mal que solo quiero echarme a dormir.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—No me encuentro muy bien —admito.

—Acuéstate un rato, nena.

Después de la cena y la larga noche refugiada entre los brazos de Collins, llega un nuevo día. Los rayos del sol se cuelan por una fina rendija que hay entre la tapa de madera y la ventana que tiene sobre la cama. Me abrazo a mi hombre, a la vez que noto como me une más a su cuerpo. Le doy un beso en la clavícula, resigo con el dedo índice su cuello, con delicadeza, hasta que abre los ojos.

—Buenos días, nena —dice en voz baja.

—Buenos días, bello durmiente.

Una media sonrisa se esboza en sus labios, este hombre es irresistiblemente *sexy*. Me pongo encima de él, y nos tapó con las mantas que anoche sacó Rosa. Me acurruco contra su cuello, inspiro, llevándome conmigo el débil olor de su colonia, adoro como huele la *One Million* de *Paco Rabanne*, desde que se la regalé en su pasado cumpleaños no ha usado otra. Me encanta.

—¿Has dormido bien?

—Ajá —murmuro besuqueando su cuello, tentándole.

—¿Te has levantado con ganas de jugar, gatita? —Ronronea.

—Sí.

Apoyo las manos a ambos lados de su cabeza, me aparto el pelo hacia un lado, para que no le caiga en la cara. Le beso en los labios, acariciándole las mejillas, enterrando mis manos en su pelo. Devoro su boca como si estuviera sedienta de él, de su cuerpo, del deseo que nace en mí cada vez que nuestras pieles se tocan. Mi corazón late desbocado, ansioso por acompañarse con el suyo.

—Me encantaría complacerte pequeña, pero me parece que sino no vamos a aprovechar el día.

—Me da igual —digo con indiferencia.

Ahora mismo prefiero mil veces más quedarme en la cama disfrutando de él y de sus dulces besos, que irme de ruta. Le beso apasionadamente, incluso le muerdo el labio inferior, haciendo que un gemido se escape de su interior.

—Nena, no —murmura— si sigues así no voy a poder parar.

Coloca sus manos en mi cintura, me agarra con fuerza, tanta que no puedo evitar que se me escape un quejido. Pongo las manos en la parte baja de su camiseta y tiro de ella, hasta que está prácticamente fuera. Se sienta en la cama, lo que hace que le rodee con mis piernas. Sigo besándole, en el cuello, los labios, las mejillas... le doy un leve mordisco en el lóbulo de la oreja, lo que provoca que todo su vello se erice. Deja ir un gruñido, se pone en pie, aguantándome a pulso, camina por la habitación, hasta que siento cómo mi espalda se topa con la fría pared. Cuela las manos bajo la camiseta del pijama, empieza a desabotonar la parte inferior, hasta que su piel vuelve a unirse a la mía. Siento como nuestros cuerpos arden desesperados por apaciguar este fuego que solo podrá deshacerse si se unen. Baja un poco su pantalón, aparta mis braguitas y entre besos acaba entrando en mí y volviéndome loca.

Dos horas y media después estamos llegando a Londres. Hace tanto que no vengo que casi no recordaba la gran mayoría de las cosas, y pensar que mi pequeña cafetería está inspirada en el *Jubilee*... Estoy deseando volver a ir al parque, visitar el *Madame Tussauds*, quiero ver de nuevo todos esos maravillosos sitios que esconde esta gran ciudad.

Entramos en Londres por *Comwell Road*, recorreremos prácticamente toda la carretera hasta que esta se enlaza con *Piccadilly*, estamos al lado de *Hyde Park* lo recuerdo perfectamente, es algo que jamás podré olvidar. No muy lejos de donde entramos en *Piccadilly* giramos hacia una de las calles que las envuelven. Miro hacia todos lados, nunca había pasado por aquí, es espaciosa, a ambos lados de esta hay edificios residenciales de hasta cinco plantas donde predomina el blanco y el color rojizo de los ladrillos, miro una placa que hay en una de las paredes, entonces leo *Stratton St*. ¿A dónde vamos? Este hombre no es más enigmático porque no puede, o no se empeña en ello.

—¿A dónde demonios vamos? —Refunfuño.

—Ahora lo verás.

Collins gira, esta vez se mete en el interior de un edificio, un enorme *parking*, aparcamos, y nada más bajar, veo como saca un par de bolsas de tela. ¿Cuándo las ha guardado en el coche? Parpadeo atontada, sin entender nada de lo que está pasando.

—Vamos —dice haciéndome un gesto para que le siga.

Me cuelgo bien el bolso, y voy tras él. No tengo ni la menor idea de que es lo que pretende. Una vez más, ¡sorpresa! Las odio.

—Venga, pequeña, no tenemos todo el día.

Nos metemos en un ascensor, y cuando las puertas se abren nos encontramos el maravilloso recibidor de un hotel. Todo el suelo es de *parquet* marrón, oscuro. En el techo hay un doble fondo, repleto de luces que llenan toda la estancia de un color y una calidez especial.

—¿Qué hacemos aquí?

—Pasaremos la noche en Londres.

Le miro con los ojos abiertos como platos, por eso había hecho las bolsas y por esa misma razón ayer me dijo que no podría acompañar al cachorro y a Laura al veterinario. Este sitio es precioso, hasta los hoteles son mejores aquí que en España, nunca había visto un lugar tan bello. Nos acercamos a donde se encuentra la recepcionista.

—Teníamos reservada una habitación —dice Collins con su perfecto inglés.

—¿A nombre de quién? —pregunta la chica pelirroja.

—John Daniel Collins.

La muchacha teclea el nombre en el ordenador mira algo en la pantalla de este y luego observa a mi chico. ¿Qué demonios está haciendo? Parpadea rápidamente, coqueta, como si tuviera alguna opción a conquistarle. Entrecierro los ojos para mirarle, al darse cuenta, ladea la cabeza y mira a su compañera.

—Perfecto, señor Collins, aquí tiene la llave —dice tendiéndole una tarjetilla plateada con el nombre del hotel grabado en dorado.

—¿Cuándo has cogido todo esto?

—Lo tenía todo planeado, gatita, solo tenía que reservarlo.

Tras dejar las maletas en la habitación que nos han dado, salimos de nuevo, esta vez en dirección al museo británico de *Great Russell Street*, a media hora del hotel caminando. Nos irá bien dar un buen paseo. Pasamos junto a *Berkeley Square Gardens*, continuamos por *Conduit Street*, *Regent Street*, hasta que llegamos a *Great Titchfield Street*, entonces, necesito parar.

—¿En ese plan tuyo hay cinco minutos para descansar?

—Sí, claro —dice con una sonrisa.

¡Ya le vale! Creo que no había andado tanto en toda mi vida, ¿es que no podemos ir en metro como el resto de gente normal? ¡Ay como echo de menos a mi pequeña! Veo una cafetería en la acera de enfrente, se llama *Kaffeine*. Me quedo mirando una

tienda que hay al lado, es de ropita de bebé y regalos para niños. No puedo evitar pensar en cómo sería nuestra vida si algún día tuviéramos un hijo. ¿Seguiríamos igual? No conozco a ninguna chica de mi edad que haya tenido ninguno... Aún somos jóvenes. Giro un poco la cabeza para observar a Collins, quién sigue su camino, creo que ni siquiera se ha dado cuenta.

—¿Vienes?

—Sí, claro.

Antes de entrar en la cafetería le doy un último vistazo a lo que hay en el aparador. Desde fuera no veo a Collins por ningún lado, ¿dónde se ha metido? Voy andando hacia el interior del establecimiento, me giro para ver si es que se ha quedado fuera y entonces choco contra algo, o mejor dicho alguien, que acaba tirándome por encima un líquido caliente.

—¿¡Pero es que tú eres gilipollas!?! —Grito desde el suelo.

Realmente no sé para qué digo nada, si ni siquiera me habrá entendido. Me doy la vuelta para poder mirarle, y me encuentro con un hombre tremendamente atractivo. Por un momento creo que se me cae la baba... Como me vea Collins le da un síncope. Los ojos almendrados del dios griego que tengo delante se fijan en los míos, lo que hace que un escalofrío recorra todo mi cuerpo. Es alto, muy alto, musculado, con la piel bronceada y el cabello castaño. Sus labios son finos, su nariz perfecta, ¡madre del amor hermoso! ¿Es que todos los hombres así vienen de aquí? Siento como mis mejillas se encienden como si fueran tomates, ¡qué vergüenza!

—¿Estás bien, preciosa? —pregunta con su profunda voz preocupado.

—Eh...

No soy capaz de articular palabra. No sé si es su belleza o la tontería que llevo encima lo que hace que no pueda hablar, pero lo más seguro es que le parezca medio tonta.

—Eh... Sí, sí.

Estira el brazo, tendiéndome la mano para que pueda levantarme. Me ha echado el café por encima, ¿dónde se supone que tengo que ir ahora así? Bufo, cojo su mano y cuando voy a intentar levantarme noto como es él quien me agarra por la cintura y me pone en pie. Le miro de arriba abajo, va vestido con un traje chaqueta de color azul marino con una camisa blanca. Hay algo en él que me resulta familiar, pero no sé el qué.

—Tal vez podríamos ir a por algo de ropa —comenta—, deberías quitarte esa, lamento mucho haberte tirado el café por encima —se disculpa— o tal vez no —añade guiñándome un ojo.

Me quedo sin habla, ¿de verdad está diciendo lo que creo que está diciendo?

—Soy Max Collins —se presenta tendiéndome una tarjeta. ¿Collins? ¿Ha dicho Collins?—. Sería un placer acompañarte, me gustaría poder recompensarte —asegura.

Este hombre es la sensualidad en estado puro, esos labios rosados, ese pelo corto

y castaño... Pero, ¿Collins?

—Perdona pero... ¿Has dicho Collins? —Consigo decir.

—Así es, preciosa, Máximo Collins —murmura acercándose peligrosamente a mí
—Max, para la gente que me cae bien —me guiña un ojo.

Alguien carraspea a su espalda, cuando se aparta veo a otro dios griego, ¿esto es un sueño? Otro hombre, de la misma estatura que Max se pone a su lado. Parpadeo varias veces, debo de estar muerta o algo por el estilo, porque es imposible encontrarse con dos tíos como estos así como si nada. Este en cambio es rubio, tiene el pelo un poco más largo que el anterior, y sus ojos, azules como luceros acaban llamando mi atención.

—Summers, permíteme un momento, estoy hablando con la señorita.

Este le mira con mala cara, hace una mueca, y le da un golpe en el brazo.

—Eso se lo explicas a tu mujer que está esperando en caja.

Max le mira con mala cara y musita entre dientes:

—No estaba ligando... Intentaba ser amable...

—Ya... —Asiente tajante el tal Summers.

Entonces aparece John, ¿dónde se había metido?

—John...

—¿Max? —pregunta al ver al hombre que aún me sujeta por la cintura. Me aparto rápidamente de él, como si algo me hubiera quemado.

—¿J.D? —exclama él al verle.

¿Se conocen? ¿Collins? ¡La madre que los parió! Estos dos son algo más que amigos, estoy segura.

—Esta es Natalia —le explica, poniéndose a mi lado y cogiéndome por la cadera.

—Así que Natalia, ¿eh? —dice sin apartar la mirada de mí.

Bajo la vista, nerviosa, creo que me tiemblan hasta las pestañas.

—Él es Max Collins, mi primo.

¡Bingo! He acertado, casi de pleno, pero por lo menos he acertado.

—Él es... —comenta el primo señalando al hombre rubio que no se ha movido de su lado, que cuando quiere mirar ha desaparecido. John se acerca a Max, y le pone la mano en el hombro, le mira fijamente, interponiéndose entre nosotros.

—Más te vale no acercarte a ella, porque es para mí —le advierte.

Nunca antes le había visto así, tan posesivo y a la vez tan tremendamente irresistible, este hombre va a hacer que pierda la cabeza.

—Es muy guapa —dice mirándome— tienes buen gusto, primo. —Recalca la última palabra en un tono de burla. Aprieta la mandíbula, cosa que solo hace cuando está tenso. Por muy primos que sean me parece que aquí van a saltar chispas—. Pero te recuerdo que estoy felizmente casado.

Suspiro de alivio, por un momento me temía lo peor.

—Solo intentaba remediar el estropicio que le he ocasionado al tirarle el café encima —ahora me sonrío—. Siento si te he incomodado, Natalia.

—No pasa nada —aseguro.

—¿Quedamos algún día? ¿Estarás mucho por aquí? —pregunta J.D.

—Sí, quizás unas semanas, toma mi teléfono.

Le pasa una tarjeta y después de una breve despedida, se marcha.

Capítulo 11

Nos sentamos en una de las mesas que hay al final de la cafetería. No me puedo creer que nos hayamos encontrado con Max, hace años que no le veía, y precisamente me lo tenía que encontrar hoy. Sé cómo es, y lo que pretende cuando se topa con una chica como Natalia. No voy a dejar que me la arrebate, antes de que eso ocurra tendrá que pasar por encima de mí, y no será nada fácil. Cierro las manos en puños, solo de pensarlo me enervo. Quiero a mi primo, pero más la quiero a ella, no permitiré que la aleje de mí.

—¿Estás bien?

—Sí —contesta acabando de guardar la ropa húmeda en la bolsa vacía de la ropa que se acaba de comprar—. Tu primo me ha empapado con el café... —murmura recordándolo—. Ya le vale, este me lo pagará.

Sonrío fugaz, en realidad no me hace ni pizca de gracia, espero que se le esfume de la cabeza lo antes posible.

—Vaya día —dice en voz baja.

—Sí.

La observo, está radiante, como siempre. Me es imposible no quedarme embelesado cuando la tengo delante. Mi cuerpo y mi corazón me piden que me pegue a ella, que no me separe. A todas horas necesito escucharla, tenerla entre mis brazos, oír cómo se deshace de placer, sentir cómo tiembla bajo mi cuerpo. Tan solo con imaginármelo me enciendo, tanto que noto como mi pantalón empieza a apretarme. Nat estira el brazo para tocar una de mis manos, fijo la mirada en ellas y al lamentarla mi deseo crece.

—No me mires así —me pide vergonzosa, a la vez que se sonroja.

—¿Así como?

—Como si fueras a devorarme cual lobo feroz, como si fueras a poseerme aquí en medio como si no hubiera nadie.

—Estoy deseando hacerlo —admito.

Abre los ojos como platos, sorprendida ante mi comentario, pero es que no puedo evitarlo, esta mujer me hace perder toda cordura. Saca mi lado más primitivo, aquel que solo quiere tenerla consigo. La camarera nos trae dos cafés. Cojo el mío y le doy un largo trago, mientras veo como se pasa el dedo índice por los labios, nerviosa. Me encanta.

—Y... —dice dándole un trago al suyo—. ¿A dónde vamos a ir? —pregunta.

—Me encantaría que fuéramos al *Hyde Park*, al *London Eye*, al *National Gallery*, tal vez a *Covent Garden*... Y por supuesto a *Jubilee Park*.

—Perfecto —dice con una amplia sonrisa.

Haberla visto tan mal como lo estaba ayer hizo que se me cayera el alma a los

pies. No puedo verla sufrir, necesito ver esas hermosas sonrisas que tiene por lucir.

—¿Tú quieres ir a algún sitio específico?

—Pues... Me encantaría ir al *Madame Tussauds* y al museo de *Sherlock Holmes*, cuando vinimos la otra vez, Lucia y yo, no pudimos ir.

—Entonces iremos.

Me mira con esos enormes ojos grisáceos que tanto me gustan. Un olor realmente apetecible empieza a llenar el ambiente, chocolate, seguro que son cruasanes de chocolate. Veo como Nati prácticamente babea, igual que Lucia, siente debilidad por lo dulce. Sin decirle nada, me pongo en pie y voy a por uno. No la pierdo de vista, aunque ella a mí sí, se pone a mirar el teléfono, hace una mueca de tristeza lo que empieza a preocuparme. Cuando tengo ya el cruasán, voy hacia la mesa y me siento de nuevo frente a ella.

—¿Ocurre algo?

—Bueno... Sí...

Está desanimada, lo que le hayan dicho debe ser algo importante, ya que sino no estaría así.

—Cuéntame.

—Joel deja la cafetería.

—¿Cómo? —pregunto sin entender nada.

¿Por qué demonios iba a dejar Joel la cafetería?

—No sé por qué, no lo entiendo, él está encantado, siempre lo ha estado... Le gusta lo que hace.

—Pero... Ahora no puede marcharse, no puede dejar a Lucia y a Nadia solas.

—Eso mismo le he dicho yo —dice entristecida— me ha contestado que esperará a que vuelva.

No sé en qué demonios está pensando ese chaval, debería de dejarse de tanta tontería y seguir trabajando, parece que le da igual estar sin trabajo. Si no tiene ingresos no podrá pagar el piso en el que ahora vive con Lucia, y tendrá que encargarse ella de todo, eso no puede ser. Frunzo el ceño, molesto. Joel me saca de quicio, no lo aguanto. Niego con la cabeza un par de veces, espero que Natalia entienda por qué no me fiaba de él, no es trigo limpio.

—Ya lo solucionaremos de alguna manera —le digo para tranquilizarla.

Sus ojos se llenan de lágrimas. Sé cuánto aprecio le tiene, él y Lucia son sus mejores amigos y que ahora se marche así como así debe ser duro.

—Ya está, nena.

Me siento a su lado y la abrazo, no quiero verla mal. Le tiendo el cruasán, le da un enorme bocado, su rostro cambia totalmente, parece una niña pequeña con un juguete nuevo. Sí que se le ha pasado rápido.

—Esta delicioso... ¡Tienes que probarlo!

—A ver —cojo un pellizco de cruasán y me lo llevo a la boca.

La verdad es que está muy bueno, entiendo que su expresión haya sido tan brusca.

Se lo devuelvo para que siga comiendo, insiste para que coja otro trozo más, pero prefiero que se lo coma ella.

Tras terminar de tomar algo, nos vamos directos hacia el *National Gallery*, ya que es lo que más cerca nos queda. Recuerdo la primera vez que vine, fue con el colegio, la profesora estaba obsesionada con ese museo, nos lo hizo ver de arriba a abajo con una guía, y luego nos hizo una prueba para ver si habíamos estado atentos. Preparó aquella excursión durante mucho tiempo, todos los años se hacía, pero aquella fue especial. Mr. Robinson, su pareja por aquel entonces, aprovechó nuestra visita y le pidió que se casara con ella. Vi aquella mirada llena de amor, o mejor dicho devoción, era lo que sentían entre ellos, igual que la siento yo por Natalia.

—Oye, nena, tengo que llamar un momento, ahora vengo.

—Vale, te espero en las escaleras.

Mi cabeza va a mil por hora, tengo tantas cosas que pensar que no puedo organizar mis ideas. Saco el teléfono del bolsillo trasero del vaquero, tecleo el número y me lo llevo a la oreja.

—¿Lucía? —digo cuando me atiende.

—Oh, J.D —exclama sorprendida—. ¿Ha ocurrido algo?

—No —espeto— bueno, en realidad sí, pero a la vez no, ¿sabes?

—No, no sé, no te entiendo.

—Esto es una locura, lo sé, pero es que no puedo evitarlo, quiero casarme con ella, Lucia.

—¿Cómo?

—Sí, quiero casarme con Natalia, le amo, es mirarla y me muero.

—Madre mía, J.D... —murmura.

—Necesitaba hablar contigo, ¿qué crees que dirá? ¿Debería hacerlo? —Las palabras se agolpan en mi boca como si fueran un torbellino descontrolado—, ahora mismo no sé qué hacer, solo estoy seguro de algo, quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Escucho como suelta un soplo al otro lado del teléfono. Siento como mis manos empiezan a enfriarse a causa de los nervios. Nunca he estado tan seguro de algo, la necesito conmigo para siempre.

—No sé, J.D, es que ahora mismo no sé qué decirte.

—Por dios, dime algo —le ruego.

Cada vez me pongo más y más nervioso. Quiero hacerlo.

—John, piénsatelo bien.

—Ya lo tengo más que pensado, desde que desperté decidí que la quería tener a mi lado por toda la eternidad.

Se queda callada durante un instante, ni siquiera la oigo respirar, lo que hace que mis nervios aumenten sin control. El vello se me eriza, si por mí fuera entraría ahí dentro y le pediría que se casara conmigo, sin pensarlo más.

—Se casará contigo, pero deja que lo asimile, ¿vale? La conozco, no se lo

propongas así de sopetón.

—Vale.

Después de despedirme de ella, cuelgo y llamo a mi madre.

—Mamá —digo rápidamente.

—¿Estáis bien, hijo?

—Voy a pedirle a Natalia que se case conmigo.

—¡Oh, por dios, hijo mío! ¡Qué alegría! ¿John, lo has escuchado?

—¿Cómo lo voy a escuchar si no tienes el altavoz puesto? —Escucho como refunfuña mi padre desde la lejanía.

No puedo evitar reírme, estos dos son un caso perdido, pero la verdad es que me encantaría que algún día Natalia y yo estuviéramos como ellos.

—¿Ya se lo has pedido?

—No, aún no.

—Por dios, hijo, no sabes lo feliz que me haces... —Un pequeño sollozo se escapa de su interior, lo que indica que se va a echar a llorar.

—Tranquila, mamá —digo sonriente, aunque no me pueda ver— aún no ha dicho que sí, danos un tiempo.

—Vale, no diremos nada.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, hijo, te quiero.

Entro en el *National Gallery*. Como me ha dicho, Natalia me espera en las escaleras, ya maravillada por el hermoso cuadro que hay nada más cruzarlas. Este lugar es de los más bonitos de todo Londres, tiene una elegancia y una delicadeza impresionante.

—¿Va todo bien?

—Sí, es que he recordado algo y tenía que llamar.

—Ah —murmura sin más—. ¿Vamos?

Entramos en la mayor de las salas, el *Central Hall*. Mira todo lo que nos rodea, asombrada, los altos techos en arco y luego acabados en punta mezclados con el rojizo color de las paredes crean una combinación casi perfecta que acaba luciéndose con los grandes y hermosos cuadros que cuelgan de estos. Hay algunos de *Moretto da Brescia*, *Giovanni Battista Moroni*, y *Lorenzo Lotto*, recuerdo cada uno de los pintores que los hicieron, después de tanto tiempo aún siguen en mi memoria. Después de eso pasamos a la sala 36, donde solo podemos ver cuatro cuadros, ya que dos de las salas que le envuelven están cerradas al público, lo cual no logro entender. Entramos en la sala 34, la sala azul, la gran mayoría tienen su propio color con las que se distinguen.

—Es todo tan bonito...

Mi teléfono emite un leve pitido, lo que hace que toda la gente que se encuentra en la sala, se giren para mirarme con desprecio.

—Lo siento —alzo los hombros ni siquiera me acordaba de que tenía el sonido

activado, con los nervios de la proposición se me ha olvidado.

Abro el mensaje, es de Laura, anda que ha tardado mamá en contarle, debe de haberle hecho muchísima ilusión, lo más raro de todo es que no me hayan llamado ya mis tías para querer averiguarlo todo.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Voy a matarte! Ve con cuidado, vigila tu espalda porque cuando menos te lo esperes ahí estaré yo.

—Tranquila, lo he decidido hace un rato... Llevaba un tiempo pensando en ello, pero no ha sido hasta ahora que lo he tenido tan claro.

—¡Ay! Qué alegría, hermanito. ¡Por fin una buena cuñada! —Me escribe—, a ver si esta te dura de verdad.

Miro el mensaje, trago saliva y decido no contestar, ya que si lo hiciera acabaríamos enfadándonos.

—Ha venido tu amiguito Kellin Lund, hace nada, te vio llegar ayer su madre y se lo ha chivateado.

—Ya iré a verle, si te lo encuentras dile que me llame.

—No dejes que ese lobo se acerque a Nati ni a Lucia o seré yo quién le plante cara.

—Tranquila, pequeña. Nos vemos mañana.

Cuando alzo la vista de la pantalla del móvil, me encuentro con la de Natalia, quien me mira con los brazos cruzados bajo sus pechos.

—Laura no puede estar sin mí —digo a la vez que me paso la mano por el pelo.

—¿Cómo está el pequeño? —pregunta preocupada.

—Está bien, lo más seguro es que se pase el día correteando por casa.

—¿Seguimos?

—Claro.

Nos recorremos todo el museo, revisamos cada una de las salas que lo forman. De allí pasamos por el museo de cera, o más conocido como el *Madame Tussauds*. Natalia está que se vuelve loca, no deja de tirar de mí de un lado hacia otro. Hay mucha gente, por lo que tengo que ir esquivándola.

—Quiero una foto con él —dice señalando a Leonardo di Caprio.

Se coloca a su lado, dándole un abrazo, saco el móvil y le hago una fotografía. Para la siguiente coge y le acerca el dedo índice a la nariz. Empiezo a reírme, no puedo parar, esta mujer tiene unas salidas...

—Vamos, nos está mirando todo el mundo —se aguanta la risa, sonrío y se prepara para que le haga otra.

Seguimos paseando por el museo, hay un montón de actores, cantantes, políticos, deportistas... De todo, entonces nos encontramos con Johnny Depp.

—¿Crees que me cabría en el bolso?

—¿Intentas ponerme celoso? —Le susurro al oído.

—Quiero llevármelo —sonríe y me mira de reojo, provocándome.

—Mira que eres mala —gruño.

—No es verdad, y lo sabes —me saca la lengua y se da la vuelta—. ¿Me haces otra fotografía?

Asiento, se pega a él, como si fuera real, se pone de puntillas y hace como si fuera a darle un beso en la mejilla.

—Me equivocaba, no eres mala, eres la peor. —Finjo estar enfadado, le guiño un ojo para que sigamos nuestro camino.

—Por eso te gusto tanto, nene.

Pasa por mi lado, y sigue por delante de mí, contoneando sus caderas de un lado a otro.

Seguimos con nuestra ruta turística, solo nos quedan dos sitios por ver por hoy, uno de ellos de noche.

—Estoy cansada —dice apoyando su cabeza en mi hombro mientras esperamos a que venga el metro.

—No tardaremos mucho en volver al hotel.

—No quiero seguir caminando... Te odio, J.D Collins.

Le doy un beso en la frente, me sabe mal que esté cansada, pero es lo que hay, quiero que lo vea todo, y más los sitios que quiere visitar.

—No vuelvo a venir contigo a Londres ni loca.

—¿Ah no? —Le susurro al oído, provocativamente.

El vello de todo su cuerpo se eriza, un escalofrío le recorre entera. Tengo que distraerla de alguna manera, necesito entrar en el *Tresor*, conseguir su anillo y que no se entere de nada. Sé que lo conseguiré. No podré encontrar el anillo perfecto, pero espero conseguir el sustituto mientras me hacen el suyo en *Breguet*, el mismo sitio donde mi padre le compró el suyo a mi madre. Estoy deseando ir a ver qué es lo que pueden ofrecerme.

—Como tengamos que andar mucho me vas a tener que llevar a cuestas.

—No me importa, mientras vengas...

Le abrazo, bajo la atenta mirada de una señora mayor de cabellos canosos. Nos sonrío, y no puedo evitar sentir la necesidad de sonreírle de vuelta. Se acerca a nosotros, aún sonriente.

—Hacéis muy buena pareja —nos dice.

—Muchas gracias —responde Nati con un perfecto inglés que me sorprende.

—Pasad una muy buena noche, chicos.

—Igualmente.

La mujer se marcha por donde ha venido. Miro a Natalia, hace que toda mi ternura y sentido de la protección florezcan como nunca antes lo habían hecho.

—Te quiero, pequeña.

Quince minutos después llegamos a *Farringdon*, la parada donde debemos bajarnos para llegar a la joyería. Estoy nervioso, ¿y si me pilla? Cojo aire y lo dejo ir a modo de suspiro. Salimos de la estación, entonces me doy cuenta de que está todo lleno de joyerías, está plagado, no me había dado cuenta antes. Caminamos

tranquilamente, no deja de mirarlo todo, y cuando digo todo es TODO. Entonces vemos una tienda de ropa interior y lencería. Se queda embobada mirando el escaparate.

—¿Quieres entrar? —pregunto.

—Pues... —Sus mejillas se sonrojan como si de repente se hubiera convertido en una chica tímida—. Sí, quiero entrar.

—Oye, cielo, creo que he visto a un amigo, ¿entras tú y en cinco minutos vuelvo?

—Vale, no tardes —me pide.

Asiento, veo como se mete en la tienda, y prácticamente salgo corriendo hacia donde se encuentra la joyería, por suerte no está más allá de diez metros. Voy tan rápido como puedo. Cuando entro me encuentro con una chica rubia, de ojos verdes, me mira asombrada.

—Buenas tardes, me gustaría comparar un anillo —digo a la vez que cojo grandes bocanadas de aire.

—¿Tiene alguna idea de cómo le gustaría que fuera?

—La verdad es que no mucho, podría enseñarme algunos.

Saca dos bandejas repletas de anillos, todos brillantes, la gran mayoría de ellos demasiado grandes, complicados y llamativos como para que le puedan gustar a Natalia. Suspiro, miro el final de la primera bandeja, son todos iguales, lo que me saca de quicio. En la segunda tampoco hay ninguno que me llegue a gustar como para regalárselo y mucho menos, que vaya a enamorarle. Me paso la mano por la cara y luego por el pelo, ¡no tengo todo el tiempo del mundo! Entonces saca una bandeja más. Ahí está, en la primera fila, un pequeño anillo, con un diamante central y unos pequeños a ambos lados.

—Quiero ese —digo señalándole.

—Muy bien, ¿en qué talla lo quiere?

—¿Talla? ¿Qué talla? —Me enseña varios tamaños, entonces sé a qué se refiere— la más pequeña, por favor.

—Perfecto.

Mete el anillo en una pequeña funda de papel de seda, luego en una bolsita rosa y por último en una cajita. No entiendo para que tanto... Pero bueno.

—Entonces, serán...

—Me da igual cuanto sea, lo necesito ya.

Le tiendo la tarjeta de crédito, me cobra y sin ni siquiera mirar la factura, me la guardo en el bolsillo, ya habrá tiempo para que me dé un infarto luego. Cojo la bolsa, saco la caja del anillo de ella, y la tiro, guardándome la cajita en el bolsillo de la chaqueta. Voy a la tienda, no veo a Natalia por ninguna parte, hasta que aparece de dentro de los cambiadores, la dependienta la acompaña a la caja, mete algo en una bolsa y se la da.

—¿Ya has visto a tu amigo?

—Sí, Stewart ha tenido que marcharse, estaba su mujer esperándole.

Asiente, y sin decir nada más, salimos de la tienda. Me coge la mano, la miro y sonrío. Estoy totalmente seguro, quiero que sea la mujer de mi vida. Pasamos junto a un escaparate lleno de vestidos de novia, todos preciosos, lo que nos llama la atención a ambos. Solo de imaginármela vestida con uno de ellos me emociono. Estaría tan hermosa...

—Vaya —dice mirándolos—, son preciosos.

—Sí...

Después de acabar de visitar lo que tenía planeado, volvemos al hotel para poder descansar. Me siento en la cama, Natalia empieza a desvestirse, quedándose en ropa interior. Se sienta a mi lado, me mira y se tumba.

—Estoy tan cansada...

—Yo también, nena, esta noche iremos en coche.

—¿Iremos? ¿A dónde? ¡Por dios, Collins, no me hagas andar más o moriré!

—Deja que te compense.

No puedo tenerla tan cerca, solo para mí y no devorarla. Entro en el enorme baño que hay en la habitación, lleno la bañera de agua caliente, y echo un poco de salde baño para que huela bien. Enciendo el radiador que calienta las toallas, las coloco bien, y salgo de nuevo a la habitación.

—Vente.

Estiro el brazo, para que coja mi mano. Gatea sobre el colchón, hasta que llega al borde de la cama, entonces la cojo en brazos, como si fuera una reina. Sonríe, atontada. La beso con ansia, como si me fuera la vida en ello. Amo tanto a esta mujer, que lo daría todo por ella, haría cualquier cosa, como pedirle matrimonio esta misma noche, delante de quién haga falta. Me pide que la deje en pie, así que, eso hago, rodea mi cuello con sus brazos, poniéndose de puntillas. La vuelvo a coger, no quiero dejarla, quiero tenerla pegada a mí. Pongo las manos en su espalda, desabrocho el sujetador y se lo quito dejando que caiga en el suelo de moqueta que hay en la habitación. Camino hacia el baño, mientras ella empieza a subirme el jersey granate que llevo, la ayudo para que acabe de sacármelo y hace lo mismo que he hecho yo con su sujetador. Sonríe pícara. La dejo dentro del agua, bajo su atenta mirada voy desnudándome, hasta que no hay nada que me cubra. Se sienta en la bañera, y es cuando se da cuenta de que aún llevaba las braguitas puestas. Dejo ir una sonora carcajada que llena el baño, ella hace una mueca y empieza a reírse. Me meto con ella, hago que se ponga en pie, cuelo dos dedos bajo la tela y se las quito.

Vuelvo a besarle apasionadamente, la cojo por la cintura y hago que quede pegada a la perfección a mí para que ni el agua nos separe. Poco a poco voy descendiendo hasta que quedo de rodillas en la bañera, la cual sigue llenándose. La miro desde abajo, paseo mis manos por sus muslos, hasta que me cuelo entre ellos, separándolos llegando al pequeño lugar en el que se encuentra su placer. Se pasa la mano por la cara, intentando no mirarme, sé que le da vergüenza, se avergüenza del placer que puede sentir y eso no debe ser así. Se sienta en el borde corto de la bañera,

dejando que su espalda repose en una de las toallas que he colgado. Beso cada centímetro de su piel, desde el empeine de sus pies, hasta el interior de sus muslos. Con las manos empiezo a jugar con ella, mientras sigo besándola. Un delicado gemido se escapa de entre la prisión que son sus labios, quiero escucharla, quiero ver como se deshace ante mis caricias. La lamo de arriba a abajo, al cabo de varios minutos su cuerpo se tensa, empieza a temblar, y acaba culminando cuando, con cuidado, entro en ella.

Disfrutamos el uno del otro, nos unimos en un solo ser, descansamos de tanto paseo, nos tumbamos en la cama, hasta que llega la hora de vestirse y marcharnos de nuevo. Tenemos una cena pendiente.

Me visto con unos pantalones oscuros, más allá del azul marino, una camisa blanca y una corbata de un tono parecido al de los pantalones. Dejo la chaqueta sobre la cama, mientras espero a que Natalia salga del baño. La puerta de este se abre, y sale ella, tan hermosa y radiante como es, vestida con un largo vestido blanco que le llega hasta los tobillos, parece una diosa griega, se asemeja a Afrodita.

—Madre mía... —digo prácticamente babeando—. Estás preciosa.

Se pasa la mano por el pelo, colocando algún que otro mechón tras su oreja.

—Gracias...

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Sí, nos vamos.

Capítulo 12

Estoy tan cansada que no sé ni como soy capaz de aguantar con los ojos abiertos, me pesan hasta las pestañas, si por mi fuera me metía en la cama, y estoy segura de que me quedaría frita en dos segundos.

—¿Lo tienes todo? —me pregunta.

—Sí, creo que sí.

Abro el pequeño bolso que voy a llevarme, para revisar si lo tengo todo. Acabo de abrocharme los zapatos, y me pongo en pie. Casi soy igual de alta que Collins. Antes de que salgamos de la habitación, me coge por la cintura y me da un poderoso beso. Le miro de arriba a abajo, va tan guapo, le sientan tan bien esos pantalones. Mmm... Me encanta, además le quedan completamente ajustados a la parte trasera, lo que le hace terriblemente apetecible. Me estiro un poco el vestido, para que no se arrugue, solo de pensar en qué cara pondrá cuando vea lo que me he comprado me pongo nerviosa.

Bajamos al recibidor del hotel, donde la recepcionista de esta mañana se nos queda mirando, escanea a mi hombre descaradamente, lo que me enciende y me pone de muy mala leche. Cojo la mano de Collins, para que le quede claro de quién manda aquí. Durante un instante me quedo pensando, yo nunca antes había sido así, con ningún otro hombre había sentido esta posesividad ni celos porque otra mujer le mirara... Supongo que a ninguno le he amado como a él. Nos metemos en el ascensor que va al *parking*.

—Ya verás, vamos a ir a un sitio que te va a encantar.

—¿Sí?

—Sí, y tranquila que no tendrás que andar mucho.

—Con esto —digo levantando un pie para que vea los taconazos que llevo— tampoco podría llegar muy lejos.

Nos subimos en el coche, una vez más no tengo ni idea de a dónde estamos yendo. Pero bueno, conociéndole seguro que será un buen restaurante.

—Oye —digo en voz baja.

—Dime, pequeña.

—Gracias por estas mini vacaciones.

—De nada, tenía ganas de que viniéramos.

No sé por qué, pero Max viene a mi mente, ese apuesto hombre, o mejor dicho, ese Adonis, esos ojos que tiene... Ya sé por qué me sonaban de algo, son iguales a los del padre de Collins.

—¿En qué piensas? —Me mira de reojo intentando mantener el control en la carretera.

—Pues... Estaba pensando en tu primo.

—¿En Max?

—Ajá.

—¿Y eso? —pregunta molesto.

—Sus ojos, son como los de tu padre.

Hace una mueca, pero no dice nada más, no parece agradarle que hablemos de Max, ¿por qué? Tal vez se sienta amenazado, su primo es un hombre muy atractivo, pero debería saber que yo solo tengo ojos y corazón para él. Pone una mano sobre el cambio de marchas y yo coloco la mía sobre la suya.

—Te quiero, Collins.

—Y yo a ti, nena.

Levanta la mano, se la lleva a la boca y le da un dulce beso, entonces me doy cuenta de que la suya está fría como el hielo, ¿qué le pasa? Solo se le ponen así cuando está nervioso. Mi cabeza va a mil por hora, cientos de ideas cruzan mi mente, ¿qué es lo que ocurre?

—Hay algo que no me cuentas.

—¿Por qué dices eso?

—Tienes las manos frías.

—Me preocupa no encontrar sitio y llegar tarde —contesta velozmente.

—Será eso.

No tardamos en llegar, aparcamos en la calle de atrás de donde se encuentra el restaurante. Se llama *The five stars*, en la entrada hay un enorme recibidor iluminado con luces cálidas que resaltan el color marrón chocolate de las paredes y la claridad del suelo. Es un lugar muy bonito, puede que sea una pesada, pero todo me parece tan diferente de cómo es en España... Tanto... Un hombre vestido con un pantalón de traje y una camisa blanca nos atiende nada más entrar, una amplia y reluciente sonrisa se dibuja en sus labios, lo que produce que yo también lo haga.

—Déjenme darles la bienvenida a *The five stars* —dice alegre, alzando las manos — mi nombre es Francis Lorn.

—Encantada —respondo.

Mira hacia la sala, cuando oye la puerta se centra en la pareja que hay detrás de nosotros. Carraspeo, vuelve a sonreír y mira la lista que había sobre un atril negro junto a la entrada.

—¿A nombre de quién está hecha la reserva?

—John Collins.

—Muy bien, señor Collins, le estábamos esperando —nos explica.

¿Esperándole a él? ¿Para qué? Frunzo el ceño, sigo pensando que hay algo que no me está contando, cada vez me estoy enfadando más y más. Cojo aire, lo suelto, cojo y lo vuelvo a soltar, intentando que este se desvanezca.

—Tenemos su mesa lista —les lanza una mirada a los de detrás para que le esperen y con un movimiento de cabeza nos indica que le sigamos— adelante.

Es un restaurante precioso, el suelo es del color chocolate que había antes en las

paredes, de *parquet*, y de paredes granates. El techo es más alto de lo normal, tanto que ni Pau Gasol llegaría a tocarlo ni poniéndose de puntillas. Suelto una sonora carcajada al imaginármelo.

—¿Qué te hace gracia?

—Nada, una tontería de las mías.

Me coge a la altura de las costillas, me da un beso en la mejilla y me deslumbra con una de sus hermosas sonrisas.

—Me encanta verte reír.

¡Ay! Si es que no puede ser más mono. Recuerdo nuestra primera cita, no entendía cómo era capaz de decirme las cosas tan claras sin ni siquiera sonrojarse. Creo que es el primer hombre que he conocido que tenga tantas agallas como para hacerlo. Francis nos hace subir a la segunda planta. Me pongo nerviosa, demasiado, ¿qué está tramando este hombre? Suspiro, mirando hacia otro lado, para que no se dé cuenta de ello.

—He pensado que luego podríamos ir al *London Eye*, está dos calles más allá, además hay un parque precioso —propone— no sé si lo sabías, pero en Londres hay dos parques llamados *Jubilee*, este de aquí al lado y al que fuiste con Lucía.

—Vaya...

—¿Lo sabías?

—La verdad es que no, pero seguro que los dos son igual de bonitos.

—No tanto como tú, pequeña.

Mis mejillas se encienden como si fueran un semáforo en rojo. Niego con la cabeza este Collins no es más zalamero porque no puede, que sino... Le doy un golpecito en el hombro, para que siga caminando. Esta planta es aún mejor que la anterior, las paredes no están hechas de ladrillos ni de nada por el estilo, sino que son un enorme ventanal desde el cual se ve el *London Eye* y el *River Thames*. La enorme luna brilla en lo alto del cielo, lo que hace que todo sea aún más espectacular.

—Madre mía... John, es impresionante...

—Lo sé —dice guiñándome un ojo— te he dicho que te iba a encantar.

—Pues has acertado por completo.

—Me alegro —me besa en los labios y seguimos caminando.

El camarero nos lleva hacia una mesa que está en un pequeño salón a doble altura en el que solo hay otra más a parte de la nuestra. Collins retira mi silla como un caballero, para que me siente.

—Gracias.

—Ahora mismo vendrán a atenderles.

Collins asiente, sin decir nada más. Francis se retira y baja de nuevo a la recepción del restaurante.

—John... No se cómo podré compensarte este precioso viaje... Es que es... Madre mía —digo sin saber cómo expresarme.

—No tienes que hacer nada, pequeña, solo con poder disfrutar de tu compañía yo

ya estoy más que pagado.

Cenamos con tranquilidad, acompañados por la hermosa luna que brilla junto a las estrellas del firmamento, y por un delicioso vino elegido por Collins. Me sorprende la facilidad y gusto que tiene para decidir cuál es el mejor. La comida estaba deliciosa, creo que es lo mejor que he comido desde que llegamos a Londres. El camarero nos trae el postre, un *Sticky Toffe* muy típico de aquí, John dice que está muy bueno, así que, tendré que creerle. Es un bizcocho de chocolate empapado en sirope, recubierto de *toffe* y acompañado con helado de vainilla. Miro fijamente al plato, tiene una pinta buenísima, creo que si estuviera aquí Lucia acabaría lamiendo el plato de arriba a abajo o mojando galletas en el sirope que sobrara. Corto un trocito, acerco la cuchara a la boca de Collins e insisto, para que se lo coma.

—Tu primera.

—No, cómetelo —le digo, o mejor dicho, le ordeno.

Coge mi mano, tira de ella levemente hasta que la cucharilla roza sus labios, se relame al notar el sirope, entonces sonrío a medias, alzando una sola comisura y se lo come. Asiente cerrando los ojos, degustando el dulce sabor de la mezcla. Cojo un poco de sirope y de pastelito, hago lo mismo que él, quedándome con todo. Me inclino sobre la mesa, aparto el plato y beso a mi chico.

—Eres deliciosa.

—No tanto como tú.

—Nati —susurra.

Me mira serio, lo que me asusta. Me siento, las manos empiezan a sudarme, el corazón me late cada vez más rápido, lo que hace que me ponga aún más nerviosa. Se pone en pie, sin apartar su mirada de la mía, coge mi mano, y se arrodilla delante de mí.

—Collins... ¿Qué haces? —Titubeo.

El corazón se me va a salir por la boca, siento como todo el vello se me eriza y mis ojos se empiezan a llenar de lágrimas que intentan huir. Tiemblo entera, sin entender muy bien porque.

—John... —Pone el dedo índice sobre mis labios y me interrumpe.

—Natalia, amor mío —dice serio, ¿qué demonios está haciendo? ¿Se ha vuelto loco?— yo... —Tartamudea— joder... Con lo bien que estaba hace un momento —refunfuña— cielo, yo...

¡Madre del amor hermoso! Creo que me va a dar un ataque al corazón, si no lo desembucha ya, uno de los dos acabará muriendo. Suelta mi mano, las suyas tiemblan, nervioso, se la lleva al bolsillo de la chaqueta que lleva y saca una pequeña caja. Vuelve a tomar mi mano derecha, mira la caja y luego a mí.

—Te quiero, nena. Después de todo lo que... que ha pasado, del accidente, Julia, Robert... *Mi eterna locura*, desde el momento en el que desperté he sabido que eras tú la mujer con la que debía estar el resto de mi vida. Lo he pensado tanto que creo que he acabado volviéndome loco, y aquí estoy en Londres, arrodillado ante ti,

esperando a que aceptes hacerme el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Natalia, quiero cuidarte, protegerte, mimarte y quererte como te mereces, quiero hacer desaparecer esas pesadillas, esos gritos, esos temores que había en tu interior... ¿Quieres casarte conmigo?

Me echo a llorar, desconsoladamente, no sé muy bien por qué, tal vez sea de alegría o del miedo. Me tapo la cara con las manos, no puedo ni siquiera mirarle a los ojos. No sé qué hacer, no estoy preparada para ello, me aterra la sola idea de hacerle daño.

—Natalia, por lo que más quieras, dime algo —me pide nervioso al cabo de unos segundos.

—Yo...

—¿Sí?

—Collins, marchémonos, por favor —le ruego entre sollozos.

—Contéstame, pequeña...

—Dame un tiempo, por favor.

Me mira, decepcionado, una mueca de tristeza se dibuja en sus labios, cosa que me parte el alma. Vuelvo a echarme a llorar como una cría, no puedo verle así...

—Nati... —susurra con la voz quebrada.

—Vámonos, John, por favor —vuelvo a pedirle.

Cierra los ojos con fuerza, al bajar la vista veo el precioso anillo que hay en la caja, tiene un brillante en medio, rodeado por pequeños diamantes y cuatro más a cada lado. ¿Qué demonios estoy haciendo? Este hombre al que amo, ¿es que me he vuelto loca? No puedo hacerle esto.

—John... —Le pongo las manos a ambos lados de su hermoso rostro y hago que me mire. Sus ojos están llenos de lágrimas las cuales están a punto de empapar sus mejillas— John... Mírame —le ruego— me casaré contigo, mi vida.

Abre los ojos como platos, las pequeñas gotas descienden por su piel. Con los pulgares recojo cada una de ellas, beso el recorrido que han hecho y por último le beso en los labios.

—Te amo, Natalia... —susurra— me has hecho el hombre más feliz del mundo —me besuquea por todos lados, haciéndome cosquillas.

—Para, para.

Se pone en pie, y sin mediar palabra alguna me coge en brazos, me besa y me abraza con fuerza.

—Te quiero, mi dulce y eterna locura —digo en voz baja contra su boca—. Mi locura.

—Y yo a ti, pequeña.

Se pasa las manos por la cara, y el pelo. Esboza una enorme sonrisa en sus labios, vuelve a besarme, toma mi mano y me pone el anillo.

—Señora de Collins —susurra mirando el anillo.

—John... dame tiempo, ¿vale? —Asiente— me casaré contigo, no sé cuándo,

solo sé que necesito estar preparada.

—Cielo —coge mis manos y las besa— voy a casarme con la mujer de mi vida, me da igual si es en dos meses, en seis, un año o en tres. Te esperaré lo que haga falta.

Mi pecho se llena de orgullo al ver lo impresionante que es mi prometido. Mí prometido... Madre mía, cuando se lo cuente a Lucia y a mi familia me van a matar... A mi abuela le va a dar un infarto. Veinticinco años y prometida. Por dios, no sé dónde me he metido, me paso las manos por la cara y suspiro.

—Cielo.

—Dime.

—¿Podemos volver al hotel?

—No, ¿por qué?

—¿No?

—No, ¿por qué? —Repíte.

—Mira que cara llevo, no puedo ir con estos churretones de rímel por ahí.

—Ve al baño, límpiame la cara y nos vamos, que aún nos quedan dos paradas.

Soplo, no sé ni cómo voy a ser capaz de seguir andando con estos zapatos. Me como parte del bizcocho y el helado, le dejo el resto para Collins, mientras, hago lo que me ha sugerido. Echo la silla hacia atrás para levantarme y voy al baño, el cual es incluso más bonito de lo que podía ser el resto. Está decorado de tal manera que parece un enorme lago lleno de cisnes blancos. Dejo el bolso sobre el mármol blanco junto al lavabo. Me recojo el pelo en un moño, abro el grifo y me echo un poco de jabón. Cuando ya se me ha ido el rastro de máscara de pestañas que recorría mis mejillas, me seco la cara y abro el bolso, suerte que siempre llevo conmigo mi *KdSyU*, o mejor dicho *Kit de supervivencia y Urgencias*, en el que hay de todo, desde tiritas hasta desodorante. Cuando empiezo a ponerme un poco de corrector, entra una mujer de unos sesenta años que se me queda mirando como si hubiera visto a un fantasma, ¡no estoy tan mal! Le sonrío, a lo que me contesta con una mueca. Antes de entrar en uno de los lavabos se lava las manos. Arreglo el estropicio que tenía hecho en mi cara, entonces, sale la señora, vuelve a hacer una mueca, se limpia las manos y se marcha. ¡Madre mía qué pestazo! Muy *fisna* la mujer pero no veas... ¡Qué asco! Voy rápida, para poder irme de aquí lo antes posible, lo guardo todo en el estuche, y salgo. Collins me espera ya en pie, con mi chaqueta colgada de su brazo derecho. No puedo evitar deleitarme con su casi perfecta figura, no podría haber encontrado a un hombre mejor, y pensar que es mi futuro marido...

—¿Estás lista?

Asiento, a la vez que estiro el brazo para cogerle el abrigo, cosa que no me deja hacer. Con un gesto me pide que me dé la vuelta, me levanta uno de los brazos y es él quien me la pone. Antes de separarse de mí, me da un beso en el cuello que hace que un escalofrío recorra todo mi cuerpo.

Coge mi mano, la aprieta con fuerza, y la besa, tras eso se queda mirando

fijamente al anillo a la vez que seguimos caminando. Esa sonrisa que se le ha dibujado en los labios cuando le he dicho que sí, aún no se le ha borrado, sigue ahí. Va con la cabeza bien alta, orgulloso. Me agarro de su brazo, para no caer de bruces contra el suelo. Esta ciudad es impresionante, creía que era hermosa de día, pero de noche lo es aún más. Un enorme edificio que hay junto al parque se ilumina de color azul, las farolas junto al río también están encendidas, incluso podemos ver el majestuoso *Big Ben* brillando en la oscuridad y el *London Eye* teñido del mismo color que el primer edificio. Miro hacia arriba, la mezcla de luces y el color del cielo crean un hermoso cuadro que nadie podría reproducir a la perfección.

—Se te va desencajar la mandíbula —se mofa Collins pasándome la mano bajo la barbilla.

—Es que es tan bonito...

—Pues ya verás ahora...

Saca unos papeles del bolsillo de su chaqueta, y nos ponemos a la cola, por suerte hoy el *London Eye* abre hasta media noche. La encargada de darnos paso, abre una de las cápsulas, entramos, miro por la ventana y cuando quiero darme cuenta ya estamos en el aire.

—¿No viene nadie más?

—No —se sienta a mi lado, pasa uno de sus brazos por encima de mis hombros y toma mi mano— quería que estuviéramos los dos solos, darte una sorpresa y pedirte matrimonio aquí arriba, pero no me he podido esperar.

—Me dejas sin palabras.

—Eso es lo que pretendía.

Me recuesto contra su pecho. Es impresionante todo lo que está haciendo en este maravilloso día. Jamás pensé que esto ocurriría, no se me pasó ni por la cabeza el hecho de que estaríamos aquí solos, los dos, prometidos y disfrutando de las maravillosas vistas londinenses.

—Te quiero —digo en voz baja.

Son las doce de la noche, después de tomar una última copa en uno de los *pubs* de la zona, decidimos que es mejor volver al hotel, sobre todo si queremos parecer humanos y no *zombies* mañana por la mañana. Esperamos a que llegue el ascensor, cojo la mano de Collins y le pego a mí. Me muerdo el labio inferior, y le beso apasionadamente, como creo que nunca antes lo había hecho. Este hombre me provoca con una sola mirada, solo de tenerle cerca, de notar el calor de su cuerpo cerca del mío este ya se enciende. Las puertas del ascensor se abren, pone las manos sobre el vestido, y hace que camine hacia atrás, hasta que mi espalda toca la fría pared metálica. Fijo mis ojos en los suyos, pero rápidamente bajan hasta su boca, esos labios rojizos y carnosos me llaman, me piden que los bese y los muerda. Le da al botón de nuestra planta, la cuarta, las puertas se cierran, pone sus manos en mis muslos, empieza a subir poco a poco la tela que los cubría, hasta que llega a la altura de corte de las medias, donde están sujetos los ligeros. Emite un profundo gruñido al

darse cuenta de que es lo que llevo, sonrío, orgullosa de sorprenderle, ahora me toca a mí.

—Tengo ganas de ti —susurro contra su oreja— muchas.

Le doy un mordisquito en el lóbulo de la oreja. Me besa el cuello, haciendo que mis piernas flojeen. Se pega aún más a mí, haciendo que sienta su abultado paquete. Creo que hemos bebido demasiado, pero la verdad es que me da igual, ahora solo le necesito a él. El ascensor se detiene, John se aparta de mí, se coloca al lado y me toma la mano. Las puertas vuelven a abrirse. Un hombre de unos cincuenta años entra junto a una chica muy atractiva que no será mucho mayor que yo. Collins parpadea al verlos, no pegan ni con pegamento, aunque estoy segura de que ella es más de plástico que de carne, o por lo menos esos pechos no pueden ser reales. No sé cómo no se ahoga al dormir. Por suerte solo queda una planta más para bajarnos. Un silencio incómodo llena el ambiente, ninguno dice nada, no se nos escucha ni siquiera respirar. Cuando bajamos, no puedo evitar empezar a reírme.

—Nos ha ido de poco, ¿eh?

—Pues ya ves —contesta, riéndose conmigo.

Caminamos tranquilamente hacia la habitación, cogidos de la mano, como dos tontos enamorados. Realmente lo somos, pero, ¿en qué momento nos hemos vuelto pastelosos? Niego con la cabeza unas cuantas veces, adoro a este hombre, como para no serlo...

Al llegar a la entrada, saco la tarjeta que nos han dado en recepción, la meto en el lector y antes de que pueda sacarla, Collins se pega a mi espalda, me coge con fuerza, aparta el pelo que tenía sobre el hombro derecho y empieza a besuquearme el cuello, al mismo tiempo que hace que la chaqueta acabe cayendo. Comienza un reguero de dulce besos que va desde el cuello hasta mis hombros. Saco la tarjeta, la meto en el bolso, cojo su mano y tiro de ella para que entremos juntos. Cierra la puerta tras su espalda, voy avanzando por la habitación. Antes de que siga caminando, pasa dos dedos por ambos tirantes del vestido, desabrocha la corta cremallera que va desde el final del escote que hay en la espalda hasta mi cintura. Pasea los dedos desde mi nuca hasta donde acaba la cremallera, erizando mi vello. Hace que los tirantes resbalen por mis brazos y la tela acabe arremolinándose a mis pies. Doy dos pasos hacia adelante, apartándome del vestido. Me observa de arriba a abajo, devorándome, en sus ojos hay lujuria y deseo, tanto o más que la primera vez, aquella mirada en medio de Las Ramblas.

—¿Viene a jugar conmigo señor Collins? —Le provoco y camino hacia la cama contoneando las caderas.

—Claro que sí, señora Collins.

Fija sus ojos en los míos viene hacia donde me encuentro, pone una de sus grandes manos en la parte baja de mi columna, se pega a mí por completo y me besa con ansia, como si fuera el aire que necesita para respirar. Muerde uno de mis labios, tirando de él, haciéndome una pequeña herida. Dejo ir un leve quejido que hace que

las comisuras de sus labios se alcen. Pasa sus brazos por detrás de mis piernas, cogiéndome, se acerca a la cama y me deja en ella. Me estiro, aunque acabo por apoyar ambos brazos para poder verle mejor. Le miro, me observa detenidamente deleitándose. Apoya una rodilla entre mis piernas, sus manos llegan a mi cintura, poco a poco va acariciando mis muslos, hasta que llega a los pies, entonces desabrocha con cuidado los zapatos, los deja en el suelo y me besa el empeine.

—Quiero música —dice sin apartar la vista de mí.

Saca su *Smartphone* del bolsillo trasero de su pantalón, con un ligero movimiento lo desbloquea, y segundos después empieza a sonar *Ed Sheeran*, una de las últimas canciones que estuvimos escuchando antes de venir, *Don't*. Me encanta, ver como la tararea, me vuelve loca, la hace absolutamente *sexy*, y eso que tampoco es que tenga mucho... Vuelve a poner las manos en mi cintura, tira de mí hasta que estoy prácticamente en el borde del colchón. Abro los ojos, sorprendida. Me paso la lengua por los labios, llevándome conmigo el pequeño hilillo de sangre que se ha salido de la herida que me ha hecho.

—¿No vienes? —Le reto desde la cama.

Alza una de sus cejas, suelta una carcajada y me saca la lengua.

—No me tientes, nena.

—Eso quiero, tentarte —respondo poniéndome de rodillas en el colchón.

Apoyo las manos en su musculado pecho, me deshago de la chaqueta que llevaba dejándola a los pies de la cama, voy desabrochándole la camisa blanca, botón a botón, siendo yo la que ahora disfruta de él. Se la quito, dejándole solo con los pantalones. Pongo las manos en la cinturilla, bajo la mirada y es ahí cuando me doy cuenta del enorme bulto que hace que la tela se tense. Vuelve a reír. La canción cambia, y ahora es *Tenerife Sea*, también de *Ed Sheeran*.

*«Should this be the last thing I see
I want you to know it's enough for me
'cause all that you are is all that I'll ever need».*

Una lágrima se escapa de mis ojos cuando le escucho cantar. Se acerca a mi oreja y sigue cantándome, muy bajito, solo para mí.

—Te amo, Natalia.

Capítulo 13

La música no deja de sonar. Recojo las pequeñas lágrimas que se deslizan por sus mejillas al cantarle, le beso en cada una de ellas, con cuidado, mimándola. Paseo las manos por todo su cuerpo, acariciando cada uno de sus delicados rincones. Me quito los zapatos, y me subo a la cama, hago que se tumbe. Parece haber sido esculpida en porcelana, es tan sumamente hermosa, tan sencilla pero a la vez tan bella como ninguna, tiene algo que me vuelve loco.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo —le digo poniéndome sobre ella, besándole los labios.

—Y tú a mí, J.D Collins.

Posa una de sus manos sobre mi abultado paquete, desabrocha el botón del pantalón, tiene la mirada fija en él, cuando la alza no puede evitar morderse el labio inferior. Acaricio sus mejillas, las cuales se están enrojeciendo, la beso castamente, pero no puedo evitar que cada uno de los besos que vienen después se vuelvan cada vez más húmedos y fogosos. No puedo seguir con esto aquí, me estoy poniendo de los nervios. Bajo de la cama, y me quito tanto los pantalones como la ropa interior. Natalia me observa como una fiera, sus ojos brillan tanto como dos luceros, se relame cual gatita y sonrío. Está espectacular con esos ligueros, es imposible resistirme. La cojo con fuerza, me pego a su cuerpo tanto como puedo, quiero que me sienta a la perfección, tanto como quiero sentirla yo a ella. Sigo besándola, por todas partes, por la boca, el cuello, los hombros, las clavículas, sus pechos... Me recreo en ellos, lamiéndolos, besándolos e incluso mordidiéndolos, intento hacerlo con cuidado, pero un gemido se escapa de su interior cuando lo hago. La zona donde le he mordido se le ha enrojecido, me mira, parpadea veloz y me pide que siga. Mediante un reguero de besos llego hasta su cintura, donde mis labios topan con la fina tela de encaje que da forma a sus braguitas.

Beso la cara interna de sus muslos a la vez que voy bajando la ropa interior por sus piernas, cuando ha pasado de sus rodillas vuelvo a subir. Acaricio su monte, ese lugar al que solo yo puedo acceder, desde el cual puedo hacer que toda ella se deshaga bajo mi cuerpo. Beso su boca desesperado, cada segundo que mi boca se separa de ella es una tortura. Su sexo arde clamando que apague ese fuego o que lo avive como si fuera el mismísimo infierno. Lo acaricio, juego con su pequeño botón hasta que no puede aguantarse los gemidos que se agolpan en su boca. Con una de sus pequeñas manos, empieza a tocarme a mí, lo que me pilla por sorpresa. ¡Dios!

—Collins... Collins —susurra, perdida en el deseo.

—¿Sí, nena? —Gruño.

—Hazme el amor —me pide dulcemente, dejándose llevar.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

Sigo jugueteando con mis dedos, está tan húmeda, tan preparada, que no puedo esperar, necesito sentirla ahora mismo. Entro en ella, por lo que ambos dejamos ir un profundo suspiro. Natalia cierra los ojos, no quiero que lo haga, necesito verla. Me muevo en su interior intentando a horrores no ser brusco, pero me es imposible no bombear cada vez más deprisa. Abre los ojos, apenas puede articular palabra, pero con la boca me pide que vaya más rápido.

—Por favor.

—¿Por favor qué, pequeña? —Le pregunto entrecortadamente, aun sabiendo lo que quiere.

—Por favor... —Repite.

Hago lo que me pide, me siento tan dentro que creo que voy a perder el conocimiento. Su cuerpo no tarda en tensarse, por lo que bajo mi mano para hacer que explote en mil pedazos, jugueteo con mi pulgar, y es entonces cuando se deshace entre gemidos y sollozos. Un par de minutos después, tras sentir como todo su cuerpo se contrae, me dejo llevar. Caigo rendido sobre su cuerpo, sin apenas poder moverme, siento como su corazón late frenético, igual que lo hace el mío.

La abrazo, haciendo que apoye su cabeza sobre mi pecho, adoro tenerla así. Le doy un beso en la coronilla y veo como alza la vista para mirarme.

—Oye... —dice en voz baja.

—¿Hmm?

—¿Cuándo tenías pensado que nos casáramos?

—Pues... No me ha dado tiempo a pensarlo —admito.

—¿No te ha dado tiempo?

—No, nena, como te he dicho lo he decidido esta mañana —le explico— bueno... Lo decidí hace dos años, pero hasta hoy no he tenido la fuerza para hacerlo.

—Gracias por hacerlo —susurra.

—Gracias a ti por aceptar.

—Quiero estar contigo para siempre, Collins, quiero ser tuya.

—Eternamente mía.

—Eternamente tuya.

Mi teléfono empieza a sonar, estiro el brazo, le doy con la mano sin pensármelo dos veces, cortando la llamada. Abro los ojos poco a poco, apenas hay luz en la habitación, por lo que supongo que será pronto aún. Vuelve a sonar, lo cojo, le bajo la voz y miro a Natalia, quién duerme plácidamente, ni se ha inmutado de que están llamando. Vuelvo a mirar la pantalla, y me lo llevo a la oreja.

—¿Qué cojones quieres, Lund? —digo molesto.

—Tío, necesito que nos veamos.

—Kellin, déjate de gilipolleces —espeto de mala manera, intentando bajar la voz—, ¿qué haces llamándome a estas horas? Bueno, da igual, no me lo cuentes, no quiero saberlo.

—John, tío —me pide— ¿cuándo vuelves?

—Ya hablaremos en otro momento, Lund —digo colgándole.

Este chaval está loco, se le va la cabeza de una manera... A saber qué es lo que estaba haciendo y en que lío está metido, aunque conociéndole estará en el peor de todos. Dejo el móvil en la mesilla y me acurruco contra Natalia.

Dos horas más tarde siento como Nati desaparece bajo las sábanas y empieza a tocarme. Ahora es ella quien juega conmigo, quien mueve de arriba a abajo su mano, bombeando mi miembro. ¡Joder, dos segundos y ya estoy duro como una piedra! Se lo mete en la boca, haciendo que pierda la cabeza por completo. Aparto la sábana, pongo una de mis manos sobre su hombro derecho, apretando con fuerza. ¡Por dios! Al ver que estoy totalmente despierto, alza la vista se aparta un poco y sonrío a la vez que se pasa la lengua por los dientes. Tiro de una de sus manos, antes de que vuelva a lo que estaba haciendo, hasta que su boca llega a la mía. Pongo las manos a ambos lados de su rostro, impidiéndole que se separe. Empieza a moverse encima de mí, rozando su ardiente sexo con el mío. Con un rápido movimiento entro en ella, entonces deja ir un profundo gemido que consigo capturar con mi boca. Esta vez es Nati quién lleva el ritmo, quién decide qué velocidad tomar, por lo que está volviéndome loco, moviéndose tan lentamente.

—Joder, Natalia —gruño.

—Déjame hacerte perder la cabeza.

—Estando contigo perdí la cabeza hace mucho tiempo, nena.

Ronronea sensualmente contra mi oído, como una auténtica felina, esta mujer hace que pierda la poca cordura que me queda cuando le tengo cerca. Cada vez va más deprisa, parece una amazona, una guerrera cabalgando sobre su corcel. Sus ojos se fijan en los míos, sabe cuánto me encanta que me mire, ver esa mirada llena de lujuria y deseo. Coloco una de mis manos en su nuca, y hago que se acerque a mí. La beso con ansiedad, perdido en este calor que siento por dentro nada más verla. Solo de pensar que la tengo para mí, que será mía por toda la eternidad, se me nubla el entendimiento.

No tardamos en estallar en pedazos, sincronizados como un reloj. Acaricio todo su cuerpo, besando cada uno de sus rincones mimándolo como se merece.

—¿Nos damos un baño? —Propongo.

—Sí —dice sonriendo pícaro—. Claro.

Tranquilamente se levanta de la cama, sin ni siquiera taparse con la camiseta del pijama que anoche dejó junto a la almohada. Aún recuerdo cuando se avergonzaba de que la viera desnuda. Sonrío aun pensando en ello.

Después de un largo baño, alguien golpea la puerta de la habitación. Natalia y yo nos miramos sorprendidos, se está tan bien en el agua que no nos hemos dado ni cuenta de qué hora es. Le pido que se quede dentro, salgo de la bañera me seco con una toalla y cojo otra con la que envolverme. Voy hacia la puerta, y al abrirla me encuentro con una chica morena de piel, con el pelo recogido en un moño.

—Disculpe, señor, ¿se puede?

—¿Qué hora es? —pregunto confuso.

—Las once y media, señor.

—Vaya... —Me paso la mano por el pelo mojado— disculpa, ¿podrías pasar en media hora?

—Sí, señor, claro.

Antes de cerrar, veo como coloca un cartelito colgando del pomo de la puerta en el que pone: “*No molestar*”.

—Gracias.

Cuando vuelvo al interior de la habitación, me encuentro a Natalia envuelta en una toalla, y con otra secándose el cabello.

—Habrá que ir a desayunar, ¿no?

Dejo ir una sonora carcajada que hace que ella ría conmigo. Voy hacia donde está, la beso en los labios y entro en el baño. Tras secarme, me pongo unos vaqueros oscuros, cómodos y con algunos rotos en las rodillas, y una camiseta negra de manga larga. Nati no tarda mucho en arreglarse, me encanta observarla, hablar con ella de cualquier cosa, solo de poder tenerla conmigo ya me siento afortunado. Recogemos todas nuestras cosas, ya que tenemos que dejar la habitación como muy tarde en media hora. Me quedo pensando durante unos segundos, me siento en la cama, mientras le espero.

—Aunque más que desayunar, ya casi es hora de almorzar, ¿no?

Ríe, escucharla es como si una dulce melodía me encandilara como la primera vez que la oí. Sonríe algo avergonzada, se pasa la mano por el pelo, colocando algunos mechones tras su oreja. Recoge lo que tenía en el baño, lo mete en la bolsa que ha traído y se pone en pie, ya que estaba arrodillada en el suelo.

—¿Vamos?

—Vamos —me pongo una sudadera con gorro del mismo color que la camiseta y cojo mis cosas.

Salimos de la habitación, avanzamos por el pasillo, y antes de que lleguemos al ascensor nos encontramos con la mujer que llamó antes a la puerta. Alzo la bolsa y le sonrío, ella me corresponde y asiente. Dejamos las cosas en el coche, y luego subimos al recibidor del hotel para dejar la llave.

—Aquí tienes —le digo a la misma chica que nos atendió ayer, a la vez que la dejo sobre el mostrador.

—Espero que hayan disfrutado de su estancia en nuestro hotel y que todo haya estado a su gusto.

—Así ha sido —dice Natalia, escueta, intentando ser cordial.

—Espero volver a verles.

Sonríe de mala gana, se cuelga bien el bolso y toma mi mano.

Desayunamos con tranquilidad, aún nos quedan dos paradas por hacer antes de volver a Cardiff. Pasamos por *Hyde Park*, disfrutando de las vistas y del buen tiempo que estamos teniendo.

—Este sitio es tan bonito... Ha merecido la pena el viaje en avión.

—¿Sí?

—Ajá...

—¿Qué es lo que más te gusta?

—Tú.

Le miro de reojo, parpadeo varias veces, siento como mi miembro se endurece ante su respuesta, mi corazón y mi cuerpo quieren volver a tomar el suyo, aunque por el momento me tocará esperar. Cojo su mano y la aprieto levemente, la alzo, le doy un beso sobre el anillo y le miro.

—Tú también eres lo que más me gusta, pero del mundo entero.

Sonríe, sus mejillas se enrojecen, al igual que lo hacen las mías al darme cuenta de lo que he dicho. Después de tanto tiempo, esta mujer aún consigue que me sonroje.

Seguimos caminando, solo que esta vez pasamos a *Green Park*, el cual nos conducirá hasta el *Buckingham Palace*. Hay gente de todo tipo, algunos almuerzan, otros hacen fotografías, algunos más que van con perros... El calor del sol de invierno es lo suficiente cálido como para que todo el mundo salga a la calle.

—¿Cuándo volveremos a Cardiff? —pregunta con la mirada perdida.

—Cuando tú quieras, pequeña.

—Tengo ganas de ver al cachorro, aún no le conozco y ya le echo de menos.

Sus ojos brillan nada más mencionarlo. Sabía que le encantaría, aún recuerdo cómo hablaba del perrito que tenían, no dejaba de explicarme todas las cosas que hacía.

—¿Ya sabes cómo le llamarás?

—No, la verdad es que aún no, quiero pensarlo bien antes de decidir.

No puedo evitar sonreír al imaginarla jugando con el pequeñajo, estoy seguro de que se harán buenos amigos. Natalia adora los animales, le encantan, salvo las serpientes y los “bichos”, lo tengo más que comprobado. Pensé en que adoptáramos a un gato, pero como siempre acababa hablando de perros creí que era la mejor opción.

—Echo de menos a Lucia.

—¿Y eso?

—Y a Joel, aun no entiendo a qué viene este cambio tan repentino, ¿por qué se comporta así? Me frustra no saber qué es lo que ocurre.

—Ya se le pasará, nena —le beso en la frente, para que deje de preocuparse por ello.

—No sé...

Mi teléfono vuelve a sonar, ¡otra vez Lund! ¿Es que no se puede estar callado un rato? Lo extraño es que no me haya llamado Julia cientos de veces, conociéndola...

—Cógelo si quieres —dice mi futura mujer.

—Da igual, ahora quiero disfrutar de tu compañía.

—Como quieras.

A ambos lados del camino de tierra hay césped, y en algunas partes hay plantados tulipanes amarillos. Le encantan, aunque más aún si son rojos. Todo está pasando tan deprisa, cuando llegamos no pensé que fuera a tener las suficientes agallas como para pedirle matrimonio aquí mismo. Treinta y dos años, prometido con una mujer de tan solo veinticinco, quien nos vea dirá que estamos locos. La diferencia de edad es notable, bueno, solo si sabes la edad que tenemos. Pero la verdad es que no me importa, le amo tanto como a mi propia vida, no dejaré que se marche de mi lado.

—Me da la sensación de que llevamos aquí una semana entera, una eternidad...
—me explica.

—¿Y eso por qué?

—No sé, hemos hecho tantas cosas en estos dos días...

—Tienes razón, no hemos parado, y cuando lleguemos a Cardiff tengo que enseñarte toda la ciudad, quiero que vayamos a algunos sitios, mis preferidos.

—Estaré encantada de acompañarte.

—Te encantarán.

Durante unos metros permanecemos en silencio, observando todo lo que nos rodea, escuchando cada uno de los sonidos que hay en el parque. Se escuchan los timbres de las bicicletas, las pelotas de los niños, la tierra crujiendo bajo la suela de los que corren. Los rayos del sol se cuelan entre las pocas nubes que cubren el cielo. Del bolsillo de la sudadera saco mis gafas, me las pongo y entonces Natalia me mira.

—Adoro como te quedan —dice con una sonrisa.

—Gracias. —Me las bajo un poco y le guiño un ojo, por lo que ríe—. ¿Dónde querrás ir a comer?

—Pues... No sé, la verdad es que un mini cruasán y un café no es que llenen mucho.

Después de comer, vamos a por el coche y nos encaminamos hacia Cardiff, es hora de volver. Natalia no deja de cantar durante el trayecto, primero *Here I Am* de Bryan Adams, a quien se ha aficionado gracias a mí, *Aerosmith*, *Scorpions*... Y *Ed Sheeran*, aunque no pegue mucho con lo anterior, no puede evitar ponerse a cantar *Don't*. Se lo pasa tan bien ella sola cantando, nunca había visto a una chica a la que le gustara tanto.

—¿Cuánto queda para llegar?

—Poco.

—¿Cuánto es poco? —pregunta como si fuera una niña pequeña.

—Media hora.

Algo que no es la música del coche empieza a sonar, ¡maldito móvil! Natalia lo coge antes de que pueda impedirselo, y se lo lleva a la oreja.

—Hola, ¿quién eres y que quieres?

—¿Dónde está John? —Escucho como le dice Lund al otro lado.

—He preguntado yo antes, responde —ordena poniéndose seria.

—Soy Kellin Lund, y quiero hablar con John —le explica lentamente, como si

fuera tonta—. ¿Quién eres tú?

—A ver, guapito, a mí me hablas normal, que no soy *retarded*, ¿eh? —espeta molesta—. Y, ¿qué quién soy yo? —dice ofendida—, soy Natalia Reyes, la prometida de J.D Collins —dice sobreactuando.

—¿Cómo? ¿Prometida? —Repite sin entender nada—. ¡John! —Grita.

—No se puede poner, está conduciendo, adiós.

Y sin decir nada más cuelga, saca la lengua y sigue cantando. Kellin se lo tiene merecido, por pesado. Se le escapa una sonora carcajada que provoca mi risa. Esta chica no tiene fin.

No son ni las seis de la tarde y ya ha caído la noche, lo que hace que tengamos que ir más despacio por la carretera. Seguro que cuando lleguemos a casa, mamá habrá preparado la cena y conociéndola, habrá comida para un regimiento. Si por si ella fuera acabaríamos pareciendo bolas, en vez de personas. ¿Qué será de la madre de Natalia? Apenas habla de ella.

—Oye, nena —le digo.

Segundos después recapacito, tal vez no debería haberle dicho nada, puede que simplemente no quiera hablar de ella.

—Dime, pequeño.

—Nada, da igual.

—Venga dímelo, John —insiste— si vamos a casarnos, tendremos que contárnoslo todo, ¿no?

—Ya, pequeña...

—Dímelo venga.

Trago saliva, fijo la vista en la carretera, o mejor dicho, en el coche de enfrente. La miro de reojo, está observándome, algo más seria de lo que lo estaba hace un momento.

—Venga, dímelo —me pide.

—Bueno... —murmuro— me ha venido a la mente algo...

—¿Algo? —pregunta—. ¿Qué algo? No me vengas con misterios ahora, J.D Collins —dice recalcando mi nombre.

—Bueno, más que algo es alguien —frunce el ceño, molesta— no me mires así, me he acordado de tu madre.

—¿Por qué? —espeta.

—No lo sé, nena, ¿es que no piensas invitarla a la boda?

—Sí, claro que sí, aunque no creo que venga, siempre está demasiado ocupada...

Cojo su mano derecha, la acaricio con mimo y le sonrío.

—Después de más de dos años juntos, me gustaría conocer a la mujer que me dio la razón para seguir con vida.

—Oh... John... —susurra hasta que su voz se quiebra—. Dios... ¿Cómo no te voy a querer?

Sus labios se alzan, esbozando una de esas maravillosas sonrisas que tanto me

gustan.

Una hora más tarde, aparcamos el coche frente a la casa de mis padres. Natalia tenía razón, parece que hayamos estado en Londres toda una semana. Cogemos las bolsas, abro la puerta de la entrada y oigo como todos corren a recibirnos. Veo aparecer a mamá, Laura, la tía Denna y la abuela.

—¿Qué hacéis todas aquí?

—Nos tendrás que presentar a tu futura mujer, ¿no? —dice la tía Denna, en castellano, con ese acento tan galés que tiene, tanto que hasta yo me doy cuenta—. ¿Dónde está? —Inquiere.

Natalia se acerca por detrás de mí, viene hablando, aunque en realidad ni siquiera la estoy escuchando. Pobrecilla, lo que le espera.

—Oh, vaya —exclama sorprendida ante tal recibimiento, estoy seguro que no esperaba encontrarse con tanta gente—, hola.

—¡Uy! —dice la abuela Roxanne—, ¿esta es tu mujer?

—Abuela —digo entre dientes.

—¿Qué me vas a decir ahora, niño? ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

De un empujón, me aparta, hasta que llega a Natalia. Estira el brazo, para que le coja la mano. Pasan dentro de recibidor, ya que aún estábamos en la entrada. Toda su atención se centra en ella, dejándome a mí de lado. Sonrío y niego con la cabeza.

—Este niño ni siquiera nos presenta —refunfuña mirándome de reojo—, soy Roxanne, la madre de John.

—Yo, Natalia Reyes —contesta sonriente.

—Encantada, preciosa.

La abraza con fuerza, le besa en ambas mejillas y la abraza de nuevo. Deja que ahora sea Denna quién tome su lugar. La mira de arriba a abajo, da un paso atrás, sin apartar los ojos de ella. Frunce el ceño y desvía la mirada hacia mí.

—Contigo tengo yo que hablar —dice seria.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Ya lo sabes.

Alzo una ceja, lo más seguro es que esté enfadada por no haber traído a Natalia antes, conociéndola... Le encanta saberlo todo, incluso más que a Lucia, y eso ya es decir. Toma sus manos, mi tía tiene un don con la gente, si ella la acepta no habrá más que hablar. Es como si fuera capaz de detectar las cosas malas de la gente.

—John, hijo, esta me gusta mucho más que la anterior.

Le miro abriendo los ojos como platos, casi a punto de que se me salgan de mis órbitas. ¿Qué puñetas está haciendo? ¿Para qué dice nada? Nati ríe nerviosa, me mira y traga saliva. Carraspeo, intentando romper el incómodo silencio que se ha instalado entre todos nosotros.

—Bueno, vamos a ir a dejar esto arriba, y ahora volvemos.

Pongo una mano en la parte baja de su espalda, hago un poco de fuerza, lo suficiente como para que empiece a caminar. Al llegar a nuestra habitación, dejo mi

bolsa sobre el escritorio y me paso la mano por la cara, ¡madre mía!

—Lo siento —le digo en voz baja, sin ni siquiera mirarla.

—Cielo —me llama.

Alzo la vista, se acerca poco a poco a mí. Ha dejado la mochila encima de la cama y con ella la chaqueta que llevaba por si tenía frío. Cuando se detiene, se pone de puntillas, posa las manos tras mi cuello y me besa.

—Si por ti tengo que someterme a un tercer grado por parte de tu tía y tu abuela, lo haré. No me importa, además, seguro que son un amor.

—Eres una joya, pequeña.

—Que va —dice apartándose de mí— soy mucho mejor.

Me guiña un ojo, va hacia las escaleras y antes de empezar a bajar, da media vuelta y me saca la lengua.

—Ya verás tú, ya... —Le advierto.

—¿Ah, sí?

Asiento, sin moverme ni un ápice, retándole.

—¿Qué es lo que voy a ver? —pregunta provocadora.

—Estate atenta —digo a la vez que avanzo por la habitación.

Le doy una palmada en el culo y paso por delante. Sin esperármelo, noto como ahora es ella quien me la devuelve.

—A mí no te me cueles, guapete.

Me echa a un lado y corre, para ser la primera en llegar. Pobre, creo que ni se imagina lo que le espera. Se arrepentirá de haberlo hecho, seguro. Vamos al salón, aunque antes pasamos por el recibidor para ponernos las zapatillas de ir por casa, para así no ensuciar la moqueta y las alfombras que tanto adora mi madre. Laura se echa a los brazos de Nati nada más entrar. Con tanto revuelo no ha podido ni siquiera acercarse a ella.

—Bienvenida a la familia, hermanita.

—Gracias —dice con dulzura.

—Cuida de él —le pide.

—De momento sabe cuidarse solito —ríe.

Me mira de lado y me guiña un ojo. Vaya dos, esto va a ser una locura. *Mi Locura*. Algo me dice que Laura acabará organizando la boda ella solita, si la dejamos se convertirá en la directora de todo, le encanta llevar la batuta.

—Vamos, sentaos —nos pide mi madre señalando el sofá.

Laura se sienta en la butaca que hay junto al sofá de tres plazas, donde están sentadas la abuela, mi tía y mi madre. Pasamos al que hay a su lado, el de dos, y prácticamente nos dejamos caer al mismo tiempo. Tanto paseo por Londres hace que estemos exhaustos, no tardaremos en meternos en la cama.

—Bueno... —dice tía Denna—. ¿Y cómo surgió?

¿Preparados para un tercer grado de Denna? No. ¡Claro que no! Nadie está preparado para ello, nunca.

—Me tiró un vaso de agua por encima.

Dios... Recuerdo aquel día como si hubiera sido hoy mismo. Me había pasado un par de días de reunión en reunión, con Julia y grandes empresarios que querían que nos encargáramos de gestionar e invertir su fortuna. Era muy importante para nosotros, hasta que aquel día lo conseguimos. Tras el éxito, querían ir a cenar a algún lado, para acabar de hablar del trato, o eso me hizo creer Julia. No tenía ninguna gana de pasar la noche con ella y mucho menos de que eso fuera a mayores. Estaba enfadado, mucho. Necesitaba tomar algo y alejar mi mente de lo que iba a ocurrir aquella noche. Aparqué frente al *Jubilee*, era la primera vez que pasaba por allí y no iba a ser la última.

—Vaya —murmura.

—Es curioso —añade Rox.

—¿El qué? —pregunta Laura.

—Que les uniera un simple vaso de agua.

—Aquel día, o mejor dicho, aquella noche, fui a cenar con mis mejores amigos a un restaurante, al mismo al que iba a ir Collins con Julia —explica Natalia—, su jefa —aclara— me cautivaron esos ojos verdes que tiene, tanto que Lucia fue a pedirle al camarero que averiguara su nombre. Al principio pensé que era un estirado y un rancio, pero poco a poco se dejó ver, ¿no? —Me pregunta.

—Nunca me lo habías contado —digo sorprendido.

—¿El qué?

—Lo de Lucia.

—Pues sí, fue a pedirle a Marc que nos diera tu nombre, la verdad es que no sabía nada, cuando volvió lo llevaba escrito en un papel —me cuenta y prosigue con la historia— al salir, un chaval golpeó a Joel, con tan mala suerte que lo hirió y tuvimos que llevarlo al hospital. Entonces, salió Collins, y al vernos ahí, decidió ayudarnos.

—Si es que mi niño es muy bueno —dice Rox.

—Sí, la verdad es que sí —responde guiñándome un ojo—. Gracias a ese cúmulo de situaciones acabó rompiéndome la moto e invitándome a cenar.

Laura empieza a reírse, recordando cuando le contaba todo lo que estaba ocurriendo con Natalia.

—Oye, ¿y cómo le aguantas? —pregunta, aguantándose la risa.

Ahora es mi dulce locura quien ríe, sabe que está bromeando, pero aun así decide coger el relevo y contestarle.

—La verdad es que es un cansino, pero debo admitir que al principio era... Mucho peor.

—Ya te digo... —responde.

—¿Perdona?

La miro de mala manera, igual que hace ella cuando está molesta. Alzo una de mis cejas y acto seguido saca la lengua. El timbre de la casa suena, miro por la ventana pero no veo a nadie.

—¿Quién será? —pregunta tía D, preocupada.

—Voy yo.

Capítulo 14

¿A dónde demonios va? ¡Qué no me deje sola, por dios! Esto no ha hecho más que empezar, y si es tan letal como me ha contado, no creo que tarde en desarmarme.

—Ahora vengo —dice Collins desde la entrada.

—¿A dónde vas, hijo?

Sin decir nada más, desaparece, hasta que se escucha como la puerta se cierra.

—Háblanos de ti, Natalia —me pide Denna.

—Pues... —bajo la vista hacia mis manos, jugueteo con ellas, nerviosa— tengo veinticinco años, y trabajo en una cafetería que tengo en propiedad.

—Es muy bonita —añade Laura.

—¿Vives sola?

—Hace una semana o así que vivo con Collins.

—¿Collins? ¿Por qué le llamas Collins?

—Me gusta llamarle así, además a él siempre le ha dado mucha rabia que lo haga, así que... Es un incentivo más.

Aunque aun no entiendo por qué quiere que le llame JD, porque nadie le llama así todo el mundo suele llamarle John.

—¿Y antes de vivir con John?

—Vivía con mi mejor amiga, Lucia.

—Eso está bien.

Asiento, sin saber bien qué decir ni que hacer. Miro a Laura, buscando una escapatoria, hace una mueca, supongo que tendré que resignarme y seguir con este interrogatorio.

—Cuéntanos más cosas, ¿no? —dice Roxanne.

—No sé... —murmuro pensativa.

—Vaya, muchacha.

—¿Tus padres ya conocen a John?

—Mi padre sí.

—¿Y tu madre?

—Bueno... Ella es un caso aparte, es abogada y bueno... No tiene tiempo para nada más que no sea su trabajo.

—Es una lástima.

—Sí, la verdad es que sí —digo desanimada.

Echo de menos a mi madre, casi no recuerdo siquiera la última vez que nos vimos, y lo más seguro es que no fueran ni veinte minutos.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana, un par de años menor.

—¿Cómo se llama? —pregunta Laura.

—Laia.

—Laia... —murmura.

—Sí, estudia para ser juez, aunque me temo que cuando sea mayor será igual que la madre, por desgracia.

—Vaya...

Hago una mueca, paso las manos por mi pelo y suspiro. Será mejor que dejemos de hablar de esto, me entristece no poder verlas tanto como me gustaría.

—¿Por qué no os quedáis a cenar? —Les propone Rosa.

—Claro, ahora pensamos en qué hacer.

—John está con Harry, así que no creo que venga a cenar.

—¿Con Harry? Por dios, ese no vuelve hasta media noche —espeta Roxanne.

—Natalia, ¿te gusta cocinar?

—Sí, me encanta, sobre todo la repostería.

Escuchamos un fuerte golpe, miramos hacia todos lados, entonces vemos aparecer a mi pequeño cachorro con la boca manchada de chocolate.

—¡Pequeño! ¿Qué has hecho? —digo alzando la voz.

—¡Por dios! ¡Se ha comido el turrón que había sobre la mesa!

Rosa sale corriendo hacia la cocina, y efectivamente, se ha comido lo que ha sobrado de la merienda, y ha tirado una de las sillas. ¿Cómo demonios ha llegado a subirse a la mesa? ¡Es impresionante!

—Laura, nos vamos.

—¿A dónde?

—¡Al veterinario! No podemos dejar que siga con eso dentro, podría ponerse malo.

De un salto se levanta de la butaca, yo hago lo mismo, cojo al cachorro, el bolso, me pongo la chaqueta y los zapatos. Saco el móvil del bolsillo del pantalón, y llamo a Collins, pero no me lo coge. ¡Joder! ¡Ya podría haberse ido en otro momento! Soplo enfadada, entonces llega Laura.

—¿Vamos?

—Vamos.

El pequeño empieza a llorar, tiembla. Madre mía, que pena de animal...

—¿Para qué te comes nada? —murmuro acariciándole la cabecita.

Antes de salir de la casa, cojo mi bufanda, lo envuelvo con ella, para que no pase frío. No voy a dejar que le pase nada.

—Joder... —digo entre dientes.

—Tranquila, en quince minutos estamos allí.

Entramos en el coche, coloco bien al cachorro, para que no esté en una mala postura y le acaricio con cuidado la cabecita. Sigue temblando, no debe de haberle sentado bien, además, es demasiado pequeño como para que pueda echarlo sin que le ocurra nada.

—Mi pequeño bebé, ponte bien —susurro—. Turrón...

—¿Turrón? —repite Laura.

—Se llamará Turrón, por zampabollos —le miro, está con los ojos cerrados, no deja de llorar, le doy un besito en el hocico, lo que hace que los abra para mirarme—. Turroncito.

Efectivamente, diez minutos después aparcamos frente a la clínica veterinaria, que por suerte está abierta todo el día.

—Adelante —dice una chica morena abriéndonos la puerta.

—Gracias.

Entramos con Turrón aún envuelto en la bufanda, el pobre no ha podido estar tranquilo durante el trayecto, está asustado.

—¿Qué le pasa?

—Se ha comido un trozo de turrón bastante considerable.

—Habrá que hacerle una limpieza de estómago, es demasiado pequeño como para comer algo que no sea comida para cachorros.

—Madre mía... Pobrecito mío.

—¿Ya tienes nombre? —pregunta mirando a Laura.

—Bueno, el perro es suyo.

—Sí, tiene nombre.

La chica da la vuelta al mostrador, Laura le da la cartilla, y espera a que le diga el nombre del cachorro.

—Se llama Turrón.

Laura se lo deletrea, para que sepa escribirlo en español. Le sonrío, agradecida, estoy tan nerviosa que ni yo misma lo habría podido hacer. Coge a Turrón, nos lanza una mirada para que la sigamos, y eso hacemos, no pienso desaparecer de su lado.

—Ahora le daremos un jarabe para que vomite lo que ha comido, será lo mejor.

Asiento un par de veces, mientras vamos detrás de ella. Entramos en una sala de paredes blancas y muebles de acero inoxidable. Me tiende a Turrón, para que lo sujete mientras ella prepara la mesa en la que lo dejará. Pone una toalla y encima un empapador.

—Déjalo ahí —me pide.

—Claro.

Le doy un besito en su pequeña cabeza, Laura acerca una silla a la mesa, para que me pueda sentar con Turrón. Sonrío levemente, pobrecito, debe estar pasándolo mal.

—Voy a llamar a John.

—Vale.

La veterinaria le mete una jeringuilla diminuta en la boca y le echa un líquido de color blanco, lo más seguro es que eso sea lo que le haga echar todo lo que ha comido. La chica me mira mientras le acaricio, no puedo verle sufrir y eso que solo nos conocemos de hace un par de días, apenas hemos tenido tiempo de estar juntos, pero ya le quiero como si fuera mi bebé.

—Ayúdale —le pido casi sin fuerzas al escucharle llorar.

—Este chaval no sé dónde mierda se mete —dice Laura en castellano.

—Se va a enterar cuando le vea —refunfuño.

Dos horas después, Turrón vomita el chocolate, y todo lo que ha comido. La veterinaria que lo ha cuidado nos aconseja que coma arroz hervido con pollo a trocitos muy pequeños, y que repose. Pero sobre todo, nos pide que no lo dejemos solo, y que no haya nada que pueda comerse a la vista.

—Oye, hermanita... —me dice Laura, cuando estamos llegando a casa.

—¿Qué pasa?

—He quedado con una amiga, con Mery Jane, te iba a decir si querías venirte, pero viendo lo visto...

—Tranquila, me quedaré en casa con Turrón, dándole muchos mimitos.

Sonríe y baja la mirada hacia el cachorro. Le pasa la mano por su diminuto cuerpo, me mira y hace una mueca.

—Ahora estará bien.

—Sí, muchas gracias por llevarme.

—De nada, hermanita.

Dejamos el coche junto a la entrada de la casa, en la lejanía se ve a una chica rubia, con un peinado parecido al de Laura, solo que algo más en forma de tupé, lleva unas gafas prácticamente redondas y una enorme sonrisa en sus labios.

—¡Laura! —La llama saludando con la mano.

—Mery —dice Laura cuando la ve.

La chica se acerca hasta donde estamos, le da un beso a Laura en la mejilla, y luego viene a por mí, aunque apenas me roza, ya que llevo a Turrón en brazos.

—Oh, ¿qué le pasa?

—Se ha comido un trozo de turrón y hemos tenido que llevarlo al veterinario —le explica.

—Pobre Timothy —susurra.

—¿Timothy? ¿Por qué le llama así?

—Mery vino conmigo a buscar al pequeño cuando fui a adoptarlo, dijo que tenía cara de Timothy y desde entonces le ha llamado así.

—¿Cómo se llama ahora?

—Turrón.

—Turrón —repite en un español muy inglés.

Suelto una carcajada, me encanta escuchar hablar a los ingleses en español, bueno a todo aquel que hable inglés y tenga acento. ¡Es tan divertido! Aunque la verdad es que me da pena reírme, pero no puedo evitarlo.

Tras despedirme de Laura y Mery, entro en la casa, Rosa, Denna y Roxanne aun me están esperando para cenar.

—Oh... Rosa... Siento que hayamos tardado tanto, y que aún nos esperéis. Han hecho que Turrón lo vomitara todo y ahora está exhausto.

—No pasa nada, hija, ya lo tenemos todo preparado para comer —me dice

Roxanne.

—Gracias, y lo siento, de verdad.

—No te preocupes, tonta, nos alegramos de que Turrón esté bien.

Rosa levanta el dedo índice, y sin decir nada más se marcha seguida por nuestra atenta mirada. Ahora ya sé de quién le viene a Collins eso de irse sin más.

—¿John no ha vuelto? —pregunto.

—¿El padre o el hijo?

—El hijo.

Roxanne hace una mueca a la vez que mueve la cabeza diciendo que no, este se va a enterar de lo que vale un peine. ¡Vamos que si lo va a saber! Y también va a saber lo que es estar a dos velas.

—Este se va a enterar... —digo entre dientes, enfadada— por no cogerme el teléfono.

Miro a Denna y a Roxanne, asienten repetidas veces aprobando lo que digo, lo más seguro es que ellas hicieran lo mismo o incluso fueran algo peor.

—Muy bien dicho, niña. Rosa también le ha llamado y no ha contestado.

Mi futura suegra vuelve al salón con una enorme manta, hace un nido con ella, la deja en la butaca y se acerca a mí, pidiéndome a Turrón.

—Dámelo.

Dejo que lo coja, con mucho cuidado lo desenrolla de la bufanda que le cubría, le deja en el nido y lo tapa.

—Así estará mejor, luego lo subimos a vuestra habitación con la manta y todo.

—Genial.

Le dejamos dormir plácidamente, pobrecito mío, me da una penita verle así de chafado... Si mañana no está mejor le volveremos a llevar.

—¿Y Laura? —pregunta Denna.

—Ha ido a tomar algo con una tal Mery Jane.

—¿Mery está por aquí?

—Estaba, se han marchado nada más entrar yo en casa.

Denna sonrío, hace una mueca y mira a Roxanne y Rosa.

—¿Cenamos?

—Claro.

—Hemos preparado algunas cosillas, canapés, platos con queso y algo de embutido, tostadas, ensalada, tortilla de patatas... —me explica Rosa.

¡Madre mía! Con todo lo que hay, John y yo podríamos comer un mes entero por lo menos, y eso que solo ha nombrado lo más notable, porque la mesa está llena de platos de todo tipo.

—También hemos hecho pan —añade Roxanne levantando un plato en el que hay algo parecido a un bizcocho con pasas, nueces y pipas—. Es típico de aquí, esta receta del *Bara Brith* me la enseñó mi abuela, así que, imagina cuantas veces y cómo de bueno puede llegar a estar.

Nos sentamos alrededor de la mesa, es bastante grande, por lo que no la ocupamos entera y dejamos un par de sillas vacías.

—Come, come —dice Roxanne.

—Sí, sí, tranquila —río.

—No vayas a quedarte con hambre porque te de vergüenza —me contesta Rosa.

—Sabes que no me avergüenzo de comer, me encanta hacerlo.

Sin decir nada más, coge mi plato y lo llena de comida. Hay de todo un poco, la verdad es que me ha puesto tanto que no sé ni si podré terminarlo.

—Oye, Natalia.

—¿Has hablado con el niño?

—No, le he llamado, Laura también, y no nos coge el teléfono a ninguna de las dos.

—Este se va a llevar un collejón cuando llegue —dice Rosa.

No puedo evitar soltar una sonora carcajada y empezar a reír, merecido se lo tiene, por no decir a donde va, o por el simple hecho de no cogernos siquiera el teléfono.

—Ya es mayorcito para hacer lo que le plazca, digo yo —le disculpa su abuela.

Se nota que le adora, sino no habría saltado inmediatamente. Todos le quieren mucho, es imposible no hacerlo.

—Roxanne, puede irse a donde quiera —le respondo— lo único que no me parece correcto es que ni siquiera atienda a nuestras llamadas, porque no han sido solo una, sino varias, ahora mismo no sabemos si está bien o no.

—Seguro que sí, además, debe estar con Kellin, estos dos no paran en casa cuando están juntos, acostúmbrate niña.

¿Qué me acostumbre? ¿Perdona? Miro a Roxanne, durante unos segundos siento rabia hacia ella. ¿Quién demonios se cree para decirme qué debo o no hacer? Y mucho menos respecto a Collins. A ver, él puede hacer lo que quiera, pero no estaría nada mal que diera señales de vida, aunque sea para saber que sigue sano y salvo.

Tras la cena y aún con mi enfado latente, ayudo a recoger lo que hemos utilizado, cojo a Turrón y subo a la buhardilla. John aún no ha vuelto y eso hace que me moleste aún más. Pero bueno, él sabrá, ¿no? Dejo a Turrón encima de la cama, me pongo el pijama, y tapo la ventana para que por la mañana no entre el sol. Me meto en la cama, intentando no tirar al pequeño, me pongo de lado, se mueve un poco pegando su diminuto cuerpo a mi vientre, y suspira. Acaricio su cabecita, cierra los ojos, el pobre está tan cansado que apenas tarda unos segundos en quedarse dormido como un tronco. Parece un peluche, seguro que si lo pusiera en una cama llena de muñecos, pasaría desapercibido. Miro el móvil, ni una sola llamada, ni un mensaje, ¡nada! Resoplo enfadada, a saber dónde y con quién está ese.

Un rato después me despierto, se me había olvidado parar la lámpara. Escucho como alguien sube las primeras escaleras, entra en el baño y al salir empieza a subir las que vienen hacia la habitación. Giro un poco la cabeza, intentando que no se dé

cuenta de que estoy despierta. Collins va hacia el escritorio, se quita la gabardina y los zapatos, se deshace de la ropa, dejándola en la silla del escritorio, se pone el pantalón del pijama y se mete en la cama, pegando su pecho a mi espalda, me acaricia el pelo, besa mi cuello y ronronea.

—Nena... —murmura.

Un notable olor a vodka me llega al escucharle hablar.

—Has bebido —digo tajante.

—Solo un poco —me explica.

Sigue besándome el cuello, con delicadeza. Le deseo, pero ahora no es el momento, me entristece que se haya comportado así. Nunca antes le había visto así, bebido, nunca había llegado a este punto. Una lágrima recorre mi mejilla. No se separa de mí, por lo que soy yo quién le aparta.

—Nena, ¿qué haces? Tengo ganas de ti —susurra.

—Déjame, John, estando así no quiero que me toques.

—¿Por qué?

—Déjame, John —repito.

Acaricia mis hombros, cuela una de sus manos bajo mi camiseta, me coge por la cintura y se arrima un poco más.

—Lund, ha insistido —se excusa.

—Me voy al sofá.

—No, quédate, ya me voy yo —refunfuña.

—Sí, mejor —respondo seria.

Sale de la cama, coge una manta bastante gruesa, me mira una última vez y desaparece en la oscuridad de la habitación. Suspiro, otra lágrima sigue el rastro que ha dejado la anterior sobre mi piel y acaba muriendo en la fila tela que cubre la almohada. ¿Por qué puñetas tiene que ser tan cabezón? Hay momentos en los que me saca de quicio y consigue que le odie. Doy un golpe en el colchón, enfadada. El pequeño emite un leve quejido, estira las patas y me busca con la mirada. Le acaricio, le pego a mí y cierro los ojos.

Remuevo el café que Rosa me ha preparado, miro la taza, es blanca con los bigotes y la boca de un gato dibujados en ella. Bajo la vista a las rebanadas de pan tostadas que hay en mi plato, no la aparto de ellas. Son las diez y media, y Collins aún no se ha levantado. Cuando he abierto los ojos esta mañana estaba ahí, en la cama, hecho un ovillo, sin apenas manta con la que taparse. Le he echado por encima la que había en la cama, me he vuelto en la que se llevó él anoche y he bajado al salón con Turrón, hasta que han aparecido el resto. Unto de mantequilla una de las rebanadas, le doy un mordisco y miro a Rosa.

—Ten paciencia, niña, John es un buen hombre pero es como su padre.

—Un cabezón.

—Sí, pero sé que tú podrás acabar de meterlo en vereda.

—Eso espero... —murmuro tras darle un sorbo al café.

Creo que nunca antes le había visto comportarse así, siempre ha ido muy a su aire, pero jamás se había despreocupado de todo y la verdad es que me pone de los nervios.

—Kellin no es muy buena influencia, ¿no?

—Bueno... —susurra— depende de la situación... Han estado juntos desde pequeños, y hace mucho que no se veían, entiéndele tú también.

—Sí, si yo le entiendo, pero me da rabia que no envíe ni tan solo un *WhatsApp*.

—Ya... Por eso se va a enterar.

Laura entra en la cocina, nos da un beso a cada una en las mejillas, coge una taza y se sirve café.

—¿Quedan galletas?

Rosa asiente, abre uno de los armarios que hay sobre el fregadero, saca un paquete de galletas a medio acabar y se lo da.

—¿Ha vuelto ya J.D?

A saber qué estuvo haciendo, solo de pensar en que alguna guarrilla podría haber estado insinuándosele me pongo enferma.

—Sí, volvió anoche antes de que me quedara completamente dormida.

Escuchamos como alguien baja las escaleras, los pasos se vuelven más nítidos, tanto que es entonces cuando vemos aparecer a Collins bajo el marco de la puerta. No se ha cambiado de ropa, sigue llevando el pantalón del pijama azul marino y una sudadera a medio abrochar. Tiene el pelo revuelto, y unas notables ojeras se dibujan bajo sus ojos. Rosa se acerca a él, en el momento en el que va a darle un beso, su madre, tal y como había dicho le da un collejón.

—Joder —dice entre dientes— ¿a qué viene esto? —Gruñe.

—¿Tú te crees que puedes largarte sin decir nada, no dar señales de vida y aparecer como si no hubiera ocurrido? ¿Es que no te he enseñado bien, John Daniel Collins?

—No creo que sea para tanto.

—Sí es para tanto —contesta.

Laura y yo permanecemos calladas, observando la escena. No pensaba que fuese a ponerse así, pero la verdad es que se lo tiene merecido, ¿y quién mejor que ella para decírselo? Collins nos mira, incrédulo, a sus treinta y dos años aún tienen que echarle la bronca.

—¿No vais a decirle nada?

—¿Nosotras? —decimos las dos a la vez—. No —contestamos.

—Ya os vale...

—¿Por qué, J.D? ¿Por habernos preocupado? ¿Por haberte llamado? Si te hubieras dignado a mirar el teléfono sabrías que tuvimos que llevar de urgencias a Turrón al veterinario.

—¿A Turrón?

—Sí, el cachorro se llama Turrón, si hubieras estado también lo sabrías.

Resoplo, sin decir nada más termino mi desayuno y subo a la habitación, para hacer la cama y recoger lo que aún hay por medio, que no es poco. Doblo la manta que había bajado, la guardo en el armario y cojo mis cosas para ducharme. Por suerte, Collins tiene su propio baño y no tenemos que compartirlo con nadie. Me quito la ropa, entonces me doy cuenta de que me he dejado el neceser fuera, vaya cabeza... Me envuelvo en una de las toallas que ha dejado Rosa para que las utilicemos, salgo a la habitación y me lo llevo. Si comparas el baño con el resto de la habitación es muy pequeño, está separado del resto por una pared de cristal hecha a partir de ladrillos de vidrio. El suelo es todo de *parquet*, igual que el resto de la buhardilla, frente a la entrada hay una enorme ventana que da al patio trasero, entra muchísima luz, junto a esta está puesta la bañera, es grande, más que la que tenemos en su casa, ocupa prácticamente un tercio de lo que es el baño. Los muebles están hechos a partir de piedra blanca, me encanta el gusto que tiene Rosa para decorar la casa. Dejo la toalla que había usado para salir encima del lavabo y me meto en la bañera. Oigo como las escaleras se cierran, Collins aparece, me mira arrepentido, hace una mueca de tristeza, parece Turrón cuando llora.

—Ven, anda —le digo con una media sonrisa.

Mientras sigo empapándome de agua, se quita la ropa, se mete en la bañera, conmigo, me agarra por la cintura, para que me quede pegada él. Aparta el pelo que había sobre mi hombro derecho, y lo besuquea, a la vez que acaricia mi vientre.

—Lo siento —susurra.

Niego con la cabeza, ahora no sirve de nada lamentarse. Cuela una de sus grandes manos entre mis pierna a la vez que sube la otra hacia mis pechos, los masajea cuidadosamente.

—Lo siento —repite contra mi oído.

—No lo suficiente.

Me doy la vuelta, necesito besar sus labios, sentir que realmente está arrepentido por lo que ha hecho. El agua no deja de correr, empapándonos de arriba a abajo. El vapor empieza a caldear el ambiente, aún más si cabe, incluso llega a empañar la mampara de cristal. Le beso con insistencia, no puedo enfadarme con él.

—Cuando no estoy contigo siento que me falta el aire —murmura contra mi boca.

—Pues aquí me tienes —contesto perdida por el fuerte deseo que siento por este hombre, mi hombre.

Recorro su cuerpo con mis manos, desde su espalda, a su pecho, a su abdomen... Hasta que llego a su sexo, bajo la vista y al alzarla me encuentro con la suya. Noto como mis mejillas se encienden. Mi entrepierna arde a causa del contacto de sus manos en mi piel. Le beso, necesitada de su amor, perdida con cada una de sus caricias, en cada uno de sus juegos. Rodeo su cuello con mis brazos, por lo que me coge haciendo que le envuelva con las piernas, y lentamente, con cuidado, acaba entrando en mí.

Hacemos el amor, perdiéndonos el uno en el otro como si fuera nuestra primera

vez. Tras eso me enjabona, como si fuera una muñeca, mimando mi cuerpo. Incluso me seca y me embadurna con crema de la que suelo utilizar, con olor a vainilla.

—Adoro como hueles —dice acercando peligrosamente su rostro a mi cuello— así estás para hincarte el diente —ronronea colando un par de dedos entre la toalla y mi piel.

—John... —susurro sintiendo que las piernas empiezan a fallarme.

—¿Qué, gatita?

—¿Es que no tenemos nada que hacer?

—¿Qué quieres que hagamos? Haremos lo que tú quieras —pregunta seductor.

Turrón se choca contra los pies de Collins antes de que pueda contestarle. Se agacha, lo coge en brazos y le da un besito en su pequeña cabeza.

—¿Le das un beso a mami? —Le pregunta con dulzura.

Turrón me mira, como si le entendiera. Le acerca a mí y me da un lametón en la nariz, vaya dos se han juntado. Algo me dice que estos van a acabar siendo mi perdición.

—He pensado que podríamos ir a ver Cardiff, ¿qué te parece?

—Perfecto —digo con una sonrisa.

—Genial.

Con el cachorro aún en brazos, sale del baño, con solo una toalla rodeándole la cintura. Veo cómo se sienta en la cama, le deja a su lado y le mira. Segundos después se levanta, sin tocarlo, y va a por ropa. Coge una camiseta negra, que se queda completamente ajustada a ese cuerpo de escándalo que tiene, suerte que no está muy fuerte sino... ¡Ains! Me gusta tal y como está. No puedo apartar la mirada de él mientras se viste, me encanta. Se pone unos calzoncillos negros, con un dibujo de un esmoquin con un lacito rojo. Me muerdo el labio inferior, algún día perderé la cabeza. Se pone unos vaqueros, coge el móvil y a Turrón y se hace una fotografía. Cuando se da cuenta de que aún le observo, me sonrío, y viene a enseñarme la foto. El cachorro parece un peluchito, sale con los ojos cerrados, son adorables.

Capítulo 15

Me duele todo, pero sobre todo la cabeza, cada dos por tres un fuerte pinchazo la atraviesa, pero intento disimularlo para que ella no se dé cuenta. Ya está lo suficientemente molesta por que anoche saliera con Lund como para decirle que me da la sensación de que me va a estallar el tarro. Miro al pequeño cachorro, le ha llamado Turrón, aun siendo blanco. Le acaricio y le envío a Laura la foto que nos acabamos de hacer mientras esperamos a que Natalia termine de vestirse. Iremos a los sitios más especiales de Cardiff, conociéndola, le encantarán.

—Voy a la cocina a por agua, te espero allí.

—¿Y Turrón?

—Está aquí tumbado.

Asoma la cabeza tras el cristal del baño, mira al perro y asiente. No hace mucho desde que se conocieron, pero ya lo trata como si fuera su bebé. Le encantan los animales, sobre todo los perros, sabía que cuando le viera acabaría enamorándose de él casi tanto como yo.

—Ahora bajo.

Ahora, ahora no, y en cinco minutos tampoco, pero bueno, tal vez en diez sí que haya terminado de arreglarse, quién sabe.

—Vale.

Bajo a la cocina, lleno un vaso con agua y voy al salón, donde están mis padres viendo la televisión.

—¿Vais a salir? —pregunta mi madre.

—Sí, quiero llevar a Nati a algunos sitios, me gustaría que conociera Cardiff, aunque solo sea un poco.

—Muy bien, ¿vendréis a comer?

—Sí, no creo que tardemos mucho, tampoco quiero aturullarla.

—Muy bien, hijo.

Mi padre me observa desde la butaca, alza la vista del periódico que está leyendo, hace una mueca con la boca y sigue a lo suyo. Me siento a esperar a Natalia en la salita, frente al ventanal que da al patio exterior. El día se ha vuelto gris, los rayos del sol apenas pueden traspasar las nubes que cubren el cielo. Dios, tendría que tomarme algo, sino no seré capaz de aguantar todo el rato.

Salimos de casa media hora después, Natalia no quería que nos fuésemos sin dejarlo todo perfecto para Turrón, y eso que iban a estar mis padres durante todo el día. Le es imposible no preocuparse por el pequeño. Cuando vamos a coger el coche, los cables se me cruzan, iremos caminando. Espero que aguante el camino de ida y vuelta, le gustará.

—¿A dónde vamos? —pregunta curiosa.

—Ya lo verás.

—Por ahí hay mucho árbol, ¿eh? —dice cuando pasamos a la calle de detrás de donde se encuentra mi casa—. Qué calle más fea —murmura.

Me paso la mano por la cara, y niego, más sincera no puede ser. La agarro, para que sigamos andando y no perdamos el ritmo, sino no llegaremos para la hora de comer y mamá nos llamará quinientas veces.

—¿Qué hay detrás del muro?

—Está el *Swalec Stadium*, se juega a *cricket*.

—Ajá... Nunca había visto —hace un gesto de comillas cuando dice visto, y prosigue— un estadio en que el que se jugara a *cricket*, bueno en realidad nunca he visto a nadie jugar a *cricket*.

—Ya iremos un día, o lo vemos por la televisión, aquí suelen hacerlo.

—Perfecto —asiente, con una sonrisa en los labios—. ¿Cuánto tiempo más estaremos aquí?

—Pues... Tres días más, el miércoles nos marcharemos, tenemos el vuelo a las siete de la tarde, Laura nos llevará al aeropuerto.

Durante un momento me quedo pensando en si realmente lo he dicho bien, el primer día que llegamos Nati no se encontraba bien, por lo que no hicimos nada, luego estuvimos dos días en Londres, hasta ayer, y hoy es el cuarto día... Kellin aún no se cree que vaya a casarme, después de tanto tiempo diciendo que jamás lo haría, conozco a esta mujer, que me vuelve loco por completo y, ¡ZAS! Boda. Ansío que llegue el momento en el que el cura me diga: *John, puedes besar a la novia*. Dios... ¡La necesito a mi lado siempre!

—¿Aquí es donde te criaste?

—Sí —contesto— entre aquí y Radyr, a las afueras, donde vive Roxanne.

—¿Y tu abuelo?

—Mi abuelo —digo imitando el gesto de las comillas que había hecho ella antes — Joseph y ella se separaron hace unos años, no se aguantan, casi no se pueden ni ver.

—Vaya —susurra.

Asiento, cojo una de sus manos, acaricio el anillo de compromiso y sonrío. No puedo dejar de pensar en ello, no creo que pueda esperar mucho para que llegue el día en el que sea completamente mía. Puede sonar egoísta, pero no puedo evitarlo, esto que siento es tan fuerte... Al principio no era más que un juego, un capricho, me había echado un vaso de agua por encima, rechazado e incluso insultado. No iba a dejar las cosas así, no me iba a rendir por nada del mundo. La miro de reojo, es tan hermosa, tan única. Paseamos tranquilamente por *Sophia Gardens*, hay mucha gente, sobre todo familias con niños que corretean de un lado a otro tras un balón de fútbol. Hay otros que solo disfrutan de la paz que se respira, sentados sobre el césped a los pies de los altos árboles que habitan el parque. Recuerdo cuando la abuela y yo veníamos a jugar y a pasear a Sophie, su pastor alemán, era preciosa. Al cumplir los

doce años le detectaron un tumor maligno, la pobre no pudo sobrevivir a la operación, pero hasta entonces estuvimos mimándola tanto como pudimos. Roxanne la adoraba, desde aquel momento, Roxanne, no ha sido la misma y mucho menos con el abuelo.

—¿Qué te pasa? —pregunta—, pareces triste, algo serio.

—Solo estaba acordándome de algunas cosas...

—Vaya... —dice en voz baja— pero, ¿estás bien?

Se abraza a mí, sin que dejemos de caminar, paso uno de mis brazos sobre sus hombros, y le doy un beso en la cabeza.

—Sí, pequeña, estoy bien.

—Vale...

Sonríe y ahora es ella quien me coge la mano, la aprieta un poco, anda más rápido y tira de mí. Mira hacia todos lados, maravillada, no deja de sonreír, disfrutando de lo que nos rodea.

—Es como un pequeño bosque en medio de la ciudad.

—Sí, es verdad.

—Me encanta este lugar.

—Pues ya verás más adelante.

Seguimos caminando, atravesamos el río *Taff*, hasta que llegamos a *Blackfriars Friary*, de donde Natalia se prenda nada más verlo, y eso que parecía imposible, todo lo que vemos le gusta.

—Esto es maravilloso, John.

—No tanto como tú, pequeña —digo sintiendo cómo las palabras se escapan de mi boca dando forma la frase que le asombra.

—Vaya... Collins...

Me mira, con una de esas miradas felinas de las suyas, esas que me desarman y me hacen perder el juicio. Paramos justo en el centro del pequeño parque, rodeados de flores de diferentes colores. Nunca voy a dejar de querer a esta mujer, me ha cambiado tanto que ahora no podría vivir sin ella.

—Gracias por todo esto —se pone de puntillas y me besa.

—A ti por pintar mi mundo con hermosos colores.

Cada vez me estoy volviendo más cariñoso, más romántico y sensiblero, Natalia saca toda la ternura que llevo dentro.

—¿Seguimos?

—¿Hay más?

—Claro.

Asiente enérgicamente, contenta de poder ver más cosas. Estaba seguro de que todo lo que viera iba a encantarle, en realidad hay pocas cosas que no le gusten, o que no puedan llegar a gustarle, pero la naturaleza le apasiona.

—¿A dónde vamos a ir ahora? —pregunta curiosa.

—Vamos a ir al castillo de Cardiff.

Hay bastante gente, casi más que cuando estuvimos paseando por Londres. El sol se hace paso entre las nubes, provocando que el dolor de cabeza se me acentúe y sea persistente. Me pongo las gafas de sol y me masajeo la sien, intentando calmar el pinchazo que me taladra la cabeza. Soplo, madre mía... Por suerte, Natalia sigue ensimismada con todo lo que ve. En Barcelona hay sitios preciosos, pero la verdad es que como Cardiff, ninguno. Supongo que al ver vivido aquí durante toda mi infancia y madurez ha hecho que le tenga un especial cariño a este lugar.

—Cuando acabemos podríamos ir a tomar algo, antes de volver a casa.

—Claro, genial —hace una mueca y me mira— pero... Si andamos mucho más mis pies morirán.

—Tranquila, si hace falta te llevo en brazos —con un rápido movimiento la cojo.

Abre los ojos, sorprendida, ríe y me da un golpecillo en el brazo, me besa fugazmente y me saca la lengua.

—Princesita —le beso y le dejo de nuevo en pie.

—Gracias, mi príncipe azul.

Me guiña un ojo, da la vuelta y se encamina hacia *Gorsedd Gardens*, como si supiera hacia donde tiene que ir. La sigo, viendo cómo se contonea, provocándome. Aligero el paso hasta que consigo atraparla.

—No te escapes de mí —le susurro al oído.

Su cuerpo se ve sacudido por un escalofrío, es tanto que por un momento tiembla. Le doy un pequeño mordisco en el cuello, tentándola, solo ella es capaz de incitarme de esta manera.

—Cuando yo quiera dejarme atrapar, lo sabrás —susurra.

—Ya te vale —gruño— me lo pagarás —le advierto.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Eso ya lo veremos, pequeño.

Tras ir a algunos sitios más, incluyendo el castillo de Cardiff, los alrededores del museo nacional de Cardiff, paramos en *Alexandra Gardens*, mi lugar favorito de toda la ciudad, me encanta este sitio, es como estar en casa. Es extraño de explicar, pero, me siento orgulloso de poder disfrutar de algo tan bonito como lo es este parque.

—Vaya... Joder, Collins, si es que parezco tonta, me quedo embobada observando los sitios a los que me llevas.

—No pareces tonta, nena —le digo pasándole la mano por el pelo.

—Es que me encantan estos sitios... Son tan bonitos que me es imposible no asombrarme al verlos.

—Por eso te traigo, porque sabía que te iban a gustar.

—¿Cómo no me iban a gustar? Son maravillosos, hay que estar loco como para no disfrutar de algo tan magnífico como esto.

Nos sentamos en uno de los bancos que rodean el monumento que hicieron en honor a aquellos soldados que perdieron la vida en la primera y la segunda guerra

mundial. Me abraza, y yo a ella. La beso en la coronilla. No hablamos, solo disfrutamos del sol, acurrucados el uno contra el otro. Durante diez minutos permanecemos así, relajados.

—Estoy tan bien aquí...

Asiento, con la vista perdida en la estatua central del monumento y en las flores que se resisten a dejarse llevar por el frío que aún no se ha disipado. Aquellos hombres dieron su vida por proteger a los suyos, y ahora las rosas rojas luchan por que nadie olvide por lo que ellos pelearon.

Antes de volver a casa, nos tomamos un té en el *Pettigrew Tea Rooms*, tras eso cogemos el autobús. Nada más entrar en la casa nos encontramos con que Laura ya está sentada en la mesa, a la espera de que se le sirva la comida. Nos observa mientras nos quitamos los zapatos para cambiarnos de calzado, y dejamos las chaquetas colgadas en el ropero de la entrada.

—Ha vuelto a venir tu querido Kellin Lund.

Miro de reojo a Natalia, quién pone los ojos en blanco, no parece gustarle mucho, aunque aún tendrá que conocerlo.

—Ya le llamaré —le contesto.

El móvil de Natalia empieza a sonar, me doy la vuelta, pero sin decir palabra alguna sube las escaleras hacia nuestra habitación, o por lo menos eso creo.

—¿Qué le pasa? —Me pregunta Laura.

—Nada, está bien.

—¿Tú crees? —Insiste.

—Qué sí, que está bien, lo ha estado durante toda la mañana.

—No le gustará Kellin, o eso parece, ha puesto una cara... Es normal, ¿a quién le gusta Kellin? Solo a esas guarrillas que no dejan de irle detrás.

—Laura... —murmuro en voz baja.

—¡Es verdad!

—¿Qué está pasando? —pregunta nuestra madre, quién aparece bajo el marco de la puerta con una bandeja llena de platos, para colocar en la mesa.

Niego con la cabeza, para que no le dé la importancia que no tiene. Lo más seguro es que solo esté atendiendo a la llamada no creo que tarde en bajar. Laura se pone en pie y va a la cocina para ayudar a nuestra madre a hacer la comida, y preparar la mesa.

—¿Os ayudo?

—No hace falta, hijo —contesta mamá.

—Claro que sí, mueve el culo, hermanito.

Ayudo en lo que puedo, o mejor dicho, en lo que me dejan. Durante diez minutos no hay ni rastro de Nati, lo que en cierto modo me preocupa. Termino de colocarlo todo en su sitio, y mientras espero a que se termine de hacer la comida, subo a buscarla.

—¿Estás bien? —Le pregunto al verla sentada en la cama.

Se pasa las manos por la cara, exhausta, suspira, se levanta y asiente un par de veces, aunque no parece muy convencida.

—¿De verdad?

—S... Sí —titubea.

Me acerco a donde se encuentra, aparto el cabello que le caía por la cara, y coloco algunos mechones tras sus orejas. Le doy un dulce y casto beso en la frente y acaricio su espalda con cariño.

—Estoy bien —repite— tranquilo.

—De acuerdo, ¿vamos a comer?

Asiente y sonrío, pero la verdad es que no termino de creérmelo, algo me dice que está preocupada. Lo que no entiendo es por qué no quiere contarme que es lo que se le pasa por esa cabecita que tiene, sé que hay algo que no me está contando y eso me molesta, sobre todo porque ella lo pasa mal.

—¿Quién te ha llamado?

—Lucia, hacía unos días que no hablaba con ella, esta mañana me envió un mensaje para decirme que me llamaría a esta hora... —me explica.

—Ah... ¿Cómo está?

—Bien, está bien —dice en voz baja— me ha preguntado por la boda.

—¿Por la boda?

Lucia ha tenido que abrir la boca... Ya podría haberse callado o haberse hecho la sorprendida, no creo que cueste mucho. Inspiro y expiro, ¿qué voy a hacer con estas dos?

—Sí, John, sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Nati, tenía que hablar con ella, es como tu hermana, te conoce más que yo, necesitaba saber qué opinaba al respecto —me excuso.

—No me importa que habléis, pero me hubiera gustado saber que le habías consultado.

Hago una mueca con los labios, tal vez tenga razón, pero ese es un detalle sin importancia, ¿qué más da si hemos hablado o no? Frunce el ceño para hacerme ver lo molesta que está, cruza los brazos bajo sus pechos y clava su vista en la mía.

—¿Y qué quieres que te diga? —espeto.

—Pues no sé, ¡algo!

Alza la voz, lo que significa que está aún más alterada de lo que parecía. Una vez más está haciendo una montaña de un grano de arena.

—Da igual —murmuro.

—¡Claro que no da igual!

—Natalia, ya está, cielo, tal vez sí que debería habértelo comentado —me rindo—. ¿Contenta?

—No, no estoy contenta.

Sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas, y lo peor es que no comprendo por qué. Escuchamos como alguien sube las escaleras, Natalia se da la vuelta, y se seca las

lágrimas.

—¿Chicos? —dice Laura—. ¿Bajáis? Os estamos esperando.

—Sí... —Cuando iba a responder Nati me corta.

—Ahora mismo bajamos, un minuto —se encamina hacia las escaleras, pero antes de empezar a descender, gira ligeramente la cabeza— esto no se queda así.

—Ya veremos.

Durante un buen rato ninguno dice nada, se nota en el ambiente que está tenso, pero no puede ser que siempre tenga que tener la razón, debería aprender que no siempre estamos en lo cierto.

Remuevo el caldo de verduras que ha preparado mi madre como primer plato, está deliciosa, es la mejor haciéndola. De segundo ha preparado un plato típico catalán que le encanta a mi padre, fricandó, que está hecho a base de carne de ternera, setas, cebolla, vino blanco y tomate. Es una artista en la cocina, todo lo que hace está muy bueno. Natalia se come un trozo y pone mala cara, se lleva la mano a la boca y se pone en pie tan rápido como puede.

—¿Qué te ocurre? —Le pregunto preocupado, siguiéndola.

La ayudo a subir las escaleras, llevándola en brazos. Me hace una señal para que vaya al baño. Levanta la tapa del váter y se arrodilla frente a él. ¡Mierda, va a vomitar! Me pongo detrás de ella, sujetándole el pelo e intentando que no se caiga. Coge aire por la nariz, lo suelta por la boca, y repite, bajo mi atenta mirada.

—¿Estás mejor?

Dice que no con la cabeza, y acto seguido lo echa todo al váter. Ahora soy yo quién coge aire, haciendo lo imposible por guardar la compostura y no dejarla sola.

—Ya está, cielo.

Le hago una trenza con el pelo, y cojo el vaso que hay junto al lavabo, lo lleno de agua y se lo doy para que se enjuague la boca. Empapo una toalla pequeña de las de Laura y le limpio los labios.

—¿Ahora sí?

—No me encuentro bien...

—Ya lo veo ya —le ayudo a sentarse en el váter y me pongo en cuclillas delante—. ¿Te llevo a la cama y te preparo algo para calmar esas ganas de vomitar? Puede que hayas cogido un virus, si mañana sigues así o peor, iremos al médico, ¿vale?

—Tal vez me haya sentado mal alguna cosa —dice casi sin fuerza.

—¿Vamos, entonces?

Asiente poco a poco, la cojo en brazos para que no se maree y la subo a la habitación. Aparto las mantas con cuidado, mientras se pone el pijama.

—Voy a por un poco de agua, un barreño, y a preguntarle a mi madre qué podemos darte.

—Vale.

Se mete en la cama, cojo su ropa y la pongo para lavar por si de caso.

—Collins —me llama, antes de que empiece a bajar— gracias.

—De nada pequeña, para lo bueno y para lo malo.

Bajo al comedor, para explicarles que es lo que ha pasado y así no se preocupen. Aunque en realidad, conociendo a mamá y a Laura, se iban a preocupar igualmente.

—Toma —dice tendiéndome un barreño de color rojo— ahora le preparo una manzanilla.

—Tal vez sería mejor que le hicieras un té verde, para las náuseas —irrumpe Laura.

—Hacedle lo que queráis, en cinco minutos bajo, voy a llevarle esto.

Cojo una botella de agua, y la palangana que me ha dado mamá, subo a cuidar de mi pequeña. Sé que ella haría lo mismo por mí o incluso más.

—¿Cómo te encuentras?

Le da un sorbo al agua y cierra la botella. Alza los hombros, sigue igual. Turrón empieza a llorar porque no llega a subir a la cama, así que, lo cojo y lo pongo entre los dos, aunque acaba acurrucándose contra el vientre de Natalia.

—Te haremos compañía, tranquila, no te dejaremos sola —le prometo— ¿verdad?

El pequeño alza su cabecita y me mira, atento, como si lo hubiera entendido todo.

—Dice que sí.

—¿Hablas con él por telepatía?

—Claro, es muy bebé como para saber hablar, pero ya aprenderá.

Mi dulce locura ríe, y tan solo con verla así ya me doy por satisfecho, ¿qué haría yo sin esta maravillosa mujer a mi lado?

—Lamento lo que ha pasado antes... —se disculpa en voz baja.

—No pasa nada, cielo.

—Claro que sí, yo...

Empieza a hacer pucheros como un niño pequeño que está a punto de echarse a llorar. Le acaricio las mejillas, y le beso en la frente, probando a calmar el desasosiego que siente, pobrecilla.

—Ya está nena, de verdad, a mí no me importa —me sincero— solo quiero que te pongas bien.

—Gracias por cuidarme y preocuparte.

—Lo hago porque te quiero, Nati, no tienes nada que agradecerme.

—Igualmente, siento la necesidad de hacerlo.

Me tumbo a su lado por fuera de las mantas, la tapo bien, no quiero que coja frío. Se apoya en mí, para escuchar los latidos de mi corazón, que la mayoría de las veces que anda cerca se vuelve loco y late con una rapidez extrema.

—Eres un cabezota.

—Igual que tú.

—Que va... Yo no lo soy tanto, a ti tendrían que darte el premio al cabezón del año.

—¿Insinúas que tengo la cabeza grande? —pregunto alzando una ceja.

—No, no... ¡Claro que no! Solo es que...

—Ya, ya —le interrumpo.

—Eres muy terco.

—Habló.

Frunce el ceño, me mira con los ojos entrecerrados, y hace una mueca. Vuelve a apoyarse contra mi pecho, y cierra los ojos, por lo que se queda casi dormida.

—John, hijo —me llama mamá cuando va a empezar a subir las escaleras.

—¿Qué, mamá?

—Que voy.

Niego con la cabeza, pobrecilla, ya sé que viene, la estoy escuchando, pero aun así prefiere avisar, para no ver nada fuera de lo normal.

—Vale.

Muevo un poco a Natalia, la zarandeo ligeramente, para que se despierte, lo más seguro es que le esté subiendo la infusión que le ha preparado.

—¿Cómo te encuentras, hija? —pregunta con dulzura.

—Algo mejor, Rosa —responde adormilada.

—Me alegro —se acerca a la cama, se sienta a los pies de esta y le tiende la infusión—. Te he preparado un té, espero que te guste, ya verás que te sentará la mar de bien.

—Rosa, discúlpame por haberme marchado así, estaba todo muy bueno, pero creo que he comido algo esta mañana que no me ha sentado bien, no podía aguantarme...

—No pasa nada, cariño —le dice sonriente.

—Muchas gracias.

—De nada, hija, si necesitas cualquier cosa no dudes en pedírmelo —se pone en pie, sujetando la bandeja en la que traía la infusión—, os dejo tranquilos.

Nos besa a ambos en las mejillas, y se marcha por donde ha venido, tan alegre como siempre.

—Ahora a descansar.

Capítulo 16

Maldita la hora en la que me puse mala, creo que desde entonces habré perdido peso y todo. Bff... Suerte que estoy algo mejor. Mañana volvemos a Barcelona y esta noche Roxanne ha organizado una cena familiar en su casa, irá todo el mundo, tíos, primos, hermanos, parejas e incluso amigos. Me temo que Max y, como no, Kellin Lund estarán entre los asistentes a la cena. No tengo ninguna gana de tener que ver al malcriado de Lund. Aun no le conozco, y la verdad es que no me importaría volverme a Barcelona, por lo que me ha contado Laura, no es ninguna joya de muchacho.

—¿Cómo te encuentras? —Me pregunta sentándose en la cama.

—Bien, apenas siento las náuseas, el té verde me alivia, aunque me cuesta comer, todo me repugna.

—Es normal, hermanita, si no te encuentras bien no te fuerces —responde con una sonrisa— si quieres vamos un rato y luego nos volvemos.

—Me sabría mal por Roxanne.

—Nat, si te encuentras mal, no te preocupes por eso.

La miro de arriba a abajo, y levanto una de mis cejas. Después de tanto tiempo ya la conozco como la palma de mi mano.

—Tú lo que quieres es tener una excusa para poder irte.

—Quiero mucho a mi familia, pero no tengo ganas de tener que aguantar a Kellin y a su enorme ego.

—¿Tan repelente es?

—O más.

Suspira, se deja caer hacia atrás en la cama, quedando completamente tumbada, cierra los ojos y se toca el vientre. Me mira haciendo una mueca, vaya noche nos espera, suerte que nos tenemos la una a la otra.

—Y... ¿Qué te vas a poner?

—Unos tejanos.

—¿Unos simples vaqueros? ¿En serio?

—Sí, ¿por qué?

Ahora es ella quien me mira incrédula, ¿qué pasa? Ni que fuera a ir desnuda, tampoco quiero arreglarme, no tengo ganas, aunque conociéndola no creo que me deje ir con los vaqueros.

—Esta tarde nos vamos de compras —espeta volviéndose a sentar— no vas a ir con unos simples vaqueros a la cena más importante de tu vida.

¿A la cena más importante de mi vida? Puede quedar cursi, pero no creo que esta sea la noche más importante de mi vida, esa fue la noche en la que Collins me pidió matrimonio. Vaya locura...

—Laura —dice Collins— te llama mamá.

—¿Para qué?

—Baja.

Pone los ojos en blanco, resopla y se levanta. Antes de bajar, se gira y me lanza un beso, el cual recibo gustosa.

—Nos vemos luego.

Le digo adiós con la mano, y escucho como baja, segundos después es Collins quien aparece por las escaleras. Va vestido con unos vaqueros oscuros algo desgastados en las rodillas y bolsillos, para la parte de arriba lleva una camisa azul marino remetida por dentro del pantalón y con una chaqueta de punto, del mismo color solo que algo más clara. ¡Qué guapo va! Bueno, él siempre está guapo y apetecible.

—Sí que te has puesto guapo, ¿no?

Se mira de arriba abajo, y luego desvía la vista hacia mí. Me levanto de la silla del escritorio, me relamo. Es tan hermoso, sus carnosos labios me vuelven loca, sus ojos verdes me derriten y nada más verle mi corazón se vuelve loco. Es como si el tiempo no hubiera pasado, como si volviéramos a vernos por primera vez.

—Tú estás preciosa vayas como vayas.

—No, en pijama no —digo estirando la camiseta de este.

—Incluso en pijama.

Se acerca a mí, pone sus grandes manos en mis hombros, y me acerca a él, hasta que me abraza con fuerza y me da un dulce beso en la coronilla, como suele hacer.

—Kellin ha insistido en que vayamos a ver un partido de fútbol, juega Gales.

—Ah, vaya...

No me hace ninguna gracia que vaya con ese chaval, la primera vez que se ven nada más llegar y me lo rapta, devolviéndomelo borracho. Cojo aire, niego con la cabeza, y me separo de él. Voy hacia el armario, para ver qué me voy a poner esta noche, o para que por lo menos lo parezca.

—Volveré después de comer, tranquila.

—Ya... Pues más te vale cogerme el teléfono si te llamo o por lo menos enviarme un simple *WhatsApp*, da señales de vida.

—Sí, no te dejaré en vilo, pequeña.

Ahora es él quien vuelve a aproximarse a mí, pongo mi mano sobre su paquete y lo agarro ejerciendo algo de presión.

—Hazlo y te arrepentirás.

Asiente rápidamente varias veces, nervioso. Con la mirada me pide que le suelte y lo hago solo porque soy buena, otra no le habría hecho ni caso.

—Si ocurre cualquier cosa, llámame, estaré aquí en cinco minutos.

—De acuerdo.

Cuando voy a seguir mirando la ropa del armario, consigo cogerme la mano y tira de ella hasta que estamos frente a frente. Posa una de sus manos en mi mejilla y

me besa con delicadeza.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Bajamos al salón, donde está Rosa, haciendo punto sentada en el sofá con la televisión encendida. No hay ni rastro de John padre, lo más seguro es que esté con Harry, su mejor amigo y socio.

—¿Qué estás haciendo?

—Un abriguito para Turrón —dice ilusionada.

—Vaya... Seguro que quedará genial y Turrón estará súper calentito.

—Seguro que sí —añade Collins.

Me siento a su lado y observo cómo va tejiendo la pequeña ropa para el cachorro, no será muy grande ya que tiene un cuerpecillo minúsculo.

—Oye, mamá —dice mi hombre— no estaré para la comida.

—¿Y eso por qué? ¿Cuándo tenías pensado decírmelo? —Le pregunta algo molesta—. ¡Ya tengo el pollo en el horno! Contaba contigo para comer.

Hace una mueca de tristeza, y le mira. La pobre ya lo tiene preparado, ya podría haberle avisado esta mañana en cuanto le ha dicho Lund de quedar.

—Lo siento.

—Qué se lo coma para la merienda —digo dándole un golpecito con el codo.

Rosa ríe, me alegra poder divertirla, y que aunque esté un poco triste o enfadada llegue a sacarle una sonrisa.

—Anda, ve con Kellin, y ya sabes —levanta la mano y la mueve—, coge el teléfono.

—Señora, sí, señora.

—De señora nada, niño.

Le saca la lengua, le da un beso en la frente y a mi otro en los labios, por lo que no puedo evitar sonreír.

—No me eches mucho de menos, dulzura.

Me guiña un ojo y antes de que se aleje le doy una palmada en el culo, ¡y qué culo! ¡Madre mía!

—Ya te gustaría, nene.

Sin decir nada más, pero con una sonrisa en los labios, desaparece.

—Sois adorables —murmura Rosa.

—Que va...

—Y tanto que lo sois, me alegra mucho de que sigáis juntos a pesar de todo y después de tanto tiempo —su voz va quebrándose, emocionada—, gracias por hacer feliz a mi niño.

—Él también me hace muy feliz, si no fuera por él...

—Fue difícil al principio.

—No sabes cuánto...

—Y tanto que lo sé, no sabes tú cuantas veces me ha llamado John llorando

desconsolado.

—¿Por qué?

—Por ti, Natalia, ¿por qué va a ser? Te veía sufrir, esas pesadillas que te atormentaban, la ansiedad... Aquello le destrozaba, pero también le hacía más fuerte, y más ganas tenía de luchar por ti.

Hace una pausa, deja el pequeño jersey sobre la mesilla de café, y se gira hacia mí, tomando mis manos entre las suyas.

—Sé que no ha sido fácil, pero aun así habéis sabido avanzar, pese a todas las adversidades, por eso sé que lo vuestro es amor puro, Natalia. Lo sé... Lo siento aquí —dice poniéndose una mano sobre el corazón.

—Otros no hubieran aguantado ni la mitad —espeto en voz baja.

Sus ojos se llenan de lágrimas, puedo ver en ellos cómo lucha porque ninguna de ellas salga, pero, no lo consigue ya que una se le escapa.

—Aún recuerdo cuando le vi en aquella habitación de hospital, tenía el rostro magullado, uno de sus bonitos ojos morado, y no respondía a nada de lo que ocurría a su alrededor... —La voz se le convierte en un fino hilo que acaba por desvanecerse—, he soñado tantas veces con aquel accidente... Y lo peor de todo es que en ninguna de ellas John sobrevivía... —Un hipido se escapa de su interior lo que desencadena en un desgarrador llanto—, es tan joven... No podía morir... Pero estuvo a punto de hacerlo, igual que Laura con su cáncer... Y gracias a dios, volvieron a la vida.

—Ya está, Rosa —le paso la mano por los hombros— sobrevivió, igual que lo hizo Laura, han luchado por sus vidas y eso es lo que cuenta, le tenemos vivito y coleando, haciendo que nos preocupemos.

—Este John... No tiene remedio.

—¿Por qué le llamasteis John Daniel?

—Pues... John por su padre, es un cabezón, quería que se llamara como él, quería poder decir orgulloso que su hijo llevaba su mismo nombre —me explica con una fugaz sonrisa— y Daniel, por mi abuelo, el único hombre, junto a mis Johns, que ha sido capaz de hacerme feliz y quien me dio una de las personas más importantes de mi vida, mi madre.

—Eso es muy bonito.

—Gracias.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—Ya verás que algún día podrás decirlo.

—Bueno... Yo solo espero que si algún día tenemos hijos, puedan decirlo de su padre y de mí.

—Oh... ¡Seguro que sí! —exclama— me encantaría que me dierais nietos, sería tan feliz... —dice ilusionada.

¿Para qué digo nada de niños? Debería de haberme callado, ahora no puedo tener hijos, por dios... Soy demasiado joven para tener un hijo en este momento, ya me parece una locura el ir a casarme a mi edad, solo de pensar en niños se me revuelve el

estómago. Sería un completo caos, además no sé si estaría en condiciones físicas y psicológicas como para aguantar todo lo que puede conllevar un embarazo y un parto.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho algo que te haya sentado mal? —pregunta preocupada.

—No, claro que no, no es nada, solo es que aún no me veo con un pequeño John entre mis brazos.

—O una pequeña Natalia.

—Aún no estoy preparada.

—Ya lo estarás, reina, no te preocupes, ya encontraréis el momento.

Suspiro, eso espero, aunque tampoco sé si Collins estaría dispuesto o le gustaría tener niños. Madre mía, ¿pero qué hago pensando en esto? Debería dejarme de tonterías y centrarme en la boda, que ya es mucho.

—Esta noche vamos a pasarlo en grande —dice volviendo a tejer.

—Sí, seguro que sí.

Qué vergüenza... Algo me dice que me voy a pasar más de la mitad de la noche conociendo a toda la familia de Collins. No tengo muchas ganas de ir, suerte que Laura estará conmigo, sino creo que habría acabado dándome un flus de los míos.

Después de comer, dejamos a Rosa tumbada en el sofá, descansando, y a su lado John padre, haciendo crucigramas. Collins llega cinco minutos antes de que nos marchemos de compras. Se queda en el recibidor, sin apenas moverse.

—¿A dónde vais? —pregunta curioso.

Nos mira a ambas desde donde se encuentra. Me pongo mi súper bufanda, cojo la chaqueta y la dejo sobre una de las butacas que hay en la salita. Cojo mis botines negros, meto las zapatillas en su sitio, y me siento para poder ponérmelos bien.

—A comprar —le dice Laura escuetamente.

—¿Puedo ir con vosotras?

—No —contesto sacándole la lengua.

—¿Por qué? —pregunta triste como un cachorrillo.

Silva para llamar a Turrón, quien aun siendo muy pequeño acude a la llamada y viene corriendo por el pasillo, hasta que se topa con los pies de Collins, este lo coge en brazos y le da un beso en la cabecita.

—¿Podemos ir? Por favor...

—No, tú te quedas en casa con el peque.

—Jo... —dice desanimado.

—Es lo que hay, guapete, tú te vas por la mañana y ahora nos toca a nosotras.

Me pongo la chaqueta, Laura se cierra la suya, así que, le doy un beso a Collins en los labios y le guiño un ojo como ha hecho él antes.

—Nos vemos luego, guapo.

Le lanzo un beso desde la puerta, lo coge y se lo lleva a la mejilla. Salimos de la casa y nos metemos en el coche.

—¿A dónde vamos?

—Iremos a *Queens Arcade*, y a *The Capitol Shopping Centre*, se puede ir andando de uno a otro, así que, están cerca.

Asiento, aunque realmente no tengo ni idea de si están cerca o no, pero si ella lo dice será que es verdad. Espero encontrar algo que me quede bien, últimamente tengo la autoestima por los suelos, todo me molesta, esto de haber estado enferma no me ha sentado nada bien.

—¿Has pensado en qué quieres ponerte?

—Has dicho que vaqueros no...

—¿Falda? ¿Vestido? ¿Mono?

—Bueno, ya veremos, no me estreses, que no estoy muy así...

—¿Muy así? —pregunta confusa.

Asiento, sin decir nada más. Hay algo en mí que no funciona, algo que no va bien, o por lo menos esa es la sensación que tengo y que arrasa con todo lo que hay en mi interior.

—No te entiendo, hermanita —dice mirándome de reojo, intentando no apartar mucho la vista de la carretera.

—Nada, no pasa nada, da igual, no son más que paranoias mías, suele pasarme.

Hace una mueca de tristeza, sabe tan bien como yo que es algo más, que no todo va como debería.

—Venga cuéntamelo.

—No es nada, no me encuentro muy bien, y bueno... —murmuro— es que... No estoy segura de nada, tu madre me ha metido pájaros en la cabeza y me he puesto a pensar y no... No puedo tener hijos con Collins ahora, hasta dentro de unos años nada de nada, no.

Laura deja ir una sonora carcajada que llena todo el Mini, siendo aún más fuerte que la propia música que nos acompaña. Niega con la cabeza, con una sonrisa en la boca, y vuelve a reír.

—Eso lo intenta con todas, Nati, conmigo también lo ha intentado, y lo raro es que Rox no te lo haya dicho también.

¿Comorl? ¿Encima también tendré que aguantarlo de Roxanne? Madre mía... Creo que no sé muy bien dónde me he metido.

—Pues lo siento pero no te voy a hacer tía, por el momento, amo a John, pero más allá no me pidas que vaya.

No debería de haberle dicho nada a Rosa, ahora se estará haciendo ilusiones de que será abuela en un tiempo, y tal vez no lleguemos ni a eso. Suspiro, me paso las manos por la cara y por el pelo.

—No pasa nada, no hagas caso a lo que digan, ellas son así, también lo han intentado con mi prima Alba, y con Marcos, son mis primos por parte de madre, y qué decirte de Alex y Gab... Y por qué Edward es pequeño aún, sino...

—¿De verdad?

—Por desgracia, sí —hace una pausa— así que, no te preocupes por ello,

simplemente, ignóralo.

—Vale.

Cinco minutos después estamos aparcando junto al *Queens Arcade*, uno de los centros comerciales de Cardiff, la verdad es que está muy cerca de su casa, casi que podríamos haber venido paseando, pero si luego se nos hace tarde o cualquier cosa, es mejor haber traído el coche.

—Ya verás que aquí encontraremos algo que te puedas poner y que te quede como un guante.

—Eso espero...

—Claro que sí.

Nos recorreremos de arriba a abajo cada uno de los pasillos del centro comercial, hay tantas tiendas que no sabemos ya a cual entrar, en ninguna de las tiendas hay nada que me guste, me siento tan sumamente mal que me da la sensación de que nada me sienta bien. Tal vez haya sido una mala idea venir a comprar, debería de haber ido con los vaqueros y un jersey, sin complicaciones, pero no, me he tenido que dejar volver a liar por Laura, la reina de los líos. Resoplo, algo molesta, quiero irme ya a casa, descansar un rato e ir a la cena. No voy a poder con todo si seguimos así.

—Mira, vamos a entrar ahí.

A lo que se refiere Laura, es a Zara, suerte que esto sí que me lo conozco un poco, puede que haya algo que pueda llegar a gustarme. Cruzo los dedos para que así sea, pero por lo que veo nada más entrar, no creo que este sea el sitio adecuado.

—Oh, este vestido te quedaría tan bien —dice levantando un vestido desde la otra punta de la sala, mira que se nota que es mitad española.

Es de color negro, con el cuello de barco, el cual deja a la vista los hombros, y lleva algo de pedrería del mismo color que brilla con las luces.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, claro que sí.

—No me gusta...

—Vaya...

Seguimos a la búsqueda del atuendo perfecto para la ocasión, pero parece que todo lo bonito se haya escondido.

—¿Y este?

Ahora sujeta un mono del mismo color que lo anterior, sin mangas, y atado al cuello, este también tiene algo de pedrería en la parte del pecho, lo malo es que creo que es demasiado largo como para ponérmelo.

—Pero... Es que no sé si me va a ir grande...

—Pruébatelo.

Hago un gesto parecido a una triste sonrisa, bueno, encima que se está esforzando por ayudarme, no le diré que no.

—Venga, me lo probaré.

—¡Vamos, vamos! —exclama contenta.

Entramos en el probador, aunque Laura acaba quedándose fuera, esperando a que salga y le haga algo así como un pase de modelos, aunque lo lleva claro si espera que me contonee para ella. La idea me hace sonreír, ¡*ains*, no puedo estar así! ¡Esta no soy yo! Me pongo el mono, pero me queda súper largo, debería tener unos zancos para poder lucirlo.

—¿Estás? —pregunta, como si fuera capaz de verme.

—Sí.

—¿A ver?

Abre por completo la cortina, un chico que esperaba a una mujer se queda embobado mirándome, apenas nos entiende, por no decir nada, pero Laura le explica cosas en castellano solo por ver la cara de tonto que pone.

—¿A que está guapa?

Asiente varias veces, pero no parece saber qué es lo que está diciendo.

—Qué va, me va muy grande.

—No pasa nada, voy a por unos zapatos.

Sale corriendo antes de que pueda negarme, ya verás... Conociéndola, esta me va a traer los tacones más altos que haya en toda la tienda. La escucho volver, apartando a todo el mundo, niego con la cabeza, no me extraña que se lleve a las mil maravillas con Lucia, son tal para cual.

—A ver qué tal estos, ¿qué pie usas?

—El treinta y ocho.

—Perfecto, ¡qué ojo tengo!

Alza la mano y me enseña unos zapatos preciosos de color rojo oscuro, aunque tal vez sean demasiado altos para mí, los míos suelen ser algo más bajitos, pero tampoco tanto. Voy a hacer que todo el mundo se quede pasmado, sí.

—Vamos, pruébatelos.

—Voy.

Me los pongo, y la verdad es que me hacen mucho más alta, casi llegaré a la estatura de Collins cuando nos pongamos al lado.

—Te quedan preciosos, de verdad.

Me mira maravillada, lo dice en serio, estoy bien con ello. Salgo del probador, ando por la parte de fuera, intentando no caerme y partirme la crisma, que solo me faltaba eso para redondear las vacaciones.

—No pienses en cómo debes andar, ¿verdad que cuando andas en plano no lo piensas?

—Ajá.

—Pues ya está.

Tiene razón. Sigo caminando, de un lado a otro, me siento bien, realmente bien, algo que hace apenas cinco minutos no hacía.

—El mono no me acaba de convencer.

—¿No? ¿Y los zapatos?

—Me los llevo —digo mirándolos.

Me los quito y los dejo en el suelo, son tan bonitos que creo que me he enamorado de ellos.

—Pues vamos a buscar alguna cosa más, ¿no?

—Sí, vamos.

Cierro la cortina, para cambiarme, al salir, colgado en la entrada de los probadores hay un carrito con varios vestidos, camisetas y pantalones colgados en él, entonces lo veo, es el vestido perfecto, el mejor que he visto. Mira que tengo vestidos, pero como este ninguno.

—Míralo —espeto mirándolo, maravillada.

—Dios... Es Impresionante, es para ti, seguro.

Miro la talla, y encima es la mía. ¡Esto es el destino! Es de color rojo oscuro con algunos toques negros, ya que es imitación al punto de la lana, pero no solo con una tonalidad de rojo. El cuello es redondo, y en la zona central, en el vientre, hay una parte hecha de rejilla negra, bajo esta sigue la tela del vestido. Pero no acaba aquí, hecho de la misma rejilla, hay un triángulo que va desde el ombligo hasta medio muslo, si no fuera porque hay una tira negra en el centro, se vería todo.

—Pruébatelo.

—No hace falta, me lo llevo.

—Venga, pruébatelo por si acaso.

Hago lo que me pide, y me queda muy bien, no es porque sea una egocéntrica, pero creo que me sienta como un guante, es perfecto, ha aparecido cuando menos esperanzas tenía y me ha salvado la noche.

Capítulo 17

Me seco los brazos y el pelo con la toalla que colgaba junto a la bañera. Enrollo bien otra a mi cintura, y saco el secador, el pelo se me va a quedar hecho una porquería si no lo seco más. Entonces escucho como alguien sube. Nat se asoma tras el muro de cristal del baño, con una amplia sonrisa.

—Hola, guapo, ¿quieres que te ayude a secarte? —Me pregunta ronroneando.

Se acerca a mí como una fiera pantera, mirándome con esos ojazos grisáceos que tiene y que tanto me gustan. Doy varios pasos hacia ella, un poderoso ardor crece en mi entrepierna, mi corazón se acelera y el calor toma todo mi cuerpo a medida que avanzo. Sujeto su rostro entre mis manos, y la beso con ansia. Hago que retroceda hasta que su espalda queda completamente pegada al frío cristal. Abre los ojos como platos al sentirlo, lo que me divierte. Recorro su delicado cuerpo, de arriba abajo, hasta que llego a la cinturilla de su pantalón. Desabrocho el primer botón, bajo la cremallera y hago que se deslicen un poco por sus largas piernas. La cojo en brazos y hago que quede sentada sobre el lavabo, aunque antes le pongo una toalla para que no se haga daño. Antes de acabar de bajarle los vaqueros, voy a recoger la escalera, no quiero que nadie nos moleste.

Me coloco frente a ella, deshago los lazos que cierran de los botines que calza, los dejo en el suelo y con un solo movimiento me deshago de los pantalones y las braguitas. Me mira expectante, en sus ojos hay lujuria y deseo, tanto o más que la primera vez. Posa sus manos en mis hombros desnudos, las pasea por mi pecho, acariciándome, cuando llega a la toalla, la desata y deja que caiga a mis pies. Me arrodillo frente ella, beso sus muslos, haciendo que abra las piernas, quedado completamente expuesta ante mí. Paso los dedos por su sexo, juego con su pequeño e hinchado botón, y lo lamo, haciendo que sus piernas se tensen minutos después tanto que incluso llega a temblar. Estira uno de sus brazos hasta que sus dedos rozan mis manos. Tira de una de ellas, alzo la mirada, se está mordiendo el labio inferior, lo que me vuelve loco.

—Dame un beso —me pide entrecortadamente— John, bésame.

Me pongo en pie, colocándome entre sus piernas, enreda una de sus manos en mi pelo, y rodea mi cintura con sus piernas, para que no pueda separarme de ella. Cuela la mano que tenía libre entre nosotros, agarrando mi miembro y colocándolo en su entrada.

—Hazlo, John —me ruega.

Hacemos el amor durante un buen rato, gozando el uno del otro, dejándonos llevar por la pasión y el desenfreno que se genera cuando estamos juntos. La deseo como el primer día que estuvimos juntos.

—Toma —digo tendiéndole una toalla seca para que pueda acabar de secarse el

cuerpo.

—Gracias.

Sus mejillas se enrojecen, le tiendo una más con la que se enrolla el pelo. Se lo peina con las manos, con cuidado. Tras acabar de secarme yo por completo, el pelo incluido, decido ir a cambiarme.

—Voy a vestirme.

Asiente con una amplia sonrisa, salgo del baño y es justo en este momento en el que alguien me llama. Cojo el móvil, es Lund, otra vez, ¿es qué no puede vivir sin mí? Nos hemos visto esta mañana.

—Dime.

—¿A qué hora os paso a buscar?

—¿Cómo?

—Claro, no pretenderás que vaya solo.

—Pues sí.

—Anda ya, John... —dice molesto.

—¿Qué quieres que te diga, tío? Yo voy con Nat y con Laura.

—Bien, voy con vosotros.

Antes de que pueda rebatirle, me cuelga, sin darme opción a nada. Resoplo, siempre acaba haciendo lo que le da la gana. Abro el armario que hay en nuestra habitación, saco uno de mis antiguos trajes, hace mucho que no me lo pongo, y creo que me irá un poco justo. Es de color negro, hace por lo menos dos años que no me lo pongo, veremos qué pasa... Me pongo los pantalones, una camisa blanca, aunque la dejo a medio abrochar y un chaleco a juego, con la parte trasera de color grisácea.

—¿Por qué siempre tienes que estar tan sumamente irresistible? —Me pregunta apoyada en la pared, tan solo cubierta con la toalla que le he dado antes.

—Eso es porque estoy cerca de ti, nena.

Me mira de arriba a abajo, devorándome con los ojos, y sin decir nada más, da media vuelta y se contonea entrando de nuevo en el baño. Sigue a lo suyo, preparándose para la cena de esta noche con toda la familia. La verdad es que no sé cómo va a afrontar el ver a todo el mundo allí, pendiente de ella... Sobre todo con la sorpresa que le tengo preparada. Últimamente está algo extraña, la veo algo desanimada, supongo que debe de ser por que se acerca el momento de volver a volar, o puede que sean los nervios... Quién sabe.

—No sé si ponerme corbata —digo para mí mismo.

Sale prácticamente corriendo del baño y se coloca a mi lado. Miramos en el cajón donde tengo guardadas las corbatas y las pajaritas, y como no, acaba cogiendo una de las últimas, de color rojo vino.

—Así vamos a juego —dice guiñándome un ojo.

Sonrío, no puedo evitar hacerlo, esta mujer me encanta, cada vez estoy más prendado de ella.

—Oye, cielo —me llama.

—¿Hmm?

—Me gustaría cambiarme estando sola, o con Laura.

—¿Por qué? —pregunto extrañado.

¿A qué viene esto ahora? No entiendo nada, la amo, pero hay veces en las que soy incapaz de comprenderla.

—Quiero darte una sorpresa.

¿Una sorpresa? ¿Qué sorpresa? Aprieto la mandíbula, miedo me da lo que se le pueda estar pasando por esa cabecita malvada que tiene. No aparta la mirada de mí, esperando a que acepte y le deje la habitación para ella sola.

—Bueno... Vale, está bien —murmuro.

—¡Gracias! —exclama alegre como un cascabel.

Sus ojos brillan como hacía días que no lo hacían, puede que el malestar haya desaparecido o simplemente haya decidido disfrutar de su última noche en Cardiff, por el momento. Bajo al salón, aunque antes de llegar me encuentro a Turrón intentando subir las escaleras, el pobre no avanza mucho, ya que sus piernecitas son algo cortas como para poder aguantarse y apoyarse para subir.

—¿A dónde vas, pequeñajo?

Me mira con esos grandes ojos negros que tiene, son tan bonitos, es imposible no quedarte asombrado al verlos. Lo cojo en brazos, subo a la segunda planta, y lo dejo en el suelo. Rápidamente va a los pies de la otra escalera, ¡mira qué es listo!

—Nati —llamo a mi hermosa mujer.

—Dime.

—Turrón quiere subir, te lo llevo, ¿sí?

—Vale, espera un segundo.

Oigo como anda por la habitación y tras eso me hace pasar. Me intriga lo que esté planeando, y me pone de los nervios no saber nada.

—Lo dejo en su cama.

—De acuerdo.

El pequeño cachorro sale de su cama para ir corriendo hacia el baño, donde está Natalia. Son como madre e hijo, me encantan.

—Vuelvo abajo.

—Sí, mejor.

Casi una hora después, todo el mundo está preparado para salir, aún no he visto ni a Laura ni a Natalia, se han encerrado en la habitación de tal manera que no han dejado ni la escalera. Nadie sabe nada de cómo van, ni de porqué están tardando tanto, y eso empieza a molestarme. Tenemos que salir ya de casa o llegaremos tarde a la cena, son las ocho, y hay media hora de viaje... Kellin tampoco ha aparecido, se suponía que ya debería estar aquí. Resoplo enfadado. Encima que se acopla en el coche de Laura y llega tarde.

—¿Cuánto les queda? —Le pregunto a mi padre, quien está a lo alto de la escalera.

—Pues ni idea, todavía no han bajado la escalera.

—Madre mía...

—Dime —me dice mi madre.

—Nada, mamá, no te estaba llamando.

—Ah, vale.

Vaya conversación de besugos. Si en vez de perder el tiempo de esta manera estuviéramos ya en el coche... Mi padre baja, se pone sus náuticos, una americana y la bufanda.

—Os espero en el coche.

—Vale, cielo —dice mamá.

Como se nota que mi padre y yo somos iguales, si por nosotros fuera ya nos habríamos ido para casa de la abuela. Lo más seguro es que todo el mundo ya esté allí, si tenemos una manía en esta familia, es que nos gusta ir siempre pronto a los sitios.

—¡Laura! —Llamo a mi hermana.

Nadie contesta, entonces llaman a la puerta. Voy hacia ella, y al abrirla me encuentro con Lund. Uno menos por llegar. Me echo a un lado para que pueda pasar.

—¿Qué te parece? ¿Voy guapo?

Da una vuelta, para que le vea, mira que es egocéntrico y narcisista, si por él fuera se casaría con sí mismo para poder verse a todas horas. Lo que me extraña es que no lleve consigo un espejo, con lo que le gusta mirarse...

—Sí, vas bien.

—Oh, Kellin —exclama mamá— estás guapísimo, muchas gracias por venir.

—Gracias, a vosotros por invitarme un año más.

Turrón aparece al inicio de las escaleras, lo que me hace pensar en que no tardarán en aparecer ellas también, a ver si hay suerte. La primera en salir es Laura, se ha puesto una falda de tubo negra, y una camisa blanca, está muy guapa, bueno, siempre lo está, tengo una hermanita digna de proteger de los moscones, como Kellin.

—Estás preciosa, pequeña —digo dándole un beso en la mejilla.

Cuando me separo de ella veo a mi hermosa mujer, bajando poco a poco por las escaleras. Me quedo pasmado al ver la belleza que desprende. Está absolutamente preciosa, ninguna mujer podría compararse con ella, porque no le llegaría ni a la suela de esos altos zapatos de tacón que lleva. Trago saliva, ¿así que esta es la sorpresa? Entonces ha merecido la pena esperar tanto rato, si con ello puedo ver como mi Natalia deslumbra hasta a la luna.

—Estás impresionante, nena.

—Se te va a caer la baba, Collins —dice Kellin mofándose de mí.

—Ya te gustaría poder tener una mujer como la mía.

Hace una mueca, y se da la vuelta, sabe que tengo razón. Nunca encontrará a una mujer que le aguante, es demasiado suyo, y si no pone un poco de su parte no lo

conseguirá.

—Gracias —dice Natalia, pasándose la mano por el pelo y recogiendo algunos mechones tras su oreja—. Tú también estás guapísimo.

—Natalia, hija —espetá mamá embobada—. Mi Laura está preciosa, pero tú, hoy pareces una estrella.

—Gracias, Rosa, tú también estás preciosa.

Nati se queda mirando a Kellin, de los pies a la cabeza, una y otra vez. Alza una de sus oscuras cejas, es la primera vez que se ven y no parece que le haga mucha gracia conocerle.

—Vaya... Hola, guapa —le dice Lund, acercándose a ella más de lo que debería.

—Este es Kellin Lund —le informo.

Hace una mueca con la boca, sin bajar la ceja, se pone el abrigo, con un movimiento de cabeza le saluda, y tras eso abre la puerta.

—¿Vamos?

—Sí —dice Laura.

—Ah, espera... ¿Y Turrón?

—Mamá le ha preparado otra camita en el salón, y le ha dejado comida en su sitio. —Le explico, hace una mueca de tristeza y suspira— tranquila, estará bien.

Asiente, no muy segura de lo que le digo, pero al final acaba cediendo, si por ella fuera se lo llevaría metido en el bolso. Cojo una de sus manos, salimos de casa y vamos hacia el coche de Laura, esta se da cuenta de que Kellin viene con nosotros.

—¿Tú que te crees que haces? —Le dice de mala manera.

—Voy con vosotros en el mismo coche, guapita, ¿es que no te lo ha dicho tu hermano?

—No —gruñe—. ¿Y tú cuando tenías pensado decírmelo?

—Lo siento, no he podido, ¿te recuerdo que estabais encerradas en «MI» habitación?

—*Touché.*

Entramos en el coche, durante el camino, Kellin no deja de hablar, de contar como ligoteaba la noche anterior, intentando impresionar a Laura o a Natalia, pero la realidad es que ninguna de ellas le hacen caso, solo escuchan la música e intentan no perder de vista el coche de mis padres.

—Ya está —le corto.

No quiero que siga hablando de sus tonterías, ya es mayorcito como para ir fanfarroneando de algo así. Me mira de mala manera, pero yo no me quedo corto, si las miradas mataran este ya estaría más que muerto.

El resto del viaje permanecemos en silencio, ninguno dice nada, solo escuchamos la música que suena en la radio, en este caso suena *Radioactive* de *Imagine Dragons*, me encanta esta canción, por lo que no puedo evitar tararearla por lo bajini.

—Madre mía... ¡Qué largo se me está haciendo el viaje! —dice Laura.

—No queda nada, solo cinco minutos.

Y vaya que cinco minutos... La verdad es que a mí también se me está haciendo más largo de lo normal, y eso que tampoco es que Radyr esté muy lejos de nuestra casa, aunque se nota que el ambiente está cargado y por ello todo cuesta más. Quiero a Kellin como si fuera mi hermano, pero hay veces que es imposible aguantarle.

Ya casi puedo ver las luces de la casa de la abuela, es tan sumamente grande que se ve desde un kilómetro de distancia. Cuando mis bisabuelos murieron le dejaron en herencia esa maravillosa y enorme casa, por no decir caserío, el cual está situado a las afueras de Radyr, cerca de la montaña. Señalo en dirección a la casa, Natalia la mira, asombrada por la majestuosidad que emana de ella. Es impresionante lo bonita que es, recuerdo como de pequeño corría por el jardín, perdiéndome entre los árboles, escondiéndome de mis primos y de Laura.

—Madre mía —murmura— seguro que se puede ver desde el espacio.

Río, al igual que lo hace Laura. Kellin sigue de morros, sin decir nada, sin apartar la mirada de la carretera y de lo que nos rodea. Hay veces en las que se comporta como un crío, y debería aprender de una vez que no siempre puede ser lo que él dice o quiere.

Aparcamos frente a la entrada, detrás del coche de mis padres. Natalia suspira, intentando coger fuerzas para lo que está por venir, y la verdad es que la necesitará. Todo el mundo estará pendiente de ella, ya no solo por quién es sino por lo hermosa que va. Al bajar del coche, cojo una de sus manos y la aprieto levemente.

—¿Preparada?

—Preparada —asiente, más segura de lo que estaba antes.

Sé que disfrutará y se lo pasará bien, pero el recibimiento puede que sea algo abrumador para ella. No me separaré de su lado hasta que se sienta totalmente segura de estar sola.

—Adelante, entonces.

Los primeros en entrar son Kellin y Laura, tras ellos nosotros y por último mis padres, quienes han traído un buen postre para después de la cena. Cojo aire y miro a mi dulce mujer. Roxanne nos espera a la puerta, con una amplia sonrisa en sus labios, deseando que todo el mundo llegue.

—¡Bienvenidos, preciosos míos! —dice alegre.

—Roxanne —contesta Kellin dándole un beso en la mejilla— está usted preciosa.

—Gracias, hijo, adelante.

—Abuela —le saluda Laura sonriente.

Se abrazan con fuerza, y le besa las mejillas. Cuando ve a Natalia se queda pasmada, creo que va a ser la reacción de todo el mundo, van a enamorarse de ella no solo por lo inteligente y divertida que es, sino por el conjunto.

—Por dios, Natalia —murmura sorprendida—. Seguro que ya te lo han dicho, pero estás preciosa.

—Gracias.

Sus mejillas se enrojecen, como las de una niña vergonzosa.

—Vaya mujer tienes, hijo. —Me dice.

—Aún no es mi mujer, Rox.

—Bueno, pero lo será, y es maravillosa —espeta como si no estuviera presente— pasad y divertíos, espero que disfrutéis de la cena.

—Muchas gracias, Roxanne.

Nada más pasar nos encontramos a todo el mundo, están todos preparados para ver a Nati, están pendientes como si alguien les hubiera avisado. Miro a Laura, quien intenta esconderse detrás de tío Josh. La fulmino con la mirada, por lo que hace una mueca. Todos los ojos se centran en ella, me coge con fuerza la mano, y noto cómo empieza a temblar como una hoja movida por el viento.

—Bueno —murmuro— parece que algún pajarito se ha chivado de que estábamos a punto de entrar.

—No... Qué va —dicen todos a la vez.

—Esta es Natalia Reyes, mi prometida.

Nadie dice nada, se quedan callados, mirándola, examinándola de arriba a abajo como si fuera un bicho raro. La primera en aparecer entre la gente es Denna, que los aparta a desgana.

—Hola, cielo —le dice, abrazándola— estás preciosa.

—Gracias, Denna.

—Tía D —la saludo— me alegra verte de nuevo.

—¿Qué te pensabas? ¿Qué te ibas a ir sin verme? ¡No podía permitirlo!

—No, claro que no.

Niega con la cabeza y suspira, hace una mueca, pero tras eso sonrío alegre. Me besa en la mejilla y se hace a un lado para que el resto puedan venir a presentarse. Pero, entonces coge a mi tío Carl, hace que mis primos Alex, Gab y Edward vengán con ellos. Es la mayor directora de toda la familia, siempre le gusta dirigirlo todo.

—A ver —hace una pausa y los pone en fila— este es Carl, el tío de John, esta es su prima Alexandra, y ellos dos son Gabriel y Edward.

—Encantada. —Los saluda a todos, y ladea la cabeza para poder decirme algo al oído—. ¿Cuántos sois no?

—Mi padre tiene cinco hermanos.

—Vaya...

—¡Siguiente! —exclama Denna.

Los próximos en venir a presentarse son los tíos Oliver y Sylvia, con los mimados de Ellie y Bryan. Están impresionados con Natalia, habla tan bien el inglés que apenas tienen que hacer un esfuerzo para poder entenderla, además, no deja de recibir a todo el mundo con una enorme sonrisa en los labios. Tras ellos pasan tío Josh, y tía Beth, con Tommy, su hijo de cinco años.

—¿Ya conoces a todo el mundo? —Le pregunta Kellin, poniéndose a su lado.

—Sí. —Le contesta escueta.

Han adornado todo el patio trasero, han puesto antorchas, mesas enormes llenas

de comida, una barra con bebida, incluso calefactores, todo esto bajo una bonita y enorme carpa que mantiene dentro el calor. A Roxanne le debe de haber costado un pastizal montar todo esto, aunque teniendo en cuenta que apenas tiene que pagar nada, y después de haber vendido algunos terrenos que heredó, ahora posee una cantidad de dinero considerable.

—Es impresionante lo que ha organizado.

—Sí, Rox es una artista.

—Ya ves... Y todo esto por nosotros... Me sabe tan mal que se haya gastado el dinero por organizarlo —dice en voz baja.

—Lo hace porque quiere y porque puede, Nati, no te preocupes.

—Claro que me preocupo, mañana por la mañana iremos a comprarle un detallito, y no hay nada más que hablar, quiero agradecerle lo que ha hecho por nosotros, y otro para tus padres.

—De acuerdo, pequeña, pero no hace falta.

—Sí, hace.

Es tan cabezona como yo, y por una parte me encanta, aunque hay veces en las que me saca de quicio pero bueno... Tengo que quererla, con sus cosas buenas y con las malas.

—¿Vamos a por algo para beber?

—Claro.

Nos acercamos a la improvisada barra que han puesto dentro de la carpa, hay un chico al que nunca antes había visto, supongo que habrá contratado un servicio de *catering* que incluye algún que otro camarero, ya que he visto dos más con bandejas, recogiendo lo vacío y ofreciendo los canapés que han preparado.

—¿Qué quieres tomar?

—Mm... Pues...

—¿Qué tenéis?

—Vino, cava, Coca Cola, Pepsi...

—¿Quieres vino, princesa? —digo haciéndole una reverencia.

—Claro —contesta sonriente.

Vamos paseando entre toda la familia, hablando con unos y otros, de un lado a otro. Busco con la mirada a Kellin, quien habla animadamente con Alex, e intenta llevársela al saco, un año más, aunque conociéndola no sé si acabará cayendo, de nuevo. Laura juguetea con el pequeño Tommy, hacía mucho que no le veía y la verdad es que ha crecido un montón.

—Vaya, ¿quién es este hombrecito tan guapo? —Le pregunta Natalia.

Se esconde tras las piernas de Laura, igual que ha hecho antes con su madre.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes vergüenza? —pregunta Laura.

El niño asiente dos veces, pero eso no le saca de su escondite. Laura lo coge en brazos y le hace cosquillas, por lo que ríe descontroladamente.

—¿Es que no te acuerdas del primo John? —El niño dice que sí, entonces me

mira—, ella es Natalia, su amiga.

—Natalia —dice con torpeza.

—Sí, así es, peque —le toca una de las mejillas y sonrío.

Cuando dejo de prestarle atención a Tommy, veo como Josh me hace una señal desde la distancia, está preparado, toca pasar a la acción.

Capítulo 18

Collins se aparta de mi lado, me hace un gesto para que me quede donde estoy. No entiendo nada, ¿a dónde puñetas va? ¿Por qué me deja sola? Suerte que tengo a Laura conmigo, y con Timmy. Siento como mi corazón empieza a latir cada vez más rápido, la música que sonaba de fondo deja de sonar, se escucha como alguien coge un micrófono, lo que aún me pone más nerviosa. ¡Dios mío, que no diga nada!

—¡Buenas noches familia! —dice el tío de Collins, Josh.

Aunque en realidad nunca diría que son tío y sobrino, como mucho primos, Josh parece mucho más joven de lo que seguramente debe ser. Por un momento empiezo a hiperventilar, pero entonces Laura me coge la mano.

—Tranquila, no va a pasar nada.

—Como me diga que vaya allí y hable delante de todo el mundo le mato.

—Yo también lo haría, hermanita.

Pongo los ojos en blanco, madre mía, ¿qué demonios va a hacer?

—Hoy estamos aquí reunidos —prosigue, imitando a un juez— para conocer a Natalia Reyes, la prometida de nuestro querido John, quién por fin ha crecido —se abraza a él, y le da un golpecillo en la cabeza.

—Ay que me lo deja tonto... —le digo a Laura en voz baja.

—Calla, calla.

—Bueno, como decía... John se va a casar con esta bellísima mujer, esperemos que lo sea tanto por dentro como por fuera.

—Lo es —añade Collins, quitándole el micro.

—Por eso, hemos decidido darle esta sorpresa, aunque me han contado que no eres mucho de sorpresas.

¡Ay madre! Esta noche acabaré en comisaría como esto siga así. Suspiro, los nervios se vuelven cada vez más y más presentes, lo que hace que me tiemblen las manos y que un sudor frío me recorra la espalda. Joder... ¡Ya le vale! ¡Mira que sabe que no me gustan nada de nada las sorpresas!

—¿Tú no sabías nada de esto? ¿No?

Antes de que pueda contestarme, empiezan a sonar los primeros acordes a guitarra de una de nuestras canciones, *Tenerife Sea*. ¿Qué está pasando? Todos me miran, o por lo menos eso creía, hasta que me doy la vuelta. Por el camino de piedras que viene hacia nosotros está Ed Sheeran. Me llevo una mano a la boca, ¿cómo lo ha conseguido? ¿De verdad es él? Por un momento creo que el corazón se me para, pero de repente siento como vuelve a latir con aun más fuerza que antes.

Should this be the last thing I see,

*I want you to know that it's enough for me
'Cause all that you are is all ever need*

Madre mía... No me lo puedo creer, ¡Ed Sheeran cantando para mí! Collins va haciéndole los coros, aunque realmente no es que tenga una voz como la de él. Va acercándose, poco a poco, tocando la guitarra junto a Josh.

*So in love, so in love, so in love
You look so beautiful in this light
You silhouette over me*

Mis ojos se llenan de lágrimas, no puedo evitar echarme a llorar, emocionada por todo lo que supone esto. Todo mi vello se eriza, y no podría ser de otra manera. Cada vez amo más a este hombre... Algún día acabará volviéndome loca, pero no me importa, estoy dispuesta a perder toda mi cordura solo por tenerle a mi lado. Llora, sin poder detener las lágrimas que recorren mi rostro. Ed Sheeran sigue cantando, sin apartarse de delante de mí.

*Should this be the last thing I see,
I want you to know that it's enough for me
'Cause all that you are is all ever need*

Collins se pega a mi espalda, me besa en la mejilla, al notarla húmeda, pasa una de sus manos por ella. Me abrazo a él, disfrutando de este maravilloso regalo.

—Madre mía... Esto es impresionante, John... —digo cuando Ed termina de cantar nuestra canción.

—¡Hombre! —dice Josh— gracias por venir, Edward, hacía muchísimo que no te veía.

—Sí, desde el *Southside Festival* de 2014.

—Cierto —murmura Josh— te presento a la afortunada, esta es Natalia Reyes, de Barcelona, y él es mi sobrino, J.D Collins.

—Encantado.

—Muchas gracias por venir... Ha sido perfecto —consigo decir.

—Ha sido un placer, le debía una a Josh, y me alegra ver que lo habéis disfrutado.

Se pasa una mano por su pelirrojo pelo, tiene las mejillas enrojecidas, parece vergonzoso. Fija sus ojos azules en los míos y sonrío. Va vestido con un traje sin chaqueta, de color negro, con un chaleco del mismo color, una camisa blanca, y una corbata azul marino que queda por dentro del chaleco.

—Espero que seáis muy, muy felices.

—Gracias —le contesta John, casi tartamudeando.

—De nada, gracias a vosotros por disfrutar de mi música.

Me da un beso en la mejilla, y no puedo hacer otra cosa que abrazarme a él como si fuera una lapa. Siento su buena energía, esa paz, ese amor que emana por cada uno de los poros de su piel.

—Gracias, de verdad.

Tras dedicarme una última sonrisa, John se lo lleva a otro lado, para poder hablar con él. Creo que esto ha sido lo más bonito que he vivido hasta el momento.

—Gracias, mi amor... Por dios... Mira como estoy —digo alzando una de mis manos, para que vea como tiemblo.

—Gracias a ti por hacerme el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, mi vida, gracias por salvarme aquella noche.

Todos los que se encuentran a nuestro alrededor aplauden, sin apartar la mirada de nosotros. Le beso apasionadamente y me abrazo a él.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, *mi eterna locura*.

Me besa en la frente, y sigue abrazándome. Ahora más que nunca estoy segura de que quiero pasar el resto de mi vida junto a este hombre, el hombre que ha hecho que mi vida pase de ser un campo de minas a ser uno lleno de amapolas rojas y brillantes.

Al cabo de un rato vamos a la zona donde está la comida, la verdad es que se me ha cerrado hasta el estómago de los nervios, me ha encantado poder disfrutar así de la voz de Ed Sheeran. No me lo habría imaginado por nada del mundo, pensé que iba a ser él quién hablara delante del resto... ¡Si cuento esto no me creen! Estoy deseando hablar con Lucia y explicárselo todo.

—Natalia —me llama Laura—. ¡Madre mía, que sorpresa! ¡Qué hombre tan maravilloso!

—Pues sí, no creí que jamás fuera a escucharle en persona.

—Lo quiero para mí —dice buscándolo con la mirada.

Suelto una carcajada, y empiezo a reír. Ella me mira, con cara de pocos amigos, pero no tarda en relajar el rostro y acompañarme entre risas.

—¿Vamos a por él? —pregunta.

—¿Tú estás loca? ¿Cómo vamos a ir a por Ed Sheeran? Dile a tu tío que lo traiga, es más fácil. —La incito en broma.

—Vale, y nos hacemos una foto.

Antes de que pueda decir nada más, sale corriendo, entre la gente, dejándome completamente sola. Ya le vale... Prefiere ir a por él que quedarse aquí conmigo. Bien pensado, yo también querría ir a por él, en vez de estar aquí sola. Pongo los ojos en blanco, y es entonces cuando aparece Kellin.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿Nada?

—No, no hago nada —espeto seria—, ¿por qué?

—No, por nada.

Le miro de reajo, ¿qué quiere este tío? ¿Es que no tiene suficiente con haberse estado manoseando con la prima de Collins? Cojo aire, y lo dejo ir, intentando calmar la mala leche que me está entrando ahora mismo. ¿Es que no puede dejarme tranquila?

—¿Qué quieres?

—Solo quería hablar con alguien.

—Pues yo no soy ese alguien, si quieres cógete una piedra y hablas con ella, seguro que no le sacarás de quicio.

Me mira sorprendido sin saber qué decir. Normal, yo tampoco sabría qué decirme después de eso.

—Oye, mira, lo siento, pero no me caes bien, ¿sabes? No me gustas nada de nada, así que, déjame.

—Así que, no te gusto, ¿eh?

Se acerca a mí, más de lo que ya estaba, pegando su cuerpo al mío. Hay que admitir que es un Adonis metido en un cuerpo de humano, pero eso no significa nada.

—No, lárgate.

—¿O qué?

—Esto —levanto la mano y le doy un tortazo en la cara— ea, ahora vas y se lo cuentas a quién quieras.

No sé quién se ha creído para comportarse así, pero entonces si ya me caía mal, provoca que mi odio hacia él sea aún peor. Me coge por la cintura, antes de que me vaya, e intenta besarme.

—¿Pero es que estás loco?

—No... Tal vez sí, un poco.

Le miro, no sé si es que yo soy tonta o qué, pero creo que le he dejado bien claro que no le quiero ver ni en pintura. ¡Por dios, si es que alguien tendría que darle una buena!

—¿Qué estás haciendo? —Gruñe Collins a su espalda.

—Solo quería comprobar si realmente te quiere.

—¿Intentando besarla?

—¿Lo has visto? —pregunto.

—Claro que lo he visto —me contesta— y a ti más te vale no intentar comprobar nada más o te quedas sin huevos —le amenaza.

Es la primera vez que le veo hablar así, nunca antes había sido tan... Ordinario, y eso que solo ha dicho lo que ha dicho. Le fulmina con la mirada, coge una de mis manos y tira de mí.

Después de una noche llena de diferentes emociones toca preparar la maleta para marcharnos, esta tarde sale nuestro avión, y aún tengo que hacer cientos de cosas. Creo que voy a acabar volviéndome loca.

Recojo todo lo que había metido en el armario, y lo guardo en la maleta, sin casi doblar, todo de golpe, con el neceser, las zapatillas, los zapatos nuevos, el portátil...

¿Y cómo vamos a llevar a Turrón? ¡Madre mía! Me siento en la cama, para poder pensar con tranquilidad, aunque sea durante unos segundos.

—¿Y con Turrón que hacemos?

—Hay que comprarle una jaula, para facturarle en el aeropuerto.

—Ah, vale...

Suerte que hay veces en las que él piensa por los dos, porque si fuera por mí, la gran mayoría del tiempo andaría perdida en mis cosas. Dejo sobre la cama la ropa que me voy a poner, para así poder guardar el pijama y las zapatillas de estar por casa. Me desnudo y me visto rápidamente, no tenemos tiempo como para ir desperdiciándolo como si no valiera nada.

—Voy a ir con Laura a comprar aquello que te dije.

—De acuerdo, yo seguiré recogiendo todo esto.

Me acerco a él, me pongo de puntillas y le doy un casto beso en los labios.

—Nos vemos en un rato.

—Te quiero.

Bajo corriendo las escaleras, entro en la habitación de Laura y me la encuentro a medio vestir, poniéndose un vestido negro con algunos volantes de encaje.

—No veas, ¡qué guapa!

—Gracias.

—¿Nos vamos? —pregunto cuando ya se lo ha puesto.

—Un segundo, que me abrocho los zapatos.

Se sienta en la cama, se coloca bien los zapatos, y de un salto se pone en pie. Asiente, coge una chaquetilla, para no tener frío, y nos vamos.

Llegamos a *The Capitol Shopping Centre*, al mismo sitio donde fuimos para encontrar el vestido que llevé anoche, en un abrir y cerrar de ojos. Dejamos el coche aparcado en una de las calles paralelas, por los que nos tocará andar un poco.

—¿A dónde quieres ir? ¿Ya tienes pensado que vas a comprarles?

—Había pensado en regalarles unos centros de mesa, algunas velas o tal vez unas mantas bonitas para el salón.

—Algo para casa, ¿no?

—Ajá.

Andamos tan deprisa que por momentos me falta el aire, entre una cosa y otra me quedaré sin aliento antes de llegar a Barcelona. Laura enciende la pantalla de su móvil, y veo la foto que nos hicimos anoche con Ed Sheeran tras su charla con Josh.

—Salimos bastante bien, ¿eh?

—No sé cómo pudo resistirse a estas dos bellezas...

Se pasa las manos por todo el cuerpo, de arriba a abajo, pegando su ropa a él como si fuera una segunda piel, y después de eso se ríe como una loca, lo que en cierto modo asusta, pero quién ya la conoce acaba acostumbrándose a ella.

—Yo tampoco lo entiendo, no sé cómo no se enamoró de ti —digo siguiéndole el juego.

—Seguro que algún día escribiré una canción sobre mí.

Me rio, como hacía ella antes. Luego somos Lucia y yo las que divagamos y hacemos el tonto, pero esta no se queda corta. Entramos en el centro comercial por la segunda entrada principal, por lo que nos topamos con un puesto de *cupcakes* y *pop cakes* adornados con corazoncitos rosas, nada más traspasar las puertas.

—Oh, dios, necesito uno de esos —exclama señalando uno de base de chocolate con *buttercream* de vainilla y adornado con dos adorables corazones.

—Yo quiero de esos —comento mirando los que llevan frutos rojos—. ¡Qué pinta! Si Lucia estuviera aquí arrasaría con ellos.

Laura asiente, dándome la razón a lo que digo, ambas sabemos que la zampabollos de mi hermanita no dejaría ni uno vivo, con lo que le gusta comer y más aún el dulce, no compartiría.

—Tengo ganas de verla —digo en voz baja.

—Normal...

—Hace una semana o así que no nos vemos, apenas hemos hablado y quieras que no... Se nota, de estar todos los días juntas a dejar de vivir con ella y encima venirme aquí durante una semana, estando prácticamente incomunicada, pues se nota... La echo de menos.

—Creo que nunca te lo he preguntado pero... ¿De qué os conocéis? ¿Cómo os conocisteis Lucia y tú?

—Íbamos al mismo colegio, a la misma clase, al principio pasábamos un poco la una de la otra, pero con el paso de los años nos fuimos haciendo amigas, y hasta hoy, que aún seguimos aguantándonos a pesar de todo lo que hemos vivido.

—Sois como un matrimonio.

—Pues casi... Si tuviera tanta afinidad con Collins como con Lucia, no dudaría ni un segundo en casarme con él.

—¿Tienes dudas?

Trago saliva, intento mirar hacia otro lado, pero algo me dice que voy a tener que contestar a esa pregunta. ¿Cómo no voy a tener dudas? Soy muy joven, tengo toda la vida por delante para casarme, no tengo prisa por hacerlo, tampoco entiendo a la gente que se quiere casar deprisa y corriendo, estas cosas necesitan su tiempo, igual que yo. Necesito pensarlo bien todo, concienciarme de lo que va a ocurrir, y decidir si realmente es lo que quiero para mi vida.

—Claro que las tengo —me sincero—, tenemos casi la misma edad, Laura, ¿tú te casarías?

—¿Te soy sincera?

Asiento poco a poco, un repentino terror invade mi cuerpo, ¡a ver que dice!

—Depende de la persona, si encontrara a un hombre del que estuviera tan enamorada como lo estás tú de mi hermano, sí, me casaría sin pensármelo dos veces. Nat —hace una pausa para cogerme la mano— he visto como os miráis, cuando estáis uno al lado del otro parece que saltan chispas, hay que estar ciego para no darse

cuenta de que daríais la vida el uno por el otro.

—Bueno, la vida, la vida...

—No me mientas, Natalia, estoy tan segura de ello como de que llevo el pelo corto, si mi hermano estuviera muriéndose y tú tuvieras la clave, le ayudarías.

—Si le pasara algo... Yo... Me moriría con él, ha llegado un punto en el que no sé vivir sin sus caricias, sin cada una de esas hermosas sonrisas que me dedica cada mañana, y no solo eso, también su cabezonería, nuestros desencuentros y nuestros momentos de TV, me moriría si no tuviera todo eso con él.

—¿Ves? Es lo que te estoy diciendo. No tengas miedo, Nat.

Después de comernos un par de *cakes* cada una, y de comprar los centros de mesa que estaba buscando, los envolvemos en papel de regalo y les hacemos unos enormes lazos para poder pegarlos encima. Al volver a casa, todo está preparado, Rosa nos ha hecho unos bocadillos, y nos ha llenado casi media maleta con comida típica de aquí, y algún que otro *tupper*. ¡Pobrecita! Esta es la mujer más buena que he conocido nunca.

—Rosa —la llamo nada más entrar por la puerta de casa.

—Dime, cielo.

—Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —pregunta desde la cocina.

—Sí, ven, corre que te lo doy.

Nada más verme cuando aparece por el pasillo, empieza a negar con la cabeza, una y otra vez, enfadada, hace una mueca con la boca, entre tristeza y enfado, suspira y se detiene frente a mí.

—Me gustaría agradecerte todo lo que has hecho por nosotros, por habernos cuidado, cebado y por haberle hecho ese abrigo que tan bien le queda a Turrón.

—No tenías por qué hacerlo.

—Es un detallito, mujer.

Cuando lo abre se queda pasmada, creo que no esperaba que le fuera a regalar un centro de mesa.

—Está hecho de cristal, por dentro lleva flores secas, arena de la playa y alguna que otra piedrecilla.

—Es muy bonito, gracias.

—He traído otra para Roxanne, por haber preparado la noche de ayer con tanto cariño.

—Ha sido un placer teneros por aquí, y espero que vengáis más veces a vernos.

—Lo mismo digo, lo he pasado genial —contesto con una amplia sonrisa.

Adoro a esta mujer, cada vez que la veo más me gusta y más cariño le cojo, no me extraña que John se quedara prendado de ella nada más verla, porque es una auténtica joya, tanto por dentro como por fuera.

—Tu madre es maravillosa, tienes suerte de tener a una mujer como ella a tu lado —le digo a Collins, aun teniéndola delante.

—Anda, no digas eso —exclama.

—Y tanto que sí, Rosa, eres una dulzura.

Me abrazo a ella, ojalá tuviera yo una madre como ella. Se desespera por sus hijos, los quiere con todo su corazón y su alma, estoy segura de que daría la vida y lo que hiciera falta por ellos. Inspiro, espero poder verla muy pronto, ya sea aquí o en Barcelona.

—Gracias, Natalia.

—Chicas, tenemos que irnos —dice Collins.

—Os llevamos —anuncia John padre.

—No hace falta, nos llevará Laura —contesta su hijo.

—Vamos todos entonces, yo quiero ir.

Rosa se pone la chaqueta, al igual que John padre, Laura aparece por las escaleras con su enorme bolso, ahí dentro cabe hasta Turrón, y luego me quejo yo de que no encuentro las cosas en el mío, y eso que es la mitad.

Llegamos al aeropuerto algo justos de tiempo, tenemos que ir a facturar a Turrón, y pasar todos los controles antes de las tres, son las dos y media... Lo peor de todo es que tendremos que comer en el aeropuerto y el pequeñajo no podrá hacerlo hasta que lleguemos a casa.

—Gracias por venir —me dice John al oído, cuando me abraza para despedirnos.

—Ha sido un placer.

A este hombre le falta cariño, debería ser menos cabezón y dejarse querer más por su mujer y por su hija. Si realmente supiera cuanto le quieren no sería tan serio. Le sonrío cuando nos separamos, hace una mueca, intentando devolverme el gesto, pero casi no lo consigue.

—Te echaré de menos, hijo —dice Rosa entre lágrimas.

—Mamá, no llores, ya hemos pasado por esto cientos de veces, estaré bien.

—Lo sé, cielo, lo sé, Natalia cuidará de ti... Me apena ver que vuelves a marcharte, te echaré tanto de menos...

—Bueno, no exageres, que estamos muy bien sin él —le interrumpe Laura, sacándole la lengua.

—Ya te vale —contesta Collins entre dientes.

Niega con la cabeza, coge una de sus manos, tira de ella y le abraza con fuerza, adora a su hermana, y ella a él.

—Os echaremos de menos —nos dice Laura— a ti también chiquitín —mete un dedo por dentro de la jaula, lo suficiente como para poder acariciar la cabecita de Turrón.

Este no deja de temblar, tiene miedo, y es normal, tan pequeñito que es y ya está volando, hay gente que no ha subido nunca a un avión, él con menos de un año ya va a sobrevolar Francia. Facturamos las maletas, y a Turrón, nos despedimos de nuestra familia y nos marchamos.

Nada más llegar a casa, dejo que el cachorro inspeccione la zona, tiene que ser

extraño para él estar en un lugar que no conoce, pero a partir de ahora este será su nuevo hogar, con nosotros. Es tan gracioso, lo huele todo, empieza por la cocina, la zona de la mesa grande, y llega al sofá, donde intenta subir.

—Es tan mono... —murmuro observándole.

Collins asiente, con una amplia sonrisa en los labios. Deja su maleta al lado de la isleta, coge los cuencos que le compramos a Turrón, y los llena de comida y agua, para que pueda saciarse después del largo viaje. El pequeño corre hacia él, se apoya en sus piernas, pidiéndole que lo deje ya en el suelo.

—Pobrecito, tiene que tener una sed...

Efectivamente, el animalillo no se separa del agua, ya verás después cuando tenga que salir, vamos a estar media hora para que haga sus necesidades. Me paso una mano por la cara y por el pelo. Bostezo, y estiro los brazos.

—Madre mía... Estoy tan cansada...

—¡Pero si te has dormido en el avión! —exclama.

Me río, es verdad, la vuelta ha sido mucho mejor que la ida, sobre todo porque me he quedado frita nada más sentarme en el asiento. Las gotas se han mezclado con el cansancio y han hecho que caiga rendida nada más subir.

—Aun habiendo dormido tengo un sueño que me muero... Creo que cuando me meta en la cama no voy a volver a levantarme hasta la semana que viene o la siguiente.

—Pues de eso nada, que solo tienes dos días para descansar, luego a trabajar de nuevo.

Tiene razón, solo me quedan dos días para acabar de despejarme y ponerme al día con todo lo que ha pasado con Joel. Ya ni siquiera me acordaba...

—Voy a dejar las cosas arriba.

—De acuerdo, yo me quedaré aquí, con Turrón.

Por una parte se me hace raro llegar a casa, antes me habría encontrado con Lucía nada más abrir la puerta. La echo de menos. Subo a la habitación, dejo la maleta junto al armario y la bolsa encima del sifonier, abro el primer cajón y para guardar la ropa interior. Durante unos segundos se me hiela el corazón y el alma. Las manos me tiemblan y un terrible sudor frío recorre mi espalda. Los ojos se me llenan de lágrimas, apenas puedo moverme. Cojo el blíster de pastillas rosas y blancas y me siento a los pies de la cama.

—Mierda...

Capítulo 19

Cojo a Turrón, para que no se quede solo en la planta baja, le dejo en uno de los escalones a media escalera, a ver qué es lo que hace. Estos son más cortos que los de casa de mis padres, por lo que tal vez pueda subirlos. Me mira, con miedo, le animo con las manos, y al final acaba intentándolo.

—Muy bien, pequeño. —Le felicito al ver que consigue subir varios escalones sin caerse—. Espera ahí. —Le pido.

Bajo a por la maleta y la bolsa del portátil. Me lo cuelgo bien, para que no se me caiga al subir. Cuando entro en la habitación veo a Natalia sentada al borde de la cama, con algo en las manos. Lo deja sobre el colchón, guardándolo bajo sus piernas. Se pasa las manos por la cara, recoge su pelo en un moño, y me mira.

—¿Estás bien? —pregunto preocupado.

Hay algo que no va del todo bien, o por lo menos eso me lo parece. Apenas he podido ver qué era lo que tenía en las manos, lo que hace que empiecen a rondarme cientos de ideas por la cabeza.

—Sí, claro —vuelve a acariciarse las mejillas y hace una mueca, algo parecido a una sonrisa—. ¿Por qué no lo iba a estar?

—No, por nada.

Asiente un par de veces, pone la maleta sobre la cama y empieza a sacarlo todo, dividiéndolo en dos montones, la ropa que es para lavar y la que tiene que colocar de nuevo en el armario. Su teléfono empieza a sonar, lo coge y se baja al salón, ¿desde cuándo se va cuando tiene que hablar? Esta mujer está rara, muy, muy rara. Espero que lo que le ocurra no sea más que una de sus tonterías, sino tendré que hacer que me lo cuente. Turrón aparece acabando de abrir la puerta de un cabezazo, que lo deja algo desconcertado.

—¡Pero serás cabezota! —exclamo.

Le cojo en brazos y lo dejo sobre la cama, sé que no debería hacerlo pero no puedo resistirme a esos ojos que tiene. Deshago mi maleta, y cuando está totalmente vacía veo como el cachorro se mete en ella, tumbándose, como si fuera una cama para él.

—Eh, esto no es tuyo.

Alza la vista, levantando las orejas, sabe que le hablo a él, pero no hace nada, solo me mira. Abro el armario, y de él saco una camita que compré cuando le pedí a Laura que fuera a por un cachorro. La coloco en el lado en el que duerme Natalia, lo más seguro es que quiera estar con ella todo el rato. Mira cómo voy moviéndome por la habitación para acabar de colocarlo todo en su sitio, y cuando ve que voy a salir, para ir al baño a dejar las cosas del neceser, empieza a llorar.

—Ven, anda.

Baja de la cama de un salto, se da un pequeño golpe en la cabeza, pero teniendo en cuenta el cabezazo que le ha propinado antes a la puerta, esto no es nada. Miro el móvil, ya es tarde. Solo de pensar que no me quedan nada más que dos días para disfrutar de mis vacaciones, y que cuando llegue Julia va a estar en modo moscona, me pongo de los nervios. Será mejor que me dé una ducha, me ponga la ropa de ir por casa y mire que hay para hacer de cena, porque a este paso, y teniendo a Natalia al teléfono no creo que cenemos hasta mañana.

—¿Te vienes, *compañero*?

Dios, a medida que paso tiempo con Nati se me van pegando sus tonterías, como eso de hibridar palabras. A la vista está. Turrón me persigue hasta que entramos ambos al baño, meto la ropa que había dejado sobre la cama en el cesto de la ropa sucia, mañana será el día de recogerlo todo y tener que hacer lavadoras, no podemos tener la casa hecha unos zorros.

Me ducho rápidamente, me pongo el albornoz, me paso una toalla por el pelo, y lo peino. Antes de salir, entra ella, guardándose el teléfono en el bolsillo de atrás.

—He pensado que podríamos pedirle algo a Marc, me apetece pasta.

—Perfecto.

Parece algo más animada que hace un momento, lo que me alegra, no me gusta verla preocupada. Ahora es ella quién se quita la ropa, la echa en el cesto, y me mira, de arriba a abajo. Se muerde el labio, se cepilla el pelo, camina hacia mí y me abraza.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, solo estoy cansada —me asegura— me ha llamado Lucía, para cenar mañana por la noche, dice que tiene ganas de vernos.

—Muy bien, podemos organizarlo aquí mismo, si quieres.

—Claro —contesta sonriente—. Voy a ducharme y miramos lo que vamos a cenar, ¿te parece?

—Genial, yo voy a terminar de secarme y bajo con este a ver si come un poco.

Asiente, sonrío y se mete dentro de la bañera, corriendo la cortina, para no mojar el suelo. Turrón se tumba sobre la toalla que hay en el suelo, para que luego pueda salir, y me mira.

—¿Vas a quedarte ahí?

No aparta sus ojos de mí, pone cara de cachorrillo triste y llora.

—No puedes quedarte ahí, Turrón, vamos. —Le ordeno.

Pero no parece hacerme caso, sigue a lo suyo, sin moverse del sitio.

—Turrón —le llamo—. Vamos.

Nati para el agua, coge el jabón y se echa en la esponja, tras eso, abre la cortina, nos observa a los dos, yo con mi albornoz, hablando con un perro que ni siquiera me entiende cuando le digo las cosas.

—¿Tú qué crees que está pensando?

—Pues en poca cosa, porque con lo pequeño que es, y teniendo en cuenta que es un perro...

—No le subestimes —dice guiñándome un ojo—, ve con él, Turrón.

El cachorro se pone en pie, dispuesto a seguirme, ¡será malo! No sabe nada... Hace todo lo que le dice Natalia, pero bueno... ¿Quién no iba a hacerlo y dejarse sucumbir bajo sus encantos? Salimos del baño, me pongo el pijama y bajamos al comedor, aunque en algún que otro momento tengo que ayudar al pequeño para que baje y no se caiga rodando. Rebusco la carta de *La Tagliatella*, pero no la encuentro por ninguna parte. Por lo que decido enviarle un mensaje a Marc, para que me pase una fotografía en la que se vea y así poder llamar. Me manda las fotos, nos ha salvado de tener que ir hasta allí, la verdad es que no me apetece nada salir de casa, solo quiero sentarme en el sofá, cenar con mi chica y ver la televisión.

—Gracias, tío. ¿Trabajas esta noche?

—Sí —contesta segundos después—, entro en 10 min.

—Perfecto, en un rato llamamos.

—Ok.

Tras eso, dejo el móvil sobre la isleta de mármol, cojo uno de los manteles pequeños que tenemos para la mesa que hay frente al sofá, y lo coloco encima. Turrón no deja de perseguirme allá donde voy, de un lado a otro, pasando por delante de mí. Preparo los cubiertos, platos, servilletas y vasos. Subo al cachorro al sofá, se hace una pequeña bola, sin dejar de mirarme. Cojo el móvil y el teléfono de casa, y me siento al otro extremo del sofá, cuando me ve, Turrón se acurruca a mi lado, pegándose a mí por completo.

Natalia no tarda en bajar, se ha puesto el pijama, se ha recogido el pelo en un moño, y lleva una sudadera de las mías, le queda enorme. Está preciosa, lleve lo que lleve, me encanta.

—¿Por qué me miras así? —pregunta vergonzosa.

Sus mejillas se tornan rojizas, a causa del sulfuro que siente cuando me quedo mirándola, suele decirme que le pone nerviosa que lo haga.

—¿Acaso no puedo disfrutar de la belleza de mi hermosa prometida? Me gusta deleitarme mirándote.

—Anda, ya, no digas tonterías —dice acercándose a mí.

Le hago un gesto para que se siente en mi regazo, me dice que no con la cabeza, cojo una de sus manos y tiro de ella, hasta que acaba cayendo encima de mí.

—¿Miramos lo que pedimos para cenar?

—Claro.

Desbloqueo la pantalla del móvil y pongo las fotografías que me ha enviado Marc y se las enseño.

—¿Qué quieres tomar?

—Pasta, me apetece pasta.

—Miremos las pastas pues.

Busco la parte en la que salen las pastas, para que así pueda elegir lo que más le llama la atención.

—Podríamos pedir una ensalada para compartir —propone pensativa.

—Perfecto, ahora lo miramos, vamos primero a por las pastas.

Lo miramos todo y tras eso permanece en silencio, mirando la carta, esta mujer no es más indecisa porque para ello debería esforzarse, pero bff... Todo lo que es decidirse por algo le cuesta muchísimo.

—Quiero uno de eso —dice señalándome de que quiere la pasta— unos *Tagliatelle*.

—De acuerdo.

Pasamos a las ensaladas, yo ya tengo pensado que es lo que quiero pedir, por suerte no me cuesta tanto como a ella.

—Esta.

Cojo el teléfono de casa, llamo al restaurante, suenan varios pitidos y justo cuando voy a colgar, alguien lo coge.

—Buenas noches, restaurante *La Tagliatella*, soy Marc Castro, ¿en qué puedo servirle?

—Marc, soy Collins.

—Buenas noches, John, ¿ya sabéis que es lo que vais a querer?

—Sí.

—Muy bien, cántame.

—Queremos una ensalada de *foie* y jamón de pato, unos *tagliatelle* a la *trufa e fungi*, y unos *tagliarini de noci e gorgonzolla*.

—Muy bien, ¿algo más? ¿Para beber? ¿Postre?

—Sí, unas trufas de chocolate.

—¿Trufas de chocolate? —pregunta Nati.

Asiento, y le guiño el ojo. Resguarda una de mis manos entre las suyas, las besa y espera a que siga hablando.

—Todo apuntado, ¿algo más?

—No, ya está.

—En un rato lo tendréis.

—Gracias, Marc.

Me quita el teléfono, se lo pone en la oreja y se prepara para hablar, carraspeando.

—Oye, dale un buen beso a mi niña, y cuídala, ¡cómo no la cuides te las verás conmigo, Marc Castro!

—Sí, tranquila.

—Ya veremos.

—¿Siempre que hablamos por teléfono me lo tienes que decir?

—Sí —dice escueta—. Además, ni que habláramos mucho... —exclama— vamos a trabajar, y menos cháchara.

Escucho como Marc se ríe al otro lado, aunque se lo diga mitad de broma mitad de verdad es imposible que no se ría, sería gracioso ver a Nati enfrentándose a un chico como Marc.

—En un rato lo tenéis por ahí.

—Gracias, guapito de cara —añade.

Coloca el fijo en la base que hay sobre la mesilla y se deja caer en la parte que estaba vacía. Turrón, hace lo mismo que antes, al ver que está allí se arrastra por encima de este hasta que lo siente contra su diminuto cuerpo.

—¿Qué dan en la televisión? —pregunta.

Termina de acomodarse tapándose con una manta y poniendo los pies encima de mis piernas.

—Tendrás morro...

—¿Yo? ¿Por qué? —dice haciéndose la tonta.

—¿Por esto? —señalo sus pies.

—La futura señorita Collins está muy, muy cansada —ronronea provocándome—. Necesito descansar.

Se refiere a sí misma como la futura señorita Collins a sabiendas que no podré negarle nada y mucho menos si encima me recuerda que ha aceptado a ser mi mujer.

—Eres mala, y manipuladora —espeto mirándole con los ojos entrecerrados.

—¿Yo? ¡Encima!

—Sí, tú, sabes que no puedo negarme...

—¡Lo sé! —exclama— y me encanta —admite.

Digo que no con la cabeza, esta mujer no tiene remedio, no cambiará nunca, aunque por nada del mundo querría que dejara de ser como es, sino no sería tan única y especial como lo es ahora mismo.

—Entonces...

—¿Qué dan por la TV? —Termino la frase que estaba diciendo ella.

—Sí.

Abro el menú donde sale toda la programación, para que vea que es lo que esta noche emitirán. Voy bajando a medida que me va haciendo una señal.

—Mmmm... —dice en voz baja.

No dan nada interesante, todo son programas del estilo reality, y a ambos nos ponen muy nerviosos ver cómo empiezan a gritarse los unos a los otros, hay gente que no tiene educación ni respeto.

—¡Mira! —Grita señalando con el dedo la pantalla.

—¿Qué?

—Dan *Hotel Transilvania* —exclama—. ¡Necesito verla! ¿Podemos verla? Por favor —dice alargando la última vocal.

No soy mucho de películas de dibujos, pero por ella cualquier cosa.

—Venga, vale.

—Empieza en media hora, así la veremos mientras cenamos.

Hay veces que la veo y pienso que es algo infantil, incluso inmadura, pero luego me doy cuenta de que solo son destellos de esa niña que lleva en su interior y que aún vive en ella, a sus veinticinco años ha crecido demasiado rápido.

—Oye...

—Dime, cielo.

—Me lo he pasado genial en Cardiff, no había estado nunca y es precioso, casi más que Londres.

—¿Casi más que Londres? Cardiff es mucho más bonito que Londres —digo ofendido.

Realmente me duele que haya dicho eso, para mí Cardiff es el lugar más bonito del mundo, seguro que hay algunos mejores, pero no para mí, y aun siendo Londres un lugar fantástico, no se puede comparar con mi hogar.

—Bueno, bueno... No quería enfadarte, señorito.

—No es que me enfade, nena...

Hace una mueca, creo que tan solo con mirarla ha entendido lo que estoy sintiendo por dentro.

—En realidad lo más bonito que ha habido en toda Inglaterra eres tú, cielo.

—Ya... Ahora prueba a arreglarlo —digo intentando parecer enfadado.

Tuerce el gesto, a lo que respondo con una amplia sonrisa y riéndome de ella. Me da un golpe en el brazo con fuerza, tanta que incluso llega a dolerme.

—Te odio —murmura.

—Mentira.

Abre los ojos tanto como puede, frunce el ceño y acto seguido cruza los brazos bajo sus pechos.

—¿Me estás llamando mentirosa?

—Estoy diciendo que es mentira que me odias, me amas casi tanto como yo a ti.

—¿No tanto como tú a mí?

Asiento repetidas veces, nunca podrá amarme tanto como le amo yo a ella, nadie podrá hacerlo jamás.

—¿Tú cómo sabes eso?

Se pone en pie, dejando al cachorro tapado con la manta que antes le cubría a ella. Pone sus pequeñas manos sobre mis hombros, y se sienta a horcajadas encima de mí. Me mira fijamente, sus pupilas están dilatadas, se relame los labios, y se pega cada vez más a mí, lo que me dice que tiene ganas de algo más que discutir quién quiere más a quién.

—Así que, dices que tú me quieres más a mí... —susurra sensualmente contra mi oído.

—Ajá...

—Pues no creo que eso sea así —pasea su dedo índice por mi pecho, por encima de la camiseta, hasta que llega a mi cuello.

—¿Quieres jugar, gatita?

Sonríe de medio lado, me encanta. Asiente sin apartar su mirada de la mía, agarro su cintura y hago que no pueda moverse de donde se encuentra. Durante unos minutos permanecemos en silencio, mirándonos, quietos, con solo el sonido de la

televisión llenando el ambiente. La beso con ansia, con desesperación y deseo, mucho deseo. Pero, entonces, se pone en pie, me guiña un ojo y va hacia la cocina.

—Esto te pasa por reírte de mí.

¡Pero será mala pécora! Mira que le gusta sacarme de mis casillas y si es de esta manera aún mejor. Me pongo en pie rápidamente, y voy tras ella, esto no se va a quedar así, ni mucho menos.

—¿Ah sí? —pregunto colocándome tras su espalda, acariciando su cuerpo sobre la tela del pijama.

Cuelo una de mis manos por debajo de su camiseta, recorro su vientre, con delicadeza, hago que se dé la vuelta, y la beso, cada vez con más fiereza, sé que tarde o temprano acabará cayendo en mis redes. Bajo la mano, aún por dentro de la ropa, y la meto por el pantalón.

—Ajá —dice al sentirme.

Parpadea varias veces, se muerde el labio inferior, aunque acabo siendo yo quién se lo muerde, con algo de fuerza, la suficiente como para que un débil gemido se escape de su interior. Sonrío contra su boca, adoro volverla loca.

—Collins... Collins...

—¿Qué, nena? —le pregunto entre beso y beso.

—Tengo ganas de ti.

Veinte minutos más tarde, llega el repartidor. Le pago la cena, meto las trufas en la nevera para que no se deshagan, y llevo la cena a la mesa. Natalia me espera hambrienta, y exhausta sentada en el sofá, con la televisión puesta para ver Hotel Transilvania.

—Tengo muchas ganas de ver esta película.

—Pues ya la vas a ver —le sonrío.

Me pongo mi sudadera granate, y subo la calefacción, se nota que no ha habido nadie en casa desde que nos fuimos, está todo frío y aun habiéndola encendido nada más llegar todavía el ambiente no se ha caldeado del todo.

—¿Pongo la ensalada en una de las fuentes?

—Sí, mejor.

Cojo el recipiente donde nos han traído la ensalada, y con mucho cuidado lo paso todo a una fuente de cristal, donde podremos comérsola mejor. Se sirve un poco de su pasta en el plato que le he puesto, empieza a comer, sin esperarme, mira que le gusta comer...

—Gracias por esperarme, cielo —digo irónicamente.

—De nada, amor mío —contesta jocosa.

Ni siquiera ha levantado la mesa, prefiere agacharse que hacer un pequeño esfuerzo para levantarla y que sea mucho más cómodo para ella. Niego con la cabeza, cojo unas pinzas para poder servir la ensalada, y lo dejo todo sobre la mesa.

—¿Se come bien?

—Sí, ¿por qué?

—Te vas a dejar la espalda.

—Ya...

Se aparta, lo suficiente como para que sea yo quien la suba y así no tener que esforzarse. Sigue comiendo, sin decir nada. Me siento a su lado, la observo comer, me encanta verla disfrutar así de la comida. Por desgracia hay algunas chicas y chicos que padecen desórdenes alimenticios, no disfrutan comiendo, incluso llega a repugnarles el comer.

—¿Está bueno?

—Sí, ¿quieres? —murmura enrollando un poco en su tenedor.

—Claro.

Cuando abro la boca para comérmelo, ella hace lo mismo, como haría una mamá con su bebé, lo que por un momento me ilusiona.

—Está delicioso.

La beso y aún sabe más buena en su boca.

—Voy a por agua.

Asiento, y me sirvo un poco de mi comida, mientras ella se levanta grácilmente para ir a la nevera a por algo que beber.

Cenamos tranquilamente, sin dejar nada de nada en los platos, las trufas vuelan, y eso que Natalia ni siquiera sabía que las iba a pedir hasta que me ha escuchado. En un intermedio de la cadena, recogemos todos los platos que hemos utilizado y los metemos en el lavavajillas, que lo limpie solo.

—John... —dice Nati poniendo una mano sobre su vientre.

—¿Qué ocurre?

—Creo que voy a vomitar.

Dios... Otra vez no... La cojo en volandas, rápidamente, para que así le dé tiempo a llegar al baño. Pongo una toalla sobre la que usamos para salir de la ducha, para que así no se haga daño en las rodillas y no coja frío. Se apoya en la taza del váter, me mira de lado, su cara ha palidecido, y le brillan los ojos, llenos de lágrimas. Le recojo el pelo, para que no se le ensucie si vomita, y me siento a su lado.

Un rato después no ocurre nada, tan solo esperamos a que vomite o se le pasen las ganas pero por alguna razón ni lo uno ni lo otro ocurre.

—¿Cómo te encuentras?

—Igual —dice en voz baja.

Nada más hablar se agarra con fuerza a la taza y acaba echando la cena. Madre mía... La aguanto, para que no se caiga. Cojo aire, intentando no vomitar yo también a causa de la impresión.

—Ya está cielo —la animo pasándole una mano por la mejilla.

Corto un trozo de papel y se lo doy para que se limpie la boca, pero segundos después vuelve a vomitar.

—¿Mejor?

—Sí... —susurra, débil.

—Tranquila, pequeña... —suspira, cansada—. ¿Vamos a la cama?

—Sí, por favor...

Tiro de la cadena, la ayudo a que se enjuague la boca, y la llevo a la cama para que descanse. Aparto un poco las mantas para que pueda resguardarse bien bajo ellas, la tapo para que no coja frío y me siento a su lado.

—¿Te traigo una manzanilla?

Asiente, con los ojos algo rojos a causa del esfuerzo que le ha supuesto. Le preparo la infusión bien caliente, para que no se enfríe mientras se la toma, la subo a la habitación, junto a una botellita de agua que me guardo en el bolsillo de la sudadera.

—¿Y Turrón? —me pregunta.

—Ahora te lo traigo.

Bajo a por él, parece que no se ha percatado de nada, sigue durmiendo en el sofá como hace una hora. Pobrecillo. Lo cojo en brazos, y lo subo a la habitación, dejándolo en su cama, junto a Natalia.

—Gracias.

Me meto en la cama con ella, le acaricio el pelo intentando tranquilizarla, se toma lo que he traído y acaba quedándose dormida, al igual que yo.

Escucho algo, gritos lejanos que cada vez se vuelven más nítidos y fuertes. Abro los ojos, aterrorizado, Natalia no deja de moverse.

—John, hay algo... John... —Llora.

Enciendo la luz de la lámpara de la mesilla de noche, la cama está llena de sangre, igual que toda ella. Tiene las manos empapadas en el líquido.

—John... Por dios... ¿Qué está ocurriendo? —pregunta desesperada.

Las lágrimas empiezan a descender por sus mejillas, los gritos no cesan, se aprieta el vientre, intentando calmarlo.

—Tranquila, vamos a arreglar esto, ¿sí? —digo intentando mantener la compostura.

Trago saliva, un enorme nudo se crea en mi garganta, apenas me salen las palabras, no tengo siquiera fuerza para seguir en pie, pero tengo que hacerlo por ella. Por salvarla de lo que le esté ocurriendo. Cojo el móvil y torpemente marco el número de emergencias.

—Buenas noches, necesito una ambulancia ahora mismo, mi mujer está sangrando, le duele mucho en la zona abdominal, no sabemos que es lo que le ocurre... Por lo que más quiera, señorita, ayúdenos —le ruego.

—Ahora mismo mandamos una ambulancia a su ubicación.

Asiento repetidas veces, nervioso. Las manos me tiemblan muchísimo. Son las tres de la mañana, ¿qué demonios está ocurriendo? ¿Qué le pasa? Marco el teléfono de Lucía, necesito que venga a ayudarnos.

—¿Qué? —dice adormilada.

—Lucia... Lucia, por favor, tienes que venir a casa, Natalia no deja de sangrar,

algo malo ocurre...

—¡Joder! Ahora mismo voy, ¡TÚ LEVANTA! —Le grita a alguien—. Joel, venga, joder... Nat... Nat... Joder... —dice llorando—. Ahora mismo vamos para allá, tranquilo, John, ahora vamos... —Repite.

Cuando cuelgo, dejo el móvil en el bolsillo de la sudadera que ni siquiera me había quitado, y miro a Natalia, quien no deja de llorar, desconsolada.

—Cielo, tranquila, no pasa nada... —Intento darle seguridad, pero no parece funcionar.

—Sí pasa... Algo malo hay en mí... John... ¿Y si me estoy muriendo? Hay algo que no va bien... —dice entre lágrimas.

Dejo unos tejanos sobre la cama, y en una bolsa de deporte meto ropa de Natalia, y cuando voy a ir al baño vuelve a gritar.

—John... Por dios... No me dejes sola.

—Voy a por una toalla, cielo, tranquila.

Llora perdida, aterrorizada. Voy al baño, me miro en el espejo y veo como varias lágrimas recorren mis mejillas. Mierda. Me lavo la cara, no puedo dejar que me vea así, tengo que ayudarla a ser fuerte.

Capítulo 20

—Todo irá bien... —me asegura.

—No...

Lo puedo sentir, hay algo que se corrompe, algo que no va bien. Una parte de mí acaba de morir, hay algo que ya no está conmigo... Suspiro, cogiendo aire para poder aguantar este dolor que me atraviesa.

—Tranquila, Natalia —me dice el enfermero de la ambulancia.

—No, no puedo estar tranquila.

—¿Ha perdido mucha sangre? —Le pregunta Collins.

—Eso lo determinaremos en el hospital.

Escucho como las sirenas de la ambulancia empiezan a sonar, nos ponemos en movimiento, adiós cama, adiós casa. Adiós.

El doctor que ha estado examinándome, nos hace pasar a una sala aparte, a mí me llevan con camilla y Collins se niega a apartarse de mi lado, sigue cogiéndome de la mano, igual que hacía cuando estábamos en la ambulancia. Coloca la camilla junto a un ecógrafo, una enfermera que ya estaba dentro de la habitación me pide que me levante la camiseta. Me echa un gel transparente que está terriblemente frío.

—Bien, señora Reyes.

—Llámeme Natalia —le pido.

Estoy aterrada, tengo tanto miedo a lo que se pueda ver en la pantalla... Por una parte se lo que puede ser, pero solo deseo que no lo sea. Pone la parte que va a ayudar a que veamos lo que tengo dentro, sobre mi vientre, encima del gel. Mira la pantalla, hace una mueca con la boca, deja ir un chasquido y se vuelve hacia nosotros. Collins me coge la mano con más fuerza que antes, y la acaricia haciendo círculos sobre ella con el pulgar. Siento como mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas que luchan por deshacer este nudo que tengo en la garganta y que apenas me deja respirar.

—Tengo una buena y una mala noticia.

—Díganos —espeta Collins, nervioso.

Yo apenas puedo decir nada, las palabras se agolpan en mi boca sin conseguir salir, temerosas de lo que pueda ocurrir si lo hacen.

—Natalia, lo que le ha ocurrido es algo natural, y no es malo.

—¿No acarreará efectos secundarios?

—No.

Un enorme peso se me quita de encima, pero entonces me doy cuenta de que mis sospechas estaban en lo cierto, y han acabado cumpliéndose.

—Natalia, ha sufrido un aborto precoz.

—¿Aborto? —pregunta Collins confuso—. ¿Cómo que aborto?

—Lo más seguro es que el feto no tuviera más de dos semanas de vida.

—¿El feto?

Todo mi cuerpo empieza a temblar, me suelto de la mano de Collins y rompo a llorar, desesperada, un enorme y profundo vacío nace en mi interior. Un grito gutural rasga mi garganta y libera parte del dolor que siento por dentro.

—Sí, señor Collins, su esposa estaba embarazada.

Se pasa una mano por la cara, suspira, pero no dice nada. Siento como en este momento mi corazón se parte en mil pedazos. Llevándose parte de mí consigo. Mi llanto vuelve, tornándose aún más desgarrador que antes.

—Yo... —consigo decir.

—¿Lo sabías? —Me pregunta dolido.

Desvío la mirada a la pantalla, no se ve nada en el interior de mi vientre, el bebé a muerto, su pequeño corazón ha dejado de latir, ha perdido su vida.

—Cuando... Cuando... Cuando hemos llegado me he dado cuenta de que me había dejado las pastillas en casa...

—Lo sabías... —dice en voz baja.

Se pone en pie, me lanza una última mirada y sale de la habitación, sin apenas fuerza.

—¿Podré tener hijos?

—Sí, esto no quiere decir que no pueda hacerlo o que sea estéril.

—¿Estéril?

—La muerte un feto tan joven puede haber sido causada por una anomalía cromosómica, no estaba hecho para vivir, Natalia, pero no es culpa suya...

—Gracias, doctor.

—Ahora sentirá como le viene la menstruación, si ve que sangra más de lo normal, mucho más, no duden en venir a verme, estaré encantado de poder ayudarle en lo que este en mi mano.

—Gracias, doctor.

Mi cuerpo ha creado a un bebé que no podía vivir... Él debería haber nacido, tendría que haber estado correteando por casa, pero el destino ha querido que desaparezca...

—No sé si ya le han informado, pero deberá permanecer en el hospital a lo largo de esta noche, hasta mañana a media mañana, que es cuando le daremos el alta.

—Entendido.

—Ahora la llevarán a su habitación.

Un celador entra en la sala con una silla de ruedas, me ayuda a bajar de la camilla, y me saca de aquí. Al salir me encuentro a Lucia, quien llora desconsolada en los brazos de Marc. Joel está apoyado contra la pared, con la mirada baja y el semblante serio, como si estuviera enfadado.

—Mira, es Nat —dice Marc.

—Oh... Por dios... Nat... —exclama al verme— me tenías tan preocupada...

—Estoy bien —murmuro en voz baja—, ¿y Collins?

—Ha salido a tomar el aire.

—Ah... Vaya...

—¿A dónde te llevan?

Cierro los ojos, llena de angustia, el dolor se ceba conmigo, desmorona todo lo que hay en mi interior. Por una parte desearía que mi futuro marido estuviera a mi lado, pero por la otra parte no quiero ver la decepción en sus ojos, la agonía de su triste mirada...

—A la que será su habitación esta noche —le contesta el celador al pasar por delante de ella.

Vienen los tres detrás nuestra, como si fuéramos los guías en una excursión. Me lleva a una habitación en la que hay una mujer dormida, con la pierna escayolada. El celador corre la cortina que hay entre ambas, para que así haya algo más de intimidad y no la molestemos.

—Si necesita algo apriete este botón y una enfermera vendrá a ayudarle.

—Gracias.

Tras eso, sale de la habitación, dos minutos después aparecen mis amigos, intentando hacer el menor ruido posible.

—Nena, ¿qué te ha pasado?

—¿No os lo ha contado John?

—No, solo nos ha dicho que necesitaba tomar el aire.

Inspiro y expiro, mis ojos vuelven a inundarse, pero intento que esas dichosas lágrimas se desvanezcan y dejen de atormentarme.

—He sufrido un...

—¿Un qué? —pregunta histérica.

—Un aborto precoz.

Abre los ojos como platos, sorprendida, cuando hablamos hace apenas unas horas, no le dije lo que estaba rondando mi cabeza, no quería decirle algo si no estaba segura de ello, mañana mismo había pensado ir a por una prueba de embarazo, pero ni a eso ha dado tiempo.

—¿Estabas embarazada?

—No estaba segura, iba a ir mañana a la farmacia...

—Deberías habérmelo contado.

—No quería decirte nada hasta que no fuera seguro...

—¡Mira lo que te ha pasado! —Me regaña.

Bajo la mirada, y me echo a llorar, angustiada, tiene razón, deberíamos haber ido nada más verlo, no tendría que haber esperado... Lucía se sienta junto a mí en la cama, y me abraza con fuerza.

—Ya está pequeña.

—No me dejes sola —le ruego.

—Nunca te dejaré sola.

Lloro desesperada, este dolor no se esfuma, no se disipa como lo hacen mis

lágrimas, no desaparece empapando la tela de la almohada... No puedo con esta tortura, tengo tanto miedo, no quiero volver a pasar por esto, ¿y si cuando intentemos tener un hijo vuelve a pasarnos esto?

Diez minutos más tarde aparece John por la puerta, serio, apenas me mira. Joel y Marc nos han traído agua, y han preguntado si podía comer algo, pero nos han dicho que no, por lo que toca esperarse hasta mañana.

—Ya podéis iros... —digo en voz baja—. No es necesario que estéis todos aquí... Ya estoy bien —les aseguro, aunque no creo que parezca muy convincente, ya que no estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí, id a descansar, hermanita.

—Vale... Pero mañana estaré aquí a primera hora.

Niego con la cabeza, tengo suerte de tener una joya como esta de hermana. Me da un beso en la mejilla, y me abraza con fuerza. Contengo las lágrimas que amenazan con salir. Se acerca Joel, quien me da un beso en la frente, sonrío y susurra algo que apenas puedo descifrar. Marc también me abraza, y me pide que sea fuerte, y me asegura que cuidará de ella.

—Adiós —les digo a la vez que muevo la mano.

Cuando salen, Collins se sienta en la butaca que hay junto a la cama, me mira, sus ojos emanan tristeza, están rojos, ha estado llorando, lo que hace que se me caiga el alma a los pies, no puedo soportar saber que ha llorado y que yo he sido la culpable de ello.

—Lo siento —murmuro.

—Tendrías que habérmelo dicho, Natalia —dice serio.

Me siento débil, tanto que soy capaz de quebrarme como un hoja seca. Me paso las manos por la cara, y me escondo tras ellas, intentando calmar mi pena.

—Por dios... Natalia... Tenía tanto miedo —susurra— tanto...

Acerca el asiento a la cama, apoya sus manos y la cabeza en mis piernas, y llora como un crío, desesperado, como si le hubieran arrancado el corazón del pecho, como si el dolor más profundo y terrible se cerniera sobre él.

—Estaba aterrado, perdido, no sabía qué hacer, solo quería salvarte a cualquier precio... —Su voz acaba desapareciendo—, si te pasara algo... Yo... Me moriría.

—No va a pasarme nada, cielo.

Le acaricio la cabeza, enterrando mis dedos en su pelo, intentando calmar su desazón.

—Tranquilo, John, estoy bien...

—¿Qué te ha dicho el doctor?

—El feto tenía una anomalía cromosómica, o algo así, pero yo no tengo ningún riesgo, es algo natural...

—¿Ya no podremos tener hijos? —pregunta desanimado.

—Sí, claro que sí, cielo, este aborto ha sido por el problemilla que tenía el bebé.

Asiente un par de veces, siento como llora en silencio, perdido en los recuerdos de esta noche. Se apoya de nuevo en mis piernas, cierra los ojos, y veo como las lágrimas recorren su hermoso rostro. Le acaricio la cabeza, con delicadeza, intentando calmar el dolor que siente. Estoy bien, físicamente, que lo esté moralmente ya es otra cosa.

El día empieza siendo extraño, una enfermera me despierta temprano, apenas ha salido el sol. Siento un horrible pinchazo en mi antebrazo derecho, ¿qué demonios está haciendo? Abro bien los ojos, aún adormilada, y me doy cuenta de que está sacándome sangre.

—¿Para qué es eso? —pregunto.

—No se preocupe, señorita Reyes, es solo para hacerle un análisis y asegurarnos de que todo está perfectamente bien.

—¿Podría traerme un par de mantas más? Por favor.

La muchacha asiente, se lleva mi sangre y al cabo de cinco minutos vuelve a entrar. Le doy las gracias con la mirada, sonrío y pasa a la señora de al lado, que sigue dormida como un tronco. Me siento en la cama, lo suficiente como para poder tapar a Collins sin que se despierte. Durante unos segundos me quedo quieta, observándole, parece un ángel, tan bueno, tan bello y a la vez tan cabezota. Me da pena verle dormir ahí, en una butaca de hospital, que es lo más incómodo que me he echado a la cara. Aún recuerdo cuando tuve que dormir en una igual cuando Joel tuvo aquel percance a la salida de *La Tagliatella*, tuve suerte de que Collins me trajera. Hay veces que incluso me alegro de que aquello ocurriera, gracias a ello John y yo nos conocimos algo más. Se acurruca bajo la manta, como un niño pequeño, tapándose prácticamente hasta las orejas. No puedo evitar sonreír al verle ahí, con su dulce rostro, dormido, sin preocupaciones.

Por alguna extraña razón me he vuelto a quedar dormida, supongo que el cansancio mental de todo lo que ocurrió ayer me ha pasado factura, es como si no pudiera moverme, como si las piernas me pesaran como yunques y mi cuerpo no pudiera levantarlas. Miro hacia la butaca, y me encuentro con que Collins ha desaparecido, no está, la manta que le cubría anoche está doblada, pero no hay ni rastro de él. Me siento en la cama y llamo a la enfermera a través del botón que me enseñó el celador. Lo aprieto y el penetrante pitido empieza a retumbar por toda la habitación.

—¿Qué alguien pare eso! —Grita histérica la mujer de al lado.

Abro los ojos como platos, pero no digo absolutamente nada.

—¡Joder! ¿Qué mierda es esa? —Vocifera.

Cientos de palabras horrendas que no había escuchado en la vida salen de su boca como si nada, enfadada, o más que eso diría yo que se la están llevando los diablos. Madre mía, jamás había oído algo como esto.

—¡Enfermera! ¡Hostia! ¿Queréis parar esa jodida mierda?

—Tranquilícese, señora —le dice Collins, entrando por la puerta.

—¿Y tú quién mierdas eres para decirme que tengo o no que hacer?

¿Es que esta mujer no puede hablar sin decir jodida o mierda? Parece que solo tenga esas palabras en su vocabulario.

—Soy el marido de su compañera de habitación, y le estoy pidiendo que se tranquilice. —Dice serio.

—Yo haré lo que me dé la gana.

—Muy bien, señora, haga lo que le dé la gana en su casa, pero ahora deje de molestar.

Escucho como la señora gruñe al otro lado de la cortina, a la vez que Collins me mira y pone los ojos en blanco, ¿qué paciencia tiene que tener! Ella no deja de refunfuñar por lo bajini, como si no nos fuéramos a enterar.

—Encima, ¿quién se habrá creído el capullo este que es como para decirme a mi nada?

Y es esto lo que hace que sea yo quien salte, ¡nadie insulta por segunda vez a mi hombre! Una puede ser, la mujer puede no encontrarse bien y puede molestarle el sonido, pero hacerlo dos veces ya es de mala leche.

—Oiga, señora, puede usted irse a donde pica el pollo con su pierna escayolada, con el ruido y con lo que le dé la gana, que ya está bien de gritar, hombre —exclamo enfadada— y deje de decir cosas que no debe, o la ahogaré con la almohada, avisada queda. Tenga un poco de respeto por el resto de la gente.

Collins me mira, asombrado. Estoy enfadada, y mucho, no puede ser que la gente vaya por la vida siendo tan maleducada, puede que no sea culpa de ella, sino de quien le haya enseñado, pero bueno... ¡Que ya le vale! Ya no dice nada más, permanece en silencio hasta que aparece una enfermera, quien, también guiada por los gritos, entra rápidamente en la habitación.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

—¿Cuándo podré irme?

—Cuando lleguen sus resultados, señorita Reyes.

—¿Resultados de qué?

—Ahora te lo explico.

—¿Y a usted que es lo que le pasa? —pregunta seria.

—Nada —dice cruzando los brazos.

—Entonces deje de hacer ruido y molestar.

Se queda callada, enfadada, debería de haberlo hecho así desde el principio, no puede ser que se queje porque está sonando algo, y mucho menos en un hospital, donde todo suena.

—¿Cuáles son esos resultados? —pregunta cuando la enfermera se marcha.

—Esta mañana han venido a sacarme sangre.

—¿Para qué?

—Quieren darme el alta sabiendo que estoy completamente bien y no corro ningún riesgo.

—Ajá...

Collins se sienta a mi lado encima de la cama, pasa uno de sus brazos por encima de mis hombros y me besa en la coronilla.

—Me hubiera gustado tener ese bebé... —dice en voz baja.

Trago saliva, se le ve triste, más de lo que jamás hubiera pensado que estaría. No sabía que quería que tuviéramos hijos, nunca me lo había dicho, no nos lo habíamos ni siquiera planteado. Me siento tan sumamente mal que no sé qué decirle, no sé cómo reaccionar. Apoyo mi cabeza sobre su hombro, parpadeo rápido, tanto que apenas sé cómo puedo ver bien. Lucia aparece justo a tiempo, con una bolsa de papel de las que usamos en el *Jubilee*.

—Niña —exclama con una amplia sonrisa.

—Hola, hermanita —digo tras carraspear.

—¿Todo bien? —Mira a Collins, seria.

—Sí, todo bien.

Me da un beso en la mejilla y me abraza con fuerza, tanta que creo que podría haberme partido algo. Niego con la cabeza, esta mujer no tiene remedio. John se baja de la cama, y se vuelve a sentar en la butaca.

—¿Cuándo sales?

—Dentro de un rato, cuando me den unos resultados.

—Ajá... A ver si no tardan mucho.

Fijo la vista en la puerta, esperando que entre alguien más, pero no aparece nadie.

—¿Has venido sola?

—No, ha venido Marc, está abajo tomando algo, que no ha desayunado —me explica a medida que va quitándose la chaqueta—. Yo te he traído cruasanes para que desayunemos juntas.

—John, puedes bajar a buscar a Marc, así te despejas.

Me mira con mala cara, no quiere bajar, entrecierro los ojos, por lo que acaba poniéndose en pie y saliendo de la habitación.

—Necesito pasar unos días contigo... No puedo estar con él... —siento como mis ojos vuelven a llenarse una vez más de lágrimas.

—¿Qué te pasa, mi niña?

—Que no puedo... Necesito pensar un rato, un tiempo...

—No pasa nada, cielo, ya está... —Pasa sus manos por mi pelo, acariciándomelo —, vente cuando necesites, ya sabes que siempre va a haber un sitio para ti, mi niña.

Lloro en silencio, contra su pecho, buscando un poco de esa paz que solo ella es capaz de proporcionarme.

—Él quería ese bebé, Lucia...

—Tranquila, nena, no pasará nada, podrás tener algún otro —me abraza con más fuerza aún, y pasea sus manos por mi espalda, acariciándola.

Siento que le he fallado, no podría haberlo hecho peor, tendría que habérselo contado, aunque tal vez eso le habría hecho más daño. Se habría hecho ilusiones, lo

pasaría mucho peor. Me apena verle así...

—Es que... Joder...

—Ya está, Nat, no le des más vueltas, no merece la pena.

Dos horas más tarde me dan el alta, por fin puedo marcharme de aquí y dejar de aguantar a la señora de la pierna escayolada. Solo espero que su próxima compañera sea sorda, porque si no... ¡Que tenga paciencia! Collins me lleva a casa para que pueda coger algunas cosas.

—No entiendo por qué tienes que marcharte... —dice en voz baja.

—John, necesito pensar, estar sola, y contigo por aquí no puedo hacerlo.

—No te vayas —me pide.

—Solo son unos días, te lo prometo.

Cierra los ojos. Se deja caer en el sofá y cruza los brazos. No le parece bien, incluso está molesto por que vaya a marcharme, pero ahora mismo es lo que siento. No puedo estar aquí, acordándome de todo lo que ha ocurrido.

Tras recoger algunas cosas, vuelvo a la que fue mi casa durante mucho tiempo. Abro la puerta, dejo el bolso y el casco en la entrada, mientras veo como aparece Lucia desde la cocina.

—Hola, princesa.

—Hola...

—Joel se ha ido a casa de Nadia a pasar unos días, para que así tú puedas volver a tu habitación.

Asiento, sin muchas ganas. No hacía falta que se fuera, podría haber dormido con Lucia o en el sofá, no me supondría ningún esfuerzo.

—Te ayudaré a sacar tus cosas.

—No hace falta, hermanita, solo he traído un par de cosas.

—Bueno... Estoy preparando la comida.

—No tengo hambre.

Hace una mueca de tristeza, no tengo ganas de nada, solo quiero meterme en la cama, cerrar los ojos y dejar que este mal que me pesa desaparezca como si jamás hubiera existido. Me siento a un lado de la cama, cientos de recuerdos vienen a mi mente, como si los hubiera vivido hace nada. Nuestra primera noche, cuando se quedó dormido a mi lado tras la desastrosa cena, los buenos días, cada una de sus miradas, sonrisas y caricias, aquel día en el que se fue y pensé que jamás volvería a verle. Este hombre se ha vuelto más importante para mí de lo que creía... Me dejo caer hacia atrás, quedando completamente tumbada sobre el colchón. Cierro los ojos, hasta que escucho como Lucia entra en la habitación, y se queda apoyada en el marco de la puerta, como ha hecho cientos de veces.

—¿Sabes que voy a hacer que comas, no?

—No tengo hambre, de verdad.

—Voy a llamar a Beth, te irá bien.

Beth... Hace siglos que no hablo con ella con todo lo del viaje, la mudanza, ha

sido tan caótico todo que apenas he tenido tiempo de ni siquiera sentarme un rato a hablar con ella.

—La llamaré yo —le digo antes de que desaparezca de nuevo.

—Vale, pero llámala.

Busco el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta y me encuentro con una nota suya.

No sabes cuánto voy a extrañarte, mi amada Natalia. Solo de pensar en que puedes alejarte de mí siento como me falta el aire, como apenas puedo respirar. Te necesito. No puedo soportar la idea de no poder verte cada mañana al despertarme, no poder encontrarme con esa sonrisa que tan enamorado me tiene.

Vuelve pronto, te echare de menos.

Por siempre, en la eternidad juntos.

Las lágrimas vuelven a mojar mis mejillas, a empapar la colcha de la cama, y a destrozarme por dentro no puedo evitar sentirme mal, notar como mi interior se quiebra a cada una de sus dulces palabras. Yo también voy a extrañarle, no sé vivir sin él, sin su calor, sin cada uno de esos besos de buenos días... Dejo la nota sobre la mesilla de noche, para que no se pierda, la necesito conmigo para no alejarme totalmente de él. Marco el número de Beth, nada más encontrar el móvil, y me lo llevo a la oreja.

—¿Natalia? —dice sorprendida.

—Siento no haberte llamado durante todo este tiempo...

—No pasa nada, supongo que habrás estado ocupada con tu machote —dice riéndose, aunque al ver que no le digo nada, se calla—. ¿Va todo bien?

—No, la verdad es que no...

—Ven a verme a la consulta después de comer, sobre las tres, estaré esperándote. Sino no puedo darte hora hasta la semana que viene, y me da a mí, por cómo ha sonado eso, que no podrás esperar tanto.

—No puedo esperar... —admito.

—Nos vemos en una hora.

—Gracias.

Le explico a Lucia que he hablado con Beth y hemos quedado dentro de un rato, me hace comer algunos espaguetis que ha preparado con carbonara, le encanta la pasta, aunque a mí no me vienen buenos recuerdos de ella. Cojo el casco de la moto, me abrigo bien para no pasar frío y salgo en dirección a la consulta de Beth. Llamo al timbre varias veces, pero parece que no hay nadie, hasta que la veo aparecer girando la esquina de la calle.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta después de abrazarme.

—No muy bien...

Subimos y me hace pasar a la sala donde siempre nos ponemos a hablar.

—Voy en un minuto.

Me quito la chaqueta y la dejo colgada del reposabrazos de la butaca en la que me voy a sentar. También pongo el casco encima de la mesa que hay a mano derecha. Efectivamente, no tarda ni cinco minutos en aparecer de nuevo, con dos tazas de té rojo.

—Toma, te irá bien.

—Gracias.

Se sienta frente a mí, le da un sorbo al humeante líquido que hay en la taza y fija sus ojos en los míos.

—¿Qué es lo que ha pasado, Natalia? Puedo sentirlo, estás tan saturada que apenas puedes pensar en otra cosa.

—Empezaré por el principio, sino no entenderás nada de lo que voy a explicarte.

Le cuento todo lo ocurrido desde que Collins me llevó al parque Cervantes en Barcelona, hasta esta mañana, sé que ella me entenderá y sabrá aconsejarme mejor que nadie.

—Por dios... Natalia...

Se pasa las manos por la cara, suspira y vuelve a mirarme, como ha estado haciendo durante todo el rato que he estado hablando.

—Es que es normal que estés así y te sientas tan sumamente mal... No entiendo cómo no te has arrancado cada uno de los pelos de esa cabecita...

—Ya...

—Natalia, sufrir un aborto de estas características hay veces que puede ser incluso más traumático de lo que ya suele serlo uno más avanzado.

—Beth... Collins quería a ese bebé, ni siquiera sabía de su existencia pero ya sentía algo... Haberle fallado a él es lo que no me perdonaré jamás.

Cojo aire, rebufo, intentando calmar este dolor que me corrompe a cada recuerdo que acude a mi mente. Me tapo la cara con las manos, cierro los ojos, vuelvo a llorar, una vez más, sin poder evitarlo.

Capítulo 21

Apenas puedo digerir todo lo que ha ocurrido en tan solo veinticuatro horas. Es todo tan confuso, tan estresante y desesperante que no sé ni dónde meterme. Llevo desde que se ha ido metido en la cama, sin saber qué hacer ni qué decir, tampoco sé qué sentir. Lo que más necesito es tenerla cerca, poder sentir como su corazón late aliviando el miedo y la pena que aún crece en mi interior, pero en vez de eso ha huido, igual que hice yo cuando Laura empeoró. Cierro los ojos, esperando a que estas lágrimas que me piden salir se disipen y desaparezcan, como el dolor que me corrompe. Escucho como mi teléfono empieza a sonar, repetidas veces, después de esto no tengo ni ganas de levantarme a por él, ni de contestar la llamada, simplemente no me apetece. Vuelve a sonar una vez más, y luego es el de casa el que emite la melodía que Natalia escogió cuando lo compramos. Me siento en la cama, cruzo las piernas y me quedo mirando fijamente el mueble que hay frente a mí. Me siento agotado, tanto mental como físicamente. Suena el móvil una vez más, estiro el brazo para cogerlo.

—¿Qué? —digo entre dientes al ver que es Kellin quién me llama.

—¿Es que ahora no puedo llamar a mi mejor amigo?

—No.

Sin darle opción a decir nada más, cuelgo, no tengo ganas de hablar con nadie y mucho menos con él. Pero no puede quedarse así la cosa, ya que vuelve a llamar.

—¿Qué cojones quieres? —Gruño.

—Tío, ¿qué te pasa?

Cojo aire, inspiro y expiro, intentando calmar la furia que llevo dentro, la que se mezcla con todo el pesar que sufro.

—Lund, de verdad, no estoy para tonterías, y mucho menos para tus gilipolleces.

—Si no me lo cuentas me obligarás a ir a verte.

—Lund... —murmuro molesto.

Como se le ocurra aparecer por aquí lo mato. No tengo ya suficientes cosas en la cabeza como para que ahora venga este a meter el dedo en la llaga, cosa que hace a la perfección.

—No me pasa nada, estoy recién levantado, ¿qué quieres? —Me excuso, y le ruego al cielo que me crea.

—Si tú lo dices... —dice en voz baja—, solo quería saber si habíais llegado bien, y demás.

—Sí, estamos bien, ¿alguna otra cosa?

—No, eso es todo.

—Gracias por llamar —después de todo ha llamado para ver si estábamos bien...

—. Ya hablaremos, Lund.

Sin que diga nada más, cuelgo, no tengo ganas de que sigamos hablando. Hay veces que tiene estos puntos de lucidez que me hacen ver por qué es mi mejor amigo, aunque en ciertos momentos le mataría.

Han pasado dos días y no se casi nada de ella. Es domingo, Nati ni siquiera me ha llamado, no me coge el teléfono, solo sé cómo se encuentra gracias a que Lucia me va informando, si no fuera por ella no sabría absolutamente nada.

Termino de tomarme el café, cojo los papeles y el portátil y lo llevo a la mesilla frente al sofá. Voy a por mis gafas, estar sin ellas hace que me duela la cabeza aún más de lo que ya me duele. Apenas puedo dormir, el recuerdo de aquella noche hace que ni siquiera pueda cerrar los ojos, no dejo de verlos, de acordarme de cómo lloraba en la cama, empapada de sangre... Me la supongo y vuelvo al sofá, para revisar todos los informes que me ha ido enviando Julia durante estos días que hemos estado fuera. Mi teléfono suena, Lucía me ha enviado un mensaje.

—*¿Vienes esta noche a cenar? Nat está deseando verte, ya sabes lo cabezona que es, no va a pedirte que vengas...*

—*Iré, estaré allí a las nueve, ¿sí?*

—*Perfecto, gracias.*

—*Gracias a ti por cuidar de ella.*

—*Ya que no deja que seas tú quién lo haga...*

—*Ya...*

Bloqueo la pantalla, y lo dejo sobre la mesa, dando por concluida la conversación, aunque no tarda en volver a emitir un pitido, será Lucia, que ha vuelto a responderme. Voy a por un vaso de agua, solo de pensar en que voy a volver a verle se me seca la boca, incluso me pongo nervioso. Le doy un trago al agua, entonces pienso en mamá, debería explicarles lo ocurrido, aunque eso solo haría que se preocuparan y vinieran para hacer lo imposible por ayudarnos. El móvil vuelve a sonar, no quiero ni imaginarme cuanto sonará mañana, cuando vuelva al trabajo. Es Lund, ¿qué querrá este ahora?

—*Dime, Lund.*

—*Tío, estoy en el ayuntamiento, no encuentro tu casa.*

—*¿Cómo?*

No entiendo nada, ¿qué demonios está diciendo? ¿Dónde se supone que está? ¿Aquí?

—*J.D, estoy en Barcelona, en el pueblo este de mierda en el que vives.*

—*Joder... —digo entre dientes—. ¿Por qué no me has dicho que venías?*

—*Era una sorpresa.*

—*Serás cabrón...*

—*Encima que vengo a verte... Tío, odio este pueblo, la segunda vez que vengo y la segunda que me pierdo.*

—No haber venido.

Resoplo, ya podría haberse quedado en Cardiff, en su casa. Ahora no necesito más problemas que echarme a la espalda, al final no podré con todos.

—Voy a buscarte —termino diciendo.

Voy hacia donde me ha dicho que estaba, pero no le encuentro por ningún lado. Le llamo y ni siquiera me atiende la llamada. Cierro bien mi sudadera, me pongo la gorra, bajo por el paseo del río, pasando junto a la biblioteca, y la casa de Nati. Antes de llegar a la zona más comercial del pueblo, veo a Lucia comprando el pan, cuando se da cuenta de que estoy frente a ella, me saluda.

—¿Qué haces por aquí?

—He venido a buscar a un amigo.

—Vaya... Así, guiri, ¿cómo tú? —dice señalándome con el dedo índice.

—Sí, como yo.

—Ajá... Dile que se venga esta noche.

Se queda mirándome de arriba a abajo, escaneándome. Por alguna extraña razón me quedo sin respiración, alzo la vista y me encuentro con la de Natalia, que me observa desde el balcón. Levanta la mano y la mueve ligeramente. Sonrío no puedo evitar hacerlo, verla así me alegra el día.

—¿Desde cuándo no comes?

—Sí que como.

—Ya claro, y yo soy rubia, a mí no engañas, chato.

—He ido comiendo algo de fruta...

Estira el brazo y me toca la barriga, hace una mueca, algo parecido a una triste sonrisa, y rebusca en la bolsa que lleva. Dos segundos después saca una bolsa de papel y me la tiende, esta vez con una amplia sonrisa. La cojo y veo una empanada, le miro, ¿qué se supone que debo hacer? Mis tripas rugen, necesitan algo que les sacie, tanto o igual como lo necesito yo.

—Gracias —le doy un mordisco— no he tenido hambre durante estos días... Hasta que la he visto.

Sonríe de nuevo, lo que me hace pensar que tal vez le parezca un tonto enamorado, solo hago más que decir sandeces.

—Pensarás que estoy loco, majareta, chalado... Tal vez lo esté.

—Las mejores personas lo están —me guiña un ojo, se da media vuelta y se marcha.

Sigo buscando a Kellin, a medida que voy comiéndome la empanada, entonces le veo salir de una panadería un poco más allá de donde me he encontrado con Lucia.

—¿No decías que estabas en el ayuntamiento?

—Y lo estaba, no te he mentado en ningún momento.

Frunzo el ceño, enfadado, este tío no tiene remedio, si es que debería habérmelo imaginado, conociéndole seguro que ha salido tras una chica.

—Por dios, J.D, he visto a una morena... —Resopla, se pasa una mano por la

cara y me mira— joder como estaba... ¡Y como me ha puesto!

—Anda, vamos.

—¿Qué es eso? —dice observando la bolsa—, ¿me das?

—No.

Este chaval no tiene remedio, será que no le conozco. Es culo veo culo quiero, cuando se encapricha de algo no se detiene, hace lo que sea convirtiéndose en letal hasta que lo consigue. Al llegar a casa, Kellin sube la bolsa que llevaba colgando del hombro a la habitación de invitados, donde solía quedarse Laura. Mientras, recojo lo que tenía por en medio, guardo todos los papeles en una carpeta, y lo meto en la cartera.

—No ha cambiado nada.

Baja por las escaleras, va hacia la nevera, la abre y saca una cerveza, me mira y la levanta, preguntándome si quiero yo una.

—Venga, toma.

Trae un par, con el abrebotellas, se sienta conmigo en el sofá, no pasará nada si nos tomamos unas cervezas, al contrario, creo que me irá bien desconectar un poco. Miro a Kellin, por alguna razón ha sabido que las cosas iban tan bien como aparentaba.

—¿A qué no sabes que he traído? —Me pregunta ilusionado, con los ojos tintineantes.

—Sorpréndeme.

Sube las escaleras de dos en dos, tan rápido que solo tarda unos segundos en volver a bajarlas. Lleva una bolsa negra que deja sobre la mesilla, con un movimiento de cabeza me dice que la abra, y al hacerlo, me encuentro con que se ha traído la *Play 4*.

—Podemos jugar al *Call of Duty, Black Ops* —dice poniéndose el gorro de la sudadera y haciendo como si mirara por el visor de un arma— o al *GTA* —dice imitando a un boxeador— o al *Fifa*, o al *Battlefield*... No sé, tío, a lo que quieras.

Le miro, y me río. Lo que le incita a conectarlo todo en la pantalla plana, enciende la consola y conecta los mandos.

—¿Qué ponemos?

Nos pasamos dos o tres horas jugando al *Call of Duty*, lo que me libera de ese malestar que sentía al estar alejado de Nati después de lo que pasó. Ya ni siquiera recordaba cuanto echaba de menos estar así con él, el no pensar en nada más salvo en acabar los unos con los otros.

—Tío, eres más malo...

—Joder... Llevo años sin jugar.

—Ya, claro, excusas.

Le miro con los ojos entrecerrados, esto no se queda aquí. No voy a dejar que fanfarronee como suele hacer cuando suele ganar.

—Sigamos —le reto—. Te vas a enterar.

—¿Ah sí?

Asiento, pero entonces se sienta bien y me mira.

—Tengo hambre —dice sin más.

—¿Qué quieres comer?

—Pues no sé...

Permanece en silencio durante unos segundos, mira el móvil, lo desbloquea y teclea algo.

—Me apetece una hamburguesa, ¿hay algo por aquí?

—Poca cosa.

—Joder, ¿ves cómo este pueblo es una mierda?

Niego con la cabeza varias veces, es verdad que no hay gran cosa, pero tampoco se puede decir que sea una mierda, hay pueblos peores. Deberían poner algún centro comercial algo más cerca, como el de *La Maquinista*.

—Espera, tengo una idea —dice desbloqueando la pantalla, abre una *App* y me lo enseña— esto va perfecto para cuando vienes aquí.

—Ni que hubieras estado en Barcelona cincuenta veces.

—Bueno, pero ahora mismo te va a salvar el culo.

Sin dejar el móvil, se pone en pie, y va hacia la nevera de nuevo. La abre, le da un sorbo, teclea algo y vuelve.

—En media hora tendremos la cena.

Pues nada, parece que ha decidido lo que ambos vamos a comer, en realidad da igual, comeré lo que sea, tengo un hambre... Se sienta de nuevo en el sofá, o mejor dicho, se deja caer como si fuera una piscina, incluso rebotando contra el colchón. Turrón aparece de la nada, contento como un cascabel, aunque al darse cuenta de que no es Natalia quien está sentada en el sofá, me mira, entristecido.

—No está, pequeño, pero tranquilo, volverá —le prometo a mi pequeño cachorro, en voz baja.

—¿Este quién es? —dice Kellin, cogiéndolo en brazos.

—Es Turrón, el perro que le regalé a Nati cuando llegamos a Cardiff.

—Eres muy bonito, ¿lo sabes?

Acerca su cara a la del cachorro a la suya y no deja de acariciarle. Parece que es imposible estar cerca de él y no querer achucharlo.

—Kellin, ¿por qué has venido?

—¿Y Natalia? —pregunta, sin responder a lo que le he dicho.

—Ehm...

—No me digas que está trabajando, porque dejando a un lado que es domingo, he pasado por su cafetería, tus padres me dijeron dónde podría encontrarte si no estabas en casa.

Trago saliva, sabe que nada va bien, que si Natalia no está aquí es por algo, o por lo menos se lo imagina.

—Cuéntamelo, tío, sabes que voy a ayudarte en lo que esté en mi mano.

Tal vez tendría que hacerle un poco de caso, siempre que le he necesitado ha estado para ayudarme, me conoce como si fuéramos hermanos, aunque nuestra relación se enfriara hace un tiempo, ahora podría volver todo de nuevo, o por lo menos podría irse forjando una nueva era.

—Natalia estaba embarazada.

—¿Y? —pregunta— joder, ni que eso fuera tan malo... Hasta yo haría un esfuerzo por apoyarle.

—Perdió al bebé la noche en que llegamos, sufrió un aborto y pasó la noche en el hospital...

—Joder... Lo siento, tío.

—Ya...

—¿Por qué no me lo contaste?

Cojo aire, miro a Turrón, que viene por encima del sofá hasta sentarse en mis piernas, pongo mi mano sobre su lomo y le acaricio, con delicadeza.

—¿Ella está bien?

—Sí, desanimada, pero bien.

—¿Y tú?

Durante unos segundos permanezco en silencio, buscando la respuesta que debería darle.

—Estoy. —Termino por decir.

No puedo engañarle diciéndole que estoy bien, pero tampoco estoy tan mal como para deprimirme. Estoy triste, aguantando lo que venga, y luchando por ella.

—John, recuerda siempre que aunque esté en Cardiff, voy a estar para aguantarte como tú me has aguantado a mí durante toda nuestra vida.

—Lo sé, Kellin, pero tío... Hay veces que es difícil.

Me da un golpecillo en el brazo, con el puño, levanta la cerveza y la choca contra la mía, sonriendo.

—Ahora todo lo que tiene que venir, será bueno, ya lo verás.

Suspiro. Eso espero, sino, creo que al final acabaré volviéndome loco.

Después de comer como cerdos, porque es así, Kellin no ha podido pedir más comida porque si no se quedaban sin comida en el restaurante. Han traído hamburguesas, patatas, alitas de pollo, *fingers* de queso, aritos de cebolla... Incluso helado de regalo por haber pedido tantas cosas. Creo que tras esto van a tener que movernos con una grúa, algo me dice que no vamos a poder levantarnos de aquí hasta mañana.

—Creo que voy a morir —dice metiéndose una cucharada de helado en la boca.

—Pues deja de comer.

—Es que está tan bueno...

—¿Con las chicas eres igual?

Deja la cuchara en el helado, me mira, haciendo una mueca con la boca, y achica los ojos.

—¿Por qué?

—Porque si yo fuera ellas y te viera así... Huiría.

Niega con la cabeza, algo enfadado, pero acaba riéndose conmigo. No miento cuando se lo digo, lo más seguro es que si cualquier chica le viera como está en el sofá medio tumbado medio sentado, con la boca manchada de helado y en ese plan, saldría corriendo.

—Esta noche voy a casa de Nati a cenar con ella y una amiga.

—Mmm... Una amiga —susurra.

—Deja de pensar en lo que estés pensando —gruño.

—¿Por qué? ¿Te gusta?

—Tiene pareja, y tú no vienes, te quedas.

Curva una triste sonrisa, pero acaba cambiando segundos después, mirándome de forma maléfica.

—¿Por qué tengo que quedarme?

—Por qué a ti no te han invitado.

—Llámale.

Le digo que no con la cabeza, eso sí que no, ni de coña se viene, ¿para qué? Natalia no le soporta, Lucía estará con Marc, no pinta nada allí.

—Quiero conocer a esa chica.

—¿A qué chica? —pregunto confuso—, ¿a qué chica no quieres conocer tú?

Pone los ojos en blanco, sabe que tengo toda la razón del mundo, no puede evitar quedarse embobado con cada chica que ve, o mejor dicho, más que embobado, hace cualquier cosa por seducirlas y que caigan en su trampa.

Me ducho y me visto deprisa y corriendo, con este chaval siempre me pasa lo mismo, siempre acaba liándome y llego tarde a todos lados. Me pongo unos tejanos y un jersey claro, las zapatillas... Miro el reloj, ¡mierda! Debería estar allí hace diez minutos, no me da tiempo ni siquiera de ponerme las lentillas.

—Joder, siempre igual —digo entre dientes.

—Venga, tío, no pasa nada, no es para tanto.

Cojo la chaqueta, y con un rápido movimiento me la pongo, guardo el móvil en el bolsillo derecho, dejo todo bien colocado y miro a Lund.

—Si tienes hambre hay algo en la nevera, sino, pide algo —le comento—. Hay una llave de repuesto en el cuenco, cualquier cosa, llámame —digo ya saliendo por la puerta.

Cierro con llave. Antes de llegar a alejarme mucho me doy cuenta de que no llevo nada para tomar. Cuánto más tarde voy, más cosas se me olvidan. Corro, abro la puerta, y sin decir nada cojo una botella de vino. Me encamino, de nuevo, hacia la casa de Nati, a paso ligero. Desde la distancia veo como un hombre de pelo oscuro y barba observa su balcón, me recuerda a alguien, pero ahora mismo no sé a quién. Cojo aire, suspiro, ¡madre mía! Suerte que estoy en forma, sino, me habría ahogado a medio camino. El hombre se marcha, adentrándose en la oscuridad del paseo que hay

junto al río. Llamo al telefonillo de la portería, es Lucia quien me atiende, por lo que algo me dice que Natalia no sabe nada de esto.

Al llegar arriba, doy dos golpes en la puerta, como solía hacer antes. Los nervios que había contenido, gracias a las prisas, ahora afloran, haciendo que un extraño cosquilleo tome mi estómago.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —pregunta titubeante nada más abrir la puerta.

—Lucía me ha invitado a cenar... —digo echándole la culpa a ella.

—Esta chica no tiene remedio... —dice negando con la cabeza.

Se pasa la mano por el pelo, atusándolo, sonrío y se abraza a mí inmediatamente. La abrazo con fuerza, cobijándola contra mi cuerpo, intentando que todos esos miedos que la corroen se esfumen y dejen salir a la verdadera Natalia.

—No sabes cuánto echaba de menos esto.

—Yo también, nena.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando nuestros ojos se encuentran, anhelaba esa grisácea mirada tintineante, su delicado cuerpo pegado al mío, el sentir la respiración y como sube y baja su pecho.

—¿Cómo estás?

—Estoy... —susurra.

Igual que yo, no sabe cómo encontrarse a sí misma.

—Venga, pasa —dice haciéndose a un lado.

—Gracias.

Antes de entrar, la tomo por la cintura, pegándola a mí y la beso ansioso. Tantos días sin sentir sus labios contra los míos hace que un estado de frenesí se haga conmigo, y que todo sea completamente diferente a lo que había sentido hasta ahora, apoderándose de mí.

—Quédate —me pide en voz baja— por favor...

—Me quedaré —prometo.

La cobijo bajo mis brazos. Este tiempo que hemos pasado separados se me ha convertido en una eternidad. Cojo aire, llevándome conmigo su dulce aroma a vainilla.

—Si me quedo, ¿hablaremos de todo lo ocurrido?

—Ya veremos.

Su semblante cambia y se vuelve serio, tanto como si estuviera enfadada. Le doy un beso en la coronilla, no me importa que no lo hablemos ahora, en este momento solo quiero poder disfrutar de ella y de su presencia.

—Está Marc —me informa.

—Lo sé —le guiño un ojo, haciendo que una pequeña sonrisa se dibuje en sus rosados labios.

—Ya decía yo que había algo que no cuadraba... Demasiada comida para una cena para los tres.

Toma mi mano derecha y tira de mí hasta que pasamos el recibidor. Le tiendo la

botella, para poder quitarme la chaqueta. Me coloco bien las gafas, cuando levanto la vista me encuentro con sus ojos grisáceos, de nuevo, pendientes de mí.

—Hola, guapo —me saluda Lucia, acercándose a mí y abrazándome—. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

Nati pone cara de no estar entendiendo nada, lo que hace que no pueda evitar reírme. Al escucharnos, Marc aparece bajo el arco que separa el recibidor del salón.

—¿Qué hay, tío? —pregunta dándome la mano.

—Ahí vamos.

—¿Cómo está Turrón? —me pregunta mi chica.

—¿Turrón? —dice Lucia, sin saber a qué se refiere.

Va a por el móvil, pasamos al salón y le enseña la foto que me hice con él en Cardiff, no sabía siquiera que la tenía.

—Oh, ¡por dios! Necesito verle, ¡qué cosa más preciosa! —exclama llevándose las manos a la boca— quiero uno —le dice a Marc con una amplia sonrisa.

Pone los ojos en blanco, con lo que tiene que aguantar ya es suficiente, como para ahora tener que ocuparse de un perro, porque conociendo a Lucia, no creo que fuese a hacerle mucho caso a la hora de bajarlo.

Han servido la mesa con muchísima comida, han puesto velas, e incluso han abierto ya una botella de vino. Dejo la que he traído en la cocina y me siento con ellos.

—Tengo una noticia que daros, bueno una grande...

Miro a Natalia, quien abre los ojos como platos, temiéndose lo peor.

—A ver... —Empieza a decir— voy a tomarme un año sabático, o dos, quiero empezar a pintar y volver a bailar. Desde que acabé la carrera que siento que me falta algo.

—¿Vas a dejar el *Jubilee*?

—¡No, claro que no, cazurra! Estaremos más juntas que nunca.

Nati sonrío, satisfecha con la respuesta, después de todo lo que ha pasado, solo le faltaba tener que ocuparse ella sola de la cafetería.

Capítulo 22

Lucia decide marcharse a casa de Marc, después de haberme ayudado a recogerlo todo. Son las dos de la madrugada, y ya siento cómo mi cuerpo pesa. No sé cómo vamos a levantarnos mañana. Pongo las dos botellas de vino vacías en una bolsa, y la dejo en la entrada, para así acordarme de tirarlas por la mañana. Collins se pega a mi espalda, coloca una de sus manos en mi cintura, para que no pueda escaparme. Con la otra coloca todo mi pelo a un lado, me besa, con cuidado y delicadeza, como si se tratara de una rosa.

—No sabes cuánto he echado esto de menos.

—Yo también.

—¿Sí?

¡Claro que le he echado de menos! He anhelado sus caricias y besos, el sentir su ardiente cuerpo contra el mío, el sentarme con él en el sofá y poder recostarme contra su pecho. Me coge en brazos, lo que me pilla desprevenida apaga las luces y me lleva hasta la habitación. Ha puesto las velas que había en el comedor, sobre el sifonier, las mesillas de noche... No es que haya mucha luz, pero para lo que vamos a hacer, no las necesitamos. Me deja sobre la cama, me mira desde los pies de esta, devorándome con los ojos, lo que provoca que todo mi cuerpo se encienda. Se quita el jersey, dejando a la vista su musculado e irresistible torso, está algo más delgado de lo normal. Se pone de rodillas en la cama, me quita los calcetines y sonrío. Si lo hubiera sabido me hubiera arreglado un poco, aunque fuera en elegir la ropa interior y no ponerme unos calcetines rosas con un conejito blanco en la punta. Sigue a lo suyo, esta vez se deshace de mis pantalones, dejándolos en el suelo, empieza a besarme las piernas, entre los muslos... Los acaricia, mimándolos y sigue subiendo, sin hacer caso a mi monte de venus, que clama su atención. Se coloca entre mis piernas, levanta la camiseta, hasta que consigue quitármela. Este hombre me está poniendo de los nervios. Hace un reguero de besos desde mi ombligo hasta mis pechos, los acaricia, lame y muerde. Bf... ¿Cómo puede dejarme así? Envuelvo su cintura con mis piernas, pidiéndole que me vuelva loca. Pero no lo hace, se podría decir que me ignora, y sigue besándome, esta vez por la clavícula, el cuello, los hombros y finalmente la boca. Siento como todo el cuerpo me arde, él también echaba de menos tener su piel pegada a la mía. Muevo la cintura, rogándole que me haga el amor.

—Esta noche es solo para ti, pequeña —me susurra al oído.

—Pero... —digo tartamudeante— John, te necesito.

Pone un dedo sobre mis labios, para que me calle, no quiero hacerlo, necesito sentirle dentro de mí, quiero ver como disfruta conmigo.

—Shh... Calla, nena.

Me agarra por la cintura, con fuerza, para que no me mueva. Desciende por donde

había subido, hasta que llega a la fina tela de mis braguitas, las muerde y acaba quitándomelas, lo que hace que no pueda evitar reírme. Sonríe, observándome, besa de nuevo mis piernas, hasta que llega a mi sexo, lo lame y juguetea con el pequeño botón que hace que pierda la cabeza. Cierro los ojos y me los tapo con el brazo, ¡por dios, lo que puede hacer este hombre! El brazo que tengo libre lo estiro hasta que me topo con su cabeza. Entrelazo mis dedos con su pelo y doy un leve tirón, para que me haga caso y alce la vista.

—John... —Le ruego.

—Cielo —dice con la voz tan ronca que incluso me preocupa.

Sus ojos brillan a causa de la lujuria y la pasión que hay en él. Suspiro. Sin apartar la mirada de la mía, vuelve a acariciarme, arrancándome decenas de gemidos y gimoteos que se escapan de mí como si fueran el aire que ya no necesito. Acaricio su hermoso rostro, paseo los dedos por sus mejillas y sus labios. Tras eso me los llevo a los míos pidiéndole que me bese.

—Por favor...

Sonríe maliciosamente, pero a la vez lo hace de esa manera tan irresistible que me encanta. Sigue con lo que estaba haciendo, ignorando lo que pido.

—¡John! —digo al sentir como una atronadora oleada de placer empieza a hacerse conmigo— por favor... —repito.

Sube rápidamente hasta mi boca, me besa con pasión, tanta que siento como si mi cuerpo volara. Con un rápido movimiento se baja los pantalones, y de una sola estocada entra en mí. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, haciendo que un profundo gruñido se me escape.

—Joder... Cuanto te echaba de menos —murmura contra mi oído.

Hacemos el amor tantas veces como nos lo permiten nuestros cuerpos, amándonos como nunca antes lo habíamos hecho.

La alarma empieza a sonar, ya es Lunes, toca volver a trabajar, a esa rutina que acaba matándome. Salgo de la cama con mucho cuidado, intentando no molestarle, estiro la manta, y es entonces cuando me doy cuenta de que John está despierto.

—Buenos días —dice con una amplia sonrisa.

—Buenos días.

Cojo una muda limpia y me doy una ducha, a ver si me despejo un poco, o lo suficiente como parecer una persona y no un *zombie*. Al salir, me quedo mirando el reflejo del espejo, tengo cara de muerta, las ojeras casi me llegan a la barbilla. Esta ha sido una de las pocas veces que he conseguido descansar algo mejor, sino, apenas podría haberme levantado de la cama.

—¿Puedo entrar? —pregunta Collins tras dar dos golpecillos en la puerta.

Sujeto bien la toalla del cuerpo, y me quito la que envolvía el pelo, lo peino un poco y cuando está decente, le dejo pasar.

—Voy a darme una ducha e iré a casa a por un traje limpio.

Me besa en la mejilla, se quita el pijama y va a lo suyo. Le miro a través del

espejo, hay veces en las que dudo que esto pueda llegar a más, ¿y si aún es demasiado pronto como para que nos casemos? ¡Solo de pensarlo las manos empiezan a temblarme! Cojo aire y lo dejo ir, intentando calmar estos nervios que hacen que mi corazón se acelere cada vez más.

Me visto rápido y corriendo, no son ni las ocho, llegaré antes de tiempo, pero ahora mismo necesito que me del aire, despejarme y dejar de pensar en estas cosas.

—John —le llamo.

Asoma la cabeza bajo el marco de la puerta, acabando de vestirse.

—Me voy.

—Espera que te acompañe.

—No, no hace falta, voy con la moto.

—Ah... Vaya... —dice desanimado— luego si puedo me paso —concluye.

Cuando me va a dar un beso en los labios, por alguna extraña razón, bajo la cabeza y acaba dándomelo en la frente.

—Nos vemos luego.

—Sí —espeto.

Salgo de casa tan veloz como puedo, tanto incluso que se me olvida llevar el casco. Poco después mi móvil suena, es John, por lo que opto por no abrirlo y seguir andando.

Cinco minutos más tarde escucho como una potente moto entra en la carretera. Ladeo un poco la cabeza, y veo como una Harley se acerca, quedándose a mi altura. La observo, es preciosa, de color verde militar con acabado mate y con los tubos de escape y demás piezas en negro. El chico que hay encima de ella, o por lo menos eso creo que es, me pide que me detenga. Hago lo que ha dicho, aun maravillada por la belleza que desprende su moto. Cuando se quita el casco me quedo pasmada. Ese pelo negro como el azabache, esos ojos penetrantes y profundos que hacen que me quede sin aliento y que mis piernas flojeen.

—Robert... —digo en voz baja.

—Hola, Natalia —responde con una radiante sonrisa.

—Cuánto tiempo... —susurro.

Tiene el pelo algo más largo, aunque lo sigue llevando recogido en un pequeño moño, se ha recortado la barba, por lo que ahora es menos frondosa de lo que era antes.

—Tampoco ha pasado tanto... —dice pasándose una mano por la nuca.

—Para mí es como si hubieran pasado meses —me sincero.

—¿Quieres que vayamos a tomar un té, un café, un *Cola Cao*...?

Me río al escuchar lo del *Cola Cao*, no sé por qué me hace gracia, y no puedo evitar reírme sola, parezco tonta, o por lo menos me mira como si lo fuera.

—Yo tengo que ir a abrir el *Jubilee*.

¿Para qué habré dicho nada? ¡Natalia, ya tienes suficientes quebraderos de cabeza como para apuntarte otro tanto!

—Si te quieres venir...

¡Te he dicho que cierres el pico! ¿Qué es lo que no has entendido? Me grita una mini yo interior, histérica, casi tirándose de los pelos.

—Claro, ¿por qué no? —Me examina con los ojos, mirándome de arriba abajo—. ¿Te llevo? —pregunta mirando la parte trasera de la moto.

—Eh... No tengo casco —me excuso, intentando alejar un poco la situación.

—No pasa nada.

Apaga el motor, me tiende su casco, y sonrío, deslumbrándome, haciendo que me quede pasmada ante su hermosa sonrisa. Carraspeo, miro hacia otro lado, hasta que de reojo, me doy cuenta de que me tiende la mano.

—¿Vienes entonces?

—Mejor voy andando, Rob... Nos podrían multar.

—Ahora mismo no hay nadie en la calle, venga, no seas tonta.

Por alguna extraña razón asiento, me pongo el casco, y hago lo que me pide, ¿en qué demonios estoy pensando? No debería haberle dicho nada, es más, tendría que haber seguido caminando.

—¿Estás bien? —pregunta al ver que no me agarro a él.

—Sí... Sí, claro que sí.

Rodeo su cintura con los brazos, cogiéndome con fuerza para no caerme. Enciende el motor, el cual ruje con tanta ferocidad que incluso llega a asustarme al principio. Es como una bestia salvaje, igual que su dueño, quien tiene las facciones como las de un lobo negro, indómito como el viento. Parpadeo rápidamente, pego mi pecho a su espalda, y espero a que arranque.

Unos minutos más tarde estamos aparcando en la entrada de *Jubilee*, mientras él acaba de asegurar la moto yo voy dentro, para encenderlo todo y calentar la cafetería, que de haber estado cerrada toda la noche parece el polo norte. Enciendo el horno, y meto una bandeja de cruasanes, preparo una de cañas de chocolate y salgo de la cocina. Robert está sentado en uno de los taburetes, sin apartar la mirada de mí, lo que provoca que me ponga tan nerviosa que incluso se me olvide el cómo respirar.

—Qué... Qué... ¿Qué quieres tomar? —Tartamudeo.

—¿Me preparas un té rojo?

—Claro —digo con una sonrisa.

—¿Dónde has estado? Llevo un tiempo sin verte...

Permanezco callada durante unos segundos, ¿mentir o decir la verdad? Trago saliva mientras caliento el agua para lo que ha pedido.

—Pues... —cojo una taza, le pongo un azucarillo y dos bolsitas de la infusión—. He estado de viaje.

—¿De viaje? ¿A dónde has ido?

—He estado visitando Gran Bretaña.

Me preparo mi café en una taza de las grandes, necesito algo de energía, para despejarme o acabaré quedándome frita.

—¿Sola? —pregunta curioso.

—No, fui con John.

—¿Aún sigues con él? —dice en voz baja.

—Sí, aún seguimos juntos...

Hago una mueca a la vez que siento como mi voz acaba desvaneciéndose. Le doy un sorbo al café, bajo la vista hacia el sobre de azúcar a medio gastar y al levantarla me encuentro con la suya.

—¿Estás bien?

—Sí, supongo.

—¿Supones?

Asiento, entristecida, no estoy segura de nada, desde que me lo pidió que hay veces en las que incluso me cuesta recordar por qué sigo con toda esta locura.

—¿Qué te pasa?

—John me ha pedido que me case con él —espeto de una vez por todas.

Aprieta la mandíbula, haciendo que se le dibuje una profunda marca en la parte baja del pómulo, su mano derecha se cierra formando un puño, coge aire y lo suelta en un soplo. Desvía la mirada, hacia el reloj, yo también lo hago, son las nueve menos cuarto, la gente empezará a llegar en nada.

—¿Has aceptado?

—Sí... Pero cada vez dudo más en si es lo correcto —admito.

Posa una de sus grandes manos sobre una de las mías, y la acaricia.

—No se... —murmuro.

—¿Qué no sabes?

—Aún soy muy joven para casarme, ¡mírame! Solo tengo veinticinco años, en mis planes no entraba el casarme, ni tener hijos, hasta dentro de cinco años, por lo menos.

—Es normal que tengas miedo.

—Bueno...

—No te preocupes, lo que tenga que pasar, pasará.

Me guiña un ojo, levanta mi mano, y le da un dulce beso, tras eso sonrío, mostrando esos blancos y radiantes dientes que tiene.

—Gracias.

—¿Por qué? —dice haciéndose el tonto.

—Por animarme.

—No seas tonta.

Me besa en la mejilla, y la acaricia, con cuidado, dejándome extasiada, por suerte, o por desgracia, aparece Lucía, con una cara de perro impresionante.

—Hola —dice sin más.

—Buenos días, hermanita.

Se acerca a nosotros, me da un fugaz abrazo y saluda a Robert haciendo una mueca, algo parecido a una sonrisa. Entra al almacén, mientras le preparo un café con

mucho azúcar, como a ella le gusta.

—Toma, nena.

Se lo coloco frente a la banqueta en la que estaba sentada yo. Robert termina de tomarse el té, vuelve a guiñarme un ojo, y deja el dinero sobre la barra.

—Hablamos luego.

—Vale —digo atontada.

Me siento junto a Lucia, anonadada, Rob tiene algo que hace que ni siquiera sea capaz de pensar.

—¿Y a ti que te pasa? —pregunta, gruñona.

—¿A mí?

—No, al taburete.

Pone los ojos en blanco, enfadada, le doy un último sorbo a mi café, dejo la taza en el fregadero y voy a por los cruasanes, que ya habrán terminado de hacerse. Los coloco en una fuente de cristal, aunque aparto tres para llevarle a Lucy. Aunque antes, meto la bandeja de cañas de chocolate para que se vayan haciendo.

—Toma, anda, alegre esa cara que parece que te hayas comido un limón.

—Ojalá me lo hubiera comido, tal vez así vendría más alegre —dice enfadada.

—Uh... ¡Qué mal suena eso!

Le dejo los tres cruasanes delante y me apoyo en la barra. Cojo uno, dejándole dos a ella, y me lo llevo a la boca.

—Marc —me resume.

—¿Le pego?

—¡No! —exclama.

Aquí hay algo que no me huele bien, es muy raro, pero mucho, que tenga un par de cruasanes delante y no los haya devorado ya, debe de ser importante.

—¿Qué ha pasado?

—Todo va demasiado bien y es imposible, no puede ser tan sumamente perfecto —espeta.

—A ver, nena, no te estreses —le pido.

Conociéndola, acabará volviéndose loca, sobre todo si se pone a pensar...

—Es que no lo entiendo, simplemente me parece irreal. Esta mañana, cuando me he levantado había un ramo de rosas rojas que llevaba mi nombre, metido en un jarrón con agua, con una nota en la que me daba los buenos días.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Nada, ese es el problema, que todo lo hace demasiado bien.

Suspiro, esta muchacha no tiene remedio, si todo va bien se queja, si no va nada bien, también, si le ponen los cuernos, se deprime, y si lo hace ella, tres cuartos de lo mismo. En algún momento tendrá que aprender a aguantar lo que venga.

—A ver... Hermanita, no puedes estar esperando que haga algo mal.

—Es que parece perfecto, nunca se equivoca.

Sopla y hace una mueca de tristeza.

—Yo no puedo estar con un hombre así.

—¿Por qué?

—No sé... Simplemente creo que no puedo estar con un hombre así...

Una pareja entra en la cafetería, le doy un beso en la mejilla a mi amiga y voy a atenderles. Se sientan en una de las mesas del final, de dos, junto al ventanal. Los rayos del sol entran por completo en el salón, por lo que ilumina todo.

—Buenos días —digo con una sonrisa.

—Buenos días —me contesta la mujer, devolviéndome el gesto.

El hombre no dice nada, fija la vista en el periódico que tiene entre las manos, e ignora mi saludo.

—¿Qué querrán tomar? —Le pregunto a la castaña.

—Yo quiero un café con leche —me mira, baja la mirada a la carta de desayunos y vuelve a alzarla— y un par de cruasanes.

—Muy bien —lo apunto en la libretilla y miro al hombre—. ¿Y usted?

—Un café, solo.

Asiento, lo apunto también, doy media vuelta y voy tras la barra. Lucia sigue a lo suyo, pensativa, acabándose el café y los cruasanes que le he preparado. Pongo dos platillos sobre la barra, con una cucharilla en cada uno, y dos sobres de azúcar, mientras se acaba de preparar el café, entro de nuevo en la cocina, saco la bandeja de las cañas y las saco con una rasqueta, para colocarlas en una fuente.

—¿Quieres? —le pregunto a Lucia.

—Vale, no me irá mal algo de chocolate para alegrarme el día.

Coloco lo que me han pedido en una bandeja y se lo llevo inmediatamente, para que no se quede frío. Echaba de menos estar en mi amado *Jubilee*, se está tan bien aquí, a pesar de tener que levantarme temprano, anhelaba volver a tener mi vida.

Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para venir a la misma hora y el mismo día. ¡Madre mía! ¡Cuánta gente! No damos abasto. Mientras voy limpiando las mesas y tomando las comandas, Lucia las va preparando en la barra, y entre medio va preparando alguna que otra bandeja de pastas. Enciendo la música, para que aunque sea suene de fondo. Empieza a sonar *Hall of fame* de *The Script* y *will.i.am*, me encanta esta canción, siempre que la escucho me da una energía impresionante, casi más que el café.

—Vamos, pequeña —la animo al ver la cara que pone.

Un grupo de cuatro mujeres entran, y al ver que todo está lleno, abren los ojos como platos.

—Vaya... —dice una de ellas.

—Parece que no tenemos sitio...

—Habrà que quedarse fuera —comenta otra.

Me acerco a ellas, antes de que salgan, con el frío que hace no voy a permitir que estén en la terraza, los calefactores aún no nos han llegado, y el único que teníamos está estropeado.

—Adelante, pasad a la sala de la biblioteca, no hay nadie leyendo así que podréis estar como si fuera la principal.

—Vaya... Muchas gracias —dice la última que ha hablado antes.

—No me las des, ahora iré a tomaros nota, sentaos donde más os plazca.

Voy a una de las mesas que acaban de llegar y que ya saben lo que tomar.

—Buenas tardes.

—Serán días, ¿no? —contesta una de las chicas con una amplia sonrisa.

—Eso —digo riendo—. ¿Qué queréis tomar?

—A mí me apetece un té —dice la rubia.

—Un té... —apunto—, ¿de qué?

—Sorpréndeme.

—De acuerdo.

—Yo quiero un café con leche, bueno en realidad quiero leche con dos gotas de café, por favor.

—Apuntado.

Ando tan rápido de un lado a otro que creo que acabarán poniéndome una multa por exceso de velocidad, espero no tener que dar explicaciones luego... Me río de mi misma, ¡la cantidad de tonterías que puedo llegar a pensar en un día! En realidad hacía tiempo que no lo hacía. Estar aquí hace que me sienta bien, que la Natalia de antes del viaje vuelva.

—Eh, que te quedas embobada —me dice Lucia desde detrás de la barra— cántame.

—*Should this be the last thing I see, I want you to know it's enough for me, 'cause all that you are is all that I'll ever need* —digo recordando la canción que nos cantó Ed Sheeran en la fiesta en casa de Roxanne.

—Anda, déjate de tonterías.

—Un café manchado, un té de chocolate, dos cafés con leche, dos cruasanes, y una caña de chocolate.

El ritmo se vuelve cada vez más agobiante, hasta que llega Joel. Debería marcharme a casa, ha terminado mi turno, pero me apetece estar aquí, trabajando, sin pensar en nada más salvo en mis clientes.

—¿Cómo te encuentras? —Me pregunta mi amigo.

—Mejor, necesitaba estar aquí.

—Me alegro de que así sea.

Se acerca a mí a paso lento, me abraza con fuerza, y siento como su corazón empieza a latir cada vez con más velocidad.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti, niño.

Cojo aire, llevándome conmigo el olor a su perfume, es el mismo que utiliza Collins, lo que hace que no pueda evitar pensar en él. Cierro los ojos, centrándome solo en su corazón.

—Nati, cuídate. —Me pide.

—Lo haré, y si no, sé que os tendré siempre a mi lado para ayudarme a hacerlo, ¿verdad?

Permanece callado, levanto la vista, sus ojos brillan por alguna razón, pero no lo entiendo. Fija su vista en la mía y asiente levemente. Me da un beso en la coronilla, me pongo de puntillas, y le doy yo uno en la mejilla.

Mientras seguimos trabajando, casi llegando a la hora del cierre, escucho como mi móvil suena, lo saco del bolsillo del delantal, pero entonces veo como Robert aparece por la puerta del *Jubilee*.

—¿Podemos hablar?

—¿Va todo bien?

—Bueno... —dice en voz baja.

Mira a Joel, quien está en la barra sacando algunas de las tazas del fregadero. Mueve la cabeza, pidiéndole que se marche, pero no lo hace.

—Saldremos fuera, no pasa nada —digo.

Asiente, estira el brazo, para que le coja la mano, decido hacerlo, no entiendo por qué, pero lo hago, con este hombre no puedo resistirme a hacer lo que pide. Nos quedamos junto a la puerta, hace frío, más de lo que pensaba.

—¿Qué pasa? —le pregunto preocupada.

—Natalia...

Aprieto la mandíbula, me está poniendo de los nervios, ¿qué es lo que le ronda la cabeza que tarda tanto en decírmelo? Sujeta mi mano, la besa, y me mira a los ojos. Se acerca a mí, demasiado, más de lo que jamás hubiera permitido. Posa una de sus grandes manos a un lado de mi rostro, acaricia mi mejilla. Quiero moverme, o por lo menos eso grita mi mente, me pide que me aparte, pero el cuerpo no me responde. Doy un paso atrás, pero entonces mi espalda choca contra la pared. Se pega a mí, tanto que ni el aire pasa. Entonces, une nuestros labios en un dulce beso...

Capítulo 23

Unos minutos antes.

Aparco el coche a unos metros de la cafetería. Esta mañana Natalia estaba algo extraña, y no sé muy bien por qué. Me he pasado el día pensando en ello y aún no logro comprender qué es lo que le ocurre. No queda ni una manzana para llegar al *Jubilee*, desde la lejanía la veo, hay un hombre con ella, está cerca, demasiado, ¿qué demonios está haciendo? Ando cada vez más rápido, siento como mi cuerpo empieza a caldearse casi tanto como va aumentando mi furia. Mi móvil suena, pero no le hago caso, si lo sacara del bolsillo de la americana, lo más seguro es que, en este momento, acabara estampado contra la acera. Aprieto la mandíbula, solo quedan unos metros para llegar, ese tío vuelve a acercarse, mientras ella se aleja, y acaba por besarla. Corro hacia donde se encuentran, y sin pensarlo dos veces me tiro encima de él, haciendo que caiga al suelo.

—John... —dice Natalia.

—Hijo de puta —gruño entre dientes.

Le agarro con fuerza del cuello, tanta que bajo mis dedos su piel se vuelve blanca. Lucha por quitarme de encima, pero no lo consigue, ahora mismo estoy tan enfadado que ni un elefante podría conmigo. Le golpeo con el puño derecho, ¿quién se ha creído? Cegado por la ira no dejo de golpearle. Natalia grita, me pide que pare, pero apenas puedo escucharla, solo me centro en él, en este capullo con barba que le besaba. Entonces me doy cuenta de quién es, es Robert, aquel que era su entrenador. Niego con la cabeza, respiro agitadamente, casi tanto como él. No sé en qué momento consigue golpearme, haciendo que caiga hacia atrás. Parpadeo rápidamente, mi espalda está contra el frío suelo, cojo aire y me pongo en pie, a la vez que Robert. Me da un puñetazo en la mejilla derecha, lo que me deja atontado perdido. Se lo devuelvo sin pensármelo un solo segundo.

—Por favor, parad —nos pide Natalia.

—No te merece, este tío no te merece —dice entre dientes Robert, y tras eso escupe al suelo.

—¿Y tú sí?

Da dos pasos hacia atrás. ¡Maldito cobarde! Cuando voy a ir a por él, Joel me agarra por la espalda para que no lo haga. Le miro, desafiante, mi pecho sube y baja, si por mi fuera le mataba aquí mismo. No sabe lo que ha hecho, ahora puede que me aguanten, pero la próxima vez que le vea acabo con él.

—Largo de aquí —dice Joel detrás de mí.

—¡Largo! —Grito.

Al ver que no puede hacer nada, se coloca bien la sudadera, da media vuelta y se

marcha. Miro a Natalia, furioso. Sin decirle nada, me vuelvo para el coche, no hay nada que decir, suficiente ha hecho ya. Doy un último vistazo, se ha abrazado a Joel, y parece llorar. Me apena verla así, pero ya podría haber hecho algo en vez de dejar que la besara. ¡Por dios! Es que si lo tuviera delante, le reventaba la cabeza.

Entro en el coche, cojo aire, y lo dejo ir, intentando calmarme un poco. Madre mía... No puedo con esto. Miro el teléfono, era Kellin quien llamaba, lo que me faltaba. Vuelve a llamar, pero sigo sin cogérselo, necesito ir a dar una vuelta y despejarme, o acabaré haciendo algo que no debo hacer. Arranco el coche, paso junto a la cafetería, y no puedo evitar mirar que es lo que ha pasado tras irme. Natalia está sentada en una de las banquetas que hay a la entrada, tiene los codos apoyados en la barra y se está tapando la cara con las manos. No me gusta verla así, pero necesito mi espacio, pensar y calmar este enfado que llevo dentro. Lund vuelve a llamar, enciendo el manos libres, y acepto la llamada.

—¿Qué?

—¿Dónde estás tío? Tengo hambre.

—En un rato voy para casa, déjame.

—¿Qué te pasa?

—Cuando llegue te cuento.

Cuelgo, al llegar al semáforo rojo, dejo el móvil en el bolsillo de la gabardina, la doblo y la coloco sobre el asiento del copiloto. Le doy un golpe en el volante. No me lo puedo creer... ¡No me lo creo! No entiendo cómo ha podido ser capaz de dejar que ese inútil la besara.

—¡Joder! —Grito.

Cojo aire, cierro los ojos, lo dejo ir y suspiro. Estoy tan sumamente furioso que podría hacer cualquier cosa, lo ahogaría con mis propias manos hasta que pidiera perdón, hasta que suplicara.

Después de dar una buena vuelta a toda velocidad por las afueras de la ciudad, aparco el coche en el *parking*, y nada más abrir la puerta de casa me encuentro con Turrón sentado frente a esta, esperándome. Le acaricio la cabeza, cuelgo el abrigo del ropero de la entrada y veo como Kellin se pone en pie.

—¿Qué ha pasado?

—Ese tío... Ese hijo de puta la estaba besando —gruño acordándome de lo ocurrido.

—¿Qué tío?

—Se ha aprovechado de ella, sabía que estaba con las defensas bajas, y lo ha hecho, la ha besado... Joder... Robert... Era su entrenador.

—¿Tenía entrenador? ¿Para qué?

Trago saliva, me siento en el sofá y me paso las manos por el pelo. Soplo, y cojo aire.

—Hace un tiempo la atracaron, quiso aprender a defenderse y se topó con este tío.

—¿De verdad ha dejado que la besara?

—Lo he visto con mis propios ojos.

Echo la cabeza hacia atrás, siento como el párpado inferior de mi ojo izquierdo empieza a moverse, ¡maldito tic nervioso!

—No voy a dejar que te hundas —me asegura poniendo la mano sobre mi hombro.

No digo nada, solo niego con la cabeza, ahora solo quiero descansar, dejar de pensar en toda esta mierda y ver qué es lo que tengo que hacer respecto a Natalia y la boda. Esto no puede seguir así, ella en un lado y yo en otro, sin que me cuente lo que realmente le pasa.

—Nos vamos de cena —añade.

—¿Cómo? De eso nada.

—Claro que sí, hay que levantarte el ánimo, ¿dónde está ese J.D Collins que salía sin importarle nada?

—Que ahora tiene algo que sí que le importa lo suficiente como para no salir.

Hace una mueca, se sienta delante de mí, y empieza a reírse.

—¿De qué te ríes?

—De que te has vuelto un gilipollas, déjate de tonterías, y vamos.

Se pone su chaqueta de piel, me tiende mi abrigo, o mejor dicho, me lo tira encima. Me lo pongo de un solo movimiento, y le miro.

—¿Y a dónde vamos?

—Ya encontraremos algún sitio.

Después de haber estado más de media hora dando vueltas como auténticos tontos dentro el coche, llegamos a un restaurante llamado *l'Antic Colmado*. En uno de los barrios de Barcelona.

—¿Tenéis reserva? —Nos pregunta un chico a la entrada.

—No.

—Voy a ver si tenemos mesa.

Esperamos en la puerta, hasta que el chico nos hace pasar a una sala que hay atravesando el comedor. Es un sitio muy bonito, estoy seguro de que a Natalia le encantaría. Debería dejar de pensar en ello o al final no acabaré de desconectar.

—Adelante, ahí tienen su mesa.

Nos hace pasar hasta una salita que hay en la parte interior, y nos prepara una mesa para los dos. Es extraño venir a un sitio como este con Kellin y no con Natalia. Niego con la cabeza, joder... Es que no me puedo olvidar de ella ni por un momento.

—Tío, si sigues dándole al coco vas a acabar volviéndote loco.

—Ya lo sé, joder, pero es que no puedo hacer nada, me corroe por dentro...

—Ya me imagino.

—No, no lo creo, tú nunca has querido a nadie durante tanto tiempo ni como lo hago yo.

Segundos después de haber dicho lo que le he dicho, me siento mal, no debería haberle hablado así, pero tengo razón. Él jamás será capaz de querer a alguien como

quiero yo a Natalia, y ojalá al final lo consiga, porque no sabe lo que se está perdiendo.

—Lo siento, tío —digo en voz baja.

—Da igual, no es nada —contesta enfadado— si tienes razón...

Hace una mueca, y antes de que pueda contestarle, vuelve el camarero, nos deja las cartas y apunta la bebida. Dos cervezas. De primer plato me pido queso *provolone* con sobrasada de miel, y de segundo carne.

Estamos hablando un buen rato de todo, intentando esquivar el tema Natalia, pero la verdad es que está siempre presente en mi mente, aunque no hablemos de ella. Me preocupa y me cabrea saber que no ha sido ella quien le ha apartado y pegado. Siento ganas de vomitar nada más acordarme de la escena.

—Deja de preocuparte.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Mi futura esposa, o ex futura esposa, ha dejado que ese tío la bese.

—Si me lo pides, iré y lo reventaré.

—No es necesario, por el momento.

Le doy un trago a la poca cerveza que me queda y veo como se ríe. Hay veces, como esta, en las que me encantaría que torturar a alguien fuera legal. Robert iba a tragarse cada una de sus palabras.

—John, Natalia te quiere, y lo sabes, tal vez no le haya podido apartar, a lo mejor te estás liando demasiado y no es nada de lo que crees.

—No sé, Kellin, hay veces que ya no sé ni que pensar.

—Recuerda aquella vez que Julia fue al hospital.

Ya ni siquiera recordaba aquel momento... Ella no le dio tanta importancia, se enfadó con Julia, dejó que me explicara, al contrario de lo que he hecho yo, que ni siquiera le he dirigido la palabra.

—Tienes razón... He sido un idiota.

—Un gilipollas, mejor.

—Un gilipollas —repito.

Ahora mismo me arrepiento muchísimo de no haberle dicho nada, no debería haberla dejado sola, pero en aquel momento era lo que necesitaba, sino lo habría pagado con ella o con Joel y eso sí que no hubiera sido lo correcto. Suspiro, madre mía... ¿Es que no puede haber algo de paz?

—¿Estás mejor?

—Sí, pero necesito verla.

—Vayamos pues.

—No, ya mañana, no quiero agobiarla.

Cojo el móvil, desbloqueo la pantalla y me dispongo a enviarle un mensaje. Lleva sin conectarse desde hace un buen rato, ni siquiera ha leído el que le había enviado antes de ir a verle. Lucia sí que se ha conectado recientemente, pero no creo que deba meterla en medio, una vez más. Da igual cuando lo vea, solo necesito disculparme.

—Sé que lo más seguro es que estés enfadada conmigo, y con mucha razón, pero entiéndeme a mí también... No podía dejar que esa mierda se te acercara... Recuerda cuando fue Julia quien lo hizo conmigo en el hospital... Siento haberme comportado como un auténtico anormal, de verdad... Lo siento.

Le doy a enviar, y ya no hay vuelta atrás, es ahí cuando me doy cuenta de que ni siquiera tiene conectado el internet. Vaya... Tal vez le haya pasado algo.

—Lucy, ¿Natalia está en casa?

Espero a que me llegue su respuesta, la cual no se hace de rogar mucho, por suerte.

—Está acostada, ¿por qué?

—Nada, da igual.

—No, ahora me lo dices —escribe, añadiendo una cara enfadada.

—Le he enviado un mensaje y no le llegaba, pensaba que le había pasado algo, pero si ya me dices tú que está acostada, me quedo más tranquilo.

—¿Y tú que haces?

—Acabando de cenar con un amigo.

—¿El guiri ese que me dijiste?

Abro los ojos como platos, ¿desde cuándo le interesa tanto a ella lo que esté haciendo? Tal vez debería presentarle a Kellin, estarían hechos el uno para el otro, los dos igual de pesados e igual de protectores, algo bueno tenían que tener.

—¿Es el de la foto?

—¿Qué foto? —digo sin entender nada.

Durante unos segundos deja de escribir, vuelve, y se detiene de nuevo. ¿Qué está haciendo? No entiendo nada.

—La de perfil —termina escribiendo.

—Sí.

Lo más seguro es que esté mirándola, sino no tardaría varios minutos en contestar, conociéndola...

—Pues no veas como está el colega...
—Bueno, vamos a terminar, ya nos vemos.
—Adiós, estiradillo.

Odio ese maldito mote que me puso, desde el primer día que me vio que le ha dado por llamarme así, por suerte, a medida que ha ido pasando el tiempo ha dejado de hacerlo, pero aún sigue acordándose.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo?

—La verdad es que no, mañana tengo que ir al trabajo y me gustaría parecer una persona normal y no un muerto viviente.

Hace una mueca, asiente y llama al camarero. Antes de que pueda sacar el dinero para invitarle, saca la tarjeta y se la tiende al chaval, que trae el datáfono para poder pasarla.

—Gracias.

—¿No querrás ahora que vayamos a por un helado? ¿No? Porque no veas que moñas te has vuelto, suerte que en Cardiff pude raptarte un rato, sino...

—Ya saldremos otro día —comento—, ¿hasta cuándo te quedas?

—No tengo fecha de vuelta, ya veré.

Miedo me da eso de no tener fecha de vuelta, con lo que ha traído no tiene ni para empezar, pero bueno, mientras no moleste mucho, estaré contento.

Otro día más que vuelve a empezar, solo estamos a martes y yo ya no puedo ni con mi alma, lo más seguro es que acabe muriendo pronto, porque a este paso... El cansancio acumulado va haciendo meya en mí, como la haga muy profunda al final acabaré en la cama durante una semana.

Tras vestirme y tomarme un café bien cargado, cojo el maletín y me voy para el banco, vaya día tan maravilloso me espera, solo de pensar en que tengo que ver a Julia otra vez se me ponen los nervios de punta. ¡Con lo bien que he estado sin ella! Por suerte, ayer estuvo todo el día fuera, arreglando algunas gestiones, a ver si hoy pasa lo mismo.

—Buenos días —le digo a una de las chicas nuevas, Paula.

—Buenos días, John —contesta con una sonrisa.

Miguel está en medio del pasillo de la sucursal con un montón de papeles, camina lentamente intentando que ninguno de ellos salga volando o caiga al suelo. Por increíble que parezca, Julia es como si me oliera, como si tuviera un radar que le pita cuando estoy cerca, porque no sé cómo lo hace, pero siempre que entro en la sucursal aparece ella por algún lado.

—John —me llama desde el inicio del pasillo.

—¿Sí?

Se acerca a mí, con paso ligero, contoneando su escultural cuerpo. Va embutida en un vestido negro que le sienta como un guante, jamás la había visto con él y la verdad es que cualquier hombre se postraría ante ella nada más verla.

—¿No me vas a dar un beso?

—¿Un beso? ¿Por qué debería hacerlo?

—Porque somos amigos, ¿no?

—Bueno... —digo alzando los hombros.

En realidad no creo que seamos amigos, en alguna otra época tal vez, pero no ahora que ha querido acostarse conmigo más veces de las que puedo recordar y ha intentado que deje a Natalia.

—¿Cómo ha ido tu viaje?

—Muy bien —contesto— perfecto —recalco.

—Me alegro, por casualidad no te habrás dejado allí a la irritante de tu novia, ¿no?

—Siento decirte que ya no es mi novia.

—¿No? —dice sonriente, con los ojos muy abiertos.

Espera que siga contándole, tiene una enorme sonrisa en los labios, y algo me dice que en su interior está saltando de alegría como la arpía que es. No sé cómo podría alegrarse de algo así.

—No, es mi futura esposa.

Tras contestarle, doy media vuelta y sigo hasta llegar a mi despacho, a ver si se le bajan ya los humos y se deja de tonterías, que ya es mayorcita como para andarse con tontadas de estas. Parece un patio de colegio, tanto cotilleo y tanta maruja por medio. Me quito el abrigo, lo cuelgo en el ropero y me siento en la silla, desabrochando antes la chaqueta del traje. Resoplo, fijo la mirada en mi móvil y me paso una de las manos por el pelo. Natalia ni siquiera ha contestado al mensaje que le envié ayer por la noche, no sé nada de ella. Lo más seguro es que siga enfadada por lo que ocurrió con ese mamarracho en la puerta del *Jubilee*, debería haberle callado la boca, ese tío no sabe con quién se ha metido, y más le vale alejarse de mi mujer o la cosa acabará muy mal.

Reviso los papeles que tenía el otro día en casa y que apenas me dio tiempo de mirar, me pongo las gafas, enciendo el ordenador y me armo de paciencia. Pero, mi cabeza no hace más que pensar en ella. En cómo estará y qué es lo que ocurrirá entre nosotros, tal vez no hiciera lo correcto, pero así lo sentía en aquel momento. Rebufo. Joder, ¿por qué todo tiene que pasarnos a nosotros? No lo entiendo, simplemente es incomprensible.

El teléfono del despacho empieza a sonar, y solo espero que no sea Julia quien llama. Levanto la parte de la pantalla, entonces veo que es el número de casa, de Cardiff, ¿será Laura? No creo que mamá se ponga a llamar al trabajo, es más, creo que solo Laura tiene este número.

—J.D Collins.

—¡Hermanito! —exclama.

—Hola, pequeña.

Una inevitable sonrisa se dibuja en mis labios, me alegra escucharla, aunque

ahora mismo no es que tenga muchas ganas de hablar con ella. Con lo persuasiva que es, si nota que me pasa algo acabará sacándomelo.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Bien —contesto—, ¿cómo es que estás llamando?

—¿Es que no puedo llamar al mejor hermano del mundo mundial y al que más quiero? —pregunta.

—Ajá...

Hay algo que no me huele bien. Tanto alago por parte de Laura no es normal y mucho menos a estas horas.

—¿Y Natalia?

—En el *Jubilee*.

Trago saliva al escuchar como permanece en silencio, esta es más lista de lo que todo el mundo cree.

—¿Sí? Vaya, pues estará debajo de alguna mesa porque he llamado a ver cómo le iba, y Joel dice que no ha aparecido.

Mierda... Vaya bocazas, podría haberse callado.

—Seguro que estará yendo para allá, se habrá entretenido con cualquier cosa, ya sabes como es.

—Sí, ¿tú crees? —pregunta con rin tintín—. ¿Se habrá entretenido?

Esta sabe más de lo que dice, estoy completamente seguro, ¡vamos si la conozco! Por primera vez en la vida, Kellin tiene razón, cuando una mujer pregunta algo de este estilo es porque ya sabe la respuesta.

—¿Por qué no?

—Ah, no sé, tú sabrás.

Cojo aire y lo dejo ir a modo de suspiro. Pillado.

—¿Qué sabes?

—¿Cómo demonios se te ocurre pegar a Robert en medio de la calle? —pregunta escandalizada— delante del *Jubilee*. —Aclara.

—Y más que tendría que haberle dado a ese hijo de puta —digo entre dientes.

Cierro la mano que tengo libre, formando un puño. Solo de recordarlo me enervo, no sé cómo pudo tener tanto morro. ¡Maldito *profesorucho* de gimnasio! Resoplo, de nuevo, cansado de tanta tontería.

—John...

—¿Y te ha contado por qué lo hice? —pregunto enfadado.

Ahora no contesta, no sabrá que decir, lo más seguro es que ni siquiera haya querido escuchar la otra parte de la historia, aquella en la que debían decirle lo que realmente ocurrió.

—Ese gilipollas estaba besando a «MÍ» mujer —digo recalcando el mí.

—¿Cómo?

—Por eso lo hice, y no hay más que hablar, ahora si me disculpas, voy a seguir con mi trabajo.

Sin decir nada más, cuelgo. Odio que se comporte así, lo que no puede hacer es llamar acusando sin saber la mitad del cuento. Necesito tomarme algo. Abro el último cajón que hay bajo la mesa y saco una botella de agua. Empieza a dolerme la cabeza, parece que me vaya a estallar. Entre el enfado que llevo, la tensión que hay aquí y que apenas he dormido en los últimos días, creo que voy a acabar enfermando.

Demasiado trabajo y muy poco tiempo. Por suerte, entre una cosa y otra apenas he tenido tiempo de pensar, cosa que me va bastante bien en estos momentos. Antes de bajar al *parking*, recibo una llamada de Natalia para que vaya a la cafetería para que hablemos de lo que ocurrió anoche. No cojo el coche, será mejor que vaya andando, así me da un poco el aire y calmo estos nervios que empiezan a crecer en mí.

No muy allá veo de nuevo a Robert, que va en dirección contraria a la mía. Fijo mis ojos en él, siento como los nervios se convierten en ira, agarro con fuerza el maletín, miro hacia otro lado, evitando el contacto visual. Cuando estamos a punto de pasar por el mismo sitio, me golpea el hombro. No iba a decirle nada, pero no pienso dejar que se vaya de rositas después de todo. Esta es la gota que colma el vaso.

—¿Qué cojones estás haciendo? —exclamo.

Una mujer mayor que pasaba junto a nosotros se me queda mirando, en otra ocasión me habría sabido mal hablar así en público, pero ahora mismo no me importa nada.

—Vengo de ver a tu chica —sisea, acercándose a mí.

Siento como la sangre me hierve, apenas me puedo contener. Cojo aire, lo suelto por la nariz con fuerza, cierro los ojos y al abrirlos me encuentro con los suyos, me mira desafiante, sabiendo que acabaré cayendo en su trampa. Pero, no me importa, este pagará por lo que hizo ayer.

—¿Ah, sí? —Gruño.

No contesta, simplemente sonrío. Lo que hace que la rabia me corroa por dentro y las ganas de atizarle sean aún mayores. Le doy un empujón, con fuerza, lo que hace que retroceda varios pasos. Se coloca bien la sudadera negra que lleva, y sigue mirándome, sin decir nada, a la vez que continúa sonriendo fanfarrón.

—Quiero a Natalia —dice en voz baja.

—¿Qué la quieres? —pregunto incrédulo—. ¡No la conoces! ¡No sabes nada de ella! Ni siquiera sabes por lo que ha pasado. Si está como está es gracias a mí, no a un gilipollas como tú. Lo último que necesitaría en su vida es a alguien como tú —espeto enfurecido.

Doy varios pasos hacia él, aunque no hace más que caminar hacia atrás. Antes de que se aleje mucho, le agarro por el cuello de la sudadera, tiro de ella hasta que nuestras frentes quedan pegadas.

—Acércate a ella y lo lamentarás, me da igual lo que sepas hacer, te juro que como te vea a menos de diez metros de ella, será lo último que hagas —le advierto—. No tientes a la suerte.

Tras eso, le suelto, vuelvo a empujarle, y sigo mi camino. No hay nada más que hablar.

Capítulo 24

Me siento en una de las banquetas, me paso las manos por la cara y el pelo, y suspiro. No puedo más, no puedo con todo esto. Ahora mismo mi vida me supera y no consigo sacarme todo este miedo de la cabeza. Desde que llegamos de Cardiff, Collins parece otro, sigue siendo igual de atento y cariñoso, pero siento que hay algo que no va bien, aunque eso salta a la vista. Jamás le había visto como le vi ayer, por un momento temí que Robert pudiera hacerle daño, y en realidad, si hubiera querido, podría haberlo hecho en un momento, pero por alguna razón no lo hizo.

Por suerte, John ha venido y hemos podido hablar de ello, dice que me echa de menos, que no sabe qué hacer sin mí. La verdad es que a mí también me cuesta vivir lejos de él, pero ahora mismo necesito tiempo para pensar, para dejar de agobiarme como estoy haciéndolo. Tengo que aprender a controlar mis emociones como lo hacía hace un tiempo.

Llega la hora del cierre, y una vez más he vuelto a quedarme aún sin ser mi turno. Trabajar me distrae... Además, estando con Joel siento una extraña paz que me sosiega cuando me pongo nerviosa. Supongo, que también es por eso por lo que me gusta estar aquí, con él. Ha sido un buen día, respecto al trabajo, y un poco malo si tengo en cuenta lo personal, no he podido dejar de pensar en él. Tanto ha sido el agobio que tenía que he necesitado reordenar toda la sala de la biblioteca para intentar calmarme, no creo que tarde mucho en volver a cambiarlo todo de sitio. Cuando termino de limpiar todas las mesas y poner el lavavajillas, me siento otra vez en uno de los taburetes, mientras, Joel me mira, a la vez que barre la sala.

—¿Por qué me miras así? —pregunto.

—Por nada —contesta en voz baja.

Levanto los hombros, sin saber que más decir. Me fijo en nuestro gran y precioso reloj, es ahí cuando me doy cuenta de que se ha parado, ha dejado de moverse a la una y veinte. Vaya... Con tanto ajetreo no me he dado ni cuenta. Lo descuelgo con cuidado, para que no se rompa. Lo dejo sobre la barra y entro al almacén a por pilas, espero que haya, así podré ponerlo en hora. Rebusco en la caja que hay en la primera de las estanterías, pero no veo nada, saco parte de lo que hay y entonces encuentro un paquete con cuatro pilas. ¡He tenido suerte!

—¿Estás mejor? —me pregunta Joel.

—¿De qué?

Se queda quieto, aguantando la escoba apoyado contra la barra. Me mira atento, aunque hace una mueca de tristeza. Hace tiempo que le noto decaído, hay algo que no me quiere contar, estoy segura.

—De lo de ayer...

—Sí, tranquilo.

Estoy mejor, o por lo menos un poco, sigo preocupada por lo que pueda pasar pero espero que todo se mejore. Empiezo a fregar la sala que ya ha barrido Joel, así iremos más rápido y solo quedará limpiar la cocina y el almacén.

Después de acabar de recogerlo todo, me preparo un té rojo, me siento en la mesa que hay junto al ventanal, la farola que hay frente a este parpadea, hasta que termina apagándose, dejando a la vista la hermosa luna llena que reina el cielo esta noche. Joel se sienta frente a mí con un vaso de agua, estira el brazo, colocando una de sus manos sobre las mías. La acaricia, con cuidado, con mimo.

—Oye, nena... —dice en voz baja, dulcemente.

¿Nena? ¿Desde cuándo me llama nena? Creo que nunca antes me había llamado así, a veces sí que lo hacía con algo más de cariño, pero jamás me había dicho nena. La levanta y se la lleva a la boca, dándole un besito.

—¿Qué pasa, Jo?

—No sé si te acuerdas que... Bueno...

—Dime.

Le da un sorbo al agua, coge el aire por la nariz, lo suelta por la boca y baja la vista hasta nuestras manos.

—Nati... Yo... —murmura.

Fijo mis ojos en los suyos, sin entender muy bien que es lo que está ocurriendo. Siento como me empiezan a sudar las manos, por lo que la aparto de la suya, para que no se dé cuenta. La punta de mis dedos se congelan a causa de los nervios.

—Nati, lo que quería decirte aquel día —prosigue— el día del accidente, y lo que he intentado decirte un montón de veces... Es que... —suspira— joder... Estoy enamorado de ti...

Durante unos segundos mi corazón se detiene, el cuerpo se me paraliza y no sé a dónde mirar ni qué decir. Parpadeo rápidamente. No lo entiendo... ¿Qué puñetas está diciéndome? ¿Desde cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Cómo?

—Qué sí, Natalia, que llevo tres años pillado de ti, que no puedo aguantarlo más... Joder, Nati...

—¿Y Nadia?

—La quiero, es una chica maravillosa pero no estoy enamorado de ella. No puedo dejar de pensar en ti, esto es un sin vivir.

Madre mía... ¡Por dios! Esto cada vez me parece más irreal, primero Collins me pide que me case con él, Kellin me tira la caña, luego aparece Robert y me besa, y ahora Joel... ¡Me va a dar algo! Cuando no tenía a nadie parecía invisible, ahora está todo el mundo detrás de mí. Al final acabaré volviéndome completamente loca porque esto no me parece normal.

Sin decirle nada, me pongo en pie, me acabo de tomar el té y voy a por mis cosas. Ahora mismo no sé cómo reaccionar a lo que me acaba de contar. Esto es muy fuerte, es increíble. Me pongo la chaqueta tan rápido como puedo, necesito irme, quiero huir

y dejar de pensar en todos estos líos que están haciéndose con mi vida.

—Nati... Por favor...

—Joel... De verdad... Ya hablaremos.

Trago saliva, dejo el vaso en el lavabo antes de marcharme, estira el brazo y me coge la mano.

—No te vayas.

—Lo siento, Joel, deja que lo digiera todo, te lo ruego.

Suspira, me besa la mano y asiente.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias, no es necesario.

No sé a dónde demonios ir, me siento tan confusa, tan triste y preocupada que me siento perdida. Me cuelgo bien el bolso, cojo el casco, me lo pongo, y me subo a la moto.

Doy vueltas por el pueblo durante algo más de una hora, me detengo en el parque que hay junto a casa de Collins, me siento en uno de los columpios y rompo a llorar como una cría. Apenas puedo respirar, siento como algo oprime mi pecho, me duele tanto... No quiero sentirme así, ni decepcionar a nadie, pero sé que en algún momento lo haré, no puedo aceptarlo todo. Amo a John, pero me da pena hacerle daño a Joel, ha estado conmigo durante toda la vida, pero nunca ha sido tan importante como ahora.

Aparco la moto frente a la puerta de casa de Collins, le pongo el seguro a la rueda, rebusco las llaves de su casa en el bolso, y cuando las encuentro abro la puerta. Con mucho cuidado, para no hacer ruido, quiero darle una sorpresa. Aunque necesitara pensar hace un rato, necesito sentirme bajo sus brazos, cobijada. El salón está prácticamente sumido en la oscuridad, apenas se ve nada, solo algunos rayos de luz de las farolas que hay en la calle se cuelan por la persiana mal cerrada. Está tumbado en el sofá. Sonrío, pobrecito, qué mono. Me acerco a él, poco a poco, aunque antes me quito los zapatos, así haré aún menos ruido. Me siento a horcajadas encima de él, le beso la mejilla, y el cuello. Sus manos empiezan a recorrer mis piernas, por encima de los tejanos, cuando acaricio su rostro me doy cuenta de que hay algo raro en él. No es Collins, y si no es él, ¿quién es? Chillo, asustada. Me levanto rápidamente, cojo uno de los cojines, empiezo a golpearle y estiro el brazo hasta que llego a la lámpara de la mesilla que hay junto al sofá y la enciendo.

—¿Kellin?

—Buenas noches, guapa, ¿quieres un poco de calor?

Le miro y veo como su paquete se ha abultado. ¡Mierda! Siento como mis mejillas se vuelven rojizas. Me cierro la chaquetilla fina que llevo encima de la camiseta, no sé por qué, pero lo hago. Escucho como John baja corriendo las escaleras, casi de dos en dos, hasta que me ve aquí plantada, en medio del salón.

—Natalia... —susurra.

—Necesitaba verte.

Hace una mueca con la boca, algo parecido a una sonrisa. Se acerca a donde me encuentro y me abraza con fuerza. Me besa la coronilla y acaricia mi espalda.

—Vamos arriba —me pide.

Asiento, pero entonces me acuerdo de que Kellin está en el sofá, medio dormido.

—¿Qué hace este aquí? —pregunto.

—Mañana te lo explico.

—Vale...

Cojo mis cosas y subo a la habitación, con Collins detrás de mí, dejando a Lund en el sofá, no creo que estando como está se mueva de ahí. Cuando entramos en la habitación, John se pega a mí y me besa desesperadamente.

—John... No... Por favor...

No quiero que hagamos el amor como salvajes, esta noche solo quiero disfrutar del calor de su cuerpo, de la compañía, de la protección que siento cuando estoy con él. Creo que hay veces que olvido cómo me siento cuando estamos juntos.

—Como desees, princesa.

Deja mis cosas sobre el sifonier, toma una de mis manos, se sienta en la cama y va desabrochando los pantalones, hace que se deslicen por mis piernas, y luego va a por la camisa. Saca cada botón de su hueco, hasta que la tela que cubría mis hombros cae al suelo. Se acerca al armario, saca una de sus antiguas camisetas de baloncesto, me la pone, y me da un casto beso en los labios. Me coge en brazos, no sé por qué, sube a la cama y me tumba a un lado, quedándose él en el otro. Me recuesto contra su pecho, abrazándole, escuchando su hermoso corazón.

—Sabes... Hay veces que pienso que la vida va tan deprisa que apenas dura un segundo. Uno, solo uno. Ese que se vuelve eterno cuando lo comparto contigo.

—Qué bonito... —murmuro.

Noto como varias lágrimas empiezan a emanar de mis ojos, empapando su camiseta, me doy con la mano, intentando ocultarlas, pero no parece surgir efecto. Lloro en silencio, pegada a su cuerpo, arrinconada en mi templo, aquel que me da la paz. Me acaricia el pelo, con delicadeza y me da un beso en la coronilla.

—Ya está, pequeña, todo se solucionará —me promete.

Cuando me despierto decido marcharme sin más, sin esperar a que ninguno de los dos se levante. Miro el móvil, son las siete de la mañana, es raro que me despierte tan pronto sin que me haya sonado el despertador. Me pongo los pantalones, la chaqueta y guardo la camisa en el bolso de mala manera, tengo que salir de aquí ya. Saco el móvil, nada más salir a la calle y marco su número. Es una urgencia, y espero que pueda atenderme. Después de cuatro pitidos salta el buzón, lo que dispara mis nervios.

—Joder, Beth... —murmuro— Beth, necesito que me des hora, necesito visita, de verdad, creo que me voy a volver loca... —digo cuando empieza a grabar— llámame cuando oigas esto, por favor.

Tras eso, cuelgo. Es muy pronto, tal vez demasiado. Me pongo el casco y subo a

mi pequeña, será mejor que me marche. Voy a casa, le dejo una nota a Lucia, para que sepa dónde estoy, cojo la bolsa de deporte y una muda limpia y vuelvo a marcharme. Lo que mejor me va a ir para deshacerme de estos nervios es ir al gimnasio aunque sea media hora, antes de ir a trabajar. Aparco la moto frente al gimnasio me cuelgo el casco del brazo y la bolsa del otro.

—Buenos días, Natalia —me saluda Carolina, la nueva recepcionista.

—Buenos días —contesto intentando sonreír.

—¿Quieres que avise a Robert de qué estás aquí?

—Oh, no, no es necesario, hoy vengo solo un rato y a mi aire.

—Ah, de acuerdo entonces.

Paso la tarjeta por el lector e inmediatamente se me abren las puertas. Entro a paso ligero al pasillo de los vestuarios, no quiero tener que encontrarme con Rob. Dejo mis cosas en la taquilla diecinueve, me cambio y cuando voy a salir escucho unos pasos y acto seguido su voz.

—Mierda.

Pego la espalda a la pared, que hay tras la puerta, para que no me vea cuando pase por delante. Madre mía, me tiemblan las manos, estoy como para robar panderetas. Va hablando con otro chico, y cuando noto que las voces se alejan, salgo corriendo en dirección a las escaleras. ¡Natalia, corre por tu vida!

—Corred, piernecitas, corred —les pido.

Subo las escaleras de dos en dos, o tal vez de tres en tres, ni siquiera soy capaz de contarlos, voy demasiado deprisa, tanto que es posible que acabe cayendo de bruces. El corazón me late con tanta velocidad, que me da la sensación de que se me va a salir del pecho. Recorro el largo pasillo desde el cual se puede ver la piscina, y que va a la sala de máquinas. Cuando entro me doy cuenta de que me he olvidado la botella de agua, el móvil y la toalla en los vestuarios, ¡vaya suerte la mía! Resoplo, miro las máquinas, quiero hacer bicicleta, hay una libre. Voy hacia ella, y cuando tan solo queda un metro para que pueda rozar su manillar, una señora mayor me adelanta por la derecha, me empuja y se sube antes.

—Oiga, que iba a usarla yo.

—Haber ido más rápido, chiquilla —dice con ríntintín— los jóvenes de hoy en día, como tú, os creéis que os lo van a dar todo hecho.

—Debería de mirar más a la gente como usted y no a los jóvenes como yo, a veces tenemos más respeto que ustedes.

Sin más dilación, doy media vuelta, me subo a la elíptica, no estoy de humor para nada y acabaría pagándolo con ella, seguro. Aunque en gran parte se lo merece, por hablarme mal.

Después de una buena guerra de miradas, la mujer se marcha, dejándome vía libre. Me monto en la bicicleta, desde donde veo el reloj que cuelga de la pared, junto a una de las televisiones. ¡Mierda, son las ocho y media! ¡Y aún tengo que ducharme! De un salto me bajo de la bicicleta, todo el día corriendo. No sé qué era peor, si

pensar o ir agobiada a causa de la prisa. Bajo a los vestuarios, me quito la sudadera, y empiezo a desabrocharme los pantalones de chándal, entonces unas manos se posan en mi cintura, deteniéndome, haciendo que quede inmovilizada. Me doy la vuelta con rapidez, entonces le veo.

—¿Qué haces aquí? Se supone que no puedes entrar en los vestuarios de chicas.

—No me importa, Natalia —dice con su sensual voz.

Sus oscuros ojos se fijan en los míos, sus canosos y rosados labios esbozan una irresistible sonrisa, que hace que mis piernas tiemblen. Un profundo gruñido se escapa de su boca, y hace que un cosquilleo se adentre en mi vientre.

—Rob...

—Natalia, vente conmigo, marchémonos, huyamos —me pide.

Trago saliva, me siento débil, con este hombre siempre lo hago, no puedo evitarlo, siento como su enorme poder de convicción se adentra en mi mente consiguiendo que haga lo que quiere.

—Robert... —Apenas puedo hablar.

—Te lo ruego.

Pega su cuerpo al mío, como suele hacer John, tanto que no hay nada que pueda separarnos, entonces, noto como un sudor frío recorre mi espalda. Joder... Este hombre me pone de los nervios.

—Yo...

Su rostro se acerca mucho al mío, tanto que siento como su respiración se choca contra la mía. Mi corazón late con fuerza, más incluso que cuando corría. Cierro los ojos, y la imagen de Collins cruza mi mente. Aparto a Robert, y me alejo de él.

—No, Robert, no —consigo decir.

—¿Por qué?

Sinceramente, no lo sé. Quiero a Collins, con locura pero ahora mismo no estoy segura de nada, no entiendo lo que está ocurriendo a mí alrededor, estoy tan cansada de todo esto que creo que perderé la cabeza tarde o temprano.

—Lo siento.

Vuelvo a apartarle, cojo mis cosas, lo meto todo dentro de la bolsa de deporte y salgo del gimnasio, directa hacia la cafetería, una cerdada, lo sé. Pero con Robert por ahí no puedo fiarme de nada. Cuando nos conocimos jamás pensé que esto podría acabar así, fue todo tan extraño, una simple coincidencia.

Maldita vida... Desde que nos fuimos a Cardiff todo ha sido una mierda, nunca había tenido tantos quebraderos de cabeza. Hay veces en las que pienso incluso que habría sido mejor no haber conocido a Collins, por alguna razón nuestras vidas se enlazaron. Si no hubiera esperado a que llegara Joel no le habría echado el agua por encima, ni me habría llevado al hospital... Una lágrima se desliza por mi mejilla, ¿cómo puedo estar pensando esto? El móvil empieza a sonar justo cuando llego a la cafetería.

—¿Sí? —pregunto.

—Soy Beth.

—Oh, hola.

—He escuchado tu mensaje, ¿te va bien venir esta tarde?

—Claro, perfecto.

La mañana pasa más rápido de lo que pensé que lo haría, Joel no ha venido en toda esta, y por suerte ha podido venir Nadia. Apenas me ha dirigido la palabra, está seria, tiene unas enormes ojeras bajo los ojos y parece haberse pasado la noche llorando. Puede que Joel le haya contado lo ocurrido ayer.

—Nadia, me voy —anuncio, cuando estoy a punto de salir por la puerta—, Lucía no tardará en venir.

—De acuerdo.

Sin decir nada más, da media vuelta y se mete en la cocina. Es la hora de la comida, por lo que apenas hay gente, la gran mayoría son jóvenes estudiantes que vienen a por un bocadillo o algo que picar entre las clases.

Llego a casa, y Lucía campa a sus anchas por el comedor tan solo vestida con la ropa interior. Me quedo mirándola, y no puedo evitar sonreír. Me saluda con la mano, a la vez que le da un mordisco a la rebanada de pan que lleva en las manos.

—¿Has comido? —pregunto.

—Sí, pero aún tengo hambre.

Esta muchacha siempre tiene hambre, siempre. Es raro no verla comiendo algo a todas horas. Me mira de arriba a abajo, hace una mueca y se acerca a donde me encuentro.

—Estás horrible —dice haciendo una mueca.

—Gracias.

Dejo el bolso, el casco y la chaqueta en el recibidor, y paso a mi habitación, necesito darme una ducha. Lucía me sigue, como un perrito faldero, cuando le da por ponerse en *modo pin* es prácticamente insoportable.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver como no se separa de mí.

—¿Cómo fue con Collins ayer? ¿Sigue ese amiguito suyo en casa?

Levanto una ceja, ¿y esta como sabe que Kellin está allí? No lo sabía ni yo... Frunzo el ceño, cruzo los brazos y le miro de mala manera.

—¿Qué amiguito? ¿Y cómo sabes tú que Kellin está en casa de John?

—Me lo dijo él mismo.

—¿Kellin?

—¿Qué Kellin?

—Su amigo.

—Ah, no.

—¿No qué?

No entiendo nada, vaya conversación de besugos, hay veces que es mejor hablar con la pared, en ciertas ocasiones hace más caso.

—Que no, que me lo dijo Collins.

—Ajá.

Me doy la vuelta y me dispongo a sacar la muda limpia que había en la bolsa de deporte, para así ducharme, e irme a ver a Beth. Lo dejo todo en el baño, y como no, Lucia viene detrás.

—¿Puedes dejar de seguirme?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Porque me molesta?

Resoplo, esta muchacha hay veces que no entiende las cosas. Pero bueno, hay que tener paciencia con ella. También la tiene conmigo, y mucha.

—Te he dejado albóndigas que he hecho, están en la olla que hay encima de la vitro.

Asiento, y sin decir nada más me meto en el baño. Entre una cosa y otra acabo colapsándome y no sé ni cómo me llamo. ¡Tengo demasiada información en la cabeza! Al final tendrán que encerrarme en un psiquiátrico y atarme a la cama, porque si no acabaré matando a alguien.

Antes de que salga del baño, tras la ducha, Lucia se marcha, ¡por fin un poco de soledad! Suena egoísta, lo sé, encima que se preocupa por mí, me hace la comida, y demás, y solo estoy deseando que me deje sola. Pero es que no lo puedo evitar, en estos momentos lo que necesito es irme de retiro espiritual y no volver en una temporada. Por desgracia, tengo demasiado que solucionar aquí como para huir así.

Con la toalla me seco el pelo, me visto, y cuando salgo, me dejo caer encima del sofá, necesito descansar, incluso dormir, aunque ahora no tengo tiempo de eso. Debería comer algo, no recuerdo cuando lo hice por última vez. Enciendo la televisión, pero no hay nada interesante que ver. Cambio de canal cada dos por tres, hasta que llego a uno donde están haciendo un programa de cocina. Mi barriga empieza a rugir, parece que necesita que algo le llene. Voy a por un plato de albóndigas, seguro que le han quedado deliciosas. Enciendo el fuego, para calentarlas, ya que hace un buen rato que las hizo y apenas estaban calientes. Me siento en el sofá de nuevo, coloco el plato encima de la mesa y empiezo a comer.

—Esta chica es una artista de la comida.

Después de haber comido un poco, y de haber disfrutado con lo que me ha preparado Lucia, me pongo las zapatillas, y me dispongo a ir a ver a Beth. Collins me ha llamado dos veces esta mañana, pero con todo el trabajo que hemos tenido apenas he podido respirar. Mi móvil suena nada más salir de casa, hablando del rey de Roma, por el móvil asoma.

—*Tenemos que hablar.*

¿Tenemos que hablar? ¿Así sin más? Empiezo a ponerme nerviosa, ¿qué habrá ocurrido como para que Collins me envíe un mensaje así? Trago saliva, esto no es lo normal en él... Las puntas de los dedos se me hielan, siempre que me temo lo peor

me pasa.

—¿Por qué? ¿Va todo bien?

—Eso querría saber yo.

Joder... Esto no me gusta ni un pelo. Cojo aire por la nariz, y lo suelto por la boca. Unas terribles ganas de vomitar acuden a mi garganta, me tapo la boca, y poso una de mis manos en mi vientre, madre mía...

—¿Puedes decirme qué pasa? —Tecleo a duras penas.

Está en línea, pero no contesta, incluso ve el mensaje y decide ignorarlo. Ahora sí que los nervios se vuelven más fuertes, toman mi cuerpo y hacen que empiece a temblar. Vuelvo a coger aire, poco a poco, intentando calmarme, pero no puedo, las náuseas siguen ahí, el cosquilleo en mi vientre, las manos frías, me aterra lo que pueda ocurrir.

Cuando llego a la consulta de Beth, llamo al timbre de la portería, pero nadie contesta. ¿Dónde demonios está? Esta mujer siempre acaba llegando tarde. Dos minutos después la veo aparecer girando la esquina de la calle, cargada con su enorme bolso, y una bufanda que parece que se la vaya a comer. Aligera el paso cuando se da cuenta de que la estoy esperando, hace una mueca, y se abraza a mí.

—¿Cómo estás?

—Bueno...

Alzo los hombros con un ligero movimiento, una triste sonrisa se dibuja en mis labios, lo noto. Las lágrimas acechan, los párpados empiezan a pesarme. Me siento tan sumamente mal que ya no sé ni cómo debo actuar, cómo vivir. Intento seguir una rutina, volver aquella que era mi vida, pero todo se me hace tan pesado que no puedo con ello.

—Subamos.

Asiento poco a poco, abre la puerta y entramos en el ascensor, intento contener las lágrimas que me pesan. Cojo aire por la nariz y lo dejo ir por la boca. Entramos en el apartamento, me quito la chaqueta y dejo las cosas encima del sofá que hay en la sala de visitas. Me dejo caer en una de las butacas que hay al otro lado de la sala. Beth entra, con dos tazas de té, como suele hacer cada vez que vengo, sin preguntar, a sabiendas que lo aceptaré gustosa.

—¿Cómo te encuentras, Natalia?

Se sienta frente a mí, le da un sorbo y se pone las gafas, me mira, veo la pena en sus ojos, y esto me molesta.

—Exhausta.

—Ajá... Así que, exhausta —dice apuntándolo en una libreta.

Asiento sin ganas, sobre todo ahora que Collins me ha enviado esos mensajes, no entiendo nada de lo que está ocurriendo, y eso hace que cientos de preguntas crucen mi mente sin control. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, erizando mi vello. Algo está pasando.

—Tengo miedo, Beth —murmuro.

—¿Miedo a qué?

—A que pueda hacerle daño, no quiero que sufran.

—¿Sufran? ¿Quiénes?

Me mira, seria, ahora es ella quién no entiende las cosas.

—Collins, Robert y Joel.

—¿Qué pasa con ellos?

Suspiro, me paso las manos por el pelo, colocándolo bien, ya que algunos mechones resbalaban hasta llegar a tapar mi rostro.

—Robert me ha pedido que huya con él, ya ves tú —bufo— Joel me ha dicho que lleva enamorado de mí desde hace algo más de tres años, y que nunca antes se había atrevido a decírmelo —suspiro— y Collins, bueno...

—¿Bueno?

—No puedo casarme con él.

Capítulo 25

Son las diez de la noche, Natalia no ha osado venir a verme. Necesito saber qué demonios está pasando, por qué se comporta así y qué va a pasar con nosotros. No puedo seguir viviendo así, con este desasosiego que me corroe por dentro, es incluso casi peor que cuando no hablaba con ella. Verla tan despegada, tan fría... Me duele. Por suerte tengo a Kellin aquí conmigo, que hace que consiga distraerme.

—Tío, pasa de ella.

—¿Cómo voy a pasar de ella? —pregunto incrédulo— la amo más que a mi vida, no puedo vivir sin ella.

Hace un gesto con la boca, y frunce el ceño.

—Por eso yo soy como soy, las tías son así, no puedes fiarte de ellas.

—Tú eres incapaz de sentir, Kellin —digo molesto.

—Tienes razón, pero yo por lo menos nunca me llevaré los chascos que te llevas tú.

Trago saliva, eso es verdad. Él nunca ha sufrido por una mujer, y no creo que lo vaya a hacer jamás. Es imposible que él se enamore de nadie salvo de sí mismo, tal vez se encapriche de alguna, pero nada más.

Jamás pensé que fuera a ser así, creía que nunca encontraría al amor de mi vida, y aquí estoy, sufriendo por ella, sin apenas poder respirar cuando no está cerca, sintiendo cómo mi corazón está a su vera. La distancia que hay entre nosotros me duele, hace que no sienta nada más que su ausencia. Mi móvil emite un delicado pitido, una lucecilla se enciende en la esquina de este, es de color violeta, por lo que sé que es Natalia. Desbloqueo la pantalla, entonces mis manos empiezan a temblar, un enorme vacío se instala en mi interior, y mi respiración se corta. Caigo de rodillas al suelo, sin poder sostenerme, me paso una mano por la frente y rompo a llorar. Un profundo grito sale de mi garganta, rasgándola. Me duele el corazón, el cuerpo entero. Cierro los ojos con fuerza y siento como las amargas lágrimas cargadas de dolor se deslizan por mis mejillas empapándolas.

—John, John —me llama Kellin, quien se arrodilla frente a mí y apoya sus manos en mis hombros.

Ni siquiera las palabras me salen. Siento como gran parte de mí ha muerto ahora mismo. Jamás debí de enamorarme de ella, no tendría que haberlo hecho... Me cubro el rostro con las manos. Me cuesta respirar, el aire difícilmente llena mis pulmones.

—John, tío, ¿qué pasa?

—No se casará conmigo.

—Bueno, no pasa nada, ya habrá otro momento.

—Me ha dejado.

Cada vez son más las pequeñas gotas que bañan mi rostro. No sé qué debo hacer,

la amo tanto que me duele, ¿qué voy a hacer ahora sin ella?

—Joder... —Tartamudeo.

Kellin me ayuda a levantarme, hace que vaya al sofá y me sienta. Mientras él va a por unos pañuelos y agua. Un pinchazo atraviesa mi pecho, haciendo que me doble sobre mí mismo.

—¿Qué puñetas tengo que hacer ahora?

—Dejar de sufrir por ella, no te merece —dice con dureza.

—Me devolvió a la vida —gruño.

—Y ahora te la ha arrebatado.

En cierto modo tiene razón. Necesito hacer que recapacite, que vuelva en sí, que me ame como el primer día. Tengo que volver a enamorarla, que deje ese miedo que lleva dentro y que le impide estar conmigo, a un lado y que vuelva a ser la Natalia de la que me quedé prendado.

—No sé en qué estás pensando, pero no me gusta tu idea.

—No puedo dejarla escapar.

—Claro que sí, ella lo ha querido así.

Una vez más, tiene razón, ha sido ella quién ha decidido dejarlo todo. Cojo aire por la nariz y lo dejo ir por la boca, madre mía... Cuándo se entere mamá va a llevarse un disgusto impresionante.

—Tío, deja de comerte el coco.

—No puedo hacer eso.

Me levanto del sofá, marco su número en el móvil y me lo llevo a la oreja. Tras varios pitidos, suena el contestador automático. Cuelgo y le envío un mensaje, lo ve y no contesta. Esto no va a quedarse así.

—Necesito ir a verla.

—Te acompaño.

—No, tú te quedas, no tardaré.

Cojo aire y bufo. Me pongo el abrigo, vuelvo a coger aire, intentando calmarme y buscando el coraje que me falta.

Voy a casa de Natalia, prácticamente corriendo, tan rápido como puedo, si no saco todo lo que llevo dentro ahora mismo creo que acabaré muriendo. La respiración se vuelve agitada, más por los nervios que por haber llegado corriendo. Cuando estoy frente a la portería, siento como unas horribles ganas de vomitar se instalan en mi vientre, y un gran nudo se crea en mi garganta. Creo que me va a dar algo.

Llamo al timbre, esperando que sea Lucia quien me atienda, pero no, es Nati quien coge el telefonillo.

—¿Sí? —pregunta en voz baja.

—Nati, cielo —digo intentando que mi voz suene clara y serena.

—¿John? —Tartamudea.

—Ábreme, te lo ruego.

—No, no puedo... No... —contesta nerviosa.

Inspiro y expiro. Una y otra vez.

—Por favor.

—John, no...

—Dímelo a la cara, dime que me dejas, que no me quieres, que has dejado de sentir —espeto esta vez lleno de rabia, con los ojos desbordados de lágrimas—, ¡dímelo, Natalia! Dime que ya no me amas —exclamo—. ¡Vamos!

Golpeo la puerta de cristal varias veces, haciendo que se resquebraje.

—Dímelo y me iré, mírame a los ojos y dilo.

—No... No puedo.

—Claro que no puedes, porque no es verdad, porque sé que aún me quieres y no quieres alejarte de mí.

—Es lo mejor.

—¿Qué mejor ni qué mierda? ¿Qué cojones estás diciendo? Natalia, déjate de tonterías, te lo pido.

—Lo siento.

Tras eso cuelga el telefonillo, vuelvo a llamar, pero no me hace caso, es más, creo que incluso lo ha desconectado para que no suene. Vuelvo a golpear la puerta, mis nudillos se rajan y empiezan a sangrar. Lloro como un niño que se ha perdido y no sabe volver a casa. En la lejanía veo a Robert, la mente se me nubla y voy directo a por él, esto ha sido todo culpa suya, va a pagar por ello.

—Tú —gruño.

—Eh, tranquilo —dice levantando las manos.

—¿Tranquilo? Has arruinado mi puta vida, la has alejado de mí, no te mereces seguir vivo. —Grito enfurecido—, tú has hecho que muera en vida.

Le doy un puñetazo con tanta rabia que acaba cayendo al suelo. Me mira aterrorizado, siento como la vena del cuello empieza a palpitar, la sangre me hierve, jamás me había puesto así, pero por ella daría mi alma y mi corazón. Le propino una patada en el costado, y tras esa otra. Me paso las manos por el pelo, peinando los mechones que se han descolocado, doy la vuelta y me marchó, dejándole ahí, en el suelo, donde debe estar.

Nada más entrar en casa, Kellin, viene corriendo, cuando ve como tengo las manos abre los ojos como platos, sin entenderlo.

—¿Qué demonios has hecho?

—Nada —digo entre amargas lágrimas, aun sintiendo como el fuego de la rabia arde en mí.

Me quito la chaqueta y la dejo tirada sobre la isleta de mármol, me dejo caer en el sofá, clavo la vista en la fotografía que hay en el estante que hay bajo la televisión. Suspiro, joder... Todo se ha ido a la mierda.

—¿Dónde tienes el botiquín?

—No es necesario.

—Claro que sí, que yo puedo ser muy bruto, me ha pasado cientos de veces, sé lo

que se siente, ese enfado que no te deja pensar en nada más, pero no voy a dejarte ahí sangrando.

No digo nada, sigo mirando nuestra fotografía, pero entonces, me levanto, abro uno de los armarios que hay en la cocina, en la parte alta y saco una botella de ron. La abro, y le doy un buen sorbo.

—Tío, así no vas a solucionar nada.

—Haga lo que haga no voy a solucionarlo.

Ya no vale la pena seguir sufriendo, tal vez hubiera sido mejor no conocernos, no haberla llevado al hospital, no haber despertado del coma, o puede que simplemente no tuviera que haberle pedido que se casara conmigo.

—Nos vamos. —Anuncio.

—¿A dónde?

—A tomar algo, no voy a quedarme aquí amargado toda la puta noche, no me da la gana, vamos.

—Cómo quieras...

Esta vez me pongo mi chaqueta de cuero negro, le doy otro trago al ron, y se la tiendo a Kellin, tal vez le apetezca tomar un poco. Pero, me dice que no con la cabeza. Se pone su chaqueta y salimos de casa. Iremos andando, no muy lejos de aquí hay un bar bastante aceptable.

—Tío... No creo que esto sea lo mejor.

—¿No? Pues yo sí, como ya te he dicho no me voy a quedar en casa, como un gilipollas, porque Natalia me haya dejado.

Hace una mueca, frunce el ceño, sabe que tengo razón, pero aun así no le parece correcto. Me da igual, no me importa lo que piense. Me siento furioso, y así no puedo seguir.

Entramos en el bar que decía, hay bastante gente, está más lleno que de costumbre. Una chica pelirroja mira a Kellin desde la otra punta de la barra, parece devorarlo con los ojos. Le doy un codazo para que la mire, pero niega con la cabeza. Me quito la chaqueta, igual que mi amigo.

—¿Qué quieres tomar?

—Vodka con *redbull*.

—Genial.

Pido nuestras bebidas. Le doy un sorbo, quedándome con el vaso casi vacío. La pelirroja no deja de observar a mi amigo. Vuelvo a darle un golpe con el codo, para que le preste atención, pero me da a mí que no está para pensar mucho. Hacía bastante tiempo que no venía por aquí, apenas había tenido tiempo, desde que conocí a Natalia, me centré en ella más que en mí, era y es, lo que más me importaba en toda mi vida, y ahora que no la tengo siento como hay algo que me falta para seguir. Suspiro, esto no puede ser.

—Pónganos dos chupitos —le pido al hombre con barba que hay tras la barra.

Cuando nos lo sirve, aviso a Kellin, quien no deja de mirar a todo el mundo,

buscando a una presa a la que cazar.

—Por nosotros —digo alzando el vaso.

—Y porque ninguna mujer controle nuestra vida.

—Cuánta razón, hermano.

Chocamos los diminutos vasos y nos lo tomamos de golpe. El hombre nos sirve otro, y nos dice que nos invita la chica pelirroja que hay al final. Levantamos de nuevo los vasos, y se los enseñamos.

De entre toda la gente que hay bailando en el centro del garito, hay una hermosa diosa que destaca entre todas. Tiene un cuerpo de escándalo, su cabello es rubio como el de los ángeles, y sus piernas largas. Va enfundada en un *sexy* vestido de color rojo, que le sienta como un guante, no podía quedarle mejor. Se pega a su cuerpo como si fuera su propia piel. Es físicamente perfecta. Tal vez esta noche sea para darme un homenaje.

Me relamo nada más verla, se la enseño a Kellin, quien se fija en ella cuando ve como su larga cabellera se mueve al son de la música, al igual que lo hace todo su cuerpo. Se gira hacia mí, me mira con los ojos abiertos como platos y me lanza una señal. La quiere para él, pero de eso nada. Le pongo una mano sobre el hombro derecho, para que no siga avanzando hacia ella. Me acerco a donde se encuentra, aparto a un tío que había dándole vueltas alrededor, y tomo una de sus manos. Le doy un beso, entonces, se da la vuelta, y todo lo que había visto se me desmorona. Es Julia.

—Mierda —digo entre dientes.

—¡John! —exclama— tenía el presentimiento de que esta iba ser una buena noche.

Ha bebido, se le nota al hablar, al andar, pero no parece importarle nada, en realidad hasta su gesto de mala leche se ha relajado, parece otra. Es diferente a cuando está en la oficina, no parece la misma arpía. Le pido que me disculpe un momento y voy hacia dónde está mi amigo.

—¡Joder como está la tía! —exclama.

Le digo que no con la cabeza. O sea que sí que está muy buena, pero que no puedo, o por lo menos de momento.

—¿Qué pasa? —pregunta Kellin.

—Es mi jefa.

—¿Y qué? Todas las bicis sirven para dar una vuelta, ¿no? —Me guiña un ojo y no puedo evitar soltar una sonora carcajada que se ve eclipsada por la música que suena de fondo.

Veo como Julia se acerca a la chica pelirroja, quien aguanta una copa con algo que ni siquiera puedo reconocer. Se lo da, bebe y se lo devuelve. Mira a Kellin mordiendo el labio inferior, suspira, y le da un trago a su bebida. Él se decide a ir a por ella.

—Eh, John, ¿quién es este chico tan guapo? —pregunta Julia, paseando uno de

sus largos dedos de pianista por el cuello de la camiseta que lleva él.

—Kellin Lund, mi mejor amigo. —Le presento— esta es Julia, mi jefa.

—¡John! —Me regaña— soy su amiga, no solo su jefa, ¿no? —Me mira seductora.

—Sí, una buena amiga —contesto siguiéndole el juego.

—Así me gusta.

Me acaricia la mejilla, y tras eso me da un beso en ella. Toma una de sus manos, tira de mí hasta que nos mezclamos entre la gente. Pega su escultural cuerpo al mío, haciendo que la mezcla del calor de la bebida, y con lo que es capaz de hacer sentir a cualquier hombre, provoca que me encienda.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a distraerme.

—¿Y tú mujercita?

Sé que lo ha preguntado a cosa hecha, y que sabe que algo no va bien, pero ahora mismo no me importa porque lo haya hecho.

—Lo hemos dejado —espeto sin más— en realidad me ha dejado.

—¿Así que estás libre?

Asiento. Posa sus manos tras mi nuca, haciendo que nuestros cuerpos se muevan a un mismo son. Toda ella se roza contra mí, la agarro por la cintura, y dejo que siga enloqueciéndome. No debería hacer esto... Pero, ¿por qué no? Sonríe de medio lado, lo que hace que ella entreabra la boca. La beso, ansioso, dejándome llevar.

—¿Y Natalia?

—¿Quién es Natalia? —pregunto alzando una de mis cejas, como haría ella.

Ahora es Julia quién me besa, quien se deshace entre mis brazos.

—No sabes cuánto hace que deseaba hacer esto.

—¿El qué? —digo haciéndome el tonto.

—El tenerte para mí sola.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Una copa tras otra hace que acabe perdiendo los pocos papeles que tengo, no sé qué hora es, tampoco me importa, eso era lo que estaba buscando, el no tener que pensar, el no preocuparme por lo que pasará mañana. Es cierto que ya debería de estar en casa, y que mañana me levantaré con una resaca impresionante. Pero, ¿qué más da? Echaba de menos volver a ser yo.

Un par de horas más tarde salimos del bar con Julia, y Paula, la chica pelirroja, preparados para ir a casa, a descansar, o no. Tal vez sigamos allí con la noche, quien sabe. Llevo a la rubia colgada del brazo, haciéndome carantoñas, esta quiere algo más que un bailecito, tal vez hoy se cumplan sus sueños.

—¿John? —escucho como dice Natalia apareciendo de entre la oscuridad que hay en la puerta de mi casa.

—¿Qué haces ahí? —digo molesto.

Su expresión cambia, pasa de preocupada a enfadada, o mejor dicho enfurecida,

que es lo que está.

—¿Y ella?

—¿Ahora te importa lo que vaya a hacer? Te recuerdo que hace unas horas no querías saber nada de mí.

Aprieto la mandíbula. Sus ojos brillan de rabia, las lágrimas empiezan a empapar sus ojos. Se acerca a mí, y me da un bofetón. La aparto, lo que aprovecha para ir a por Julia. Le da un empujón, haciendo que caiga de culo al suelo, se tira encima de ella y empieza a tirarle de los pelos.

—Eh, gatita, tranquila —le dice Kellin, intentando cogerla, aunque con lo que ha bebido no creo que pueda aguantarla durante mucho rato.

—¿Tranquila yo? —pregunta—. ¿Tranquila yo? ¡YO! —grita— tendrías que mirarte por un momento al espejo, no eres más que un mujeriego de mierda, rodeado de putas como esta. Eso es lo que te gusta a ti.

Le da un bofetón a Julia, de un lado y de otro, se pone en pie, me mira una última vez, está enfadada, tanto que incluso da miedo. Jamás la había visto así.

—Natalia —le llamo al ver cómo se aleja.

Hace caso omiso a mis palabras, sigue andando, tan rápido como puede. Voy tras ella, en realidad corro detrás. Hasta que consigo agarrarle por la mano, hago que se dé la vuelta, y que acabe abrazada a mí, o por lo menos eso hago yo, abrazarla.

—No te vayas —le suplico— por favor... No te vayas.

Se aparta de mí, haciendo que dé un paso atrás. Fija sus ojos en los míos, puedo ver el odio que siente ahora mismo en ellos, lo que me destroza por dentro. Sin dejar que ni una palabra escape de su boca, da media vuelta y se marcha.

Parte de mí me pide que corra tras ella, que no la deje escapar, que si estaba aquí es por algo, pero la otra me dice que no vale la pena, sino no me habría dejado. Un amargo regusto se instala en mi garganta. Vuelvo a donde se encuentra el resto, le tiendo la mano a Julia, para que se levante.

—¿Estás bien?

—Sí, esa tía está loca, no sé cómo has podido estar con ella.

—Será mejor que os marchéis, esto se ha acabado aquí.

Sin prestarle más atención, miro a Kellin, que asiente un par de veces, y ambos entramos en casa. Sin decirle nada me voy a mi habitación, no tengo ganas de hablar con nadie, de saber nada de nadie, ni siquiera quiero ir a trabajar mañana.

La alarma del teléfono empieza a sonar una y otra vez, con insistencia. No quiero levantarme, no quiero hacer nada. Quiero pasarme el día en la cama, sin tener que preocuparme por qué cara tengo que poner. Me siento en la cama, intentando despejarme un poco, lo suficiente como para que no parezca un muerto cuando hable por el móvil. Llamo a la sucursal, suenan varios pitidos, pero en ningún momento me atienden. Cinco minutos después, vuelvo a llamar.

—Buenos días, despacho de Miguel Sanz, ¿dígame?

—Débora, soy John —digo en voz baja.

—Oh, John... ¡Buenos días! —exclama.

—Por dios, habla más flojo, te lo ruego.

—Bien... Dime.

—He pasado muy mala noche y estoy indispuerto, ¿te importaría cubrirme?

Durante unos segundos permanece en silencio, pero acaba suspirando, y escucho como sonrío al otro lado del teléfono.

—Claro, ahora estás en una reunión en Barcelona, ¿te parece?

—Perfecto, gracias.

—Además, Miguel no va a pasar por aquí en todo el día, se ha ido con Julia a una reunión a Madrid que tenían a primera hora.

—Genial.

Tras despedirme y volver a darle las gracias, cuelgo, dejo el móvil en la mesilla, y me acurruco bajo las sábanas. Esto no debería de haberlo hecho, es la primera vez que no voy por una causa no justificada, pero ahora mismo no puedo ni con mi alma. Me va a estallar la cabeza, ya no estoy para salir... Cientos de recuerdos e ideas cruzan mi mente, recordándome que ya no la tengo conmigo. Golpeo la cama, y lloro en silencio, ahogándome en mis propias penas, intentando que el dolor que me inunda desaparezca cuanto antes.

Mi teléfono emite un leve pitido, estiro el brazo y lo sujeto entre mis manos, no sé ni que hacer ahora mismo. Lo miro, esperanzado con que sea ella quien me escribe pero al hacerlo me doy cuenta de que es Laura, quien me pregunta cómo me va el día. Decido no contestarle, vuelvo a dejar el móvil donde estaba, y vuelve a sonar. Lo miro de nuevo:

—*Echarte de menos, duele. N.R.*

Capítulo 26

Un rato antes

Lloro como una cría, aun no me puedo creer que estuviera con esa guarra, sabía que en algún momento eso pasaría, pero no pensé que fuera a olvidarse de mí tan rápido, lo ha hecho en un tiempo record. Seguro que cuando se marchó a Cardiff tampoco tardó mucho en reemplazarme por otra de las de allí. Estoy completamente segura de que si pienso mal acertaré, sobre todo sabiendo que estuvo por ahí con Kellin Lund. Maldito, Lund, ayer acabaría liándole para que salieran de fiesta, para que se enrollara con esa lagarta.

Las náuseas vuelven, salgo corriendo al baño, me aguanto el pelo como puedo y acabo vomitando lo poco que me queda en el estómago. Lucía se despierta de golpe, asustada y viene a ayúdame. Me recoge el pelo en una trenza, para que no se me ensucie, coge una toalla y la empapa con agua.

—Ya está, pequeña.

—No puedo más con esto...

—Lo sé, nena, lo sé... Pero aquí me tienes para levantarte, ¿sí?

Asiento poco a poco, pero no tardo en volver a vomitar, aunque ya no queda nada que echar. Se sienta a mi lado, acaricia mi espalda intentando calmarme, pero, la verdad, es que no creo que haya nada que pueda servirme ahora mismo.

Cinco minutos después, me siento bien, y Lucía me tiende la toalla para que pueda limpiarme la boca. Madre mía... Qué asco. Las náuseas no desaparecen, pero ya no hay nada en mí, no queda nada. Mi hermana se pone en pie, me tiende la mano y me ayuda a levantarme, tras eso me lleva al sofá, me tapa con una manta y va hacia la cocina.

—Te voy a preparar una manzanilla, ¿vale?

—Vale...

Me acurruco bien bajo la manta, intentando taparme por completo, hasta la cabeza. Me encuentro tan mal que no puedo ni con mi alma, me siento dolorida, pesada, horrible... He arruinado su vida, y la distancia lo ha hecho con la mía. No puedo dejar de pensar en él. Siento rabia, mucha, jamás pensé que fuese a ser capaz de acostarse con Julia, de llevarse a esa arpía a la cama, a nuestra cama. Escondo mi rostro entre las manos y lloro, desgarrándome la garganta, perdida en el miedo y el horror que me desmorona por dentro y que no me deja dormir. Paso los dedos por encima del anillo que me regaló en Londres, de ese hermoso anillo que me convirtió en su futura esposa durante unos días.

—Lo siento tanto —digo en voz baja.

Lucia se sienta a mi lado, en el sofá y me abraza con fuerza, dejando que me

apoye en ella. Solo ella me hace entrar en ese estado de paz en el que nada existe salvo nuestra amistad.

—Yo siempre voy a estar contigo, pequeña, siempre.

—Te quiero.

—Y yo a ti, hermanita.

Ambas lloramos, sin poder evitarlo. Han pasado tantas cosas en nuestras vidas desde que nos conocimos que no sé cómo no hemos decidido huir y dejarlo todo, desaparecer y vivir como siempre hemos querido hacerlo. He echado tanto de menos estos momentos cuando he estado con Collins. No quiero volver a alejarme de ella. Nunca. Ella es la luz que ilumina mis días, la sonrisa que hace que no pueda resistirme contagiarme, a mimarla como si fuera mi hermana pequeña, a protegerla como se merece, a luchar por su amistad y su cariño día a día... Soy muy afortunada de tenerle conmigo, de no haber perdido a tan valiosa persona.

—Siempre juntas.

—Siempre.

Pasamos la noche en el sofá, abrazadas, hasta que nos quedamos dormidas. Al día siguiente apenas me puedo mover, me duele todo el cuerpo, no tengo fuerza ni para mirarme al espejo. Estiro el brazo, y cojo mi móvil, que estaba sobre la mesilla que hay frente a la televisión. Miro la hora, son las ocho. Abro el *WhatsApp*, y le escribo un mensaje a Collins.

—*Echarte de menos, duele. N.R.*

Lo leo para mí varias veces, cuando voy a borrarlo sin querer le doy a enviar. Mierda... Tal vez esta es una señal del destino y así debía ser, todo ocurre por alguna razón, o por lo menos eso es lo que yo pienso. Despierto con cuidado a Lucia, para que se vaya a la cama, por suerte hoy abren Joel y Nadia, y hasta el medio día no tenemos que ir al *Jubilee*.

—Venga, pequeña, vamos a la cama.

Como si fuera una muñeca, le cojo y la llevo a su habitación, para que duerma tranquila y acabe de descansar lo que no ha podido hacer aquí.

—Vamos.

Deshago un poco más la cama, para que pueda meterse bien y así poder arroparla. Le doy un beso en la frente.

—No te alejes nunca. —Le pido.

Vuelvo a mi habitación, me meto en la cama, aunque no termino de tumbarme, sino que me apoyo en uno de los cojines que suele haber encima, y me tapo. Miro el teléfono, pero Collins ni siquiera responde. No lo entiendo, lo ha visto, y ha tenido tan poca vergüenza de no decir nada. No sé qué es lo que debo hacer ahora mismo, ¿cómo voy a vivir sin él? He sido tan gilipollas como para perder al hombre de mi vida, aquel que me volvía loca.

Noto como las lágrimas llenas de amargura empiezan a recorrer mis mejillas, empapándolas, y acaban cayendo sobre la camiseta del pijama. Cierro los ojos, apenas me quedan lágrimas que derrochar. Cojo aire, y lo suelto mediante un tembloroso suspiro.

Escucho como alguien golpea la puerta de casa, varias veces, como solía hacerlo él. No voy a abrir, y menos estando como estoy. Entonces vuelven a llamar. Voy hacia ella, y la abro de mala manera. Mi sangre se hiela al encontrarse con su ardiente cuerpo frente a mí, que hace que retroceda varios pasos hasta que choco contra la pared. Cierra la puerta con cuidado, y luego vuelve a por mí. Cientos de besos arrolladores vuelan de un lado a otro, el deseo y la lujuria toman el control de nuestros cuerpos. Sin dejar razonar a nuestras mentes.

Me toma con fuerza por la cintura, siento como sus dedos marcan mi piel, pero ahora no hay nada que me importe, solo le quiero a él, conmigo, hasta el fin de nuestros tiempos. Me besa sin control, cientos de veces, desarmándome, deshaciendo ese muro que había puesto entre nosotros. Hace que le rodee con las piernas, cogiéndome a pulso. Siento como pequeñas gotas se deslizan por mi mejilla, parpadeo extrañada, entonces me doy cuenta de que no son mías. Son de Collins, quien no puede evitar llorar unido a mí. Nos separamos unos centímetros, lo suficiente como para que pueda ver su hermoso y dulce rostro sumido en una tempestad que poco a poco va acabando con él. Acaricio sus húmedas mejillas, borrando el rastro que ha dejado su dolor, ese que yo misma he creado. Acerco mi rostro al suyo, le beso las mejillas y tras eso los labios, con toda la ternura que puedo darle.

—Eres la única a la que quiero a mi lado —susurra.

Me lleva a la habitación, a la vez que no deja de besarme, ansioso. Recorre todo mi cuerpo con sus manos, acariciándolo. Siento la terrible necesidad de decirle cuanto le amo, de gritarle al mundo que quiero ser suya el resto de mi vida, que él es el aire que llena mis pulmones y que me permite vivir. Las palabras se agolpan en mi boca, sin querer salir. Luchando por permanecer en mi oscuro y derruido interior, ese que no deja de sufrir su ausencia cuando él está lejos. Sus besos se llevan cada uno de mis miedos, de esos temores que no me deja avanzar hacia él y su corazón.

Con mucho cuidado me deja sobre la cama, se coloca a los pies de esta y me observa, la tristeza ha ido amainando, pero aún se puede ver el destello de todo el dolor que ha sentido durante todo este tiempo, que aunque ha sido poco, le ha marcado como nunca antes lo había hecho nadie.

—Solo prométeme que no volverás a alejarte, jamás —dice entre silenciosas lágrimas—. Prométemelo.

Gateo por encima de la mantas, hasta que llego frente a él, quien se pone de pie, aunque acaba arrodillándose a los pies de la cama.

—Prométemelo —me ruega, arrodillado ya en el suelo.

Resbalo por encima de la manta hasta que mis piernas tocan la alfombra. Pongo

las manos a ambos lados de su rostro, acariciándole las mejillas con los pulgares. Fijo mis ojos en los suyos, tiene la mirada de un niño perdido atemorizado, que no sabe cómo volver a casa.

—Por favor... —Me suplica.

Asiento, yo tampoco podría soportar el volver a alejarme de él ni un solo segundo más. Me abrazo a él, pero, me separa y me mira fijamente.

—Dilo, por favor, dilo —me pide.

—No me volveré a alejar de ti, John, nunca.

Se tapa la cara con las manos y llora desconsoladamente. Vuelvo a abrazarle, apoya su cabeza en mi hombro y llora.

—No voy a dejarte, nunca más —susurro— juntos por toda la eternidad.

No dice nada, permanece callado, se ha derrumbado ante mí, bajando sus defensas, sin importarle nada, sin pensar en si podría haberle hecho daño.

—Te quiero, John.

—Y yo a ti, *mi eterna locura*.

Le he escuchado decir eso cientos de veces, pero esta ha sido la primera en que ha hecho que mi vello se erice, mis ojos se inunden de lágrimas y se me encoja hasta el alma.

—Por y para siempre, eternamente.

Epílogo

Unos meses después.

21 de Junio.

No me puedo creer que esto esté ocurriendo. Madre mía... Creo que me va a dar algo, esto de ir con los ojos vendados no me hace ninguna gracia, y mucho menos oliendo a mar. Este Collins se va a enterar cuando me destape, ¡se la ha ganado! Resoplo, vaya bromitas y sorpresas tiene este hombre. Entre el calor, los nervios, el no saber a dónde voy y demás, creo que va a darme un ataque al corazón. Ya ni siquiera recuerdo si es de día o de noche.

—¿John? —pregunto.

—Tranquila, estoy aquí.

Estira el brazo, hasta que su mano toca la mía, la acaricia y la coge levemente.

—No te muevas de donde estás.

—¿Por qué? —Inquiero, nerviosa.

—Tú hazme caso, o lo lamentarás.

¿Qué lamentaré? ¿Haberme movido? ¡Por dios, ni moverme puedo! Al final acabaré matándole, estoy segura. Lo que no se es por qué no lo he hecho antes. Sabe a ciencia cierta que odio las sorpresas, y más aún si ni siquiera sé dónde estoy.

—John —digo alagando la vocal.

—Nena, de verdad, calla, que ya llegamos.

Abro los ojos como platos, bajo el pañuelo eso sí. ¿Me ha dicho que me calle? ¡Qué fuerte me parece esto! Escucho como el coche se detiene, el aire ya apenas entra por las ventanillas bajadas, y el calor vuelve a mí. Turrón llora en la parte trasera del coche, ansioso por salir. Mi puerta se abre, el cachorro que ya ha crecido lo suficiente como para poder pasar de la parte trasera del coche a la delantera de un solo salto, se sube encima de mí, entonces, sale.

—Turrón —le llamo.

—Tranquila, ya sabe dónde tiene que ir.

—¿Cómo va a saber hacia dónde debe ir?

—Ya ha venido alguna que otra vez —espeta.

—¿Cómo?

Se ríe, pero no contesta, ¡será...! Este se va a enterar de lo que vale un peine, vamos si se va a enterar. Lo que me está haciendo es una tortura.

—Ya verás tú, ya.

—¿Qué voy a ver? —pregunta seductor.

—El collejón que te voy a dar como no me quites esto de los ojos —digo molesta.

Vuelve a reírse, esta vez no porque algo le haga gracia, sino de mí. Resoplo, una

vez más, me está poniendo de los nervios.

—¿Qué hora es? —pregunta, cachondeándose de mí.

—La hora de que te vayas a freír espárragos.

Si pudiera le lanzaría una de mis miradas asesinas, y sabría lo que es tenerme miedo. Acabará temiéndome como no me saque esto ahora mismo.

—John, quítame esto. —Le pido cansada de llevarlo.

—No, espera un poco más, solo un poco.

—No puedo más, me estoy agobiando y mucho.

—Tranquila, solo queda media hora.

¿Media hora? Y que se supone que hago yo media hora con los ojos tapados, sin poder hacer nada, ni siquiera hablar con Lucia.

El rato que tenía que estar con la venda en los ojos pasa más rápido de lo que esperaba. Collins me ha metido en un sitio que desconozco, pero siento como estamos moviéndonos. ¿Qué hora será? Me siento tan desconcertada que me cuesta recordar hasta qué día es hoy. Tocan a la puerta, es Collins, puedo oler su dulce perfume, ese que me hace perder la cordura.

—Nena, ya es la hora.

—¿La hora de qué?

—De que veas lo que he preparado.

Me ayuda a levantarme de donde estaba sentada, me coge la mano, tira de mí hasta que quedo en pie, me da un abrazo y un beso en la mejilla, tras eso, pasa uno de sus brazos por mi cintura, y me coge con fuerza para que no me caiga.

—Cuidado, hay unas escaleras, ¿te acuerdas?

—Pues no, teniendo en cuenta que me has traído en volandas...

—Cierto.

Ahora soy yo la que se ríe, pobrecito mío, es el hombre más dulce, *sexy* y atrevido que he conocido jamás, y por suerte es solo para mí.

—Poco a poco.

Subo un pie y después otro, intentando no caerme, pero esto se mueve mucho. ¿Dónde estamos? Vuelve ese olor a mar que me llamó la atención hace un rato. Mi móvil suena, una y otra vez, lo más seguro es que sea Lucia y piense que me han secuestrado o algo por el estilo, conociéndola...

—¿Estás preparada? —Me pregunta.

Mis manos se vuelven frías como el hielo, tiemblan, y mi corazón late tan rápido que acabará por salir corriendo.

—No, pero bueno...

Coloca sus manos en el nudo del pañuelo, y con delicadeza, deshace la atadura.

Miro hacia todos lados, maravillada, aún no sé dónde estamos, pero no me importa, esto es lo más bonito que he visto en toda mi vida. Estamos subidos en un velero de velas oscuras, hecho de madera, está todo adornado con velas que nos alumbran en la oscura noche.

—Pero...

—¿Te gusta?

—Esto... Madre mía... —me paso una mano por la cara y el pelo.

Puedo ver en la lejanía la playa, ¿Vilassar de Mar? Sí, estamos en Vilassar, aún recuerdo el restaurante que hay a pie de playa. Hay mucha gente en la arena, tanta que apenas se ve el final. Me siento sobre uno de los cojines blancos que cubren el banco. Collins me tiende una copa de vino, se sienta a mi lado y me besa. Saco el móvil, necesito hacerle una foto a esto. Es tan sumamente hermoso que creo que ni una foto podrá capturar toda su belleza. Miro el *WhatsApp* antes de hacerla.

—Nati, tía, hay aquí un tío que está buenísimo... No sé qué está diciendo, habla en inglés y como que no me entero de nada.

—¡Natalia!

—Vale, estaba tomándome el pelo. Me han entrado ganas de arrancarle la cabeza, me he sentido tan sumamente estúpida... Es que está tan bueno que me he despistado...

Me envía una foto que le ha sacado infraganti, ¡es Kellin! Madre mía, lo que faltaba, si no tiene líos ya con Marc, como para ahora meter a ese sinvergüenza en su vida.

—Se ha presentado, dice que se llama Kellin Lund —dice poniendo el emoticono del mono tapándose la boca—. ¡No veas como está el Lund este!

Niego con la cabeza, esto me pasa por dejarla sola en la cafetería y dejar que Collins me líe así.

—Estamos hablando, parece muy interesante, dice que es amigo de tu estiradillo, ¿le conoces?

—¿Natalia?

—Estarás ocupada.

Siete mensajes después deciden dejar de intentar llamar mi atención. El tema Lund lo zanjaremos cuando vuelva, en estos momentos prefiero disfrutar de mi hombre. Un cohete estalla en el cielo, llenándolo de color.

—Natalia —me llama Collins, coge mis manos y me mira directamente a los ojos — hace unos meses dijiste que... Bueno... Que no podías casarte conmigo.

—John...

—Ya ha pasado un tiempo... No puedo dejar de pensar en ello. Te amo tanto que no puedo imaginarme una vida sin ti, por ello, no quiero que te escapes, quiero que

sigas a mi lado, con esa hermosa sonrisa que me enamora día a día. —Veo como sus manos tiemblan, carraspea y busca algo en el bolsillo de sus tejanos.

Va tan guapo, como siempre, hermoso, me encanta. Se arrodilla, una vez más, coge mi mano derecha, y suspira.

—Natalia Reyes Díaz, el amor de mi vida, la mujer que tiene mi corazón, mi eterna locura —coge aire, y mira hacia un lado y vuelve a centrarse en mí—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Claro que quiero, John, claro que quiero —tartamudeo— sin opción a revocarlo.

Ambos nos reímos como locos, ahora ya será para siempre, atados hasta el fin.

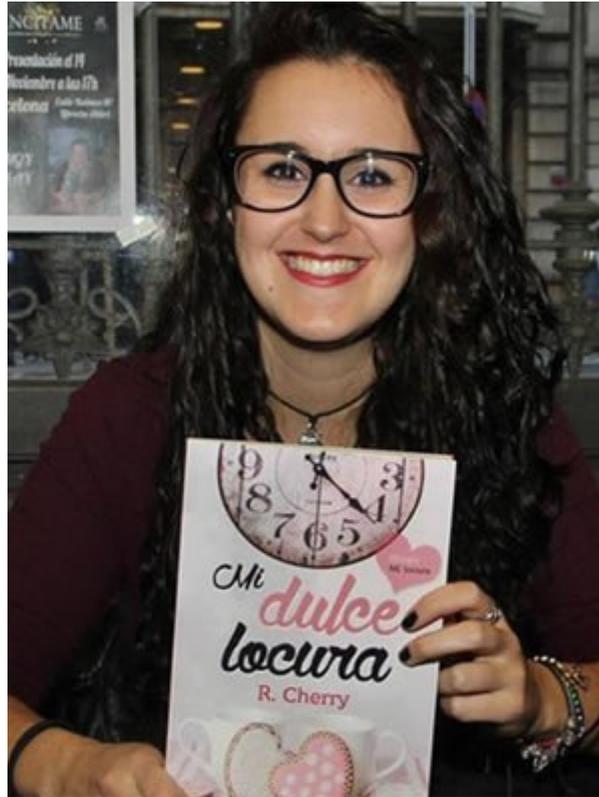
En muchas ocasiones he pensado que jamás encontraría al hombre que me hiciera feliz, que me aguantara a pesar de todo, pero aquí estamos, en un barco, rodeados de mar y velas, el lugar más hermoso en el que podría pedirme matrimonio, por segunda vez, eso sí, ahora ya puedo decir, que seré la señora Collins para toda la eternidad.

—Te amo, *Mi Locura*.

—Para siempre.

Si te ha gustado *Mi dulce locura*, no lo dudes y entra en el grupo de Facebook *La dulce locura* de R. Cherry y su página de autora, donde podrás enterarte de todas sus novedades, presentaciones, nuevas publicaciones, eventos a los que asistirá...





R. CHERRY, nacida en una pequeña ciudad a veinte minutos de Barcelona llamada *Cerdanyola del Vallès*, es estudiante de preimpresión digital. Los libros y la escritura llevan siendo su pasión desde que tenía once años, fue entonces cuando empezó todo.

Es escritora de varios relatos, sin mucha importancia, y redactora del blog *Una valkyria perdida en el Midgard*, dónde se pueden encontrar reseñas, crónicas, críticas, eventos y mucho más. Tras varios intentos de escribir una buena historia, llega su hora, y presenta su primera novela llamada *Mi Dulce Locura*, un libro lleno de amor, energía positiva, dulzura y muchos sentimientos más. Con ella espera llegar a alcanzar su mayor sueño: ser escritora.